

Ana María Lorandi

# TUKUMA - TUKUYMANTA

Los pueblos del búho

Santiago del Estero antes de la Conquista





**AUTORIDADES DE LA PROVINCIA  
DE SANTIAGO DEL ESTERO**

**Dr. Gerardo Zamora**  
*Gobernador*

**Dr. Carlos Silva Neder**  
*Vicegobernador*

**Sr. Elías Miguel Suárez**  
*Jefe de Gabinete de Ministros*

**Lic. Juan A. Leguizamón**  
*Subsecretario de Cultura*

Publicar *Los pueblos del búho* de la doctora Ana María Lorandi es un acto que Santiago del Estero se debía. El encuentro con el pasado y con las poblaciones originarias de nuestro suelo torna indispensable este libro, producto de una investigación realizada por la autora en algunos asentamientos de la provincia.

Uno de los aportes de esta investigación, como lo que significa la datación –por primera vez– según el método Carbono 14, permitió avanzar en los estudios que los Wagner y otros habían comenzado.

Subrayo la dedicación de la doctora Lorandi quien, con un inmenso esfuerzo, trabajó junto con su equipo de colaboradores para lograr estos resultados tan necesarios como iluminadores, que hoy podemos poner a disposición de los estudiosos del pasado santiagueño.

Dra. Claudia Ledesma de Zamora

GOBERNADORA  
Provincia de Santiago del Estero

Presentamos las ediciones digitales de la BIBLIOTECA DE AUTORES SANTIAGUEÑOS en el convencimiento de que es una de las mejores formas de garantizar el acceso público e irrestricto a la palabra de aquellos que la historia, los lectores e investigadores han reconocido como parte del acervo intelectual de nuestra provincia.

En una época atípica, difícil y llena de desafíos para la cultura y sus manifestaciones, es la palabra escrita un sostén y una fuente de saber que siempre debe estar a disposición para todos y todas, como rasgo de una política cultural que favorezca la circulación de las obras literarias.

Lic. Juan Anselmo Leguizamón  
Subsecretario de Cultura

# TUKUMA - TUKUYMANTA

Los pueblos del búho  
Santiago del Estero antes de la Conquista

# TUKUMA - TUKUYMANTA

Los pueblos del búho  
Santiago del Estero antes de la Conquista

Ana María Lorandi



BIBLIOTECA DIGITAL SANTIAGUENSE  
Subsecretaría de Cultura  
Provincia de Santiago del Estero

Lorandi, Ana María

Tukuma : Tukuymanta : los pueblos del búho :  
Santiago del Estero antes de la Conquista / Ana María  
Lorandi. - 1a ed. - Santiago del Estero : Subsecretaría de  
Cultura de la Provincia de Santiago del Estero, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3964-47-3

1. Arqueología. I. Título.

CDD 930.1

**Provincia de Santiago del Estero**

**Subsecretario de Cultura:** Lic. Juan Anselmo Leguizamón

**Coordinación editorial:** Marta Graciela Terrera

**Diseño y maqueta del libro:** El Circo. Comunicación integral

**Diseño de tapa** (en base a motivo de la Fase Las Lomas): Valentina Fischer-Gieco

**Digitalización y edición de imágenes:** Gustavo Tarchini y Lucía Zucchi

**Adaptación a libro digital:** Noelia Achával Montenegro

© 2021 **Herederos de Ana María Lorandi**

© 2021 **Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santiago del Estero**

Av. Belgrano (s) 555 / 4200 Santiago del Estero / 54 385 422 5385

**ISBN 978-987-3964-47-3**

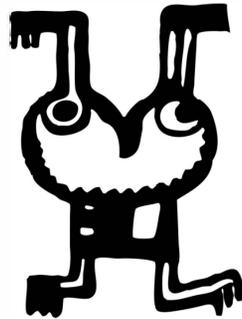
IMPRESO EN LA ARGENTINA / *PRINTED IN ARGENTINA*

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Este libro cuenta con los  
siguientes auspicios académicos



*A mis nietos Gaspar y Nina Fischer*



*In memoriam*

Delia Magda Lovera († 2013)  
y Nélida Carrió († 2002)

## ANA MARÍA LORANDI (1936-2017)

Nació en Santa Fe en 1936 y falleció en Buenos Aires el 30 de enero de 2017.

Fue una investigadora con amplia trayectoria académica en arqueología y etnohistoria. Se graduó como Licenciada en Historia en la Universidad Nacional del Litoral (1960), especializándose en arqueología bajo la dirección de Alberto Rex González. En 1967 obtuvo el doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad (hoy Universidad de Rosario) y obtuvo un posgrado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París.

Durante una década realizó intensivas investigaciones sobre Santiago del Estero y este libro es fruto de esa etapa.

Investigadora superior emérita del Conicet, doctora *Honoris Causa* por la Universidad Nacional de Salta y por la Universidad Nacional de Santiago del Estero; galardonada con el Premio Nacional de Cultura en 2005. Ha sido profesora asociada de la Universidad de La Plata y profesora consulta de la Universidad de Buenos Aires.

Ha dictado cursos y conferencias en Francia, USA, España y en varios países latinoamericanos. Es reconocida por su labor en la formación de recursos humanos, dirigiendo tesis de doctorado, becarios de UBA y de Conicet y ha sido la fundadora de la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, de la que fue directora hasta 2014.

Ha publicado trece libros y más de un centenar de artículos en el país y en el exterior. Fue editora y coordinadora de varias obras colectivas sobre arqueología y etnohistoria del Noroeste argentino y el Área andina.

Entre sus libros más conocidos se pueden mencionar: *Quimeras, rebeliones y utopías. La gesta de Pedro Bohórques* (PUCP, Lima) traducido al inglés con el título *Spanish King of the Incas* (Pittsburgh University Press); *Ni ley, ni rey ni hombre virtuoso. Guerra y sociedad en el Virreinato del Perú. Siglos XVI y XVII* (Gedisa, Barcelona); *El Tucumán colonial y Charcas* (FFyL, UBA); *La pedagogía del miedo* (IFEA/CGLC Lima-Cuzco); *El ocaso del Imperio. Sociedad y culturas en centro-sur andino* (Antropofagia, Buenos Aires), entre otros.

# Índice de contenido

- 16 Advertencias y agradecimientos
- 19 Prólogo
- 29 Prefacio (1983)
- 32 Agradecimientos del manuscrito original de 1983
  
- 34 CAPÍTULO I. El método arqueológico
- 40 CAPÍTULO II. Historia de la arqueología santiagueña
- 47 CAPÍTULO III. El medio ambiente
- 54 CAPÍTULO IV. Etnografía de Santiago del Estero
  
- 55     **Importancia y límites de la información etnohistórica**
- 57     **Los aborígenes del occidente de Santiago del Estero**
  
- 58         *La frontera oriental del Tawantinsuyu*
- 60         *Los indios del Tucumán y el Tawantinsuyu*
- 62         *Identificación geográfica y étnica del Tucumán*
- 67         *Testimonios relativos a las relaciones entre los indios del Tucumán y el Tawantinsuyu*
- 67         Guerra y prestaciones militares
- 68         Los vestidos
- 69         Las llamas
- 70         El quichua
  
- 71     **Los aborígenes de los ríos Dulce y Salado**
  
- 71         *Información etnohistórica de la región*
- 72         Agricultura
- 74         Caza, pesca y recolección
- 74         Animales domésticos
- 75         Organización social y patrón de poblamiento
- 76         Cosmovisión
- 77         Funebria

<b>79</b>	<b>CAPÍTULO V. El proceso socio-cultural prehispánico en Santiago del Estero (Primera Parte)</b>
<b>81</b>	<b>La historia “cultural” antes de la iniciación de las investigaciones actuales</b>
<b>83</b>	<b>El problema de la llamada Cultura Las Mercedes</b>
<b>86</b>	<b>El desarrollo cultural posterior en la llanura o la Tradición Cultural Chaco-Santiagueña propiamente dicha</b>
<b>86</b>	<i>Los asentamientos</i>
<b>89</b>	<i>Tamaño de las comunidades y forma de los poblados</i>
<b>91</b>	<i>Vivienda</i>
<b>92</b>	<i>Actividades de subsistencia</i>
<b>98</b>	<i>Hábitos sociales</i>
<b>101</b>	<i>Caracteres biológicos</i>
<b>103</b>	<b>CAPÍTULO VI. El proceso socio-cultural prehispánico en Santiago del Estero (Segunda Parte)</b>
<b>105</b>	<b>Las Fases culturales: Las Lomas, Quimili Paso y Oloma Bajada-Icaño. Metodología de diferenciación</b>
<b>110</b>	<i>La Fase Las Lomas</i>
<b>110</b>	Cronología
<b>111</b>	Dispersión
<b>111</b>	Descripción del sitio El Veinte
<b>113</b>	Dinámica ecológica del sitio El Veinte
<b>115</b>	Estructura y contenido de los montículos de El Veinte
<b>115</b>	Excavación del Montículo B5
<b>118</b>	Excavaciones estratigráficas de otros montículos
<b>118</b>	Excavación del Montículo B6
<b>118</b>	Interpretación de la estructura general de los montículos
<b>119</b>	Análisis del material no artefactual recuperado en las excavaciones de El Veinte
<b>119</b>	Fauna
<b>123</b>	Horticultura y recolección de vegetales
<b>126</b>	Comentarios e hipótesis generales sobre actividades vinculadas a la alimentación y uso del ambiente durante la Fase Las Lomas

128	Análisis del material artefactual recuperado en las excavaciones de El Veinte
128	Desarrollo tecnológico de la fase
131	Funebria en la Fase Las Lomas
131	Comentarios finales acerca de la Fase Las Lomas
132	<i>La Fase Quimili Paso</i>
132	Cronología
135	Dispersión
135	Patrón de subsistencia y asentamiento
136	Características del sitio arqueológico Quimili Paso
137	Estructura y contenido de los montículos de Quimili Paso
139	Análisis del material no artefactual recuperado en las excavaciones de Quimili Paso
139	Fauna
141	Análisis del material artefactual recuperado en las excavaciones de Quimili Paso
141	Desarrollo tecnológico de la fase
145	Funebria en la Fase Quimili Paso
146	Caracteres biológicos
146	Comentarios finales acerca de la Fase Quimili Paso
147	<i>La Fase Oloma Bajada-Icaño</i>
148	Cronología
149	Dispersión
149	Patrón de asentamiento, vivienda, economía
150	Desarrollo tecnológico
153	Funebria en la Fase Oloma Bajada-Icaño

<b>155</b>	<b>CAPÍTULO VII. El arte de hacer cerámica</b>
<b>159</b>	<b>Decoración</b>
<b>169</b>	<b>APÉNDICES</b>
<b>170</b>	<b>Apéndice A. Tipología cerámica</b>
<b>177</b>	<b>Apéndice B. Contexto y cronología según los diversos autores</b>
<b>185</b>	<b>BIBLIOGRAFÍA</b>
<b>186</b>	<b>Bibliografía citada</b>
<b>194</b>	<b>Bibliografía de referencia</b>
<b>202</b>	<b>LÁMINAS</b>

# Advertencias y agradecimientos

Este libro fue escrito hace unos treinta años cuando estaba culminando mis investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero y de alguna manera despidiéndome de mi vida como arqueóloga. Si bien durante algún tiempo continué participando junto a María Elena Gonaldi y luego con Verónica Williams en las excavaciones de un establecimiento incaico en Potrero Chiquigo, en la provincia de Catamarca, poco a poco me fui internando en investigaciones etnohistóricas, mi principal actividad durante estas últimas décadas.

Constanza Taboada y el Instituto Superior de Estudios Sociales del Conicet (ISES), con quienes he adquirido una gran deuda, consideraron que debido a los avatares que disminuyeron el ritmo de las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero durante ese lapso, el libro, que presentaba una síntesis de mis aportes para el conocimiento de la sociedad prehispánica de esa provincia, debía ser publicado. Por esta razón el texto que presento en esta ocasión, si bien ha sido revisado por la atenta mirada de Constanza, no ha sido actualizado, tarea que le corresponderá a ella y a sus discípulos, en sus trabajos actuales y futuros, a fin de completar la tarea interrumpida a partir de los años ochenta y por supuesto también a todos los que se internen en la arqueología de Santiago del Estero.

Mi interés por la arqueología santiagueña se inició gracias a una invitación de Graciela Batallán, quien en 1965 era alumna de la Carrera de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral (hoy Universidad Nacional de Rosario). La familia Batallán poseía una finca en las Sierras de Guasayán y tenía conocimiento sobre la existencia de restos arqueológicos en esa zona. En esos años yo ya había ingresado a la Carrera de Investigador Científico del Conicet y era Jefe de Trabajos Prácticos en la Universidad y partimos hacia Santiago del Estero con Graciela y otras alumnas para iniciar una primera prospección de la zona. Al año siguiente y luego como profesora adjunta de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Uni-

versidad Nacional de La Plata, programé una investigación más amplia, solicitando los permisos correspondientes a las autoridades de la provincia con el apoyo de la directora del Museo “Emilio y Duncan Wagner”, la Dra. Amalia Gramajo de Martínez Moreno. Mis investigaciones en Santiago se prolongaron durante diez años aproximadamente y el libro refleja los principales resultados empíricos y las reflexiones interpretativas sugeridas por el material recuperado y sus contextos de deposición.

En ese sentido quiero advertir al lector que la información presentada en el libro ha sido producto de intenso trabajo de excavación, análisis de materiales y estudio de colecciones de los museos de Santiago del Estero, de La Plata, de la Universidad Nacional de Córdoba, de la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca y del Museo del Hombre en París, y todo esto se realizó con las técnicas y métodos vigentes en esa época, de modo que las deficiencias y debilidades que puedan observarse, que con toda razón me pueden ser atribuidas, también se vinculan con el estado del arte de la época. Además, cuando en el texto se encuentren frases como “por lo que sabemos hasta el momento” o “en la actualidad”, deben entenderse en relación con la época en que fue escrito y refieren aproximadamente a finales de la década de 1970 o inicios de los ochenta. Del mismo modo, tampoco se han calibrado los fechados radiocarbónicos, técnica desconocida en esos años.

No ha sido fácil abandonar mis documentos coloniales y revisar lo realizado hace treinta años, si bien, en parte por “culpa” de Constanza, no he podido olvidar totalmente la problemática que presenta el desarrollo cultural prehispánico de Santiago del Estero. Muchas veces no puedo responder a las incisivas preguntas de mi amiga, pero cada tanto el recuerdo aparece para alegría de su nunca satisfecha curiosidad científica. A mi edad el camino de retorno hacia un pasado que por momentos me parece remotísimo no deja de presentar obstáculos, pero al revisar este viejo texto pude revivir aquellas excavaciones y llorar otra vez recordando el hallazgo de aquella pequeña muestra de maíz que probaba –arqueológicamente– las prácticas agrícolas en la región.

Finalmente quiero reiterar mi agradecimiento por el esfuerzo de Constanza, y por el interés demostrado por Carlos Aschero para que el Instituto Superior de Estudios Sociales (durante su dirección en 2011 y 2012) por intermedio de la diligente Lucía Zucchi transcribiera el manuscrito (originalmente tipeado a máquina de escribir) y editara las figuras. Debo reconocer especialmente la

confianza brindada por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia, primero a cargo de Rodolfo Legname y actualmente de Jorge Rosenberg; y a Ana Teresa Martínez, directora del Instituto para el Desarrollo Social de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (INDES), que se hizo eco de la preparación de la edición. Agradezco también a Juan Leguizamón por sus gestiones desde la Dirección de Cultura, a Marta Terrera por la revisión general a Gustavo Tarchini por la digitalización de las imágenes y a Andrés Di Lullo por el diseño y maquetado del libro. En suma, a todos ellos muchas gracias por la tarea emprendida con tanto ahínco.

---

# Prólogo

Es una inmensa alegría presentar este libro de Ana María Lorandi que, por razones del destino, había quedado inédito. Es también una gran satisfacción que su publicación se concretara desde Santiago del Estero. No podía ser de otra forma. Porque desde su concepción fue pensado para que circule primeramente en espacios santiagueños, y porque el aporte de Ana María Lorandi al conocimiento del pasado prehispánico local marca un hito en la historia de la arqueología argentina. La concreción de esta publicación es un justo reconocimiento desde la provincia a quien supo dedicarse con pasión y saber a explorarla y preguntarle. Recientemente honrada con el título de Investigadora Emérita del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) –entre tantos otros premios y reconocimientos académicos-, una de las figuras claves del desarrollo de las ciencias antropológicas en nuestro país y maestra de varias generaciones de arqueólogos/os, antropólogas/os e historiadoras/es, dedicó en su recorrido de investigación más de diez años a abrir ciencia en la arqueología santiagueña en un momento paradigmático de la disciplina en la Argentina y la provincia.

Cuando, a mediados de los '60, Lorandi comenzaba a recorrer Santiago, la concepción de la arqueología había empezado a cambiar hacia perspectivas teóricas y metodológicas que buscaban una disciplina más científica, con diseños de investigación rigurosos y planteo de hipótesis y marcos explicativos. Y esta fue la perspectiva que la autora comenzó a aplicar en un Santiago que venía de una larga etapa de vacío de producción arqueológica, que siguió al gran auge local y nacional que se produjo a partir de los hallazgos de los hermanos Wagner y las disputas en torno a sus interpretaciones. Disputas que habían puesto en juego problemas metodológicos, pero también intereses y competencias entre arqueólogos sin poder concluir en un balance que reconociera sus aportes ni en avances que los superaran, tal como hicieron Henry Reichlen y Jorge von Hauenschild.

Tras ese lapso de casi parálisis de trabajos de campo y de nuevas miradas que duró cerca de veinte años, pero que permitió hacer un corte a aquel proble-

ma, resurgía el interés por la región. Al mismo tiempo que Ana María Lorandi comenzaba a investigar en ella concentrándose en contextos arqueológicos de la mesopotamia santiagueña y del río Salado de momentos prehispánicos medios y tardíos, Roque Gómez empezaba a estudiar contextos tempranos de la cuenca del Dulce en una división temporal y espacial de sitios que ambos investigadores acordaron. Por la misma época, Amalia Gramajo se hacía cargo del Museo Arqueológico Provincial y unos años antes había iniciado investigaciones en la zona serrana de la provincia, principalmente sobre arte rupestre.

A la coyuntura provincial se sumaba la del país. Mientras Santiago tuvo su época de impasse, la arqueología del área central del Noroeste argentino (NOA) había cobrado impulso bajo el liderazgo de Alberto Rex González que había traído las teorías neoevolucionistas y nuevas técnicas de posguerra, y con quien Lorandi se había formado como una de sus primeras alumnas y discípulas. En este tiempo se estableció el panorama cronológico cultural de gran parte de la arqueología del Noroeste y Centro de la Argentina, definiéndose y ubicándose en el mapa culturas arqueológicas con base a la revisión e integración de información de colecciones y trabajos de campo controlados. En esta síntesis, como herencia de la propuesta de Reichlen, Santiago recibió su esquema de tres culturas sucesivas -Las Mercedes, Sunchituyo y Averías- pero, a diferencia de otros lugares, no contó por entonces con afinaciones que mediante excavaciones sistemáticas y fechados fueran despejando y precisando tiempos y asociaciones.

Así, en el momento en que Lorandi empieza a trabajar la arqueología de Santiago, esta contaba con un esquema cronológico cultural inserto en el cuadro general del NOA, pero en gran medida hipotético. Pero además empezaba ya a hacerse más importante una segunda oleada teórico-metodológica, sistémica y procesual, que llevó a la revisión de métodos y conceptos -como el de cultura- y a proponer nuevos temas de estudio. Quizás por eso es que Lorandi dice: "Me interesó trabajar algo nuevo y de forma totalmente inde-

pendiente”<sup>1</sup>. Posiblemente se refería no solo a estudiar un área que durante el desarrollo de posguerra y los intereses y “repartos” subsiguientes de los sitios del área central del NOA había quedado sin estudiar, sino también a encarar algo nuevo en el sentido de las problemáticas a abordar y la forma de hacerlo. Porque de hecho, fue eso lo que hizo. Desde un inicio buscó trascender las divisiones culturales preestablecidas, que si bien habían aportado una primera e importante guía, resultaban insuficientes para dar cuenta de la situación arqueológica de la región y para entender los procesos ocurridos en el tiempo y espacio. Para ello desarmó el esquema tripartito y replanteó uno nuevo conformado por tradiciones y fases más flexibles en base a excavaciones estratigráficas y a las primeras dataciones radiocarbónicas de la provincia, pero también gracias a una mirada siempre abierta a no dejarse atrapar por las herramientas metodológicas que ella misma usaba y definía. Lorandi realizó así muy tempranamente el salto actualizador y Santiago recibió el beneficio de ello. La ubicación temporal en un tiempo absoluto permitió iluminar la noche de los tiempos que los Wagner no habían tenido con qué estimar, y la dinamización cultural abrió la posibilidad para pensar multiplicidad de procesos al interior del territorio provincial, que se percibía como una unidad bajo el rótulo de región Chaco-Santiagoenseña.

Desde este interés, y acorde a las más nuevas perspectivas del momento, Lorandi planteó como primera medida un diseño de investigación que revela una comprensión avanzada de la problemática regional, donde había que comenzar por poner orden a la información existente y definir aspectos básicos de cronología y variabilidad espacio temporal para recién poder pensar los procesos históricos que los materiales y sitios reflejaban<sup>2</sup>. En este sentido, en Santiago estaba todo por hacer. A partir de este diseño -continuamente reajustado según los resultados que iba obteniendo- que cuenta con una detallada explicitación de hipótesis y propuestas sobre la forma de intentar resolverlas, organizó y encaró -junto al equipo que había formado y colaboraba con ella-, sus prospecciones y excavaciones, estudió los materiales incorporando análisis y técnicas nunca aplicados en la zona y

---

1. Lorandi, Ana María 2009:38. “Ana María Lorandi”. En: *Charlas. Un encuentro con la arqueología argentina* (S. Matera, M. Kergaravat, M. R. Di Donatto y F. Weber). Imago Mundi Ediciones. Buenos Aires.

2. Lorandi, Ana María y Nélide Carrió. 1975. Informe sobre las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero. *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 301-322. Rosario.

que recién empezaban a hacerse en el país (análisis de restos macrobotánicos y faunísticos, estudios ambientales, fechados, etc.), e incursionó en la posibilidad de aplicación de métodos de otras ciencias para trabajar interdisciplinariamente (métodos estadísticos, códigos analíticos para analizar variaciones morfológicas, etcétera). Articuladamente realizó un exhaustivo registro y estudio de las colecciones procedentes de Santiago del Estero –y de las que podían vincularse a su problemática- distribuidas en Santiago, La Plata, Córdoba, Catamarca y Paris, mientras recuperaba las contribuciones realizadas anteriormente para dialogar con ellas. Esto le dio una visión integral del problema que le permitió a la vez que enfocar los aspectos básicos señalados, desplegar una multiplicidad de interpretaciones, preguntas, hipótesis e ideas subsidiarias y particulares que hoy seguimos tomando para explorar, desarrollar y afinar. Aportó líneas directrices para seguir y aún discutir sus planteos, una motivación permanente de Lorandi tanto en sus textos como en sus entrevistas y charlas personales. El libro entrega así una interpretación particular y general de los procesos prehispánicos en Santiago en una integración científica de todo lo desarrollado hasta ese momento por la autora y demás investigadores.

En este proyecto de investigación riguroso, la resolución de problemas básicos de tiempo y variabilidad cultural estuvo fuertemente acompañado en un principio por el énfasis en otros dos aspectos: la búsqueda de definición de los patrones de asentamiento sobre montículos –tema de gran debate entre los Wagner y sus detractores pero también uno de los aspectos importantes que por entonces se usaba para caracterizar los modos de vida-; y la exploración de aspectos económicos y de la relación hombre-medio -temas de interés central del paradigma del momento y de mayor peso cuando se trata de ambientes extremos como el que nos ocupa-, pero que, luego de definidos, empezaron a quedar en segundo plano frente a la búsqueda de la autora por desarrollar los aspectos sociales. Con el tiempo, también la creciente presión académica por la aplicación de métodos, técnicas y leyes cada vez más específicas empieza a ser cuestionada por Lorandi por la pérdida de perspectiva que generaba. Lo que luego se le criticaría a la arqueología procesual había empezado ya a incomodarle y terminaría siendo una de las causas para dejar la arqueología. Gradualmente sus trabajos fueron articulando y virando hacia nuevas perspectivas teóricas que debió incorporar en la *École des Hautes Études* y en la Sorbona durante su permanencia en Paris entre 1976 y 1979. El resultado fue el mantenimiento de la rigurosidad científica, pero bajo una mirada que buscaba lo histórico, social y también lo ideológico con todas las dificultades que ello conlleva para la arqueología. Una cita suya bastante re-

ciente nos plantea una definición de la arqueología cercana quizás a conceptos de agencia y teoría social "... se trata de la recuperación de los comportamientos sociales, pero no sociales de una manera anónima de la típica sociología, sino aquella que mezcla un poco comportamientos regulares, muy recurrentes, con comportamientos individuales, donde hay diferencias de grupos, de clase, de individuos"<sup>3</sup>. Lorandi busca reconstruir la historia de poblaciones concretas y sus dinámicas de cambios. Busca hacer "etnología histórica", dirá en este libro. Muy de avanzada para lo que se hacía contemporáneamente en la Argentina, busca investigar la "conducta social".

En esta síntesis, excavaciones, fechados, identificaciones taxonómicas y tipologías cerámicas cobran relevancia en relación con planteos amplios de interacciones poblacionales y modelos que cuestionaron los esquemas culturales tradicionales, abriendo la posibilidad de concebir movimientos de poblaciones circulando e interactuando entre los andes, valles y llanura en distintas épocas y momentos. Una visión que superaba la identificación de cerámicas arqueológicas con grupos humanos estancos para pensar prácticas y modelos sobre la vida cotidiana y social desplegadas por ellos en torno a situaciones históricas, políticas y ambientales concretas. Este quiebre redundó en un panorama completamente nuevo y es lo que permite hoy avanzar sobre sus pasos.

Esta perspectiva, más social, más etnográfica, más vívida, que trataba de ver a la gente detrás de los objetos y de los métodos rigurosos de generación de datos es la que ofrece este libro, último trabajo escrito hasta el momento por la autora sobre Santiago. Redondeado entre 1982 y 1983 en momentos en que Lorandi cerraba su dedicación a la disciplina abriendo planteos y equipos de investigación en arqueología incaica de los valles de Catamarca, a la vez que internamente era convocada por diferentes miradas e intereses a través de su contacto decisivo con John Murra primero y Nathan Wachtel después, el texto pone en juego en uno de sus primeros capítulos la contribución de incorporar adecuadamente las crónicas coloniales, método que había caído en desgracia por el uso excesivo dado en el país en los años 30 y 40 para interpretar el material arqueológico. Lorandi fundará entonces la Etnohistoria en la Argentina.

---

3. Lorandi 2009:39-40. "Ana María Lorandi". En: *Charlas. Un encuentro con la arqueología argentina* (S. Matera, M. Kergaravat, M. R. Di Donatto y F. Weber). Imago Mundi Ediciones. Buenos Aires.

Dos artículos claves para la arqueología inca en la Argentina escritos en esta época<sup>4</sup> dan una muestra clara de esta manera de pensar la exploración y comprensión del pasado. Una forma de construir la interpretación que no solo trasciende los datos arqueológicos para pensar procesos complejos que los mismos podían indicar, sino que revierte las miradas aceptadas al momento. Ana María Lorandi hacía por entonces muy interesantes propuestas acerca de la modalidad de implantación inca en el NOA y su vinculación con los habitantes de la llanura santiagueña, considerando el papel decisivo que estos últimos habrían tenido sobre las poblaciones de los valles. Invertía de esta manera no solo la dirección general –de arriba hacia abajo– con que se explicaban los procesos de incorporación de rasgos y prácticas, sino que otorgaba a las poblaciones de tierras bajas un papel que superaba el de simple receptoras de influencias, aspectos que hoy parecen evidenciarse cada vez más. El planteo arqueológico final de Lorandi sobre la relación entre incas y “santiagueños” es ya un planteo etnohistórico sobre la base de material arqueológico. Y esa síntesis es la que hoy nos permite volver a pensar mil veces cada dato y pregunta puesta en juego en aquella y en otras de sus propuestas de interacción integrando arqueología, historia y etnografía. Una perspectiva que sale del énfasis de excavar y centrarse en sitios particulares y disociados, para mirar más allá obteniendo un panorama de los procesos regionales y de cómo estos sitios y materiales cobran sentido dentro de una trama histórica, social y espacial. Una lectura que Santiago nos reclama para poder comprender más cabalmente qué pueden decir las vasijas y objetos que los Wagner excavaron y legaron.

Hoy tenemos varios desafíos. Establecido por Lorandi un nuevo marco temporal y conceptual resulta ahora necesario, a la vez que tratar de afinarlo con los desarrollos actuales, abordar el estudio de la diversidad de procesos en el espacio y en relación a poblaciones específicas. Un análisis pormenorizado de este libro y de los artículos científicos que publicó nos muestra posibilidades claras para empezar a pensar en procesos sociales y dinámicas poblacionales e identitarias significativas que ocurrieron en la región. Resulta ineludible abordar diversidad de situaciones de poblaciones particulares que parecen indicar la conformación de territorios diferenciados, con manejo de relaciones políticas y estrategias de posicionamiento y reproducción social dis-

---

4. Lorandi, Ana María. 1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de Trabajo. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XIV* (1): 147-164. Buenos Aires; y

Lorandi, Ana María. 1984. Soñocamayoc. Los Olleros del Inka en los Centros Manufactureros del Tucumán. *Revista del Museo de La Plata* 8:303-327. La Plata.

tintivas, que redundaron en complejos procesos regionales en momentos prehispánicos y pericoloniales. Nuestra posibilidad como arqueólogos de hoy para poder avanzar sobre lo que ella hizo estará en la definición de las problemáticas a abordar, que para la arqueología son muchas y diversas y no se acaban ni limitan a aquellas que analizamos en esta presentación. Sus textos están llenos de indagaciones adicionales al tema central, con una agudeza de observación e intuición, que con el tiempo ha cobrado relevancia y potencial.

La definición de tradiciones locales y rasgos alóctonos, y de fases diferenciadas temporalmente pero que podrían a su vez tener una representatividad espacial diversa, es algo que Lorandi nos deja planteado y que hoy parece verse más claramente a través de la sumatoria de trabajos de campo y el análisis de distribución de materiales. Parecen ser referentes de poblaciones desarrollándose, operando, interactuando, resolviendo sus problemas y desplegando su vida cotidiana y política de formas distintas a lo largo de un espacio también diverso como es el comprendido en la provincia de Santiago del Estero. Una mirada así permite salir de la visión de homogeneidad y sincronidad que la Civilización Chaco-Santiagueña proyectó sobre la región para poder ver las particularidades histórico-culturales y tratar de entenderlas.

Debido a la experiencia previa de Lorandi en la arqueología de la región valliserrana catamarqueña y en la problemática de los sitios de Alamito, sus primeras hipótesis y trabajos apuntan a explorar la potencial relación de los procesos ocurridos en un “período medio” de Santiago con aquellos. Con este objetivo, la autora identificó los contextos más tempranos hasta ahora reconocidos en la cuenca del Salado. Propuso una Fase Las Lomas para agruparlos, planteó posibles vinculaciones con las poblaciones de la región valliserrana e intuyó que los contextos con cerámica Las Mercedes, que Gómez había trabajado en la zona del río Dulce, debían cubrir lapsos temporales más largos que lo que se estimaba, lo cual luego de los estudios de Togo resultó ser una apreciación correcta.

Pero este interés primero se amplía notablemente después para cubrir todo el arco temporal prehispánico de la zona central de Santiago, y donde empezará a cobrar relevancia la exploración de dos aspectos relacionados. En primer lugar, el posicionamiento y asociación de la cerámica de tradición Sunchituyojo, que en la estimación de Reichlen y el cuadro de González ocupaba un período medio pero que sus trabajos de campo y fechados le permiten encontrar en asociación con Averías y demostrar la perduración hasta momentos tar-

díos. Por otro lado, la pregunta sobre qué podían estar significando y diciéndonos la presencia de dos tradiciones cerámicas tan distintas en cuanto a tecnología y simbolismo, que aparecían asociadas estratigráficamente en algunos sitios, segregadas en distintos montículos, pero en los mismos sitios en algunos casos y presentes con exclusividad en otros. Y aquí empiezan a incorporarse miradas hacia el mundo andino y del sur de Bolivia que señalaban similitudes de rasgos cerámicos y prácticas y que ponían en juego la posibilidad de un contacto asociado a la emergencia del estilo Averías y al despliegue de la actividad textil sobre una tradición alfarera local más antigua.

Como estos, podemos encontrar en el texto el desarrollo de muchos otros aspectos de orden general y particular (como costumbres alimenticias, funerarias o de habitación), que invito a descubrir. Entre ellos, un capítulo independiente que la autora dedica al análisis de la representación y tecnología cerámica, que desde un inicio la había impresionado por su belleza y calidad. A ello se suman multiplicidad de datos, descripciones y exquisitez de figuras y precisiones especializadas que para el arqueólogo constituyen pequeñas delicias y fuentes inestimables de interpretación, pero que, por razones de espacio, no suelen ser incluidos en los artículos científicos. Habilitar esta información y material constituyó un aspecto adicional por el cual se decidió publicar el libro.

Una de las opciones a tomar cuando resolvimos publicar el manuscrito fue si debía ser actualizado. Con la Dra. Lorandi hemos pensado que esto no solo no era factible, sino que hubiera dado como resultado un nuevo libro, con miradas posiblemente diferentes a las planteadas por entonces e incoherente con su contexto académico, epistemológico, histórico y social de producción. Por ello se ha mantenido como texto histórico, respetando desde la terminología usada hasta la bibliografía de referencia que la autora consideraba por entonces. Esta decisión permite, además de poner a disposición información e interpretaciones inéditas y ricas para el avance de la investigación arqueológica actual tal como en su momento fueron generadas y formuladas, visualizar el estado del arte en dicho momento, con sus inquietudes, certezas, perspectivas teórico-metodológicas y proyecciones a futuro.

En un trabajo a cuatro manos, hemos sí revisado el texto varias veces y discutido algunas resoluciones a tomar. Sobre esa base, hemos agregado algunas pocas notas adicionales (diferenciadas por la sigla C.T.) a las que la autora hizo originalmente y que aclaran o aportan alguna información para la mejor

comprensión del mismo. No se han incluido, en cambio, actualizaciones en el texto, como tampoco se hace una reseña ni discusión sobre propuestas y trabajos arqueológicos desarrollados en la zona con posterioridad y a los que remitimos para que el lector y el investigador los articule con este y use según su propia lectura. Las únicas modificaciones introducidas al texto original son algunas enmiendas de redacción, la supresión de alguna oración que no resultaba claramente comprensible y de la cual no lográbamos recuperar su significado, la incorporación de citas, nombres o datos que no habían terminado de ser incluidos en el manuscrito y la revisión de las jerarquías de títulos. Sin embargo, en ninguno de estos casos se han hecho cambios significativos, solamente los destinados a una mejor comprensión o a completar la edición del manuscrito. Se han mantenido también el prefacio original escrito por Lorandi y los agradecimientos expresados al cerrar el manuscrito.

Las figuras que ilustran el texto, compuestas por mapas, gráficos, dibujos y fotografías, constituyen en su totalidad material producido originalmente. Parte de ellas habían sido ya seleccionadas por Lorandi para acompañar el texto, mientras otras las hemos recuperado conjuntamente de sus archivos para ilustrar más acabadamente el contenido del libro y para ofrecer gráficos inéditos relevantes para la interpretación arqueológica contemporánea. Las referencias que acompañan a las figuras, así como su ubicación en el texto, son una producción actual. Al diseño de la tapa del libro nos pareció significativo que lo hiciera Valentina Fischer-Gieco, hija de Ana María Lorandi, quien trabajó para ello con la representación del búho de la Fase Las Lomas definida y caracterizada por la autora y que constituye una imagen menos conocida que otras.

El texto debe, por supuesto, ser entendido en relación con su momento y condiciones de producción, que hemos tratado de exponer. Lorandi abarcó todo lo que se podía hacer, cubrió todos los estudios factibles del momento y señaló también las que eran apenas ideas a seguir explorando, advirtiendo sobre su carácter de propuestas posibles, matizables, revisables. Trasluce pasión, rigurosidad y absoluta honestidad científica. Es la publicación entendida como obligación de exponer y discutir los resultados obtenidos y las interpretaciones formuladas. Y también como un deber hacia la sociedad, una inquietud de fondo, más profunda y movilizadora, que el prefacio original de la autora transmite. Se ve allí el desasosiego por la prepotencia con que se minusvaloró el mundo indígena y la inquietud –hoy muy reputada pero no por entonces en nuestro país– porque la arqueología sirva para posibilitar el encuentro con ese pasado. Hoy más que nunca, cuando las comunidades loca-

les han comenzado a reclamar su integración en la producción del conocimiento arqueológico y los arqueólogos se han hecho eco de ellas y de la violencia simbólica con que se ha venido haciendo arqueología, esto puede ser más posible. Y también por ello es que hoy este libro debía publicarse, porque fue el esfuerzo de hacer que la ciencia salga del círculo academicista. Esfuerzo y tiempo que pocos investigadores serios "pierden" en esta dirección.

La resolución de dejar el manuscrito como entonces, respetando conceptos y uso de algunas técnicas hoy superadas o mejoradas, responde también a un profundo sentido de honestidad de la autora. Pero además, es un acto de generosidad exponer y acceder a publicar un texto científico treinta años después de haberlo escrito. No hay agradecimiento que cubra esto. Solo la emoción de recibirlo y el deseo de saber aprovecharlo con respeto. Es una fortuna para quienes nos dedicamos a la arqueología disponer del mismo para seguir indagando sobre el pasado regional. Y lo es tanto por la nueva información que provee como por el acceso a una visión integral aún no superada sobre el pasado prehispánico regional. Un libro de síntesis, que al mismo tiempo, sin perder la rigurosidad científica, sea de difusión más general –como fue pensado este–, no se había publicado todavía para Santiago del Estero.

Por eso, más allá de la imagen del búho, me gusta pensar que este libro se llama *Tukuymanta* porque es “de todos”<sup>5</sup>. Ojalá hoy sea motivador. Es una razón más para publicarlo. Y es un privilegio contar con él.

Enero de 2014

Constanza Taboada  
ISES/CONICET - IAM/UNT

---

5. *Tuku*: búho, lechuga. *Uma*: cabeza, cumbre de montaña, cabecilla, jefe. *Tukuymanta*: de todas partes, de todos. Ver desarrollo de la autora en página 69 de este libro.

## Prefacio (1983)

Este libro trata de ser un aporte que pueda interesar a todos aquellos a los que les atraiga el pasado histórico americano. Al escribirlo he pensado primordialmente en los santiagueños, en sus escuelas, en sus estudiantes y maestros y en los alumnos de arqueología y en los científicos, tratando de ofrecer en esta obra un instrumento de información actualizado y accesible que llene el vacío que hemos comprobado con preocupación.

Las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero se remontan a finales del siglo XIX, pero posteriormente la monumental obra de los sabios Emilio y Duncan Wagner sentó un precedente difícil de imitar. En el lapso transcurrido desde entonces se ha avanzado lo suficiente como para justificar la publicación de este nuevo libro, donde se trata de poner en manos del público la información más reciente y elaborada con enfoques renovados. Con esta guía en las manos, pretendemos conducir al lector por los laberintos del remoto pasado santiagueño.

En un mundo de gentes que miran con desesperación hacia el futuro, parece ociosa y sin sentido esta indagación a través del tiempo pasado. Y sin embargo podría ser un ejercicio útil para mejor construir nuestro futuro. El país ha vivido a espaldas de América durante siglos, importando con ansiedad cuanta conquista técnica o cultural se logra en el Viejo Mundo y en los Estados Unidos de Norteamérica. Es manifiesto el desinterés por alcanzar una integración inteligente entre el ideal europeo y el mundo aborígen pasado y presente inmerso en un patrón cultural diferente. Muchos aspectos de nuestra personalidad social, un cierto complejo de inferioridad y de inseguridad, surgen de esta incapacidad para adaptar las formas de vida importadas al patrón preexistente del aborígen. Si ambas corrientes culturales se hubieran enfrentado con la misma jerarquía y prestigio, el desequilibrio provocado por la Conquista se hubiera superado rápidamente. En cambio quedamos a medio camino, y algunos intentos de reconstruir una indefinida cultura nacional parecen zigzaguear en la oscuridad y en la improvisación.

La arqueología es la disciplina que estudia nuestra historia precolombina. Con técnicas modernas es posible reconstruir con cierto grado de certidumbre los sistemas económicos, los modos de adaptación ecológica, el patrón de poblamiento, el desarrollo tecnológico, e incluso recuperar aunque imperfectamente la estructura social, política e ideológica de los pobladores precolombinos de nuestro continente. En el territorio santiaguense, donde la población aborígen se estableció en aldeas y no alcanzó un desarrollo cultural equivalente al de las áreas nucleares de América, es necesario aguzar las estrategias científicas para penetrar en los laberintos más profundos de su pasado. En estos casos, el arte plasmado en sus vasijas de barro es un vehículo de inestimable valor. Por él transitamos en la capacidad de los aborígenes para reproducir y simbolizar la superestructura ideológica. Los alfareros de Santiago del Estero han sabido trasladar con maestría inimitable las categorías míticas a categorías estéticas perfectamente organizadas. El descubrimiento de la estructura y de las pautas de cambio del sistema estético deberá conducir a una mejor comprensión de las categorías del pensamiento aborígen.

Hay también otros aspectos de interés que debemos destacar en esta oportunidad, y se refieren a la adaptación ecológica y su resultante económica, de la cual expondremos numerosos y variados ejemplos en este libro. El hombre americano tenía un conocimiento de su medio basado en siglos de observación y aprendizaje, una captación del acontecer que se realiza a través de la vida emotiva del hombre, como dice Rodolfo Kush. Los indígenas eran hombres comprometidos con su entorno físico y superestructural, no tan solo espectadores en el mundo. ¿Por qué el europeo no rescató esa sabiduría? ¿Por qué lo ignoró? Tal vez porque eran dos lógicas diferentes e hizo pocos esfuerzos para entenderlo. La arqueología tiene que hacer de puente sobre ese abismo y unir las manos que no se tocaron nunca. Si queremos recuperar nuestro pasado, solo lo haremos si logramos entenderlo. Estamos habituados a mirar al indígena desde la óptica europea. En este sendero muchos trabajos científicos no hacen sino agudizar esa tendencia. Debemos realizar un

enorme esfuerzo para revertir esa imagen. Recordando el título de un hermoso libro del mejicano León Portilla, debemos recuperar “la visión de los vencidos”. En los últimos años hemos avanzado un poco en esta ruta, pero aún estamos en sus inicios. El camino es largo y plagado de escollos. Debemos revertir los enfoques teóricos y abordar la investigación con el mayor número de recursos técnicos, con múltiples estrategias metodológicas. En síntesis, tenemos que convertir a la arqueología en una etnografía histórica y rescatar esas sociedades que vivían en regiones que en muchos casos hoy son solo el reino de la maleza y donde la soledad se abate como un fantasma abrumador. El trauma que nos dejó la Conquista aún no ha sido superado, y es necesaria una actitud de plena madurez y de gran lucidez para ayudarnos a romper el cerco que se cierne sobre América.

Ana María Lorandi

---

## Agradecimientos del manuscrito original de 1983

En primer lugar quiero agradecer a todo el pueblo santiagueño que sin distinciones nos ha recibido con amabilidad y brindado su franco apoyo y colaboración. Mención especial merecen el Gobierno de la Provincia y el Museo Arqueológico Provincial que concedieron los permisos de excavación y colaboraron con vehículos, equipos y personal, y poniendo a disposición las valiosas colecciones del Museo. La Sra. directora del Museo, profesora Amalia Gramajo de Martínez Moreno y su esposo, don Hugo Martínez Moreno, merecen por este apoyo mi más sincero agradecimiento.

Deseo expresar en especial mi afectuoso recuerdo para las siguientes familias santiagueñas: Sr. Samuel Bercoff y familia y Sr. Aymeric, de Icaño; Sres. César y Jorge Azar, de Colonia Dora; Sr. Lalo Sosa y familia, de la escuela N° 254 de El Veinte, Matará. Todos ellos nos brindaron sus hogares y su afecto.

Agradezco las colaboraciones técnicas de las siguientes instituciones y personas. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) por su permanente ayuda económica; a la Delegación Argentina de la UNESCO por los fondos especiales consignados para estas investigaciones; al Centre des Feibles pour la Radiactivité de Francia, y a su Directora Mme. Delibraís, por los fechados radiocarbónicos; al Dr. Murray Thames y al Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas de Venezuela. Al Museo de La Plata por haber brindado sus laboratorios, y a los siguientes investigadores de esta Institución: Dres. Eduardo Tonni, Alberto Cioni y Jorge Zetti por los estudios de fauna; Dr. Jorge Crisci por la colaboración en los estudios de Taxonomía Numérica; Dres. Mario Iñiguez, Amalia Leguizamón y C. Merodio por los análisis mineralógicos; Sr. J. M. Ajeitos por las experiencias con alfarería. A la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Buenos Aires y a los Dres. Julián Cámara Hernández y Juan Limongelli por los estudios botánicos. A la Dra. Lilia Chávez de Azcona por los estudios antropológicos. A los que colaboraron con dibujos para este volumen, Nélica Carrió, Eduardo Fazio y Carlos Tremeouilles.

Esta obra no hubiera sido posible sin la ayuda invaluable de mis más estrechos colaboradores durante las largas campañas y los trabajos de laboratorio: Nélide Carrió y Delia Lovera de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario; María Elena Gonaldi, Eleonora Mulvany y Silvia Caramazana del Museo de Ciencias Naturales de La Plata. A los alumnos que colaboraron en las excavaciones y participaron en los diversos trabajos.

---

Capítulo I  
**EL MÉTODO ARQUEOLÓGICO**

El acceso al pasado no puede ser concebido sino como una tarea rigurosa que nos aproxime a la dinámica de una sociedad ya desaparecida, pero que tuvo sus reglas de conducta y un sistema económico relacionado con un determinado nivel de desarrollo tecnológico y con una riquísima concepción superestructural. Reconstruir la historia de estas sociedades, los cambios a través del tiempo, sus causas, los ajustes en los sistemas, etcétera, ya no es tarea de diletantes sino que exige una metodología precisa y racionalizada. La vieja tarea de anticuario, la simple recolección de objetos, por más bellos que sean, no es suficiente para agotar nuestra necesidad de conocimiento histórico. Una sociedad que vivió, trabajó, amó y sufrió en el pasado es algo más que una muerta colección de objetos y por ello estos solo pueden ser un medio, entre otros tantos, para aproximarnos a ese mundo que ya no nos es directamente observable. Los restos materiales dejados por los pueblos desaparecidos se transforman, en manos del arqueólogo, en instrumentos para aproximarnos a la dinámica social de una población que ya no convive con nosotros. Pero esto no es suficiente. El análisis de las condiciones medio ambientales modernas y antiguas –esta última llamada paleoecología– será de singular importancia para comprender la potencialidad económica de una determinada región, las características del paisaje que entorna al hombre y que en parte condicionará su acción inmediata, e incluso algunos de los aspectos de su concepción del mundo y de su mitología.

Vemos así que comienzan a surgir claramente en el espectro de observación dos aspectos: los objetos en sí mismos, que dan información sobre desarrollo técnico, explotación de materias primas, estética y funcionalidad en general (instituciones y costumbres); y la relación de estos con el medio ambiente, que revela la capacidad social para explotarlo y condicionará algunas de las características de la estructura social. El hombre vive en sociedad, en grupos familiares, en aldeas, en sociedades mayores que actúan solidariamente en relación con su medio ambiente. Este tiene que ser explotado para permitir la supervivencia y de esta actividad subsisten sus instrumentos de trabajo, las huellas o restos de cultivo y de alimentos. De los poblados nos quedan las viviendas y los utensilios; podemos recuperar el patrón o plano de disposición de las viviendas, las formas de las casas y los materiales de construcción, la manera de adaptarse al paisaje y los métodos de controlar y explotar la naturaleza. Este paisaje, con sus llanuras, sus ríos, sus bosques, alimenta al hombre con los miles de seres que lo pueblan. El hombre tuvo que integrarse a él como una parte indisoluble del mismo. Para entender al aborigen es necesario comprender que para él no existían fronteras entre el hombre y la naturaleza. No concebía el paisaje como ajeno al hombre, como nos

lo señala la lógica occidental. Ahora nosotros pensamos: aquí el hombre, allí el medio ambiente, interactuando, sí, pero diferentes; algo así como ajenos. En aquellas sociedades este divorcio no existía. Para ellos todo era una unidad. Por esto la explicación de los fenómenos que el hombre observaba, reflejada en sus mitos, en su ideología cósmica y en su ritual, demuestran esa profunda integración. Del mismo modo debe marcarse la ausencia de otra frontera que actualmente se ahonda cada vez más; aquella que separa al hombre, como ser “racional y práctico”, de su cosmovisión religiosa. En síntesis, todo era una unidad, no había fronteras entre el hombre y sus mitos, no las había entre el hombre y la naturaleza.

En tanto que miembros de la llamada “cultura occidental”, los arqueólogos han desarrollado apenas una metodología que permite rescatar el pensamiento indígena, y muchas de las explicaciones que damos a los fenómenos observados pueden no ser las correctas. Lamentablemente, la única forma en que podemos enfrentarnos con ese pasado, en tanto que objetivo de investigación, es sectorizándolo. Sin embargo, se debe tener en claro que esta sectorización es un recurso metodológico que no se corresponde con la realidad. Si la arqueología, en tanto que *etnología histórica*, procura llegar en última instancia al conocimiento de la historia social precolombina, un aspecto central de investigación es el de la conducta social. Si partimos de la esencial unidad hombre, desarrollo técnico, naturaleza, mito y ritual, muy pocos actos cotidianos tendrán relación con uno solo de estos aspectos. En principio, suponemos una conducta pautada por los aconteceres naturales y sobrenaturales y eso es justamente lo más difícil de rescatar. A través de la ciencia podemos recuperar relaciones, por ejemplo, entre el nivel de desarrollo tecnológico, el tipo de economía y la densidad demográfica. Pero la vinculación entre estos aspectos con el arte, ya no es tan fácil, como no es fácil tampoco reconstruir la conducta social que vincula estos diferentes aspectos de una realidad. En síntesis, sabemos de antemano que, por el momento, tenemos muchas dificultades para recorrer el mundo del pasado, asidos de la mano de sus hombres. Nuestra guía son los objetos materiales y sus relaciones dinámicas con el paisaje y la proyección del comportamiento social que nos revelan. Estos son los jalones o postas de este alucinante recorrido.

Si la preocupación totalizadora preside nuestras investigaciones, será posible hacer un juego integrado entre grandes *hipótesis* –la interpretación de lo posible– y las inferencias que surjan de la observación de los restos exhumados, es decir: los indicadores locales. Es por lo tanto un método dialéctico-deductivo-inductivo por el cual procuramos comprender el pasado por me-

dio de las evidencias disponibles y en relación con un *marco teórico general*. Dentro de este marco, debemos incluir todas las posibles formas de relaciones entre las diferentes sociedades que habitan una región, las que pueden mantener con otros grupos más distantes, instalados en medios ecológicos diferentes, y los procesos de invasión, migración, conquistas, mestizaje, transculturación, etcétera, que pueden derivar de estos tipos de relación o de la ausencia de ellas.

¿Cuáles son, entonces, los caminos *–el método–* por medio de los cuales el arqueólogo se aproxima al conocimiento de ese pasado? La primera etapa de toda investigación recibe el nombre de *prospección*. La prospección incluye una gran cantidad de tareas y la utilización de complejos recursos técnicos. En primer lugar, será imprescindible disponer de buenas cartas geográficas *–mapas de gran escala–* y si fuera posible de fotografías aéreas, de las cuales extraeremos una serie de informaciones acerca del paisaje, tales como recursos, lugares óptimos para habitación, etc. Son también importantes los estudios de clima, de suelos, del régimen de los ríos, de la flora y de la fauna actuales y extintos. Largos viajes de observación nos permitirán luego hacer completos inventarios de los asentamientos prehistóricos *–prehispánicos–* existentes, las características del plano de cada uno (donde se anotarán los diferentes tipos de restos, como por ejemplo, abrigos, cuevas, construcciones, espacios abiertos, caminos, etc.), su vinculación con los recursos hídricos o sus diferentes formas de apropiarse y conservar el agua. Cuando el arqueólogo realiza este inventario, levantando planos, recogiendo muestras de plantas y de fauna, realiza también recolecciones de objetos arqueológicos que la erosión va dejando en superficie. Tales restos pueden ser cerámica, utensilios de piedra, de hueso, etc. Esta recolección se hace aplicando ciertas técnicas que permiten obtener una muestra significativa, sin agotar las existencias. En muchos casos esta prospección se completa con algunos *sondeos* efectuados para conseguir que completen el panorama prospectivo. De esta forma, tan sintéticamente expresada, el arqueólogo tiene en sus manos una cierta cantidad de información primaria, que le permitirá apreciar las condiciones generales de los asentamientos y al mismo tiempo marcar las diferencias y similitudes. Habrá sitios más grandes, los habrá más pequeños, unos cerca del agua, otros más alejados, pero que usan otro sistema hidráulico; notará diferencias en los tipos de utensilios, en los patrones y temática de la decoración de la alfarería, etc. De esta forma el investigador tiene material para comparar la información preliminar de su región con las de otras áreas. En este momento estará en condiciones de formular las primeras *hipótesis* acerca de la forma en que pudo desarrollarse el proceso cultural. Al

mismo tiempo, las prospecciones tienen un apoyo valiosísimo en todos los trabajos que se hicieron anteriormente. Es lo que se llama la *información bibliográfica*. De esta forma, el cotejo de lo ya escrito con los nuevos datos permite construir una plataforma de partida suficientemente sólida como para limitar los márgenes de error.

La segunda etapa, es aquella en la cual se inician las investigaciones intensivas. Por un lado se realizan *excavaciones* que recuperan datos más completos acerca de las formas de vida del pasado. Se recogen los restos de alfarería y de alimentación, los instrumentos y utensilios de todo tipo que cada sociedad ha fabricado. Es imposible enumerar todo lo que puede hallarse porque esto depende del ambiente y del tipo de sociedad y grado de desarrollo y complejidad que se haya alcanzado. En cambio es un dato importante y general la recolección de carbón obtenido en los fogones o maderas quemadas por cualquier causa. Con él se pueden hacer análisis radioactivos –el llamado Carbono 14– que nos dará la fecha en años, más o menos exactos, de la ocupación del sitio arqueológico. Los restos recogidos en las excavaciones y la información que los acompaña son analizados luego en el laboratorio, procurando distinguir las pautas de fabricación de los objetos, tarea que culmina en una *clasificación* de los datos y los materiales. Es importante conservar la *asociación* entre los distintos objetos, porque de ello se infiere simultaneidad de uso, ya sea de elementos de un mismo *contexto* (es decir pertenecientes a un mismo grupo social o de uso), ya sea de contextos diferentes, lo cual demuestra que existe algún tipo de relación entre dos o más grupos sociales. La comparación de materiales de distintos niveles estratigráficos (sobre el principio básico: a mayor profundidad mayor antigüedad relativa), o de distintos sitios, permitirá distinguir las formas que adopta el cambio ya sea este de orden técnico o de modos de explotación económica, ideológico, etc. Este cambio se estudia a través del tiempo y del espacio. La *comparación* con materiales de otras áreas nos conducirá a comprobar si existieron relaciones entre diversos grupos sociales y qué características tenían estas relaciones. Otro aspecto fundamental se refiere al tratamiento de restos humanos que suelen hallarse, ya sea dentro de las viviendas, sea en verdaderos cementerios, o en forma aislada. Con la colaboración de la antropología biológica podremos conocer las características físicas de los habitantes de la región: si fueron los mismos en todas las épocas o si hubo reemplazos, etc. La asociación de los restos humanos con los restos materiales nos dará información, por ejemplo, sobre si un mestizaje fue acompañado de intercambio cultural; si un brusco cambio cultural se debe a un reemplazo de población, etc.

La discusión final sobre la significación de la información obtenida se logrará después de someterla a un *análisis crítico* muy riguroso. Actualmente se acude a técnicas modernas, como la computación entre otras, pero esto no es suficiente. Cada información debe ser contra chequeada con las restantes y puesta en relación con las hipótesis parciales. De esa forma, aceptando, rechazando o modificando hipótesis se podrá ir obteniendo un cuadro coherente de la cultura y la sociedad que se está investigando.

No es este un libro de metodología y sería muy largo enumerar todas las posibles formas de vida de los pueblos y todos los fenómenos de cambio, guerras, préstamos, migraciones, etcétera, que pudieron producirse. Lo cierto es que un arqueólogo profesional cuenta con una vastísima información general y cuando formula una hipótesis deberá pasar esos conocimientos por el "cedazo" de las situaciones posibles en la región. En este sentido será entonces muy útil remarcar que las excavaciones de gente que desconoce los recursos técnicos adecuados y que solo está movida por la curiosidad, son altamente perniciosas, porque destruyen evidencias que solo serán útiles si se las estudia en forma integrada y en un marco de investigaciones sistemáticas. *Cada objeto que se destruye equivale a destruir la página de un libro.* La destrucción de las pocas páginas que restan en el libro del pasado puede significar la imposibilidad final de leerlo.

---

Capítulo II  
**HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA  
SANTIAGUEÑA**

El inventario más completo acerca de la historia de las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero fue realizado por Amalia Gramajo de Martínez Moreno en un trabajo titulado “La Arqueología santiagueña, su historia y evolución”, publicado en un número especial del diario *El Liberal*, dedicado a conmemorar el 75° Aniversario de su fundación (Gramajo de Martínez Moreno 1973). Será dicho trabajo, por lo tanto, la fuente primordial para este capítulo, al cual agregaremos algunas referencias que permitan vincular las investigaciones más antiguas con las más recientes, si bien en el curso de los apartados subsiguientes volveremos repetidamente sobre el tema.

Los descubrimientos más antiguos en territorio santiagueño se remontan a 1873. En este año el viajero Tomás J. Hutchinson “...exhumó urnas funerarias y restos esqueléticos” en un sitio denominado El Bracho, cerca de Icaño, sobre la margen derecha del río Salado (en Gramajo de Martínez Moreno 1973: 100). En 1876 el Dr. Hermann Burmeister, en su obra *Description physique de la République Argentine*, hace referencia a descubrimientos realizados en Santiago. Luego existen algunos hallazgos y referencias de Ameghino, Moreno, Pelleschi y Adán Quiroga, quienes recuperaron restos de urnas y esqueletos en varias partes de la provincia, en especial en la región del río Dulce. A partir de 1899, con las primeras investigaciones de Juan B. Ambrosetti, muy justamente considerado el Padre de la Arqueología Argentina, se inicia un período que Amalia Gramajo ha certeramente denominado “Iniciación de los estudios”. Ambrosetti realizó algunas excavaciones en un sitio muy próximo a la ciudad de Santiago, denominado Tarapaya, cuyos resultados da a conocer en un trabajo titulado *Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero* (Ambrosetti 1901). Tanto este material, como una urna hallada en el departamento Robles, en el campo del Sr. Jesús Fernández (del cual tomó la urna su nombre), le permitieron a Ambrosetti establecer relaciones entre las culturas prehispánicas de Santiago con las del área llamada por entonces Diaguita-Calchaquí del NOA. En realidad, en el sitio Tarapaya, Ambrosetti encuentra material de las dos fases más importantes descubiertas y definidas posteriormente en Santiago. Sus hallazgos consisten en urnas toscas (probablemente del tipo que hoy denominamos Ordinario Rugoso)<sup>6</sup> conteniendo entierros de niños; fragmentos que, como la urna Jesús Fernández, corresponden al tradicional Sunchituyo, denominación dada primeramente por Henry Reichlen en 1940 a un grupo alfarero de la fase media

---

6. En todo el texto los tipos cerámicos se subrayan para su mejor diferenciación. N. de C.T.

de Santiago. Ambrosetti halló también material que posteriormente se definió como Averías (o Yocavil. Esta última denominación sirve para identificar a piezas similares en territorio catamarqueño).

A medida que avancemos en este capítulo y en el desarrollo total del libro, el lector podrá encontrar completas definiciones y discusión de cada uno de los conceptos y términos mencionados en el párrafo anterior, pero aunque por el momento estas referencias parezcan prematuras le permitirán seguir con más detenimiento no solo la cronología de los descubrimientos arqueológicos, sino su importancia en el desarrollo del pensamiento científico relativo al área. En el trabajo de Amalia Gramajo se pueden encontrar también referencias a los estudios del Dr. Alejandro Gancedo, y a la génesis de lo que posteriormente se transformará en el Museo Arqueológico Provincial. Esta Institución fue fundada en 1917 bajo el nombre de Museo Arcaico, y su colección inicial estaba formada por los materiales arqueológicos y etnográficos reunidos por el Dr. Gancedo.

Por esta época ya son intensas las investigaciones que don Emilio Wagner venía efectuando en la provincia, especialmente en la región del Salado. Desde sus primeras visitas al país en 1893 y hasta el final de su vida, el naturalista francés, junto a su hermano Duncan, fue un incansable apasionado de la prehistoria santiagueña. La magnitud de la principal obra de los hermanos Wagner (1934) no puede ser disimulada ni oscurecida a pesar de su desmedido afán de establecer relaciones culturales directas entre esta región y el Viejo Mundo. No podemos dejar de decir que un sistema comparativo tan amplio y hecho sobre todo con aproximación intuitiva, desató la severa réplica de la "ciencia oficial" argentina. Sin embargo, un observador tan sutil y un trabajador tan empeñoso como don Emilio no pudo, como era lógico, limitarse a reunir piezas en forma descontrolada como muchos parecen creerlo. Es cierto que la información acerca de la procedencia y asociaciones de las piezas no fue consignada o no se conservó debidamente en el Museo. Pero si se lee cuidadosamente la clasificación del material, a veces explícita, otras, implícita, sale a luz que percibió con gran claridad los fenómenos que se habían producido en Santiago. Es de lamentar que por falta de método no haya explicitado de otra forma sus clasificaciones y observaciones. A veces es difícil entresacar los datos, mezclados como están, con una cantidad de observaciones colaterales que revelan una sólida formación humanística, típica del intelectual europeo de principios de siglo. Se percibe una especie de afán de reflejar toda "La Cultura" en un solo libro. Y eso oscurece aquella información precisa que se halla escondida entre tan-

tas frases grandilocuentes. Pero sus colecciones y su libro son el material de cabecera del arqueólogo moderno. Está claro que hoy trabajamos con otros métodos, pero la primera tarea para obtener un punto de partida coherente es reordenar los datos que se pueden obtener de la obra de los Wagner sobre los nuevos esquemas.

Al mismo tiempo, en la década del treinta, se realizan excavaciones de otros investigadores argentinos, entre los que se encuentran Héctor Greslebin, Francisco de Aparicio y Joaquín Frenguelli. Fueron importantes las excavaciones y materiales exhumados por Rafael Delgado, Augusto Helman Gauna y el Dr. Jorge Argañaraz, cuyas colecciones forman parte del Museo Arqueológico Provincial<sup>7</sup>. De esta forma se van conociendo progresivamente muchas de las áreas arqueológicas de Santiago, desde la región del Chaco Santiagueño, el Salado, la Mesopotamia, el Dulce y la Sierra de Guasayán. Al finalizar esa década se publica un tomo de la Sociedad Argentina de Antropología (*Relaciones 1940*) dedicado a los aborígenes de Santiago del Estero, donde se presentan trabajos de J. Frenguelli, S. Canals Frau, F. Márquez Miranda, F. de Aparicio, J. Imbelloni, A. Serrano, E. Palavecino y otros. Por su parte, Antonio Serrano publica su libro *Etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada Civilización Chaco-Santiagueña* (Serrano 1938). Tanto en el trabajo de Serrano como en el tomo de la Sociedad Argentina de Antropología, se discute mucho la excesiva antigüedad adjudicada por los hermanos Wagner a las culturas prehispánicas de Santiago. En el tomo de *Relaciones* aparecen los primeros estudios ecológicos/geológicos como el de Frenguelli; antropológicos como el de Imbelloni, o etnográficos como los de Palavecino y Serrano, que amplían el panorama histórico-cultural de la región. Contemporáneamente se publican algunos trabajos de Alfredo Castellanos "...que apuntan a la búsqueda del origen y antigüedad del hombre primitivo" (Gramajo de Martínez Moreno 1973: 106).

Entre 1937 y 1938 se efectúan las investigaciones del entonces muy joven científico francés Henry Reichlen. En el trabajo que luego publicó en el *Journal de la Société des Americanistes de Paris* (1940), Reichlen expone la primera síntesis, ordenada en forma sistemática y cronológica, del proceso cultural en Santiago. Sus aportes principales son los siguientes: 1) Define por primera vez el contexto (antes apenas esbozado por los Wagner) de lo que hasta

---

7. Actualmente denominado Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales "Emilio y Duncan Wagner". N. de C.T.

hoy<sup>8</sup> se considera la fase alfarera más antigua de la provincia, luego denominada Cultura Las Mercedes por Gómez; 2) Define y describe los contextos asociados a la Rama B de la Civilización Chaco-Santiagueña (según la denominación de los Wagner), cambiando a la vez esta designación por la de Industria Sunchituyo y lo mismo hace con el material de la Rama A de esos autores red denominándola Averías; 3) Establece un orden de sucesión cronológica para estas tres industrias, fases o culturas.

Si bien en capítulos siguientes volveremos repetidamente sobre el tema, ampliando los detalles y las correlaciones, es importante desde este momento tener presente la significación de los aportes científicos de Reichlen, a tal punto que su cronología fue la que se ha aceptado durante treinta años, prácticamente sin discusión, ya que a partir de 1940 se hicieron pocas investigaciones sistemáticas en el área, con excepción de las de Jorge von Hauenschild. La actividad de los hermanos Wagner se prolongó hasta su muerte, y su sucesora, Olimpia Righetti, fue quien continuó trabajando en Santiago en los años subsiguientes.

Entre las excavaciones de la década del cuarenta caben destacarse las de Maldonado Bruzzone y Enrique Palavecino, en el río Dulce, cuyas colecciones están actualmente depositadas en el Museo de La Plata y hemos estudiado. En 1941, Asbjorn Pedersen (1952) realizó un estudio de las piezas de metal recuperadas en la provincia. Mención especial merecen los trabajos de Von Hauenschild (1948, 1949, 1951) cuyos resultados fueron publicados por la Universidad Nacional de Córdoba, donde se conservan sus colecciones. Estos son significativos porque intensificaron las investigaciones en la región del río Dulce y consiguieron ampliar considerablemente todo lo que se conoce referente a la posteriormente llamada Cultura Las Mercedes. Tan es así que esta colección y muchos de los sitios excavados por este autor fueron base primordial para los posteriores trabajos de Roque Gómez (1966).

En 1948 se publicó un libro que fue y sigue siendo básico para la arqueología argentina. Se trata de *Northwest Argentine Archeology* dirigido por Wendell Bennet. Son trabajos hechos sobre bases bibliográficas, es decir, sin que se hayan realizado investigaciones directas en el país. El capítulo referente a San-

---

8. En esta, como en otras oportunidades en las que se hace mención al momento de escritura del libro, las referencias deben ser ubicadas hacia 1983, que es cuando se cerró el manuscrito. N. de C.T.

tiago del Estero se titula "The East" y se debe a la pluma de Everett Bleiler (1948). Presenta tipologías cerámicas y algunos datos de contexto, con una organización cronológica diferente a la de otros autores en muchos aspectos. Su clasificación alfarera es analítica y trata algunos problemas con acierto, pero tiene relativa vigencia en la actualidad. Finalizando esta etapa podemos mencionar las monografías de Raúl Ledesma: *Sumampa* (1957) y *Maquijata* (1961), que ofrecen datos de interés.

En 1966 se conoce el primer trabajo realizado según criterios metodológicos modernos. Se trata de *La Cultura de Las Mercedes*, de Roque Gómez. Este joven fue durante muy corto tiempo director del Museo Arqueológico de Santiago del Estero. Su investigación sobre la llamada Cultura Las Mercedes condujo a la primera organización contextual y cronológica sistemática del período alfarero temprano. Sus trabajos han continuado, incluso con nuevas publicaciones, y seguramente en el futuro seguirá aportando informaciones de gran valor científico.

Desde 1967 ocupó el cargo de directora del Museo Arqueológico Provincial la Profesora Amalia Gramajo de Martínez Moreno, cuyas investigaciones arqueológicas ya habían comenzado en 1958. Esta investigadora ha prospectado y excavado diferentes sitios en toda la provincia, y parte de sus trabajos se han concentrado en la región de la Sierra de Guasayán. La mayor parte de sus materiales están en estudio por lo que se espera de ellos importantes novedades. Con la colaboración de su esposo Hugo Martínez Moreno, quien se ha dedicado especialmente a los estudios artesanales y folclóricos, realiza una importantísima labor de organización del Museo y difusión cultural en la provincia, labores estas que se detallan en diversas publicaciones del Museo.

A partir de 1965 comienzan mis propias investigaciones en la zona. En un primer momento se hizo una simple y circunstancial prospección en la Sierra de Guasayán. Recién en 1967 se dio comienzo a una investigación sistemática cuando se realizaron las primeras campañas en Icaño (departamento Avellaneda) y su área próxima. Las investigaciones no han cesado hasta el momento de escribir este texto y en gran parte este libro está destinado a una presentación sintética de las más importantes contribuciones que se hicieron durante este período. En cada capítulo se hará referencias a los alumnos que colaboraron en estos trabajos, algunos ya son profesionales formados, otros siguieron otro camino. Las colaboraciones más importantes corresponden a Nélida Carrió que participó de las campañas en Guasayán, Icaño, Quimili Paso, en la prospección de numerosos sitios y en la clasificación de materiales

del Museo de La Plata, del Museo de Santiago del Estero y de la colección Von Hauenschild de Córdoba. Delia Magda Lovera colaboró en el trabajo de laboratorio de materiales de Quimili Paso y en las prospecciones y excavaciones de 1971 y 1973. En los años 1973 y 1975 un grupo de alumnos del Museo de La Plata intervino en la excavación del sitio El Veinte. Entre ellos quiero mencionar especialmente a María Elena Gonaldi. Parte de estos colaboradores trabajaron en el análisis de la información y hemos presentado en conjunto un informe al III Congreso Nacional de Arqueología, luego publicado en la revista *Etnía* (Lorandi *et al.* 1977). Son ellos, por orden alfabético: Raúl Arias, María Elena Gonaldi, Eleonora Mulvany y Lorediana Nordio.

Si bien no nos corresponde hacer la crítica de nuestros propios trabajos, queremos mencionar en este capítulo cuáles son, a nuestro juicio, los aportes más significativos que nuestras investigaciones han hecho al conocimiento de la prehistoria santiagueña. En primer lugar, hemos intentado cronologizar y organizar en fases el proceso cultural de los tradicionalmente llamados períodos medio y tardío. Obtuvimos los primeros fechados radiocarbónicos para Santiago (Lorandi 1970, 1972) y los trabajos de tipología y seriación (Lorandi 1974; Lorandi *et al.* 1979) contribuyeron en el esclarecimiento del proceso histórico. Las excavaciones y prospecciones en numerosos sitios permitieron tener más clara información de los contextos de cada fase (Lorandi 1978).

El estudio del arte decorativo de la alfarería condujo a la elaboración de un código analítico y a la confección de fichas de descripción que están permitiendo reunir un corpus completísimo de todas las modalidades de decoración alfarera de Santiago, estableciendo sus relaciones con la morfología, la técnica de fabricación, etc. Este trabajo recién comenzó a dar sus frutos, pero esperamos de él importantes contribuciones. Para esto contamos con la colaboración de las licenciadas Silvia Caramazana y Marta Páez, y del Dr. Jorge Crisci.

La etapa que comenzó hacia 1965 no ocupa mucho espacio en este capítulo, justamente porque ya no es historia sino presente y porque además los aportes que se han hecho serán los que se exponen a lo largo del resto del libro. Incluso, y esto hay que tenerlo muy en cuenta, algunas de las investigaciones realizadas en los últimos años aún no han dado frutos suficientemente maduros como para justificar su publicación.

Capítulo III  
**EL MEDIO AMBIENTE**

El cuadro biogeográfico de Santiago del Estero debe presentarse como el de una región ecológica específica, que exigirá, por lo tanto, especiales patrones de adaptación humana. La provincia podría dividirse en tres zonas: el occidente, integrado por la Sierra de Guasayán y su llanura de piedemonte, la llanura central, y las sierras del sur, que se integran al sistema de Sierras Centrales. La primera comparte caracteres especiales que la vinculan con toda la región Valliserrana. La misma se extiende en dirección norte-sur con una altura máxima de 700 msnm. Las cumbres más altas presentan zonas de pastos y perfiles suaves, mientras la ladera oriental, que forma la primera barrera a los vientos del este, concentra una franja de selva subtropical que ecológicamente la vincula a toda la línea de sierras subandinas, que se extiende ininterrumpidamente hasta el sur del altiplano boliviano. Es decir, desde el punto de vista ecológico, conforma una unidad bien definida, cuyo carácter esencial lo constituye el ser primera frontera entre las llanuras boscosas o selváticas y el ambiente andino occidental.

En la región misma de las Sierras de Guasayán se conforma una zona que, junto con las sierras catamarqueñas de El Alto, Ancasti y Narváez, forma una franja de caracteres ecológicos muy particulares, que se corresponde con un desarrollo cultural prehispánico de contacto y creación original apenas conocido. Por ello la región del occidente de Santiago del Estero pertenece a un medio ecológico y cultural distinto al de la llanura central. Pudo haber sido un área donde convergieron colonias de zonas altas más alejadas, siendo este un factor coadyuvante para que esta región presente composición social multiétnica. Esto no es sino una hipótesis aventurada, pero que según la información disponible podría generar interesantes resultados. Por ello pensamos que la fase cultural prehispánica más antigua del área sería Las Mercedes, que tiene su centro de desarrollo en esta zona y constituye un antecedente cultural de la Tradición Chaco-Santiagueña, pero no forma parte total de la misma.

La franja limítrofe con Córdoba comparte caracteres mixtos, donde alternan las últimas estribaciones de las Sierras Centrales con la prolongación meridional de la llanura. Solo en algunos sectores es fértil y apta para la instalación humana. Hacia occidente están las Salinas Grandes y la zona es en la actualidad excesivamente desértica. De todas formas este es un proceso que se ha hecho más agudo con el paso del tiempo, y es probable que en las márgenes de las salinas, antiguas lagunas, puedan existir huellas de ocupaciones muy tempranas.

El núcleo del desarrollo cultural prehispánico del territorio santiagueño se encuentra en la llanura, que se presenta con caracteres específicos que generaron un peculiar tipo de instalación humana. Se trata de una extensa planicie con amplias zonas deprimidas, ocupadas por pantanos y salitrales y cubierta originalmente por bosque chaqueño. Su altura media es de 214 msnm. La llanura presenta en su mayor parte una cubierta de suelo arenoso loésico, cuyo origen es mixto: en parte eólico, en parte, por depositación fluvial y lacustre. Este suelo soporta periódicamente depositaciones de limos que tienen lugar durante la creciente de los cursos fluviales que lo atraviesan, y al mismo tiempo está sometido a una constante erosión eólica que se agrava por la deforestación. Actualmente, el hombre ha controlado el régimen de los ríos con el propósito de utilizar sus aguas para riego permanente. Pero a causa de esto, extensas regiones del sur de la provincia, hasta las que no alcanza el sistema de riego, se ven privadas de la inundación fertilizante y según algunos informes han visto considerablemente disminuido su potencial agrícola. Por otra parte eso hará que se acrecienten los efectos de la erosión.

La provincia se encuentra atravesada por dos grandes ríos alóctonos, el Dulce y el Salado, de régimen torrencial; cursos aproximadamente paralelos y lo suficientemente próximos como para dejar entre ambos una región mesopotámica que comparte gran número de los rasgos morfológicos de sus márgenes. El río Dulce se forma por la confluencia de los ríos Salí y Hondo. Su caudal es importante y rápido en el curso superior, pero llegando a la llanura se hunde en los suelos bajos y con escasa pendiente, perdiéndose frecuentemente su curso principal y derivando en períodos irregulares, de lo que resulta una gran cantidad de arroyos secundarios. Dado que el régimen es torrencial, las aguas desbordan su cauce en los períodos de crecientes, cubriendo sus márgenes con limos fertilizantes, pero también inutilizando los suelos con arcillas y sales. El río Dulce desemboca en la laguna de Mar Chiquita en Córdoba, y por su recorrido desde las sierras occidentales hasta el norte de la zona pampeana, ha servido como una importante vía de comunicación. Su cuenca efectiva se extiende sobre las faldas de las sierras Calchaquies, Aconquija, Santa María, Narváez, El Alto y Ancasti en Tucumán y Catamarca. Este fenómeno debe destacarse pues el curso superior del río y su cuenca ofrecen características culturales especiales que, aunque no son todavía suficientemente conocidas, permiten diferenciarlo como una subárea del Noroeste argentino.

Según apunta Frenguelli:

“El curso de ambos ríos (el Dulce y el Salado), en comparación con la ruta

precaria de las depresiones, pudo adquirir mayor importancia, no sólo como vía de dispersión y tránsito, sino también como zona de estacionamiento humano. En efecto, sólo en sus márgenes pudieron haber prosperado poblaciones sedentarias de agricultores. Pero desde este punto de vista, más que las depresiones y los mismos ríos, la máxima importancia debió ser alcanzada por las áreas nodales, formadas por la intersección de ambos sistemas hidrográficos. Efectuándose según un ángulo agudo, hemos visto ya que esta interferencia origina áreas chatas y deprimidas que se prolongan a veces considerablemente a lo largo de los alvéolos fluviales y provocan en ella, por divagaciones de meandros y ramificaciones de cauces, la formación de una complicada red de canales naturales de aguas permanentes. Una de estas áreas nodales de notable desarrollo, determinada por la intersección de la zona deprimida occidental y el valle del río Dulce, sigue el curso de este río desde la ciudad de Santiago hasta más allá de Salavina, ensanchándose transversalmente desde Villa San Martín y Loreto hasta Fernández y Taboada. Su importancia como área de dispersión y estacionamiento humano está revelada por la considerable cantidad de materiales arqueológicos que de su suelo pudieron exhumarse” (Frenguelli 1940: 19).

A pesar de la afirmación de Frenguelli, hay zonas alejadas de esta “área nodal” que tienen desarrollos equiparables desde el punto de vista cultural.

El otro río, el Salado, arrastra gran cantidad de material sólido, como consecuencia de tener sus cabeceras en regiones de lluvias estivales, que permanecen secas durante ocho o nueve meses al año. La cubierta vegetal pobre y los suelos expuestos a los factores de desintegración mecánica dan como resultado una cantidad importante de material suelto, luego fácilmente capturado por las aguas, trasladado a las zonas más bajas, y depositado en la llanura sin pendiente. Esto favorece la formación de deltas interiores con acumulaciones de mayor espesor en las zonas salitrosas o de marjales y hace que el curso principal del río se pierda durante espacios considerables, para reencontrarse luego en zonas aptas. Durante las crecientes sucesivas, se producen cegamientos de cauces por taponamiento y, como consecuencia de ello, la deriva del caudal de agua irrumpe en otras direcciones. “Este proceso se sucede desde hace cientos de años, quedando como testigo de él una cantidad de cauces secos, a veces con barrancas altas, cubiertas de bosques, que por su dirección O.S.E. demuestran que el antiguo tramo del río Salado llegaba al Paraná por el norte de Santa Fe” (Paese de Torres 1958: 232). La misma autora cita los trabajos de Andersen de 1930 quien, según ella,

“...estudió el proceso de taponamiento de los mismos en el bañado de Figueroa donde el río Salado formó en una hora en el cauce de ciento cincuenta metros de largo una tapa de un volumen de 50.000 metros cúbicos de material. Es seguro que con el mismo proceso se formaron innumerables cauces muertos, lagunas y esteros, que se alinean sobre ambas márgenes del Teuco-Bermejo. Actualmente el bañado de Figueroa, interpuesto en el curso del Juramento o Salado, tiende a deslizarse hacia el N. unos 50 km en quince años. Saliendo de él, el río vuelve a encauzarse dentro de un lecho definido, a través de unos 100 km hasta el bañado de Añatuya, donde cubre una extensión de 64 km de largo por 5 ó 6 de ancho, con profundidades de 20 a 30 cm en aguas crecidas. Desde aquí corre por un zanjón de 15 metros de ancho por 3 a 4 de alto, sobre un trayecto de 200 kilómetros y con una pendiente mínima en dirección a su desembocadura en el Paraná” (Paese de Torres 1958: 233) (Lámina I).

El trabajo realizado por Tapia en la zona del Pilcomayo hace referencia a los cambios operados en el recorrido de ambos ríos santiagueños a lo largo del Cuaternario.

“Las grandes cuencas de los ríos Dulce y Salado, que recorren diagonalmente la provincia de Santiago del Estero, han estado diferentemente conectadas entre sí y con el Paraná, en posición que no es del caso analizar; pero baste decir que la vinculación del Dulce con la cuenca sin desagüe de Mar Chiquita, data de los tiempos postglaciares” (Tapia 1935: 49-50).

Cualquiera sea la causa, lo cierto es que al este del Salado se desarrolla una región definida con huellas de cauces, derrames y lagunas. La existencia de estos bañados no se infiere directamente del análisis de la fotografía aérea pero se hizo clara merced a la información recogida en las excavaciones arqueológicas porque en los asentamientos indígenas investigados en esta zona se encuentran abundantes restos de fauna ligada a ambientes lacustres. Había peces y aves acuáticas que revelaban la contemporaneidad de esas instalaciones con la existencia activa de los bañados que permitieron que en sus márgenes se instalaran poblaciones importantes que obtenían recursos alimentarios variados y abundantes.

Por otra parte, afloramientos a lo largo del cauce del Dulce denuncian a través de formas de moluscos y plantas el origen de la sedimentación. La uniformidad litológica de esta gran área da idea de la extensión de los lagos cuaternarios, cuyos fondos se hallan no solo a lo largo de los cursos actuales de

agua, sino en regiones hoy muy elevadas. El caudal de los ríos crece en el período comprendido entre diciembre y marzo, momento en que se producen las inundaciones que hacen posible la actividad agrícola. La estación húmeda comienza generalmente en setiembre, con máximas de 908 mm, y mínimas de 64 mm. La estación seca se extiende desde abril a setiembre, con óptimas de lluvias de 274 mm. Los vientos dominantes son los del Norte y menos frecuentemente del Noreste y Oeste. La región presenta un clima hiper-térmico, más propiamente cálido, considerado como semitropical. La temperatura media es de 21,5° con extremas de 43° y de -3°. Las oscilaciones diarias son importantes: de 5° a 15°. Así es que el clima puede ser calificado como cálido-moderado y fresco y aún entre templado y frío moderado. En algunos meses de invierno puede alcanzar a frío intenso, mientras que en verano llega a tener carácter de tórrido intenso; y en este sentido es el lugar más caluroso de la Argentina. Estas condiciones favorecen el cultivo, en zonas con irrigación, no solamente de trigo, lino, maíz y tabaco, sino también de algodón y caña de azúcar; es decir, plantas de cultivo semitropical (Knoche y Borzakov 1947).

Fuera de las zonas de los ríos, el resto de la llanura santiagueña ha sido descrita como sigue:

“...la red hidrográfica de la región ocupada por el bosque es anormal y arréica, compuesta de cuencas grandes y pequeñas de aguas estancadas en la mayor parte del año y de salinas, estas últimas especialmente en su sector occidental. La falta de un desagüe adecuado, obstaculizado además por la misma densidad de la vegetación, determina por otra parte una innumerable cantidad de pequeñas cuencas cerradas en que se estancan las aguas pluviales durante la estación de lluvias. Por ello, gran parte de este territorio, durante el período lluvioso se cubre de charcos, pantanos y marjales hasta anegarse por completo durante los veranos de lluvias abundantes” (Cappannini y Domínguez 1958: 20).

En cuanto a la flora, Santiago del Estero pertenece al distrito chaqueño-occidental (Lámina II). Alterna zonas de bosque chaqueño típico con otras de sabana que tienen su origen en incendios y desmontes, y con estepas en los terrenos más deprimidos. Las especies del bosque incluyen: quebracho colorado (*Schinopsis lorentzii*), quebracho blanco (*Aspidosperma q. blanco*), algarrobo blanco (*Prosopis alba*), algarrobo negro (*Prosopis nigra*); caspicruz (*Tababuia nodosa*), tala (*Celtis tala*), chañar (*Acacia macrocanta*), mistol (*Siziphus mistol*), molle (*Lithrea molleoides*), vinal (*Prosopis ruscifolia*), brea (*Caesal-*

*pina praecox*), churque (*Acacia canenia*), sombra de toro (*Lodina rhombifolia*), garabato blanco (*Acacia praecox*), garabato negro (*Acacia furcata*). Entre las formas que constituyen el monte bajo son comunes: jume (*Suaeda ivaricata*), ataco o yuyo colorado (*Amarantus quitensis*), ancoche (*Vallesia glabra*), caranday (*Trithrinax campestris*), atamisqui (*Atamisquea amarginata*) y chaguar (*Bromelia hieronymi*), cuyas hojas son utilizadas por los habitantes de la región para la confección de cordel. Existen también varias formas de cactáceas, cardón, penca, sabela, quimil, ucle, quiscaloro, suri preñado, etc.

Respecto a la fauna, no hemos podido encontrar información restringida a la zona de Santiago propiamente dicha. Comparte una fauna semejante a toda el área chaqueña, pero seguramente habrá variaciones a medida que nos aproximamos al sector occidental. Además hay marcadas diferencias entre la fauna original y la actual en algunas zonas. Por ejemplo, solo en algunas partes viven comunidades de guanacos. El ñandú o suri prácticamente ha desaparecido. Entre las especies grandes se distinguen los cérvidos, el puma y el gato montés, corzuelas, tapir, pecarí. Existen también el mataco-bola, tatú carreta, mulita, marsupiales y comadrejas, zorros, perdices, martinetas, cigüeñas y flamencos, chajá, cisnes, patos, gansos, gaviotas, palomas, lechuzas. Gran cantidad de víboras como las de coral, cascabel y yararás, así como la boa vizcachera. La vizcacha es otro animal muy común que altera los suelos al cavar sus cuevas.

El ecosistema que hemos descrito corresponde a los tiempos modernos. El paleoclima inferido a través de los restos faunísticos hallados en los asentamientos aborígenes será descrito al tratar cada fase, porque no sabemos con certeza cuál es la amplitud cronológica de esos períodos climáticos diferentes.

---

Capítulo IV  
**ETNOGRAFÍA DE SANTIAGO  
DEL ESTERO**

### Importancia y límites de la información etnohistórica

Para conocer qué grupos autóctonos habitaron un determinado territorio, los nombres que les asignaron los españoles, las lenguas y costumbres es imprescindible recurrir a la *etnohistoria*. Esta disciplina utiliza como principal fuente de información los documentos de la época colonial. Estos pueden ser relatos de conquistadores, cartas al Rey de España, a los virreyes, las llamadas Probanzas de Méritos, Relaciones, u otros tipos de crónicas. En general estos documentos reflejan las impresiones que los europeos tuvieron del mundo que conquistaban y colonizaban. Con ellas se puede reconstruir un cuadro aproximado de las sociedades locales, en un período que abarca esencialmente los siglos XVI y XVII. Esta información es recopilada a veces con directa intención de describir los pueblos del Nuevo Mundo; en otros casos son datos insertados en documentos relativos a fundaciones, guerras, reparto de indios u otros sucesos.

Hay un tipo de fuentes en la que predomina la imagen que el europeo tenía de la sociedad indígena y podría ser clasificada en términos generales como la “visión de los vencedores”. Otros documentos, tales como los censos y visitas, los juicios entre encomenderos, o entre encomenderos e indios, o informaciones relativas a extirpación de idolatrías, por ejemplo, tienen un carácter más bien administrativo. En estos casos es posible encontrar datos directamente proporcionados por los aborígenes y no están excesivamente contaminados por los intereses europeos. Es decir, es una forma de aproximarnos a la visión de los propios actores, la que ellos tenían de su propio mundo, de su sociedad y de sus instituciones y costumbres. En términos generales, la calidad de la información depende de la época o siglo en que hayan sido escritas, de los intereses en juego, de la capacidad del observador y de una correcta evaluación de las alteraciones que produjo la Conquista española en la estructura social aborígen.

Existe un número considerable de documentos referentes a los aborígenes de Santiago del Estero. Pero como veremos más adelante, muchos de ellos son a veces real o aparentemente contradictorios. Uno de los problemas más graves reside en las divergentes interpretaciones que los autores modernos han hecho de los datos contenidos en esta documentación. Se observan serias contradicciones respecto a la filiación étnica, lingüística y cultural de los diversos grupos que habitaban el centro y el occidente de Santiago, sobre todo. Algunas de estas dudas puedan ser tal vez resueltas por la arqueología. El cotejo de los datos aportados por las dos disciplinas podrá tal vez ofrecer resultados más acordes con la realidad.

Ya hemos visto, al hablar del medio ambiente, que la región atravesada por los ríos Dulce y Salado forma el núcleo central y más característico de la región. Este es también, desde el punto de vista cultural, algo así como el centro “nuclear” de la Tradición Chaco-Santiagueña. Organizada ecológicamente sobre los dos ejes fluviales, ésta ha sido una zona de convergencia y ruta obligada para el paso de pueblos y de influencias culturales. Esta convergencia parece demostrada por la coexistencia de distintos pueblos en el centro del área. Como lo veremos a lo largo de esta obra, parece ser que, según los datos arqueológicos, entre los años 1000 y 1600 d. de C., coexistían en gran parte del territorio dos principales tradiciones estilísticas según la decoración de la alfarería. Ambas fueron contemporáneas durante un largo tiempo, y además se las encuentra asociadas en los mismos asentamientos o aldeas en unos casos, y en otros relativamente aisladas, pero en sitios muy próximos.

Una de ellas es la Tradición de alfarería denominada Averías, la cual al final del período prehispánico se expande fuera del área santiagueña, ligada a la ocupación incaica del Noroeste argentino. La otra Tradición decorativa, llamada Sunchituyoj, es una expresión estilística más localizada, con escasa dispersión fuera del territorio y sin vinculación directa con dicha ocupación foránea. Es posible entonces plantear la hipótesis de una correlación entre tradiciones cerámicas y grupos étnicos. Dos grupos, al menos, pudieron compartir el mismo territorio y un gran número de asentamientos en Santiago del Estero. Pero fuera de la provincia uno de los estilos pudo conservar cierta independencia y, en consecuencia, haber participado de manera diferente en los procesos históricos que afectaron el área del Noroeste argentino en su conjunto. Otro aspecto que no debemos descuidar es el referente a los problemas de la periferia del territorio. Al variar la ecología y aproximarnos a zonas de contacto con sociedades diferentes, las fronteras de Santiago ofrecen un panorama étnico más confuso.

Debemos considerar la situación del centro de Santiago como región fértil y apta para asentamientos estables y, por lo tanto, codiciada por grupos chaqueños nómades que aspiraban a establecerse en la zona. Los cronistas de la primera época dicen claramente que muchos pueblos, sobre todos los del Salado, estaban siendo duramente hostigados por los lules nómades y que se encontraban en franco proceso de extinción. Esta situación, que pudo ser comprobada históricamente, debió producirse de modos muy diversos a través de toda la Prehistoria. El arqueólogo y el historiador deben tener muy en cuenta esta circunstancia cuando hacen la crítica de sus fuentes. No debe olvidarse tampoco que estos procesos pudieron ser en ocasiones muy rápidos

y en otras de tipo pacífico, más lentos y progresivos. Cuando se trata del primer caso, es posible que el fenómeno se haya producido en el lapso de unos pocos años, durante los cuales un grupo aborigen pudo ser reemplazado o asimilado por otro, y en consecuencia el mapa étnico y cultural mostrará variaciones sustanciales. En los casos de penetración lenta, pudieron dar lugar a relaciones sociales de tipos muy diversos, pero que conducían a modificaciones culturales progresivas. Todos estos factores deben ser correctamente evaluados para obtener un panorama que se ajuste a la realidad.

Finalmente, habrá que investigar con mucha atención el problema de la penetración incaica en el Noroeste argentino, y sus consecuencias sobre Santiago del Estero. Este tema está en estrecha relación con la difusión y perduración de la lengua quichua en Santiago, a pesar de que sabemos que no hubo ocupación inca directa en la zona. Como ya lo comentamos, esto pudo estar ligado a la presencia de ciertos tipos de alfarería santiagueña en los asentamientos incaicos de Catamarca, fenómeno del que nos ocuparemos más adelante.

### **Los aborígenes del occidente de Santiago del Estero**

Para comenzar a introducirnos en el panorama étnico de Santiago, debemos analizar la región occidental de la provincia en relación con el sector valliseirano. El occidente de Santiago y el oriente de Catamarca, Tucumán y Salta, conforman una unidad ecológica considerada como zona de *yungas*, según las categorías espaciales de los pobladores de los Andes centrales y del Altiplano. Las *yungas* están formadas por las laderas orientales de los Andes, cubiertas de bosques, y por los valles interandinos húmedos, que sirven de zona de transición con las llanuras selváticas del centro y del este de América del Sur, es decir el Amazonas y el Chaco. En nuestras latitudes, estos valles, que tienen entre 2000 y 500 msnm, aparentemente formaban en su conjunto la región del Tucumán tal como la llamaron los cronistas y conquistadores del siglo XVI y que refería –aunque de manera poco precisa– a este sector intermedio entre los valles centrales y la llanura propiamente dicha. De esta manera, el occidente de Santiago del Estero se integra conceptualmente en términos ecológicos y culturales con el Tucumán colonial y posiblemente con el Tucumán prehispánico. Las crónicas españolas revelan que estas conexiones datan al menos de la época de la conquista incaica y posiblemente sean aún más antiguas. Por lo tanto, comenzaremos por este tema e interpretaremos la situación de la época colonial basándonos en las crónicas, mientras las épocas más antiguas serán estudiadas por la arqueología.

Los indígenas que habitaban dichas sierras y las llanuras adyacentes demográficamente multiétnicas, debieron ser originarios, y por su contacto con los serranos, que también tenían colonias en dicha frontera, presentaban un cierto grado de transculturación. En determinado momento los grupos orientales sedentarios y sus “parientes” instalados en la vertientes húmedas de las sierras pudieron hallarse entre dos contextos hostiles: 1) Los ocupantes de los valles occidentales, más áridos, que pugnaban “por derechos” en la *yungas* y 2) Las invasiones de lules nómades, quienes como los chiriguanos en Bolivia, pujaban por ingresar a las tierras más altas. Por necesidad o por voluntad, estos indígenas del Tucumán se convirtieron en aliados de los incas y, según las crónicas, sirvieron como soldados defendiendo esta frontera. Es probable también que hayan servido como *mitimaes* aliados colonizando y ayudando a los incas a controlar ese sector valliserrano que se encontraba “detrás de su frontera”, como sugieren los datos históricos y arqueológicos (Lorandi 1980).

#### *La frontera oriental del Tawantinsuyu*<sup>9</sup>

Será interesante analizar el rol que les cupo a los aborígenes de la “frontera” oriental del Tawantinsuyu. Este tema no puede circunscribirse al sector de las sierras subandinas y pampeanas orientales que nos ocupan momentáneamente, sino que se prolonga hacia el norte, sin solución de continuidad en todo el arco altiplánico. Una extensa franja de valles templados y cálidos formaba dicha frontera estatal, y su control resultaba vital ante los ataques de los chiriguanos contra Charcas y Tarija y la presión de los lules nómades más al sur, que asolaban la Quebrada de Humahuaca, Salta, Tucumán y Santiago del Estero. Por estas razones la zona se mantenía inestable y en delicado equilibrio. Su defensa no debió por lo tanto depender solo del asiento de fortalezas hábilmente distribuidas, sino del grado de lealtad de los pobladores.

Esta zona conflictiva bordeaba el sur-este del *Collasuyu*<sup>10</sup> y ha sido relativamente poco estudiada con la excepción de los interesantes aportes de

---

9. *Tawantinsuyu*: nombre original del Imperio Incaico. N. de la A.

10. *Collasuyu*: cuadrante Sur del *Tawantinsuyu*, o imperio de los Cuatro *Suyos*, cuyo centro era el Cuzco. Se extendía desde el sur del Perú y Bolivia incluyendo el extremo norte de Chile y de la Argentina. Muchos autores incluyen también el resto del NOA y Chile, desde Antofagasta hasta el Maule, pero probablemente estas regiones no necesariamente integraban simbólicamente el *Collasuyu*. N. de la A.

Thierry Saignes (1974) sobre los chiriguano. Las fuentes más tempranas ofrecen pocos datos y además han sido escasamente trabajados. Lo cierto es que se trata de una región peculiar, en la cual y desde muy antiguo se producen mecanismos interculturales que dificultan la investigación. Está formada por una serie de valles intermontanos de alturas crecientes en dirección este-oeste, en los cuales se produce un gradual cambio de ambiente desde las llanuras selváticas, las primeras sierras paralelas al gran arco andino y los valles subtransversales que acceden al altiplano. Los grandes ríos que bajan desde el altiplano son las vías naturales de comunicación. Los llanos de Mojos se alcanzan desde Cochabamba y Mizque siguiendo el curso del Río Grande y la cuenca del Mamoré; más al sur, Charcas, Tarija y el borde de la Puna argentina se vinculan con la llanura por las nacientes y los tributarios del Pilcomayo, el Bermejo y el Salado. En el extremo sur, el gran colector es el río Salí o Dulce, que lleva las aguas de innumerables ríos y arroyos que bajan desde las cumbres de las sierras pampeanas.

El carácter transicional de esta franja es más neto al norte, donde el altiplano y la selva se ubican en los extremos de la serie. La situación es menos clara al sur, donde los valles y cuencas deprimidas entre las sierras pampeanas se extienden hacia el oeste, hasta chocar directamente con las altas cumbres del macizo andino que nos separa de Chile, y donde, por lo tanto, falta el ambiente puneño. Debido a esta confluencia de factores ecológicos, el sector meridional ha sido más permeable a las penetraciones llegadas desde el oriente. En efecto, este es un hábitat multiétnico, y culturalmente hay grupos que muestran una mezcla cultural compuesta por elementos típicos de los pastores de alta puna y de los agricultores tropicales. Los habitantes de esta ancha franja de transición pudieron mantener entre sí relaciones más o menos estables e institucionalizadas –pueblos biétnicos, curacas comunes (Tasa de la Visita General de Toledo 1570-1575; Wachtel 1978), como probablemente lules y tonocotés en Santiago del Estero compartiendo tal vez los mismos pueblos– o en otros casos en situaciones más o menos conflictivas. Para el sector argentino no hay trabajos modernos que discutan el tema, pero al analizar las fuentes veremos que la situación es la misma. Desde muy antiguo, por causas que desconocemos, algunos grupos selváticos fueron subiendo y consiguiendo asentarse en valles templados. Oleadas sucesivas más o menos numerosas o reducidas ampliaron el mosaico étnico y renovaron la entrada de elementos culturales venidos desde el oriente (Bennett 1936; Ibarra Grasso 1973; Ryden 1947). Al mismo tiempo, los pueblos altiplánicos necesitaron instalar colonias en estos valles más cálidos y fértiles, donde se podía cultivar maíz y más abajo coca, y obte-

ner una vasta serie de productos tropicales (Polo de Ondegardo [1571] 1916; Murra 1975).

En el sector central del Noroeste argentino, donde el maíz se conseguía en los valles interiores, la madera, los alucinógenos, las plantas tintóreas y medicinales y aún el oro y la miel los tentaron para obtener derechos en las laderas más húmedas –o *yungas*– que los “Andes del Tucumán” (Ambrosetti 1906; Berberían y Soria 1970; Krapovickas ms). Existieron, asimismo, desplazamientos sobre el eje norte-sur, como muestran las vinculaciones estilísticas entre los materiales de la región; conservando cada uno, sin embargo, sus particularidades, y dando lugar a un fenómeno de diversidad dentro de la unidad (ver las semejanzas en los estilos tempranos –Ibarra Grasso 1973– o tardíos –Ibarra Grasso 1973; Lorandi y Gonaldi 1977; Lumbreras 1974–). Finalmente, el mosaico étnico debió ampliarse con la intervención incaica, cuya política de desplazamiento o instalación de *mitimaes* es bien conocida.

#### *Los indios del Tucumán y el Tawantinsuyu*

El área de frontera que nos ocupa fue el sector llamado originalmente “Tucumán” en las fuentes españolas más tempranas y fue descubierto por el Adelantado Don Diego de Rojas en 1542. Es difícil fijar los límites prehispánicos del Tucumán y determinar con certeza la identidad étnica de sus aborígenes. Debe destacarse, sin embargo, que algunas crónicas le fijan caracteres y roles especiales tanto a la región como a sus habitantes. Al hablar de los indios del Tucumán, Cieza afirma:

“...fácilmente los pudieron los orejones atraer a que se dieran por vasallos del rey Inca Yupangue e concertaron que su amistad fuese perpétua, e ellos obligados a no mas de a guardar aquella frontera que no nenguna gente por alli a dar guerra a su señor como esta paz fue hecha” (Cieza de León [1553] 1947, cap. XCI, resaltado de la autora).

agregando más adelante que “...en Tucumán creían o tenían por Dios del sol...” (Cieza de León [1553] 1947, cap. XCI). En otras palabras, una vez concertada la paz se les confió la defensa de la frontera. En efecto, conociendo estos datos, el cronista Herrera pudo decir que “...entra Rojas al Tucumán y en Tucumanao, halla buena acogida como es natural, porque el español había heredado los derechos del Inga” (Herrera [1601-1615] 1934, Década VII, libro IV, cap. II.).

Garcilaso ofrece el relato más extenso acerca del mecanismo de conquista usado por los incas en el Tucumán:

“Estando el Inca en la provincia de Charcas, vinieron embajadores del reino llamado Tucuma que los españoles llaman Tucumán, que esta dozcientas leguas de Charcas, al sudeste y puestos ante él, le dijeron: 'Capa Inca Viracocha la fama de las hazañas de los Incas, tus progenitores, la rectitud e igualdad de su justicia han penetrado hasta los últimos fines de nuestra tierra, y aún pasan adelante. De las cuales grandezas, aficionados los curacas de todo el reino de Tucumán embian a suplicarte hayas por bien de recibirlos debaxo de tu Imperio, y permitas que se llamen tus vasallos, para que gocen de tus beneficios y te dignes darnos Incas de tu sangre real que vayan con nosotros a sacarnos de nuestra bárbaras leyes y costumbres y a enseñarnos la religión que devemos tener y lo fueros que debemos aguardar. Por lo cual, en nombre de todo nuestro reino te adoramos por el hijo del Sol y te recibimos por Rey Señor nuestro en testimonio de lo cual te ofrecernos nuestras personas y los frutos de nuestra tierra, para que en señal y muestra de que somos tuyos' y diciendo esto, descubrieron mucha ropa de algodón, mucha miel muy buena, çara (maíz) y otras mieses y legumbres de aquella tierra no trujeron oro ni plata, porque no la tenían los indios ni hasta ahora, por mucho que ha sido la diligencia de los que la han buscado, ha podido descubrirla” (Garcilaso de la Vega [1609] 1960, *Primera Parte de los Comentarios Reales*, Tomo II, Libro 5º, cap. 25).

En pago de estos homenajes los incas regalaron ricos vestidos y otros dones a los nuevos vasallos. Los frutos de la tierra donados por los del Tucumán son productos tropicales típicos de las *yungas*. La explícita ausencia de oro excluiría –de ser totalmente confiable la versión de Garcilaso– que dentro de la región de Tucumán estuvieran las zonas mineras del centro-oeste de Catamarca, Salta o la Rioja, y la circunscribiría a la zona oriental del NOA. Algunos autores han rechazado este relato de Garcilaso, negando la posibilidad de que los aborígenes del Tucumán hayan ofrecido espontáneamente su vasallaje al Inca. Pero esta pudo haber sido la fórmula final para afirmar la paz, un acto que siempre estuvo revestido de los rituales de ruegos, dones y contradones entre los que participaban del trato (Rostworowski 1976).

Según Montesinos hubo diversas batallas y conflictos antes de lograr dicha paz (citado por Levillier 1926 y Lizondo Borda 1942). En este caso el relato de

Garcilaso correspondería al último acto de un largo proceso conflictivo. Del mismo modo, Santa Cruz Pachacuti consigna que en épocas de Tupa Inca:

“ Chillis hazian gente de guerra para contra el ynga, y entonces despacha a un capitán con veinte mil hombres y otros a los Guarmeoauca (sic), los cuales capitanes llegan hasta los Coquimbos y Chilles y Tucumán, muy bien, trayéndoles mucho oro; y los enemigos no hacen tanto daño en los de acá, antes con poca fazelidad fueron sujetados y los Guarmeauca lo mesmo...” (Santa Cruz Pachacuti [1613] 1950).

Parece haber cierto consenso en los autores, respecto de que fueron fácilmente dominados. No sería demasiado aventurado suponer que los aborígenes de estas regiones intermedias vieran en la protección del Inca una salvaguarda contra los continuos ataques de lules y chiriguanos.

#### *Identificación geográfica y étnica del Tucumán*

El Tucumán pudo ser la denominación local que se daba a la prolongación meridional del *Omasuyu* o *Umasuyu* boliviano. La provincia del *Umasuyu* ocupa el sector al este del Titicaca. Capoché designa con este nombre incluso sectores de los valles meridionales de Bolivia (Capoché [1585] 1959). El concepto *Uma*: bajo, húmedo, femenino pero “no tanto”, se opone al de *Urco*: alto, masculino, superior en las categorías del aymara de los Lupacas (Bertonio [1612] 1879; Bouysse-Cassagne 1978). En otros autores el *Umasuyu* se confunde con el concepto de *Antis* o Andes con el cual los cuzqueños identificaron a sus provincias orientales. No sabemos si es posible atribuir el nombre *Humahuaca* a esta relación con el *Uma* aymara. Pero sí sabemos que el término y concepto –de *Antis* o Andes– se usa en las fuentes tempranas para designar a las altas cumbres orientales, los “Andes del Tucumán” y parece haber sido especialmente aplicado a la sierra del Aconquija y a sus prolongaciones norte y sur.

Tucumán fue el nombre español de Tucuma o Tucma. Tampoco sabemos en este caso si hay vinculación con el *Uma* aymara. En el diccionario Queshwa de Lira (1944) se lee: *Tuku*: búho, lechuza. *Uma*: cabeza, cumbre de montaña, cabecilla, jefe. *Tukuymanta*: de todas partes, de todos. Nos parece inútil recordar en este momento que el búho o lechuza es el tema central del arte decorativo de la alfarería santiagueña. El Tucumán hispánico es posiblemente más amplio que el pre-incaico y sospecho que sobre todo en su extensión hacia el oeste. Según Lizárraga “...de Talina (en Bolivia) 7 leguas más adelante está un

arroyo y paredoncillos llamado Calahoyo donde comienza la jurisdicción conforme a la jurisdicción eclesiástica del Tucumán” (Lizárraga [1589] 1916, Libro II, cap. LXIII). Es decir, coincidiendo aproximadamente con el actual límite entre la Argentina y Bolivia, incluyendo además la mayor parte de nuestro Noroeste. Diego Fernández Pacheco, en su *Relación* de 1569 (1885) y en su *Historia del Perú* de 1571 (1963), también ubica el Tucumán “...después de pasar las montañas desde Chicoana”<sup>11</sup>. Matienzo en su famoso itinerario también ubica los “Andes del Tucumán” al este del actual valle de Santa María (el sector sur de los valles Calchaquíes) (Matienzo [1566], 1885, RGI, T. II). Los Andes del Tucumán parecen estar integrados por una línea de sierras que parten del borde oriental de Salta, siguen hacia el sur por la vertiente oriental del Aconquija, el sistema Medina-Narváez en Tucumán, las sierras de Graciana-El Alto-Ancasti en Catamarca, y la Sierra de Guasayán que forma el borde occidental de la llanura santiagueña. En principio “Andes del Tucumán” y “el Tucumán” parecen sinónimos. Hasta mediados del siglo XVII estas sierras reciben el nombre de Sierras de Santiago. De todas maneras no hay que olvidar que no deben buscarse límites precisos. Estos conceptos dependen de la óptica de percepción, de las fluctuaciones migratorias, y de las alianzas políticas y económicas también fluctuantes. En la mayor parte de los documentos hay consenso respecto a este punto. La impresión que se retiene de la información histórica es que el Tucumán es el conjunto de sierras que separan el área valliserrana de la llanura oriental. Y aunque su extensión hacia el oeste es imprecisa, Chicoana, Calchaquí y toda el área diaguita propiamente dicha queda fuera del Tucumán y los españoles de las primeras “entradas” no las confundían, a pesar de algunas opiniones en contrario (Lafone Quevedo 1898, 1919). En efecto, si el interior valliserrano debiera ser incluido en el Tucumán, no se explicaría que no se lo mencione en los documentos relativos a la entrada de Almagro hacia Chile. En las probanzas de los conquistadores editadas por Toribio Medina (1895), el nombre de Tucumán está ausente de sus exposiciones, aunque para llegar hasta Chile tuvieron que atravesar los valles Calchaquíes y el centro-oeste de Catamarca. El litigio sobre los límites de la gobernación de Chile hacia el este confirmaría esta impresión (Medina 1895).

Parece haber habido una parcial coincidencia entre el concepto y extensión del Tucumán como región, y la identificación de sus aborígenes, que son lla-

---

11. Chicoana, hoy La Paya, actual provincia de Salta. No se debe confundir esta localización en el valle Calchaquí con el posterior traslado colonial de Chicoana al valle de Lerma. N. de la A.

mados juríes en los documentos más tempranos. Aparentemente, con este nombre se designan a grupos distintos, englobados en el concepto de “nación” en la percepción de los aymaras altiplánicos, quienes lo transmitieron a los españoles de mediados del siglo XVI. *Jurí* significa *suri*: avestruz o ñandú americano, y se llamó juríes a los que vestían plumas de ñandú. En el diccionario de Bertonio se encuentra la siguiente definición: “*Surí haque*: una nación de indios muy crecidos o altos que dice que estaban hacia Chilli; *Suri*: plumas de avestruz que traen de Chile, o de Tucumán” (Bertonio [1612] 1879: 329). Estos juríes estaban invadiendo hacia el oeste, atacando la Quebrada de Humahuaca y Salta. Es probable que a ello se deba que se los ubique “hacia Chili”. En otras fuentes nunca vuelve a repetirse esta confusión. Según Oviedo, cuando se relata la entrada de Almagro, una avanzada de la expedición tuvo un combate con estos *juríes* o *juríes* en el valle de Jujuy. Por su descripción de los indios coincide con la correspondencia a los lules nómades que continuaron asolando la región y matando españoles en años posteriores (Oviedo y Valdés [1534-56] 1855, libro 47, cap. 2).

Estos *juríes* son localizados en las sierras del Aconquija, Narváez, Medina, El Alto-Ancasti, Guasayán y parte occidental de la llanura santiagueña, y más tarde en todo Santiago del Estero. Es así que la ciudad de Santiago del Estero es la capital de la “Provincia de Tucumán, Juríes e Diaguitas”, según todos los documentos de los siglos XVI y XVII. La designación oficial refleja fielmente el carácter multiétnico de la región del Tucumán. Los diaguitas, que eran los pobladores autóctonos del sector valliserrano central, tuvieron sus enclaves en las vertientes húmedas de las sierras orientales, como lo ha probado repetidamente la arqueología y lo dicen los documentos españoles. Parte del territorio diaguita fue también ocupado por estos juríes, los cuales en fuentes posteriores son llamados lules y/o tonocotés. Algunas autores los consideran un solo grupo étnico. Para otros pertenecen a troncos étnicos y lingüísticos diferentes.

Los lules pertenecen a la familia lule-vilela y pueden ser subdivididos en dos grupos: uno de ellos parcialmente sedentario que ocuparía las riberas de los ríos Dulce y Salado en Santiago del Estero y las sierras del Tucumán; y otro u otros subgrupos que habitaban hacia las llanuras selváticas del Bermejo, considerados nómades y responsables de los ataques a las comunidades sedentarias del Tucumán y Calchaquí, incluso Jujuy y la Quebrada de Humahuaca. Deseamos sugerir que los lules sedentarios de Santiago pudieron compartir las aldeas con grupos tonocotés, formando comunidades que si fueron originalmente biétnicas finalizaron por mostrar un alto grado de in-

tegración, de tal forma que los observadores españoles tuvieron mucha dificultad para separarlos. Culturalmente formaban una unidad, aunque había diferencias lingüísticas que quedaron parcialmente reflejadas en el *Arte y Vocabulario de la Lengua Lule y Tonocoté* del padre Machoni, escrito en 1732 (1878). Ya mencionamos –y ampliaremos sobre ello más adelante– que las excavaciones arqueológicas muestran que estos sitios contenían dos tradiciones cerámicas distintas, aunque parcialmente transculturadas. Tal vez –y esto lo proponemos con todas las reservas del caso– ese es un testimonio de composición biétnica de las aldeas de Santiago. Los tonocoté se extinguieron como grupo aislado y no hay certeza sobre su filiación. Sin embargo, en el siglo XVIII un grupo tonocoté trasladado al valle de Lerma quedó en encomienda de Domingo de Isasmendi quien luego los trasladó a su hacienda de Molinos en el Luracatao. Para algunos autores pertenecieron al tronco Mataco-Mataguayo.

En 1569 Diego Fernández Pacheco nos dice:

“Hay en estas provincias tres ciudades pobladas por diversos gobernadores, las cuales son Santiago del Estero en los juríes y San Miguel de Tucumán que participaba del servicio de los diaguitas y confines de juríes, y la ciudad de Nuestra Señora de Talavera que también son indios juríes, aunque diferentes en lengua y alguna manera en la nación y vivir se diferencian en el traje” (Diego Fernández Pacheco [1569] 1885, RGI, T. II).

Las tres ciudades se encuentran al pie de los Andes del Tucumán, pero la primera está en la provincia de Santiago actual, San Miguel en Tucumán y Talavera en Salta. Veremos que en 1583 otro observador directo como Sotelo de Narváez puede ofrecer un cuadro más preciso: “...los indios que sirven al Tucumán son diaguitas, tonocotés y lules” y son “...molestados por los diaguitas de guerra de Calchaquí de quien han recibido muchos daños” (Sotelo de Narváez [1583] 1885, RGI, T. II).

En su obra *La Etnografía Antigua de Santiago del Estero*, Antonio Serrano nos dice que “... la relación de Sotelo de Narváez es clara y categórica en cuanto a la ubicación de los tonocotés. Estos han sido indios chaqueños del Chaco”. Hacia 1630, el Padre Gaspar Osorio escribía que el Chaco está en el riñón y en el medio de las provincias de Potosí, La Plata, Santa Cruz de la Sierra y Tucumán; que los indios mocovíes, tobas y otros están en los arrabales de él y “...que el Chaco en opinión de la gente de Tucumán, son los indios tonoco-

tés” (Serrano 1938: 18-19). El grupo sedentario, instalado a orillas del río Salado en los últimos tiempos antes de la Conquista, pudo haber sido de lengua tonocoté. Por lo menos, hacia finales del siglo XVI el Padre Alonso de Barzana escribe en su ya famosa carta que:

“La lengua tonocoté hablan todos los pueblos que sirven a San Miguel de Tucumán y los que sirven a Esteco, casi todos los del río Salado y cinco o seis del río Estero (Dulce). En esta lengua tiene ya la Compañía tres Padres obreros y confesores y es la primera de quien hizo arte y vocabulario, y por cuyo medio ha reducido a Nuestro Señor muchos millares de infieles, no sólo en todos los pueblos de Estero y Tucumán pero también en el Río Bermejo, del cual diré después; porque con esta lengua no solo se ha traído a la fe toda la nación tonocoté, pero también gran parte de la nación que llaman lules, esparcida por diversas regiones como alarabes, sin casa ni heredades, pero tantos y tan guerreros, que si los españoles al principio de la conquista de la provincia de Tucumán no vinieran esta nación sola iba conquistando y comiendo unos y rindiendo otros y así hubiera acabado a los tonocotés. Saben muchos de ellos la lengua tonocoté y por ella han sido catequizados todos...” (Barzana [1594] 1885-1963, RGI).

Por otro lado, varias fuentes confirman que los lules nómades atacaban a los juríes de Santiago y que estaban a punto de destruir sus pueblos cuando los españoles llegaron (Información de Alonso Abad [1585-89], en Levi-llier 1920).

No deseamos abundar en más citas, pero de las fuentes surge que los pobladores de estas sierras estaban hostigados desde dos frentes y eso podría explicar parcialmente la supuesta rápida integración al *Tawantinsuyu*. Los lules sedentarios (¿juríes?) habrían tenido algunas parcialidades con asiento en la sierra de Tucma. Allí los visita el padre Barzana hacia 1585 y trabaja en su conversión. Son los mismos que menciona Nicolás del Techo en su crónica del siglo XVII (del Techo [1673] 1897). Una de sus parcialidades, los solícistes, habitaban un lugar situado en el paso del río Grande o Salí (hoy Dulce) conocido como paso de los lules o “camino de los solícistes”. Un poco al sur se encuentra el río llamado “*Sucuma*” o “*Sucma*” (actualmente río de la Concepción) donde Núñez de Prado habría fundado por primera vez la itinerante ciudad de El Barco en 1550 y que luego fue el primer asiento de la ciudad de San Miguel de Tucumán (Cabrera 1910). En sus proximidades se habría hallado el asiento del cacique Tucma, amigo de los españoles, según Herrera

(1934). Siguiendo el río de la Concepción hacia arriba se llega a la más importante fortaleza de la zona, llamada el Pucará de Andalgalá o el Fuerte del Pucará. Es muy probable que Tucma haya estado obligado a servir esta fortaleza.

*Testimonios relativos a las relaciones entre los indios del Tucumán y el Tawantinsuyu*

Guerra y prestaciones militares

Todas las fuentes coinciden en describir a los juríes como indios altos, belicosos, grandes corredores, usando flechas envenenadas; es decir, como buenos guerreros. Los testigos de la entrada de Diego de Rojas nos dejaron documentación precisa acerca del uso de las flechas envenenadas. El cronista Diego Fernández Pacheco relata las escaramuzas que tuvieron los españoles en la provincia de Soconcho:

“Y teniendo ya noticia de la ponzoña tomaron un indio y flecharon en ambos muslos y digéronle que se fuese a curar (por que saberlo de los indios de otra manera, ya sabian que era excusado). El indio se fue así herido que apenas podía andar y junto al pueblo cogió dos yerbas y molas en un mortero grande, y de la una bebió luego el zumo y con un cuchillo que le dieron se dió una cuchillada en cada pierna do era la herida y buscó la punta de la flecha y sacola y puso en la herida el zumo de la otra yerba que habia mojado y estuvo después con mucha dieta y salió prestamente. Desta manera pues se curaron después todos y se supo de la contrahierba, puesto que algunos murieron, por no poder hallar las puas de las flechas que son a manera de agujas” (Diego Fernández Pacheco [1569] 1895, RGI).

Lizárraga atestigua el uso de arcos “...que no son grandes y las flechas a proporción” (Lizárraga [1589] 1916). Alonso Abad hace mención a pueblos rodeados de empalizadas como medio defensivo (Levillier 1918). Esas cualidades pudieron ser valoradas por los incas y explicaría las funciones defensivas que se les asignaron. También entre los charcas, los “moços”, más belicosos e incluso menos afectos a integrarse al *Tawantinsuyu*, fueron elegidos para integrar el ejército estatal (Garcilaso de la Vega [1609] 1960).

Como partícipes de este sistema defensivo pudieron obtener algunos privilegios, dada la calidad de los servicios prestados, entre los que se encuentra la excepción de toda otra obligación tributaria (Memorial de Charcas

[1582] Espinosa Soriano 1969). El *Memorial* fue elevado al rey de España por los señores de cuatro señoríos: charcas, cara-caras, soras y chichas. Espinosa en sus comentarios sobre el *Memorial* destaca también la vinculación entre los chichas y los churumatas, quienes obtuvieron el derecho a usar orejeras gracias a sus servicios en las guerras contra los chiriguano. Incluso se los llama “churumatas orejones” (carta de Martín Ledesma Valderrama al Rey [1644], en Pastells 1912, T.1). Estos churumatas no son indios altiplánicos, sino que pudieron haber sido englobados en la designación de juríes que utiliza Oviedo cuando se refiere a los indios de la “frontera” jujeña. Estos churumatas aparecen en Jujuy y Salta, y tal vez algunos de ellos estuvieron asignados en Ocloya como *mitimaes* estatales (Salas 1945). A partir de estos datos se deduce la composición multiétnica de los peticionantes del *Memorial*, aunque estos hagan suyas instituciones andinas de origen cuzqueño. En realidad solo logran enmascarar una realidad mucho más compleja.

Tampoco es cierto que todos hayan debido cumplir solo obligaciones militares, como afirman en el *Memorial*. Muchos de ellos, por ejemplo los cara-caras y los chichas, debieron enviar *mitimaes* a colonizar el valle de Cochabamba (Wachtel 1978). Lo mismo debió suceder con los indios de Tucma. Una parte debió cumplir prestaciones defensivas en especial en el Pucará de Andalgalá y otra pudo ser trasladada a los centros estatales del interior valliserrano como lo sugieren los datos arqueológicos (Lorandi 1980).

#### Los vestidos

Entre los privilegios obtenidos por la sumisión al Inca pudo estar el derecho a vestir como sus señores. Respecto al Tucumán, Cieza dice que los indios visten “...mantas largas de lana por debajo del brazo y en tiempos calurosos tienen de plumas de aveztruz hechas otras mantas muy galanas” (Cieza de León [1553] 1947, cap. XCI). Crónicas posteriores cuentan que el hábito de vestir todos “...a fuer de los Perú de lana y algodón” (Sotelo de Narváez [1582] 1885, RGI II) es costumbre post-hispánica. “Vestían plumas de aveztruz y agora andan todos vestidos como los indios del Pirú” se dice en la *Información* de Alonso Abad de 1558 (en Levi-llier 1918). Nadie afirma que las ropas del “Pirú” constituyan un privilegio, por el contrario, los datos parecen contradecir esta suposición. No podemos por lo tanto pronunciarnos. Sin embargo, el mismo Sotelo, cuando describe a los indios del valle de Ocloya destaca que “vestían co-

mo los pirú”. Estos indios, o parte de ellos, hablaban el quichua porque así lo relatan los hombres que regresaban de la entrada de Diego de Rojas, según parece con gran contento de los *yanaconas* que llevaban los españoles (Diego Fernández Pacheco [1571] 1963). No olvidemos que Ocloya pudo ser, como Cochabamba, un valle ocupado íntegramente con explotaciones estatales.

Al referirse a los pueblos que sirven a Santiago, Núñez de Prado refiere que: “Los hombres usaban una especie de cortina de plumas de ñandú sujeta a la cintura mientras que las mujeres una pequeña manta que hacían de cierta paja o de lana con que cubrían sus vergüenzas cintura abajo” (Levillier 1920).

Diego Fernández hace una descripción similar y agrega que: “Cubrense con unas mantas en que traen chaquiras de hueso de buitres. Las mujeres traen mantas de la cintura abajo y otra por debajo de un brazo y ñudo al hombro, a manera de las mujeres de Egipto” (Levillier 1920).

Como vemos, la mayoría usa vestidos de plumas, pero solo algunos parecen haber incorporado el vestido peruano, pero sin abandonar sus hábitos locales. Esto parece una prueba más de las situaciones diferentes a que fueron sometidos los indios del occidente de Santiago.

#### Las llamas

La presencia de “ovejas de la tierra” en la sierra de Santiago está documentada en varias fuentes (Sotelo, Probanzas diversas, Diego Fernández Pacheco, etcétera). Como no se conoce con certeza el itinerario de la expedición de Diego de Rojas, algunos autores han supuesto que las llamas estaban en la llanura santiagueña. En principio esto es descartable, dado el calor y humedad de la zona. La mayor parte del territorio está ocupado por bañados y no parece ser un hábitat favorable para este animal. En todo caso las llamas pudieron habitar la zona serrana, en cuyas cumbres hay ambientes de pastos, favorables para la cría de este animal. Sin embargo, es aún demasiado cálido para que la llama haya sido criada en grandes rebaños por los aborígenes de Santiago. Sugeriremos que pudieron ser introducidas al Tucumán por los incas, siguiendo una práctica observada en otras regiones del *Tawantinsuyu*. El servicio de los asentamientos estatales, y el traslado de tributos al Cuzco pueden justificar su presencia en estos territorios.

## El quichua

Finalmente tenemos las pruebas lingüísticas. Es un tema sobre el cual existe una extensísima bibliografía y como no fue posible aportar nuevos datos, solo podremos ofrecer una reinterpretación de lo conocido. Un considerable número de indígenas del Tucumán hablaba quichua en el siglo XVI. Esta lengua se expande en todo Santiago después de la Conquista, y se conserva hasta la actualidad como una isla lingüística. El quichua santiagueño tiene la forma dialectal cuzqueña del grupo A/II de la clasificación de Parker (1963) y Torero (1964). El interrogante surge porque la llanura santiagueña no integraba el *Tawantinsuyu*, y en este punto la arqueología tiene pruebas irrefutables. Por el contrario, el sector valliserrano, que se encontraba dentro del estado incaico, solo conservó el quichua en la toponimia, y aunque fue lengua franca por razones políticas aparentemente no se incorporó al habla corriente de la población.

Una fuente inestimable sobre este tema son los relatos sobre la labor misionera del padre Barzana. En uno de sus viajes catequizó a los indios del “tránsito” entre las ciudades de Santiago (sobre el Dulce) y Esteco o Nuestra Señora de Talavera (sobre el Salado), distantes 50 leguas una de otra. Para convertir a estos indios Barzana utilizó las lenguas quichua y tonocoté. Tal viaje de Barzana le tomó menos de un mes. Salió de Santiago en marzo de 1581 y llegó a Esteco el 9 de Abril. Encontró muchos pueblos a su paso. En una carta, el misionero relata prolijamente su método de trabajo: por la mañana hacía sus oraciones, luego catequizaba y por la tarde bautizaba y casaba los “amancebados”. Quedaba en cada pueblo dos o tres días (Pastells 1912, T. I.). Nadie parece haber notado, a pesar de que ha sido profusamente citado, que en ese corto lapso es imposible enseñar una nueva lengua. Habían transcurrido menos de treinta años desde la primera fundación española, y la región no estaba tan integrada como para suponer una labor europea previa en ese sentido.

Por el contrario, cuando el mismo Barzana va a la sierra del sector valliserrano, predica en lengua kakana, propia de los diaguitas, quienes a pesar de haber formado parte del *Tawantinsuyu* no habían incorporado el quichua como idioma corriente y los españoles no quechuizaron el área como se pretende que hicieron en Santiago. Para muchos autores la expansión del quichua en Santiago es obra misionera. Yo creo que si su expansión hacia el este fue colonial, su introducción en la zona debe explicarse por esa relación especialísima entablada entre los indios tucumanos-santiagueños y los fun-

cionarios cuzqueños. Como *mitimaes* soldados, artesanos o incluso quizás administradores estuvieron obligados a aprender el idioma de sus señores. En cambio, los valliserranos, más bien sujetos al trabajo de *mita* o turno temporario, pudieron comunicarse con dichos funcionarios a través de sus *curacas* o usando el kakán también conocido por sus vecinos tucumanos. Puede suponerse que una vez destruido el poder central incaico, estos *mitimaes* regresaron a su antiguo territorio y llevaron el quichua hacia la llanura. Favorecida por esta circunstancia la labor misionera fue responsable de la expansión posterior.

## Los aborígenes de los ríos Dulce y Salado

### *Información etnohistórica de la región*

Ya vimos que es muy difícil separar el problema de identificación étnica de los grupos de la sierra tucumana y los de la llanura de Santiago y Salta. En síntesis, los pueblos de esta región debieron ser tonocotés y lules sedentarios –genéricamente designados como juríes– y tal vez colonos diaguitas instalados en las *yungas* tucumanas. El problema de efectuar claramente esta distinción debe tal vez centrarse en la dificultad para distinguir colonos cuyas cabeceras se encuentren en la sierra, de aquellos que las tienen en la llanura. Sin embargo, hay aún otro aspecto más complejo. En términos generales estamos habituados a considerar los sistemas de colonización de distintos pisos ecológicos según el modelo andino central, descrito originalmente por John Murra (1975). Pero no estamos de ninguna manera seguros de que los lazos de tipo político-parentales entre colonia y cabecera hayan sido los mismos en esta región del Tucumán. Tal vez sería oportuno recordar el sistema descrito por Frank Salomon para Ecuador (Salomon 1978). En este caso se comprobó que existía una integración social y política del grupo colonizador con los habitantes originales de una región. Aunque las relaciones con el centro o cabecera no se pierden, estas no conservan el carácter ni la fuerza que tenían en Perú o en el altiplano. Si esta comparación fuera más o menos correcta, la dificultad para desentrañar la maraña étnica radicaría en descubrir la naturaleza de las relaciones interétnicas cuando diversos grupos comparten los mismos territorios. Tal vez esta sea una de las claves, aunque por ahora no resuelta. No hay datos sobre las relaciones políticas entre las comunidades pero, si comenzáramos a buscarlas tal vez las hallaríamos y serían útiles aun cuando fueran datos indirectos. Por lo pronto, hay indicios en el sentido apuntado en algunas referencias del padre Cabre-

ra, respecto a juicios entre encomenderos que se disputan la posesión de indios lules y diaguitas (Cabrera 1910).

Si bien no contamos con identificaciones étnicas concretas, las descripciones acerca de los hábitos culturales y del sistema de subsistencia son relativamente abundantes. Ya vimos algunos datos al referirnos a los indígenas del occidente de Santiago, que sin duda fueron compartidos por los habitantes de los ríos Dulce y Salado, al menos hasta su tramo central o medio. En la frontera sur de Santiago y en buena parte del Salado medio vivían indios sanavirones. El área poblada por estos aborígenes incluye el sector norte de la provincia de Córdoba, formando así una unidad mediatizadora entre las culturas propias de Santiago y las de las Sierras Centrales. Antonio Serrano pone en duda la condición de agricultores de estos aborígenes, pero el evangelizador padre Alonso Barzana afirmaba que “El modo de vivir de todas estas naciones es el de ser labradores” (Barzana [1596] 1885, RGI, T. II). El registro arqueológico confirma la opinión de Barzana. La cerámica del norte de Córdoba se expande, aunque en poca cantidad, a los sitios del centro de Santiago, y aparece en los poblados típicos que son atribuidos a indios agricultores. Los sanavirones eran muy hábiles en la construcción de redes y cestos y acostumbraban a decorar la cerámica con las improntas de estos tejidos. En términos generales, al menos en territorio santiagueño, los sanavirones debieron convivir con los tonocotés y lules sedentarios y compartir con ellos una base cultural similar. No tenemos, de todas formas, datos suficientes como para aislarlos correctamente.

### Agricultura

Todas las fuentes están de acuerdo en que los juríes eran agricultores. En la *Probanza de méritos* de Diego Núñez del Prado se lee: “Eran agricultores. Sembraban dos veces al año, una en agosto que es tiempo que los naturales siembran las primeras sementeras...” (Levillier 1920 T. I). La Relación de Diego Fernández Pacheco es una de las más explícitas y ricas en información. Con respecto a los métodos de cultivo nos dice:

“La tierra es muy llana y porque en tiempo de aguas crece el río, porque no se aneguen, tienen hecho los pueblos una hoya muy honda y grande de anchor de un gran tiro de piedra y el largo mas de treinta leguas, de manera que cuando crece el río, vacía en esta hoya y al verano sécase y entonces toman los indios de todos los pueblos mucho pescado, y en secándose siembran maíz y se hace muy alto y de mucha cosecha; de suerte

que todo el largo de esta hoya es chacarra de todos los pueblos ribera del río; tienen mucho maíz y algarroba y un fruto como azofeifas de España..." (Diego Fernández Pacheco [1560] 1885, RGI, T. II).

Sin duda este documento nos habla de cultivos por inundación. La hoya de "treyn ta leguas" de largo no fue, claro está, una construcción artificial. Son zonas bajas, con gran derrame de agua. Existe también la posibilidad de que los indios hayan colaborado artificialmente al desvío del agua, pero no hay pruebas claras de esto. Sotelo de Narváez ofrece otros detalles interesantes:

"Suntentábanse –dice– de maíz y frijoles de muchas maneras y raíces secas como la yuca, aunque silvestres. Es gente bien partida, tenían tratos unos con otros con las cosas que había en la tierra, que son las declaradas, no para grangerías, sino para suplir sus necesidades, hoy tienen algunas grangerías, los ladinos que tratan con los Españoles no tienen frutas más que de cardones diferentes y tunas y algarroba y chañar..." (Sotelo de Narváez [1583] 1885, RGI, T. II).

Es muy interesante la referencia a que tienen "tratos unos con otros" y "no para grangerías". Es una alusión indirecta a la ausencia de comercio, y sugiere relaciones de intercambios recíprocos entre comunidades que posiblemente estuvieron ligadas por sistemas de parentesco. Lamentablemente no hay ninguna fuente que describa el sistema social, sino en forma muy general e imprecisa. Esta breve alusión a intercambios cerrados y autosuficiencia no fija los límites sociales y por lo tanto no sabemos si se trata de relaciones entre familias al interior de una aldea, o entre varias aldeas ligadas por lazos de parentesco. Debemos comentar también la referencia al cultivo de una planta "como la yuca". La frase es imprecisa y no sabemos si se trata de yuca propiamente dicha o parecida a la yuca. En todo caso no hay pruebas de cultivo de yuca o mandioca en Santiago del Estero. Los datos arqueológicos no aportaron nada sobre el tema. Podría pensarse que se trata de la batata, por las semejanzas morfológicas entre ambas. Esta planta se cultiva con cierta abundancia actualmente en varias zonas de Santiago. Más adelante volveremos sobre el tema, al tratar la Fase Las Lomas de la secuencia arqueológica.

La mayor parte de las referencias respecto al Salado se restringen a la zona Norte. Sotelo de Narváez dice que: "...los Lules están Riberas de este río y algunos Tonocotes y los otros la tierra adentro en Xagueyes y aguadas que

ellos saben, la gente labradora, viven y vivían como los de Santiago, aunque siembran de temporal...” (Sotelo de Narváez [1583] 1885, RGI, T. II).

Los datos arqueológicos atestiguan las prácticas agrícolas. En El Veinte, sitio arqueológico a 17 km al este del Salado, se hallaron restos carbonizados de marlos de maíz. Los fechados corresponden a los años 1000 - 1200 d. de C. de modo que confirman las prácticas agrícolas, al menos desde esa época.

#### Caza, pesca y recolección

Varios cronistas confirman la actividad recolectora en la zona. El algarrobo, el chañar y la miel estaban en la base del sistema de subsistencia. Respecto a la pesca y la caza, Sotelo de Narváez es explícito, tanto para el Dulce como para el Salado. De los habitantes del Dulce dice:

“...tienen mucho pescado en los ríos, de sábalos de diferentes maneras y en abundancia aunque unos tiempos del año hay mas que otros [...] . Esta tierra es abundante de pastos y asi tienen mucha caza y aves como liebres, venados, ciervos, guanacos, conejos, avestruces, viscachas, armadillos, quirquinchos y galapagos y iguanas, pabos, faisanes, Falcones, Perdices, Garzas, Palomos, Tortolas, Papagallos de muchas suertes, Urracas, Tordos, Patos de muchas maneras, gorriones, golondrinas, Pajaros de jaula y otras maneras de ellos como en Castilla hay tigres, Leones, Gatos, Culebras, Vivoras, Osos, y otros animales bravos y antas y lobos Cerbales, Puercos, Jabalies, y Caines, Zorras y Nutrias”. Más adelante agrega: “Este río (Salado) es muy abundante de pescado como los dichos y otros de la mar que suben por el. La pesquería es en Corrales y redes y flechas...” (Sotelo de Narváez [1583] 1885, RGI, T. II).

El mismo cronista enumera la recolección de productos utilizados con fines artesanales. Tienen: “...cera y Cochinilla, Pastel y Añil, hay muchas raíces con que tienen (tiñen) gualda y otros colores que se crían en la tierra, y mucha abundancia de pez y Cabuya que sirve de cáñamo y otra resina que llaman incienso olorífera saludable” (Sotelo de Narváez [1583] 1885, RGI, T. II).

#### Animales domésticos

En la *Probanza de méritos* de Nuñez de Prado (Levillier 1920, T. I) consta que criaban guanacos y ñandúes. Con respecto a la crianza de “guanacos” en-

tendidos como llamas, ya hemos dado opinión en un párrafo anterior. Los guanacos en cambio poblaban toda el área e incluso hemos hallado un entierro probablemente ceremonial en un montículo de la aldea prehispánica de El Veinte, ocupada en la época de la Fase Las Lomas (ver cap. VI). Sotelo de Narváez atestigua también que “Criaban abestruces mansos en sus casas y Gallinas, Patos y así lo hacen ahora...” (Sotelo de Narváez [1583] 1885, RGI, T. II).

#### Organización social y patrón de poblamiento

Ya en la entrada de Rojas al territorio se recoge información sobre este punto. Pedro López de Ayala dice que sobre el río Dulce o Soconcho había “...una parte e a otra parte...grandes poblados” (Cieza de León [1553] 1947, Libro II, Cap. XCVII). Cieza nos dice que había “...grandes poblaciones cerca de él, tantas que dicen, los que las vieron, que se podría hacer nuevas... (sus moradores) todos son una behetria e gente tan sin orden que parecen a los brutos” (Cieza de León [1553] 1947, Libro II, Cap. XCVII). En la *Petición* presentada ante el Cabildo de la Ciudad de Santiago del Estero por Juan Ramírez de Velasco y elevada al rey, se ventila un problema de disfrute de las encomiendas de Soconcho y Manogasta (Levillier 1918). Toda la argumentación de Ramírez de Velasco demuestra que estos eran pueblos muy grandes y ricos, pero que la mala administración española los había sumido en la decadencia. “A la quarta pregunta dixo este testigo a oydo dezir quel dicho rrepartimiento esta muy disminuido de lo que antes tenía...”. Otro testigo agrega aún más detalles:

“A la quarta pregunta dixo que lo que save desta pregunta es que por lo que a oydo a muchas personas que an estado en dichos pueblos de Soconcho y Manogasta ay tanta falta de yndios que solia ayer que faltan mas de las dos partes dellos y que la cantidad que hay no lo save más de que a oydo decir por publico e notorio que ay muy pocos yndios en el pueblo y en el otro...” (Levillier 1920, T. II).

De la información que puede consultarse, Serrano obtiene las siguientes conclusiones:

“Este río [el Dulce] fue el de mayor población. Desde el poblezuelo indio de *Yalapa*, que quizás fuera el primero del territorio viniendo de Tucumán, hasta el de *Quillotara* en las fronteras con los *sanavirones*, centenares de aldehyelas se sucedían a lo largo del río. Algunas, insignificantes,

no contenían mas que una familia; otras, por el contrario, como las de *Soconcho* y *Manogasta*, despertaron desde un principio, por su importancia, la codicia de los propios gobernadores” (Serrano 1938: 11-12, cursivas en el original).

El patrón de las aldeas es descripto prolijamente por el cronista Diego Fernández Pacheco:

“...y fueron adelante con mucho trabajo y descubrieron una gran provincia de tierra muy poblada y a media legua los pueblos uno de otros de a ochocientas a mil casas, puestas por sus calles, cercados los pueblos de palizadas y tienen hechos sus terrenos donde tiran al arco. Tienen sus corrales de ovejas como las del Peru; es gente limpia y bien dispuesta; los bohios que tienen son muy grandes” (Diego Fernández Pacheco [1571] 1963, RGI, T. II).

Probablemente esta referencia deba adscribirse solo a pueblos del occidente de Santiago o tal vez a los de la sierra tucumana. Sin embargo, aunque aparentemente contradice nuestra opinión de que es difícil que se hayan criado llamas en la llanura húmeda, no podemos dejar de consignarla. Por otra parte, las pruebas arqueológicas confirman esta organización espacial de los poblados y no solamente para los pueblos del Dulce, sino para chicos y grandes sobre el Salado y aún más al este.

#### Cosmovisión

Serrano trae una información del P. Vazquez Trujillo referente a este aspecto:

“...hallaron también muchos hechiceros muy pernicioso, que conjurando a sus casas al demonio (que ellos llamaban Cacanching), engañan miserablemente al pueblo con oráculos que deste ellas sensiblemente, les responde y allí ofrecen sus dones y sacrificios para solicitar su ayuda, el buen suceso de sus negocios y sementeras y para el servicio del demonio le dedican muchas vírgenes con las cuales vive muy torpemente el hechicero” (en Serrano 1938: 44-45).

A esto agrega Lozano algunas noticias más:

“Porque al tiempo de la cosecha de estos frutos (maíz, algarrobo, mistol, chañar y otros frutos) hacían numerosas juntas para tributar adoraciones

al Demonio a quien con nombre de Cacanchic veneraban y ofrecían en sacrificio sus asquerosos licores y gran cantidad de aves muertas, llevaban sus enfermos, para que los curase y dedicaban a su servicio algunas doncellas de catorce o quince años de quienes se aprovechaban para abominables torpezas los Hechiceros sus Ministros por cuya boca daba sus oráculos... Aparecíaseles a éstos en forma visible con toda aquella monstruosa fealdad, en que justamente se troca por la culpa la natural extremada belleza, con que salió de las manos del Artífice Supremo, y sin arredrarles su espantosa vista, concurría todo el pueblo a oír su diabólica doctrina en casa del Hechicero donde se aposentaba tan infame huesped..." (Lozano [1754] 1941).

Cieza también hace mención de hechiceros: "...e que el demonio con ellos siempre habla: no tienen creencia ni piensan mas de que han de hacer e morir (...) no comen carne humana e aborrecen el pecado de la sodomía..." (Cieza de León [1553] 1947).

La mención de Lozano, respecto al sacrificio de aves en los ritos agrarios, revela la importancia que tienen en la ideología indígena y es por ahora el único rasgo rescatado por la arqueología, a través de la abundancia de representaciones plásticas de aves en la alfarería. Por otra parte el shamanismo implícito en los relatos coincide con la posibilidad del intenso uso de alucinógenos, y la parafernalia de huesos hallados en las excavaciones muy bien pudo estar asociada a este tipo de actividades.

#### Funebria

Poseemos escasa información sobre el tema. Cieza dice que "Cuando se mueren hacen por los collados sus sepulturas, adonde son metidos y en ella hincan un grueso e cumplido madero, en el cual la figura del demonio esta esculpida de la manera que en vida lo veían cuando les hablaba..." (Cieza de León [1553] 1947).

Esta descripción corresponde sin duda a indios de la sierra tucumana, donde hay "collados" y no a los de llanura. La costumbre de colocar maderos esculpidos en las tumbas puede emparentarse con los menhires del Alamito y de Tañi de épocas tempranas (0 - 500 d. de C.). En términos generales, se vinculan con los *wancas*, que simbolizan los ancestros y los derechos territoriales en el Perú central (Duviols 1979). Finalmente, en una *Carta Annuua* de 1629 los P.P. Juan de Zereza y Pedro de Herrera (citados por Palavecino 1940) dicen: "... quitaronle algunos ídolos e instrumentos que les podían ocasionar

este vicio y les afearon las supersticiones que usaban con los difuntos, que además de ser detestables y barbaras, eran algunas muy crueles y sangrientas para los dichos indios”.

Hay en esta cita una referencia indirecta a sacrificios humanos, aunque no podríamos asegurarlo. De todas formas el culto a los ancestros queda confirmado y el cuidado puesto en la decoración de algunas urnas funerarias probablemente indique diferencias jerárquicas en la estructura social que se reflejan en la funebria.

---

Capítulo V

**EL PROCESO SOCIO-CULTURAL  
PREHISPÁNICO EN  
SANTIAGO DEL ESTERO**

*/Primera parte/*

---

Colaboraron en las investigaciones  
de campo y gabinete:

**Nélida M. Carrió**

**Delia M. Lovera**

**María E. Gonaldi**

**Eleonora Mulvany**

**Silvia Caramazana**

**Loredana Nordio**

**Raúl Arias**

### **La historia “cultural” antes de la iniciación de las investigaciones actuales**

Tal como ya lo hemos visto en parte en el capítulo dedicado a la historia de las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero, los autores más importantes habían dejado como saldo un panorama implícitamente evolutivo (según algunos), o difusionista (según otros), que tenía por núcleo central la sucesión de tres ‘industrias’, ‘tradiciones’ o ‘culturas’ agroalfareras. A continuación ofrecemos una breve síntesis de los principales aportes, de las equivalencias de nomenclatura, y de algunos problemas de orden conceptual.

Debemos notar que la ocupación más temprana en este territorio es prácticamente desconocida. No existen registros confiables de pueblos preagricultores. Aunque sin duda es un tema apasionante, los datos actuales no nos permiten abordarlo y no hay más solución que dejar abierto el interrogante. Nos abocaremos entonces a delinear a continuación la perspectiva que se tenía sobre la etapa agroalfarera.

Al momento de iniciar nuestras investigaciones en la región, los cuadros cronológicos más conocidos nos hablaban de tres grandes “culturas”. La Cultura de Las Mercedes correspondiente a un hipotético período temprano. La Cultura Sunchituyoj supuestamente para el período medio y la Cultura Averías para el período tardío. Se sabe que el estado Inca no extendió su dominio a estas tierras santiagueñas, a pesar de lo cual es una curiosa isla de habla quichua, dentro de un área mayor que ha perdido en gran parte esa lengua. El problema más grave con el que se enfrentaron las primeras investigaciones modernas en Santiago, consistió en coordinar toda la información anterior, la diferente nomenclatura que se utilizó para designar alfarerías y culturas y la confusión teórica del concepto mismo de “cultura arqueológica”, problema que no es privativo de la arqueología santiagueña sino americano en general. No podemos entrar en consideraciones de orden teórico pues no es este el objeto del libro, pero para evitar confusiones y errores y dejar claros nuestros propios conceptos y equivalencias, haremos algunas especificaciones.

En nuestro caso utilizamos, en lugar de ‘cultura’, el concepto de ‘fase’ o ‘fase cultural’, que es aplicado con una connotación muy precisa: designa manifestaciones culturales diferenciables como partes o momentos de una misma ‘Tradición’ o proceso de desarrollo cultural. Según este criterio, este concepto no se modifica si en algún momento estas fases reciben aportes llegados desde el exterior del área, siempre que se integren a la Tradición prece-

dente sin provocar grandes modificaciones internas. En función de ello, hemos propuesto referirnos a una Tradición Cultural Chaco-Santiagueña, convencidos de que existió una unidad general de procesos que permite abordarla como unidad cultural. Por otra parte hemos decidido conservar los nombres de Averías y Sunchituyoj, pero para designar 'Tradiciones' de tecnología cerámica y estilos decorativos asociados, cuyos caracteres, bastante uniformes y fácilmente aislables, permiten usar esos términos, consagrados por el uso, como puentes entre las viejas y las modernas investigaciones y nomenclaturas. Las notas siguientes ilustran en detalle nuestro procedimiento.

Averías: el nombre fue otorgado por Reichlen (1940) como equivalente de los materiales –especialmente cerámicos y algunos otros asociados contextualmente a ellos–, que los hermanos Wagner clasificaron como *Rama A* de su Civilización Chaco-Santiagueña. Von Hauenschild (1949) utilizó el concepto de *Segunda Ola de Influencia Amazónica* para referirse a esa misma Tradición cerámica, pero no en referencia a un “contexto” preciso. Bleiler (1948), a su vez, subdividió esta Tradición cerámica en varios tipos alfareros: Averías Polícromo, Epiaverías, Represas Polícromo y Las Marías Polícromo, a los que ubica en tiempos medios y tardíos. Palavecino (1948) y González (1955), siguiendo a Reichlen y usando su nomenclatura, atribuyeron este material cerámico al período tardío. Como lo discutiremos en su momento, estos estilos cerámicos formarán un complejo que será definido como 'cultura' Averías.

En este libro, en cambio, el término Averías designa directamente una Tradición cerámica de técnica muy específica. Consiste en piezas que han sido cubiertas por un engobe o barbotina de color blanco o beige y sobre el cual se han realizado muy finos dibujos en negro y rojo o solo en rojo. El concepto de *Cultura Averías* para designar un período y un contexto específico ha sido desechado por las razones que explicamos antes, al comprender que el sistema económico, el tipo de vivienda, el patrón de poblamiento y las técnicas para apropiarse del agua fueron aproximadamente los mismos a lo largo de toda la Tradición Cultural Chaco-Santiagueña. Así mismo, los rasgos decorativos de la cerámica Averías muestran absorción de elementos típicos de la que hemos denominado Tradición cerámica Sunchituyoj. Además se ha comprobado reiteradamente la asociación de ambas tradiciones en los mismos asentamientos. Los elementos que otros autores designaban como Cultura Averías son atribuidos en este libro a las Fases Quimili Paso y Oloma Bajada-Icaño, que serán analizadas oportunamente.

Sunchituyoj: el nombre fue atribuido por Reichlen (1940) a la industria cerámica y al contexto asociado a ella, que los Wagner habían designado como

*Rama B* de la Civilización Chaco-Santiagueña. Von Hauenschild (1949) la designa como *Primera Ola de Influencia Amazónica* y hace referencia al grupo de alfarerías de Tradición Sunchituyo, tal como lo entendemos nosotros. Se corresponde con los tipos cerámicos que Bleiler (1948) denominó: Llajta Mauca Bicolor A y B. La mayoría de los autores, encabezados por Reichlen, sostuvo su ubicación temporal en el período medio.

En la presente obra, Sunchituyo designa a una Tradición cerámica, generalmente bicolor, de piezas con un tipo de pasta menos compacta que la Tradición Averías. Con frecuencia usa antiplástico de tiestos y presenta decoración en negro sobre fondos rojizos o ante o crema, según los distintos subconjuntos. El motivo principal es un búho acompañado de cierto número de motivos geométricos tales como triángulos y escalonados. Los elementos que según Reichlen formaban parte de la Industria Sunchituyo, fueron distribuidos ahora en las Fases Quimili Paso y Las Lomas.

*Las Mercedes*: nombre atribuido por Reichlen (1940) a una serie de elementos dispersos que considera como integrantes de una industria, fase o cultura muy diferenciada que ubica en un período temprano. Von Hauenschild (1949) los atribuye a una *Ola de Influencia Andina* y los ubica en el momento más tardío del desarrollo cultural de Santiago. Bleiler menciona estos elementos como alfarería Bislín aunque la correspondencia no es exacta. Roque Gómez (1966) retoma el nombre de Las Mercedes y define y amplía su contexto cultural, en parte ya esbozado por los Wagner como *Rama C*. La considera como indicador del primer período cerámico del territorio.

En este trabajo se considera a *Las Mercedes* como integrada por elementos contextuales y cerámicos que la distinguen de las otras fases en forma tal que se duda si incluirla plenamente o no en la Tradición Chaco-Santiagueña, como lo discutiremos oportunamente.<sup>12</sup>

### **El problema de la llamada Cultura Las Mercedes**

Como ya dijimos, Las Mercedes está integrada por un complejo alfarero considerado como el más antiguo en el territorio santiagueño. Su fecha de inicia-

---

12. Al final de la obra se incluye un Apéndice documental con la descripción detallada de los tipos cerámicos a los que se hace mención en el texto (Apéndice A). N. de la A.

ción ha sido estimada por Gómez (1966) hacia el año 500 d. de C., a pesar de lo cual no deberá descartarse que tenga un origen más antiguo. Su desaparición se estimó hacia el 900-1000 d. de C., de modo que se ubica a Las Mercedes como complejo contemporáneo con las culturas tempranas y medias del área valliserrana, con las que comparte algunos rasgos significativos.

Sobre la base de los aportes de Reichlen, de Von Hauenschild y de sus propios trabajos, Roque Gómez organizó el contexto de lo que llamó Cultura Las Mercedes (Gómez 1966). Con un patrón de asentamiento aparentemente distinto al de la Tradición posterior, Las Mercedes se dispersa en el sector occidental de la provincia, con instalaciones extremas hasta ahora conocidas ubicadas entre los ríos Dulce y Salado, específicamente la aldea de Sayanita (Reichlen 1940).

Los rasgos cerámicos de Las Mercedes se pueden sintetizar en dos grandes grupos o tipos: uno de alfarería Negra Incisa, con formas y decoración que la vinculan a Cienaga y Aguada del área valliserrana (Reichlen 1940; Gómez 1966), y otro grupo, llamado Cortaderas Polícromo (Serrano 1958), con decoración tricolor negro y blanco sobre ante o rojizo, y cuyos ejemplares más típicos se encuentran en la zona del Ambato (Pérez y Heredia 1975). Algunas de esas piezas conocidas por la Colección Rosso, presentan figuras felínicas y otras antropomorfas, típicamente Aguada, con rasgos faciales hechos al pastillaje, presentando una forma de nariz llamada de “gancho” (Lorandi 1967), motivos estos que se complementan con otros geométricos escalonados. Estas representaciones figurativas en la cerámica Cortaderas son poco comunes en Santiago. Una sola pieza es conocida y fue ilustrada por los hermanos Wagner (1934: 322, fig. 528; procedente de Tío Chacra, Dpto. Robles). El resto del material conocido conserva solo el escalonado y la morfología característica de un cuerpo de bandas superpuestas y base cónica. Aparentemente, en la llanura, Cortaderas pierde los temas que la individualizan en el Ambato. Tampoco tenemos buenos datos sobre los porcentajes relativos de este grupo cerámico respecto a los otros tipos incluidos en el Complejo Las Mercedes, ni parece claro que la asociación entre ellos haya sido permanente.

Otros elementos del contexto descrito por Gómez son comunes a la Tradición Chaco-Santiagoña posterior: por ejemplo, las puntas líticas triangulares pequeñas, la industria de hueso, presencia de miniaturas. En estos términos, Las Mercedes es una especie de “puente espacial” entre las entidades culturales del Ambato y la típica Tradición de la llanura. No hay datos precisos

acerca del sistema de subsistencia, si bien se conocen sus actividades cazadoras-pescadoras por los restos faunísticos hallados en las excavaciones. Aunque se presupone una actividad agrícola no hay pruebas concretas.

Llegados a este punto, corresponde hacer la pregunta: ¿qué es en realidad Las Mercedes? Solo nos aproximaremos más a la respuesta cuando se amplíen los estudios en el Ambato y en las sierras occidentales de Santiago. Por ahora muchos rasgos vienen de occidente, pero el problema se amplía en términos teóricos y prácticos cuando se analizan las incoherencias que se observan actualmente en la propia arqueología valliserrana. A esto se suma el hecho de que Las Mercedes muestra un comportamiento típico de área de frontera cultural, con las mezclas y las pérdidas de rasgos que caracterizan estas situaciones. Por otro lado, no está claro si todos los elementos que se atribuyen a la cultura Las Mercedes integran realmente un contexto de asociación múltiple y repetida.

Esta problemática se inserta en consideraciones más amplias tales como el uso del concepto de cultura para las entidades conocidas del NOA. Por ejemplo, Aguada está presente en Ambato, pero hay diferencias notorias con Hualfín, donde ha sido mejor estudiada (González 1961-64). El problema es aún más agudo con Condorhuasi y su relación con Cortaderas. El error consiste en trasladar lo que es seguro para un valle a toda el área, descuidando las variaciones espaciales, en exclusivo beneficio del análisis de los cambios observables en la coordenada temporal. A medida que un estilo se dispersa, sufre modificaciones e incorpora elementos que estaban ausentes en la región donde se lo aisló por primera vez. Todo eso hace que la dinámica de interrelaciones espacio-temporales resulte, a la postre, mucho más compleja que lo que se pretende expresar a través de una seriación cronológica lineal. También resulta fuente de errores encerrar elementos contextuales locales dentro del rótulo de "cultura", porque de esta forma el arqueólogo termina creando muchas culturas, aparentemente disociadas, cuando en realidad puede tratarse de una sola tradición u horizonte cultural que contenga variedad de manifestaciones locales, con rastros que las particularizan, pero que no las aíslan de la totalidad. Estas consideraciones se hacen para entender que ante la situación como la que plantea Las Mercedes, la solución no es local sino global, en relación con el NOA. No hay duda de que Las Mercedes es originalmente intrusiva en Santiago, de modo que habría que averiguar las causas de la dispersión y las condiciones en que se produjo, más los tipos de relaciones que se establecieron con las sociedades que posiblemente ya ocupaban la llanura.

Las Mercedes es una entidad cultural que penetra en Santiago occidental porque sus sierras forman parte del sistema ecológico del Ambato. No hay duda de que con ella se introducen en la llanura las débiles oleadas de ideología Aguada que se observan en otras entidades locales. Por lo tanto, al menos en sus momentos finales, Las Mercedes debió estar en contacto con Aguada y al mismo tiempo cuando entra a la llanura debió hacer contacto con los portadores de la Fase cultural Las Lomas, la más antigua de la Tradición Chaco-Santiagoueña, hacia el 800 d. de C. También deberían estudiarse cuáles fueron los mecanismos adaptativos por los cuales los portadores de materiales Las Mercedes supuestamente se expanden hasta la mesopotamia fluvial, si es que este proceso puede interpretarse como una expansión de los indígenas hacia el este, según se desprende indirectamente del manejo que los autores han hecho de los datos arqueológicos. No sabemos si no se produjeron otros tipos de relaciones político-sociales que expliquen esta dispersión. De lo que no hay duda es que de alguna forma entraron en contacto con grupos fabricantes de alfarería Sunchituyoj y les transmitieron elementos de su ideología, como lo demuestran los “búhos draconizados” o “felinizados” de la Fase Las Lomas. Como vemos, los interrogantes en este tema son muchos y sería apasionante replantearlos y darles solución.

### **El desarrollo cultural posterior en la llanura o la Tradición Cultural Chaco-Santiagoueña propiamente dicha**

Según vimos en los párrafos precedentes, no parece claro que Las Mercedes haya estado presente plenamente en la llanura ni que haya integrado realmente la Tradición local. Lo cierto por el momento es que en determinada época, hacia el 800 d. de C., se perfilan netamente los rasgos culturales de esta Tradición Chaco-Santiagoueña. Se la ubica en toda la cuenca de los ríos Dulce y Salado, la mesopotamia entre ambas, y una considerable zona aún no definida al este y al oeste de ambos ríos. En primer lugar destacaremos cuáles son los rasgos comunes que identifican a la Tradición y posteriormente señalaremos aquellos particulares que permiten subdividirla en tres fases culturales: Las Lomas, Quimili Paso y Oloma Bajada-Icaño.

#### *Los asentamientos*

En general, el patrón de poblamiento está organizado de acuerdo con dos posibilidades básicas. Una, siguiendo el curso de los ríos, tanto de los cauces principales y brazos secundarios actualmente activos, como de aquellos anti-

guos, hoy secos. La segunda posibilidad es la instalación en cuencas deprimidas, ocupadas parcialmente por lagunas de aguas bajas, que actúan también como colectoras de agua de lluvia que provienen de la llanura circundante más alta. En este caso se debieron hacer trabajos de encauzamiento de las aguas hacia represas artificiales.

Siguiendo estas dos líneas de comportamiento tenemos que el uso y conservación del agua se combinan con los fenómenos de inundación-depositación, y con el consiguiente aprovechamiento agrícola de la cubierta de limo abandonada por cada inundación, todo factores que incidían directamente en la elección de un lugar para efectuar el asentamiento de una comunidad. Al mismo tiempo, es posible pensar que esos asentamientos tuvieron al menos en algunos casos una estabilidad relativa, debido a que los cambios producidos en los cauces de los ríos (según lo que ya hemos visto en el capítulo sobre ecología), pudieron obligar a traslados del poblado en determinados momentos y circunstancias. No parece ser que en Santiago los cambios de cauces como consecuencia de cegamientos de meandros hayan tenido el impacto temporal y espacial que tienen en ciertas regiones tropicales, pero no podemos descartar que eso pudiera producirse con frecuencia relativa. El arqueólogo debe evaluar esta evidencia cuando reflexiona acerca de la densidad de ocupación del área. Los recursos actuales de la ciencia no nos permiten medir correctamente una diferencia cronológica de 50 años y, por lo tanto, si no se observan diferencias culturales significativas, se puede cometer el error de considerar que dos comunidades son contemporáneas y duplicar el número de pobladores de una zona, cuando en realidad se trata de una misma comunidad que ha trasladado su asentamiento.

El poblado o aldea típica de la Tradición Chaco-Santiagoense se construye utilizando los antiguos albardones como plataforma para la vivienda. Estos albardones se alinean a lo largo del curso de los ríos o de los cauces que se forman en las áreas deprimidas o en torno a lagunas. Aunque estos montículos o albardones son más abundantes en las llamadas áreas nodales y mucho más escasos en el resto del territorio, aparecen como un denominador común y seguramente la elección humana de utilizarlos como basamento para sus viviendas estuvo determinada por la necesidad de protegerse de las inundaciones y del lodo que estas abandonaban en las márgenes de los ríos. Para complementar la acción natural del río, los indígenas pudieron practicar pozos en los lechos para extraer agua durante la estación seca, ya que el suelo poroso, al absorberla, permite que se comporte como una napa subterránea cuando el cauce está seco. Esta reflexión se afirma con la comprobación de este tipo de práctica entre los pobladores actuales.

A medida que vayamos analizando el proceso cultural, veremos los caracteres específicos de algunos sitios y las diferentes formas de adaptación y explotación de los recursos ecológicos locales. Sin embargo, es importante remarcar que por lo que sabemos hasta ahora, no se producen diferencias ni cambios significativos de los patrones de asentamiento entre las fases más tempranas y las más tardías. Las diferencias que existen corresponden a las lógicas adaptaciones a los distintos micro-medio ambientes y no a factores de menor o mayor complejidad cultural. Para ejemplificar esto veremos someramente algunos caracteres de dos sitios diferentes, que corresponden a la misma Fase Oloma Bajada-Icaño.

El sitio denominado Las Represas de los Indios (de San Vicente)<sup>13</sup> se encuentra a 15 km al este de Matará. La zona ocupada tiene una orientación general de 20° Este y una extensión aproximada de 800 por 300 m. Los montículos, cuyos ejes mayores se orientan de este a oeste, rodean cinco grandes represas, cuyas medidas oscilan entre 20 por 20 m y 40 por 50 m, y tienen hasta 3,5 m de profundidad, a pesar del relleno posterior. No se observa ningún cauce seco en la zona, pero esto no puede asegurarse taxativamente dados los inconvenientes que opone el monte demasiado cerrado, que pudo haber borrado las huellas posibles de su existencia, aún observando en las fotografías aéreas. Los montículos no parecen tener alineaciones muy estrictas (un plano del sitio ha sido publicada en Wagner y Wagner 1934).

El sitio Oloma Bajada está a su vez ubicado junto al río Salado, a 7 km al oeste de Matará. Su distancia al río es de 800 m y consiste en montículos o albardones alargados con orientación general este-oeste. Forman tres hileras con dirección oblicua con respecto al cauce del río en la zona. No se hallaron huellas de represas antiguas. Es indudable que el aprovisionamiento de agua fue directo del río.

Los ejemplos para uno y otro caso "típico" se multiplican para las tres fases de la Tradición Chaco-Santiagueña (Las Lomas, Quimili Paso y Oloma Bajada-Icaño). Otro sistema de aprovechamiento del agua consistió en el desvío de la misma hacia brazos muertos que eran endicados. De esta forma se utilizan estos largos brazos como represas temporarias, pescando mientras tie-

---

13. Siempre que se haga referencia al sitio Las Represas de los Indios se trata del de San Vicente, ya que existe otro sitio llamado igual. N. de C.T.

nen agua, cultivando en el suelo enriquecido cuando se seca, según lo atestigua una conocida crónica de Diego Fernández Pacheco (ver capítulo IV).

#### *Tamaño de las comunidades y forma de los poblados*

En lo que respecta a los montículos, cabe decir que no todos fueron utilizados como vivienda y aquellos que han cumplido esa función se distinguen por la presencia de fragmentos de alfarería en su superficie. La cantidad de unidades habitacionales y sus respectivas amplitudes varían según las zonas, posiblemente en relación con las condiciones del medio ambiente. En la región del arroyo Mailín, en el centro de la mesopotamia santiagueña, los conjuntos habitacionales son bastante reducidos y tienen entre cinco y treinta montículos, esparcidos en dos hileras que se ubican a 100-150 m del río. En otros casos los asentamientos se encuentran a 700-900 m del río, tal como en los sitios de Oloma Bajada, Pozo Grande y Tiun Puncu, sobre el Salado. Estos dos últimos sitios son más extensos que los del arroyo Mailín, pero mayores aún son Las Represas de los Indios en San Vicente, Llajta Mauca y El Veinte, a pesar de que se encuentran entre 15 y 25 km respectivamente al este del actual curso del río Salado.

Los montículos que integran los poblados se encuentran separados entre sí por distancias que oscilan entre 10, 20 y hasta 100 m. La distancia entre los pueblos varía también según las zonas. En el arroyo Mailín se localizaron tres asentamientos de reducido tamaño, que se distribuyen al norte de Quimili Paso a intervalos comprendidos entre 3 y 4 km. En uno de ellos, los montículos tienen una distribución circular delimitando una zona baja, que tal vez pudo usarse como represa, si se tiene en cuenta que comunica con el río de un modo tal que la obstrucción es fácil y permitiría, de este modo, la entrada y conservación del agua en épocas de crecientes. Al este del Salado, en cambio, la distancia entre los asentamientos mayores es generalmente de 10 km promedio, si bien entre estos se encuentran restos de poblaciones más pequeñas.

Según las observaciones hechas hasta el momento, el patrón de asentamiento y el ecosistema parecen ser similares en todas las zonas, ya sea por la existencia en las proximidades de cada comunidad de cauces o lagunas ahora secos, o porque de todos modos el acopiamiento de agua permitía el mismo tipo de subsistencia. No debemos olvidar que algunos siglos atrás, según lo sugieren varias categorías de datos, el problema del agua debía ser menos acuciante que en la actualidad. No es audaz suponer la existencia de largos pe-

ríodos durante los cuales la estación húmeda fuera más larga o mayor la intensidad de las lluvias (y en cualquier caso el nivel freático debió ser más fácil de alcanzar y posibilitaría la utilización de pozos) y por otro lado la acción humana post-colonial ha hecho variar considerablemente las condiciones del medio ambiente (ver Fase Las Lomas).

Los montículos más altos se encuentran en la región “nodal” del río Dulce, donde actualmente alcanzan alturas de 2 m o más, solo comparables a los de Represas de los Indios de San Vicente, en el río Salado. En Quimili Paso y los sitios cercanos a Matará, la altura no va más allá de los 60 cm sobre el nivel del terreno circundante; en Icaño son aún más bajos. Sumando la cubierta superficial que la erosión ha rebajado, pensamos que los que aún se conservan con alturas oscilantes en 50-60 cm no debieron sobrepasar los 100 cm en el momento en que se abandonó la ocupación. En los casos de los más altos el efecto de la erosión debió ser mucho mayor. Por otro lado no siempre es posible identificar todos los montículos componentes de un asentamiento, ya que esto depende en gran medida del grado de erosión y de la cubierta vegetal que dificulta la observación. Con respecto a la dimensión de los montículos, las medidas oscilan entre 50-60 m en los sitios de El Veinte y Mercedes de Tacana, los mayores que conocemos hasta el momento, y 7,30 m en Icaño donde hemos visto los más pequeños. Tomando siempre como referencia el eje mayor de cada unidad, vemos que en los casos intermedios el largo o diámetro mayor de los montículos se resuelve entre las medidas mencionadas más arriba.

La extensión de las instalaciones varía, según nuestros datos, entre 1 km y 300 m. Generalmente los montículos se disponen formando hileras (dos en Quimili Paso, cinco en Oloma Bajada, por ejemplo), que en algunos casos están separadas por verdaderas “calles”, tal como se puede ver en El Veinte, donde esta modalidad alcanza su expresión más perfeccionada. En otros casos los montículos parecen no tener orden preciso y se distribuyen irregularmente en torno a represas y bajos, como sucede en Icaño, Las Represas de los Indios y Llajta Mauca. Resta hacer algunas consideraciones con respecto a la orientación de los montículos dentro de cada asentamiento. Volviendo a tomar el eje mayor como referencia, encontramos que pueden ser paralelos, perpendiculares y aún oblicuos a la línea del río o a los bordes de las represas. En realidad, no puede observarse un comportamiento estable en este sentido.

Resumiendo, podemos decir que el patrón de asentamiento en toda el área y a través de todo el período comprendido entre los años 800 y 1600 d. de C. es de

una uniformidad sorprendente y las variaciones que anotamos al referirnos al tamaño, extensión y disposición del poblado responden a las condiciones naturales preexistentes y no alcanzan a modificar el panorama general, ni tienen significación cronológica. Tanto es así que muchas de las características que hemos observado en sitios de las fases tempranas son descritas por cronistas españoles del siglo XVI. Estas crónicas además demuestran las semejanzas entre sitios del Chaco santiagueño y del Salado con respecto a los del Dulce.

### *Vivienda*

La forma de la vivienda puede haber sido circular o cuadrangular. Esto no ha sido aún determinado por los medios arqueológicos. La Crónica de Cieza nos dice que “Las casas tienen grandes y redondas los pueblos muy juntos” (Cieza de León [1553] 1947). No quedan huellas del material con que fueron construidas las viviendas y hasta el momento nada podemos afirmar acerca de su verdadero tamaño y forma. En algunos sitios, los cortes que el agua hizo en los albardones formaron montículos aproximadamente circulares que quedaron relativamente aislados de sus vecinos, y en esos casos se podría suponer que cada montículo fue ocupado por una unidad familiar básica. En otros casos como en El Veinte, los albardones son muy largos y no siempre pueden aislarse verdaderos montículos, de forma tal que la sucesión continua de fogones y de restos no nos permite saber donde termina una unidad habitacional y donde comienza la otra. Si esto se debe al azar de los fenómenos naturales, o a causas de origen social, no podemos apreciarlo momentáneamente.

La vivienda se asentó sobre montículos cenagosos loésicos o arenoso-loésicos, según las zonas, buscando la protección de las partes más altas. Otras veces no existen los montículos naturales sino simplemente zonas altas a las cuales no llega la inundación en época de creciente. En algunos ejemplos no fue fácil asegurar que haya existido un montículo natural de base para la vivienda y esto estaría de acuerdo con la clasificación propuesta por Frenguelli (1940) para los montículos según tres tipos: 1) Mixtos: base natural y acumulación cultural; 2) Naturales: basamento sin instalación posterior; y 3) Culturales o artificiales: montículo formando por la sola acumulación de restos materiales. De todas formas, la actividad cotidiana ocasionó la formación de espesas capas de desechos integradas por los restos de fogones, huellas del sucesivo reacondicionamiento de los pisos, y restos de alfarería, alimentación, armas, etcétera, que el grupo fue dejando a través de los años. El tamaño de los montículos y el espesor de las capas fértiles cambian de uno a otro lugar y también dentro de cada poblado. Seguramente esta va-

riación está en relación directa con la composición del núcleo familiar y con el tiempo de la ocupación. En los montículos que nosotros excavamos en Icaño, Cañitas, Oloma Bajada, Quimili Paso y El Veinte, la altura media de los mismos oscilaba entre 60 y 100 cm, con un espesor realmente fértil que varía de 40 a 60 y 70 cm. Generalmente se detectan “fondos de viviendas”, a veces uno solo, a veces varios superpuestos, que pueden distinguirse por una mayor concentración de restos de fogones, cenizas y basura en general. En Quimili Paso se localizó en el Montículo 2 un “fondo de vivienda” a una profundidad de 80 cm pero desplazado algunos metros hacia la periferia del montículo, lo que demuestra cambios en el emplazamiento de la vivienda o simplemente de los fogones. Lo mismo se observa en El Veinte.

La abundancia de restos es notoria desde la superficie y continúa con intensidad creciente entre los 40 y 100 cm según la altura total del montículo. A partir de esta capa, hacia abajo, entramos en lo que se considera el núcleo original del albardón, donde los materiales disminuyen bruscamente hasta desaparecer los restos de huesos y carbón, mientras la alfarería continúa, posiblemente desplazada dentro del núcleo de base en razón de su mayor peso. Hemos observado que en algunos casos (Montículo 2 de Quimili Paso) los niveles más profundos, con material cerámico de gran tamaño, están distribuidos hacia la periferia del montículo, donde fueron hallados también puntas de flecha y tubos de hueso. Es frecuente hallar vasijas colocadas con la boca hacia abajo y cuya funcionalidad no hemos podido determinar exactamente. Hallazgos de este tipo se hicieron en Quimili Paso y Represas de los Indios.

El contenido general en restos culturales de los montículos es relativamente uniforme con las variaciones propias de cada fase. Los fragmentos de cerámica ordinaria son los más abundantes; la alfarería decorada se presenta en menor porcentaje. A estos pueden agregarse, según las fases, puntas de proyectil (Lámina III), torteros, punzones de hueso, agujas, tubos (a veces decorados con incisiones), retocadores del mismo material, espátulas, fragmentos de cucharas, instrumentos musicales y a veces hasta piezas de metal. En el fondo de los montículos pueden hallarse entierros que describiremos oportunamente y en el perímetro externo según otros autores fueron colocadas urnas con entierros de párvulos o de adultos. Es decir que el montículo es el núcleo en torno al cual se organiza toda la vida social de la comunidad.

#### *Actividades de subsistencia*

A lo largo de todo su desarrollo, el sistema económico imperante en la re-

gión puede ser clasificado como de tipo mixto, con agricultura de bajo rendimiento, que fue adquiriendo mayor volumen y calidad hacia la fase final aunque las actividades de caza, pesca y recolección conservan su importancia hasta el período hispano-indígena (Lorandi y Lovera 1972; Lorandi y Carrió 1975). Es necesario evaluar las evidencias relativas al momento y las condiciones en que se introduce la agricultura en el área. Lamentablemente tenemos una total carencia de datos tempranos. Los grupos cazadores con puntas de proyectil de tipo Ayampitín (Gómez 1975 a y b) habitaron en las sierras de Guasayán, al oeste, y en las sierras centrales, al sur de la región nuclear, pero no tenemos información de grupos pre-agrícolas para el sistema ecológico de los ríos Dulce y Salado, es decir la zona de llanura, ríos y bañados del centro de la provincia.

Una posibilidad es que la agricultura llegue a Santiago introducida por grupos de origen tropical. El sistema socio-económico tiene algunos rasgos de tipo tropical (en el sentido de Lowie 1948) pero en Santiago no se cultivó yuca o mandioca, o hay carencia de información segura como lo comentamos más arriba. Al mismo tiempo otros datos sugieren que este importante rasgo pudo llegar desde el borde oriental del área valliserrana. Los tipos de maíces hallados en El Veinte revelan vinculaciones genéticas con otros andinos, pero los estudios son insuficientes a causa de la escasez de material. La solución del problema queda por el momento dentro de la pura especulación, debido a la falta de datos acerca de un período arcaico para la región. También debe ser motivo de reflexión la existencia de agricultura que permanece en un nivel arcaico durante un largo período, fenómeno que tal vez caracterice a todo el norte de Argentina y de Chile; esto demostraría que la etapa arcaica fue difícil de sobrepasar y que, en su carácter de economía mixta, sobrevive hasta los comienzos de la Era Cristiana. Es probable que en la zona de Santiago del Estero se hayan refugiado ciertos grupos marginales de origen andino que encontraron ambiente favorable para conservar el sistema de economía mixta.

Por ahora solo conocemos para Santiago un momento inicial con agricultura de bajo rendimiento, pero practicada por grupos que se instalan en aldeas bien organizadas y aparentemente tan estables que suponen actividades de tiempo completo, con antigüedad del 300 d. de C. o tal vez un poco antes. Las instalaciones se hicieron en las proximidades de los cursos de agua o bien en sectores abiertos, llamados *pampas*, que constituyen los relictos de los viejos derrames de los ríos y que por esa razón actúan como cuencas deprimidas. Allí se acumulan las aguas de lluvia que descienden

desde los entornos sobreelevados, ocupados por un monte más espeso o por el verdadero bosque de tipo chaqueño que caracteriza la región. En las áreas abiertas se pudieron practicar los cultivos mediante el uso de riego por inundación o bañado. En las zonas más alejadas de los cursos permanentes se practicó el cultivo “de temporal”, utilizando directamente las aguas de lluvia, que en Santiago se producen actualmente entre septiembre y marzo. Ambos sistemas no son excluyentes ya que los cultivos de bañado necesitan la lluvia estival y los de temporal aprovechan en ciertos casos las aguas que se concentran en los sectores más deprimidos, formando especies de bañados de duración más escasa. La agricultura debió concentrarse en la producción de maíz, zapallos y porotos, aunque como dijimos, algunas crónicas insinúan el cultivo de una raíz “como la yuca”, pero no aclaran si debe entenderse como la yuca misma o “semejante a” (Relación de Pedro Sotelo de Narváez [1583] 1885, RGI, T. II). También hay datos sobre quínoa, pero es probable que se refieran solo a la zona de sierra occidental.

Dentro del sistema económico mixto, el ambiente de ríos o bañados favorece la pesca y la caza de aves acuáticas, mientras que las proximidades del bosque permiten la caza de ciervos, guanacos, mulitas, quirquinchos, ñandúes, cuises, etc. Es una zona excelente para la recolección de algarroba, chañar y mistol en especial, y la rica flora brinda polen a la gran variedad de avispas que fabrican perfumadas mieles, muy apetecidas por el hombre de monte. El sistema de ríos y bañados permite un asentamiento anual permanente, ya que en los bordes mismos de las áreas cultivables el monte ofrece caza y recolección sin forzar la trashumancia estacional. Además esta no se justificaría porque la uniformidad del clima no favoreció la formación de ecologías diferenciadas, excepto en grandes términos, entre la llanura y la primera cadena de sierras al oeste. Por el contrario, en el ambiente de depresiones, el bosque permite la alternancia de actividades sin provocar traslados estacionales. Aun en situaciones críticas, la recolección o la caza no debieron exigir más de un día de camino del núcleo habitacional. Pasando este umbral, se trataría de una sequía generalizada (o de una inundación generalizada, también posible como se ha visto hace unos años y en ese caso los límites de la búsqueda estarían dados también por los límites del propio territorio). En términos generales, esta situación y un sistema adaptativo favorecieron la vida sedentaria estable y los cambios de asentamiento pudieron producirse como consecuencia de modificaciones en el curso de los ríos, agotamiento de los suelos y por la presión de grupos externos o guerras entre parcialidades o tribus.

Enfocado desde el punto de vista de la proximidad entre distintos recursos complementarios, podría pensarse que estas sociedades, que a comienzos de la Era Cristiana conservaban muchos rasgos arcaicos, bien pudieron sentirse más cómodas en un ambiente ecológico que facilitaba la obtención de alimentos no cultivados. Esta situación explicaría, en parte, la persistencia de la economía mixta hasta tiempos coloniales. Pero no es el único factor que incide sobre la situación. La otra variable es que la producción de cultígenos no se encontraba totalmente favorecida. El régimen torrencial de los ríos y la falta de tecnología hidráulica desarrollada hacen muy difícil un completo control del agua para riego. Además, el clima cálido, que en los años buenos permite que con el sistema de bañado se realicen hasta tres cosechas, hace que en los años críticos, con grandes sequías, las condiciones para agricultura resulten absolutamente negativas. En esos momentos fue cuando la persistencia de las prácticas de caza-recolección permitió pasar la crisis con ciertos márgenes de éxito.

La caza reemplaza además a la ganadería. Excepto, tal vez, en las sierras occidentales, donde de todas formas debió tener un desarrollo mínimo. Como dijimos, no debió existir crianza de llamas en la llanura. De este modo, la dieta solo pudo obtener su cuota de proteína animal por caza y pesca. Próximos a los ríos y bañados, y sobre todo en verano y en período de inundaciones, las aves acuáticas debieron constituir un recurso de primera importancia, como lo muestran los datos zoológicos tomados de los restos faunísticos del sitio El Veinte. Debemos comentar también la comprobada presencia de grupos humanos clasificados como pámpidos (chaqueños) puros o mestizados con ándidos, que pudieron aportar fuertes hábitos de alimentación carnívora, como lo atestiguan las alteraciones dentarias y mandibulares halladas en individuos de Quimili Paso (Azcona ms).

Discutiremos también las evidencias sobre el cultivo de algodón. En Leviplier (1918) se encuentra un documento según el cual la ciudad de Santiago del Estero debió enviar gente a Chile para buscar sacerdotes y traer, entre otras cosas, algodón. El conquistador Bernal Mejía de Miraval introdujo así el algodón en 1556 al Tucumán, juntamente con el trigo y otras plantas. Este documento pondría en duda la existencia de tejido de algodón en épocas precolombinas. Sin embargo, ante la evidencia de enormes cantidades de torteros hallados en los montículos de Santiago conviene hacer algunas reflexiones (Lámina IV). Una de estas apunta a pensar que las cepas de algodón fueron destruidas por los mismos indios para dejar a los españoles sin recursos. Los documentos coloniales abundan en relatos sobre la quemazón

de sementeras. Si esta hipótesis fuera cierta, el viaje de Miraval a Chile respondería a la necesidad de reponer las plantas destruidas. En caso contrario, solo quedaría la posibilidad de que los torteros hayan sido usados en el hilado de fibra de lana, o también de que esos objetos no fueran torteros en absoluto y cumplieran una función no identificada. Por lo tanto se pueden discutir varias hipótesis: 1) Que tuvieran algodón y que su reposición se debiera a causas por el momento desconocidas; 2) Que criaran llamas –lo que parece poco probable en la llanura cálida y húmeda– o bien; 3) Que obtuvieran la lana por intercambio con las zonas altas. No hay relatos que describan vestidos de algodón, pero sí, en cambio, trajes de lana y de fibras vegetales, siendo este último el traje más común entre los indios del llano. Reichlen (1940) halló restos de tejidos probablemente de lana dentro de una urna. De todos modos es uno de los temas no resueltos, sobre el cual la arqueología tendría dificultades en hallar respuestas directas debido al alto grado de destrucción de este tipo de restos en estas regiones húmedas. En este sentido, lo que podemos decir por el momento es que, mientras en las fases más tempranas como Las Lomas no se comprobó la presencia de torteros, estos son grandes y simples en la Fase Quimili Paso y realmente abundantes y decorados con incisiones o pinturas en la Fase Oloma-Bajada-Icaño, aquella fase justamente con mayor porcentaje de cerámica Averías. Si bien es prematuro discutir ahora este punto, basta señalar que Averías es un complejo cerámico con fuertes vinculaciones estilísticas en el altiplano sur, en el actual territorio boliviano. Es probable que los portadores de esta alfarería hayan traído los hábitos relativos al uso de trajes de lana, la técnica textil y hayan encontrado la forma de proveerse fluidamente de esta fibra. Todo esto queda por ahora en el plano especulativo, pero ponerlo por escrito puede despertar sugerencias de investigación de algún lector interesado en el tema.

El sistema mixto de subsistencia debió imponer actividades cíclicas y bien planeadas para permitir el máximo rendimiento en la obtención de cada tipo de producto. El planeamiento debió incluir concentración y/o división del trabajo del grupo según cada tipo de producto y su época de recolección o cultivo. Las actividades hortícolas y la recolección de ciertos frutos pudieron superponerse parcialmente. Esta situación pudo ser resuelta ya sea por una división por sexos o grupos de edad, ya sea por una concentración de esfuerzo de todos los miembros para realizar la recolección en el menor tiempo posible (Flannery 1972). Por el contrario, la caza y la pesca pudieron ser posibles durante todo el año, si bien ciertas especies debieron tener ciclos de crecimiento y reproducción que debieron ser respetados (Cione, Lorandi y Tonni 1979).

También las situaciones excepcionales pudieron estar previstas, tales como sequías o inundaciones. En el primer caso es difícil predecir cuáles fueron las respuestas posibles, excepto la migración. En caso de inundación, la alimentación en base a aves acuáticas y peces debió ser, en casos extremos, el único recurso, ya que el exceso de lluvia pudo no solo arruinar cosechas y ahogar animales, sino también destruir prematuramente frutos y semillas. En el balance general de los recursos de subsistencia, la horticultura no debió tener peso preponderante, porque el tamaño reducido de las especies, como en el caso del maíz hallado en El Veinte, le resta gran valor alimenticio. Es por eso que la persistencia de caza, pesca y recolección se encuentra plenamente justificada. En relación con este tipo de actividades, se desarrolló una tecnología de puntas de proyectil en piedra y hueso que sirvieron para la caza y la pesca. Esta última pudo hacerse también por redes o directamente sumergiéndose y tomando los peces con las manos. La caza del ñandú se hizo tal vez con boleadora, de las cuales quedan ejemplares dispersos. Más adelante, al describir los rasgos de cada fase, pasaremos prolija revista a los elementos tecnológicos típicos de cada una. La relación con la flora boscosa se establece tecnológicamente por el uso de hachas de piedra pulida, generalmente con cuello completo y por algunas manos de mortero para la molienda de semillas cultivadas y recolectadas.

La variada tecnología del hueso se asocia con otras actividades. Existen retoadores, punzones y agujas. El uso de alucinógenos se afirmaría por la presencia de un gran número de tubos de hueso con los bordes prolijamente rebajados, de los cuales algunos tienen decoración incisa. El uso de cebil como alucinógeno está confirmado en diversas crónicas. Lozano, por ejemplo, dice que el cebil era absorbido por medio de tubitos, con el objeto de lograr alucinaciones en las ceremonias para llamar a la lluvia. Sin embargo, hay que hacer notar que hay tubos de muchos tamaños, algunos con un largo corte en bisel en uno de sus extremos, cuya finalidad permanece oscura por ahora. Otros pudieron servir para conservar agujas o polvos.

Un problema aparte es la extraña asociación de pipas de fumar y metales en el sitio Sequía Vieja. Este lugar, ubicado en la margen derecha del Salado, próximo a Colonia Dora, concentra un número significativo de objetos de metal –a mi juicio originario del NOA– junto con varias pipas. Las hay de diversos tipos pero son frecuentes las de tipo chaqueño. Hay también material colonial. Ni las pipas, ni los metales parecen haber sido patrimonio de la Tradición Chaco-Santiagueña. El metal, porque no se lo tiene en la llanura y debían importarlo, y las pipas por no presentar una distribución generalizada.

Los datos sugieren que Sequía Vieja es una colonia extranjera instalada en Santiago, pre o post hispánica. No hay que olvidar la magnitud de los extrañamientos producidos en tiempos coloniales. Por lo tanto, los datos referentes a pipas o metales deben tomarse con cuidado cuando se refieran a las culturas prehispánicas de Santiago.

### *Hábitos sociales*

La mayor parte de las crónicas que ofrece algún tipo de datos sobre este tema son muy tardías, o bien parecen hacer referencia a indios chaqueños en general, sobre todo a los que habitan las zonas de las actuales provincias de Chaco y Formosa, más que a aquellos que, aunque hayan tenido origen nord-chaqueño, se integraron en la Tradición Chaco-Santiagueña. Es decir que no tenemos certeza de que los relatos disponibles se refieren a los pobladores cuyos restos estamos excavando. Por ello preferimos hacer mención solamente a los hábitos funerarios y a datos obtenidos por medio del método arqueológico. Hasta el momento tenemos algunos indicios de especialización artesanal de acuerdo con la presencia –en un solo montículo de Icaño– de considerable cantidad de torteros indicando intensa actividad textil.

En cuanto a las actividades relacionadas con el mundo superestructural podremos enfocar dos aspectos. Por un lado, la funebria en sus variadas modalidades. Por otro, comentar brevemente el hallazgo en El Veinte de un entierro de guanaco (o llama), con todas las posibilidades de tratarse de un hecho ceremonial. Este tipo de hallazgo se ha hecho por primera y única vez, y no existe documentación antecedente al respecto. De todas formas, si nuestra interpretación es correcta, se trata de un temprano fenómeno de orden ritual cuyo objetivo concreto es imposible desentrañar. Las costumbres relacionadas con el entierro de los muertos y el uso de ajuar funerario se encuentran mejor documentados por la arqueología. Cuatro son los hallazgos documentados en el transcurso de nuestras investigaciones.

1. Entierro secundario de adultos o párvulos en urnas halladas en posición vertical normal. Esta modalidad adquiere dos variantes:

1.1. Esqueleto y cráneo en la misma urna. A este caso corresponde el entierro del Montículo 4 de Quimili Paso. La urna, de tipo Ordinario Rugoso, de la cual solo se conservaban algunos fragmentos y la base, fue hallada en un montículo ubicado en el barranco del río Mailín. Había sido enterrada a poca profundidad, de modo que la erosión provocó la des-

trucción de la parte superior de la pieza. Dentro de ella se encontraron algunos huesos largos y el cráneo de un adulto al que le faltaba la mandíbula inferior. En una carta a Imbelloni, Emilio Wagner señala que la falta de mandíbula es un hecho frecuente en este tipo de entierros (Imbelloni 1940).

1.2. Esqueleto separado del cráneo. Accidentalmente documentamos esta modalidad en la zona de las Sierras de Guasayán. La erosión dejó al descubierto la parte superior de una urna con decoración en Negro sobre Rojo Brillante. Dentro de ella fueron hallados algunas vértebras y fragmentos de huesos largos. Al lado de la urna se recogieron algunos dientes. Esto nos permite suponer que, tal vez, este hallazgo corresponda al tipo de enterratorios repetidamente documentado por los hermanos Wagner, Reichlen y Von Hauenschild en los que el cráneo es colocado en otra urna, o en otros casos sobre un puco.

Generalmente, las urnas en ambas modalidades (1.1. y 1.2.) están tapadas por pucos. Si las urnas son de alfarería ordinaria, el puco puede estar decorado según cualquiera de los grupos que describiremos oportunamente.

2. Entierro secundario de adultos o párvulos en urnas en posición invertida u horizontal.

Esta modalidad fue documentada en Cañitas. Allí también por acción de las aguas quedó al descubierto un entierro del cual solo recogimos parte de las vértebras y costillas. Estos restos se hallaban apoyados en un gran fragmento de cerámica del tipo Ordinario Rugoso. No hemos podido determinar con exactitud a cuál de las siguientes variantes corresponde nuestro hallazgo: a) La urna en la que se había colocado el entierro fue originalmente colocada en posición horizontal, b) La urna fue puesta en posición vertical y los agentes externos la volcaron, c) La urna estaba colocada boca abajo, apoyada en el fragmento, y se destruyó. Con respecto a la fragmentación del esqueleto caben también varias hipótesis: a) La parte no hallada del esqueleto estaba dentro de la urna y fue dispersada por el agua, b) El cráneo estaba colocado fuera de la misma y por eso no fue hallado.

Emilio Wagner habla del hallazgo de urnas en posición horizontal y comenta que no puede saberse si tal disposición fue intencional o accidental. Dice textualmente: "Las urnas, por razones que ignoramos, se presentan a veces con abertura hacia abajo, en este caso la boca a menudo reposa sobre un

gran fragmento de alfarería o también en el interior de un puco que se ajusta más o menos exactamente a la urna” (en Imbelloni 1940: 85). Más adelante comenta la otra variante “...en la localidad de Las Marías ... los entierros de urnas colocadas horizontalmente en el terreno son menos raras que en otros lugares. Con todo, tales entierros son siempre inmensamente raros respecto a los demás y habría que considerar la posibilidad que fueran producidos por agentes exteriores como el crecimiento de raíces de los árboles que rodean el túmulo” (en Imbelloni 1940: 88).

Queremos anotar que la escasa profundidad a que se hicieron los entierros dificulta siempre este tipo de interpretaciones. Esto explicaría también los problemas actuales para localizar entierros en urnas, mientras que el suelo se encuentra cubierto de fragmentos de cerámica y los decorados parecen estar a veces en mayor proporción que en el interior de los montículos. A pesar de esto, los autores coinciden en señalar que la mayor parte de los entierros se hacen en urnas ordinarias y solo usan un puco decorado para taparlas.

### 3. Entierros directos en tierra en el fondo de los montículos.

3.1. Entierro directo, primario, completo. Este caso fue documentado en Quimili Paso (Montículo 3, capa 7). Estaba extendido, en posición decúbito dorsal, las manos al costado del cuerpo, con la tierra junto a los huesos notablemente endurecida. Carecía de ajuar y de toda otra asociación. Se halló en el fondo de un montículo habitacional, todas las capas superiores contenían basura. La capa 7 estaba exenta de todo resto que no fuera el esqueleto. Lo notable es que en la capa 8, debajo del entierro, se halló una cantidad considerable de cerámica y huesos. No se pudieron hallar huellas de que el entierro se hubiese producido desde arriba, rompiendo las capas de basura posteriores. La misma condición de basurero con material revuelto pudo borrar las huellas de la excavación. El entierro correspondía a un individuo adulto, alto, de mandíbulas potentes (lamentablemente, debido a un accidente ocurrido en el Museo de Santiago del Estero, este esqueleto se perdió y no ha podido ser estudiado por los especialistas).

3.2. Entierro directo, secundario, incompleto. Se trata de un hallazgo realizado en el sitio El Veinte, y por lo tanto corresponde a esta fase temprana de la Tradición Chaco-Santiagueña. Se trata de un entierro secundario, consistente en algunos huesos largos y el cráneo completo (incluso la mandíbula inferior) colocado sobre los primeros. Estaba, como en el caso

de Quimili Paso, en el fondo de un montículo habitacional, cubierto por desechos de basura. La capa que contenía este entierro contenía también algunos restos de cerámica. No estaba tan aislado como el de Quimili Paso. Igual que en dicho caso, no tenía ningún ajuar, con excepción de algunos fragmentos grandes de cerámica hallados algunos centímetros más arriba, que no pueden interpretarse correctamente.

#### 4. Entierro extendido, directo, primario, en lugares abiertos.

Conocemos un hallazgo accidental hecho en Navicha, pero no tenía ningún resto asociado que permitiera identificarlo culturalmente. Reichlen (1940) documenta estos entierros, si bien no especifica si son en lugares abiertos o debajo de montículos.

Lo más importante es que Reichlen halló algunos casos de entierros con ajuar, ya se trate de los de este último tipo como de los realizados en urnas. Para el primer caso dice: “Los esqueletos estaban acompañados de fragmentos de tejidos (probablemente de lana) y de un pequeño vaso de cuello estrecho y cubiertos de pintura” (Reichlen 1940: 165, traducción de la autora). También menciona como ajuar en urnas a “...pequeños huesos de animales o aves, pequeñas estatuillas zoomorfas y puntas de flecha de piedra” (Reichlen 1940: 165, traducción de la autora). Emilio Wagner (en Imbelloni 1940), en cambio, piensa que los huesos de animales pueden deberse a causas accidentales y dice que nunca vio ajuar en las tumbas.

Otro problema a considerar es la existencia de montículos de exclusivo uso funerario. Von Hauenschild (1949) sostiene su existencia y documenta un caso para Vilmer Norte. Pero ni Reichlen ni nosotros hemos podido hacer una comprobación semejante.

#### *Caracteres biológicos*

De una serie de cráneos del río Salado que los hermanos Wagner enviaron a Imbelloni para su estudio, todos parecen corresponder a grupos andinos. Los restos de Quimili Paso (Montículo 4) fueron determinados por la Dra. Lilia Chávez de Azcona del Museo de La Plata. En su informe dice:

“Se trata de un individuo alto, masculino, cuyo aspecto y conformación morfológica permiten suponer que ha pertenecido a un grupo en el cual se manifiestan caracteres intermedios entre los Andidos puros y Pámpi-

dos puros. Se trata de los leptepresopos (de caras alargadas y estrechas) que Bórmida considera como producto del mestizaje de esos dos grupos. Este individuo presenta una serie de malformaciones óseas y alteraciones dentarias que se cuentan como indicadores de una dieta mal balanceada. Estos rasgos son el retraso de proceso de sinestesis de las suturas exocraneas, el desgaste de las piezas dentarias, la exestesis endocránica así como la que presenta en la cara posterior y especialmente en el borde postero-externo de la diáfisis del radio izquierdo y exagerada incurvación de la diáfisis. Todos indicadores de una alteración en el metabolismo óseo”.

Los comentarios posteriores con respecto a este caso parecen inclinar algunas opiniones a considerar que las causas de las malformaciones se deben a un exceso de dieta carnívora, en detrimento de los alimentos con hidratos de carbono. En general, el mal estado de los restos craneanos recuperados en excavaciones nos ha impedido reunir más datos respecto a este tema. Desde el punto de vista de la población, Santiago es sin duda una zona de encuentro y mestizaje. Será importante redoblar los esfuerzos para ahondar en este problema, hasta ahora incompletamente abordado.

---

Capítulo VI

**EL PROCESO SOCIO-CULTURAL  
PREHISPÁNICO EN  
SANTIAGO DEL ESTERO**

*/Segunda parte/*

---

Colaboraron en las investigaciones  
de campo y gabinete:

**Nélida M. Carrió**

**Delia M. Lovera**

**María E. Gonaldi**

**Eleonora Mulvany**

**Silvia Caramazana**

**Loredana Nordio**

**Raúl Arias**

### **Las Fases culturales: Las Lomas, Quimili Paso y Oloma Bajada-Icaño. Metodología de diferenciación**

Dentro de la Tradición Chaco-Santiagueña cuyos caracteres generales hemos descrito en las páginas anteriores, han podido observarse diferencias de cierta significación que justifican la subdivisión de esta Tradición en tres fases. Para esto fue necesario evaluar una cantidad considerable de variables, dentro de las cuales se encuentra la cerámica, que constituye el indicador arqueológico más sensible a los fenómenos de cambio. Tomando en conjunto todas las muestras de recolección de cerámica se recurrió al método denominado *seriación tipológica cuantitativa* (Lorandi 1974). Este es un método de cronología relativa por medio del cual se puede observar que, a medida que transcurre el tiempo, se produce un progresivo aumento de ciertos tipos cerámicos en detrimento de otros. Se trabaja sobre los porcentajes que presenta cada tipo en los diferentes sitios estudiados y en este caso se eligieron como indicadores guías los conjuntos tipológicos que integran las tradiciones o complejos cerámicos Sunchituyo y Averías.

Las transformaciones morfológicas producidas en la alfarería ordinaria fueron, a su vez, analizadas por métodos de taxonomía numérica (Lorandi *et al.* 1979). Con este recurso comprobamos que los bordes de las vasijas se agrupaban sobre dos tendencias principales. Una de ellas tuvo vigencia a lo largo de toda la columna cronológica, es decir era común a la Tradición Chaco-Santiagueña tomada en su conjunto. El otro grupo aparece vinculado primordialmente a la Fase Las Lomas y desaparece en las fases posteriores.

Al mismo tiempo que se evaluaron los cambios de popularidad de los tipos cerámicos, se analizaron los fenómenos de dispersión y asociación de los mismos. Veremos a continuación la síntesis de la información que puede extraerse de las prospecciones, excavaciones, análisis de mapas de dispersión, seriación de material de superficie y documentación bibliográfica. Si bien creemos que en la seriación hay ciertos factores de organización artificial debido a que los datos externos de asociación pueden ser confusos (en superficie pueden hallarse asociados elementos de distintas épocas), trataremos de ver hasta qué límite puede llevarse el análisis y qué apoyos encuentra. La seriación fue organizada sobre la base cronológica tradicional: suponiendo que Averías es el conjunto más reciente. A partir de allí se acomodó la secuencia según una línea decreciente para este conjunto (Figura 1). Los resultados fueron a su vez chequeados con los datos de cronología absoluta (Carbono 14) que se disponían hasta el momento.

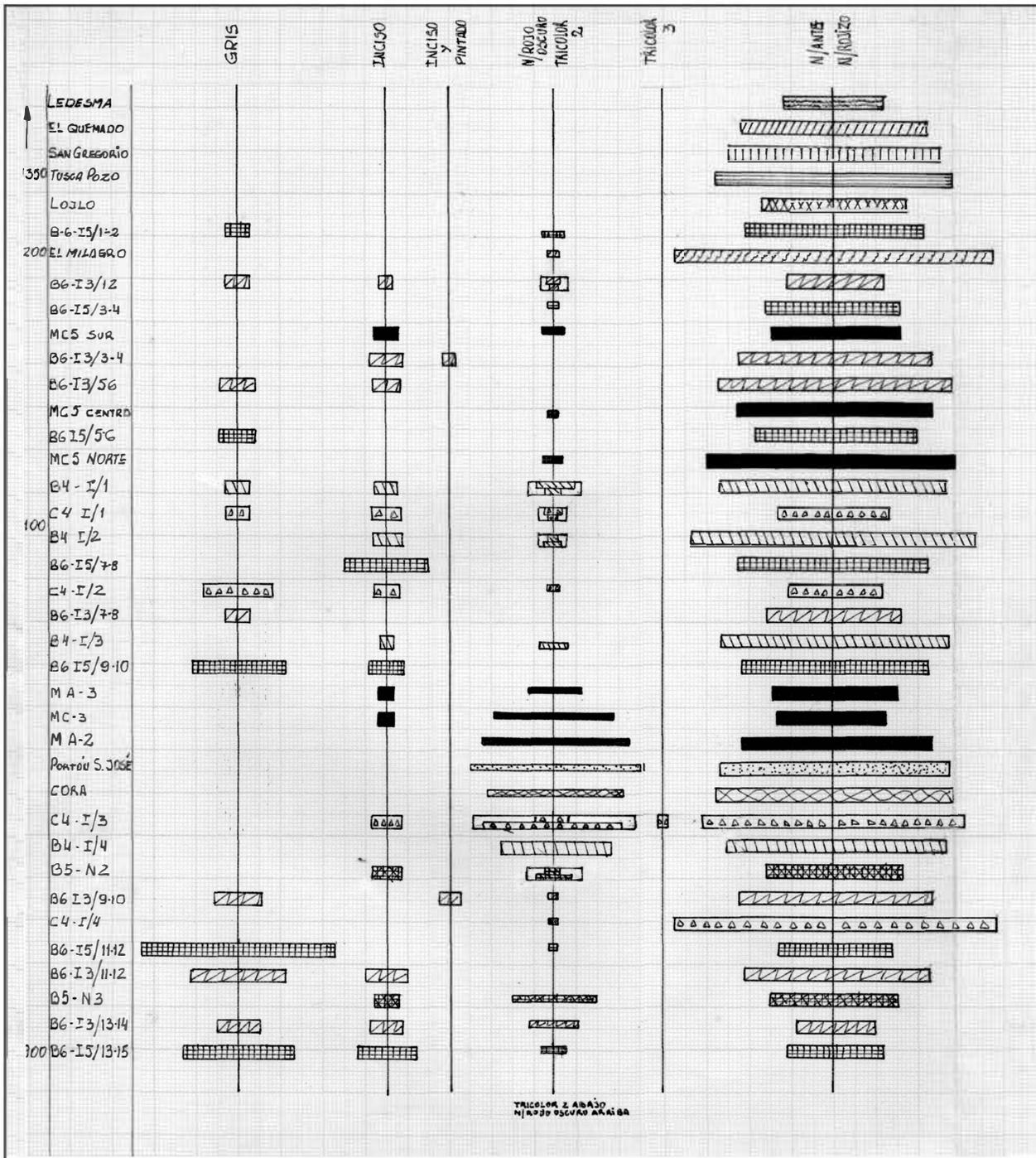
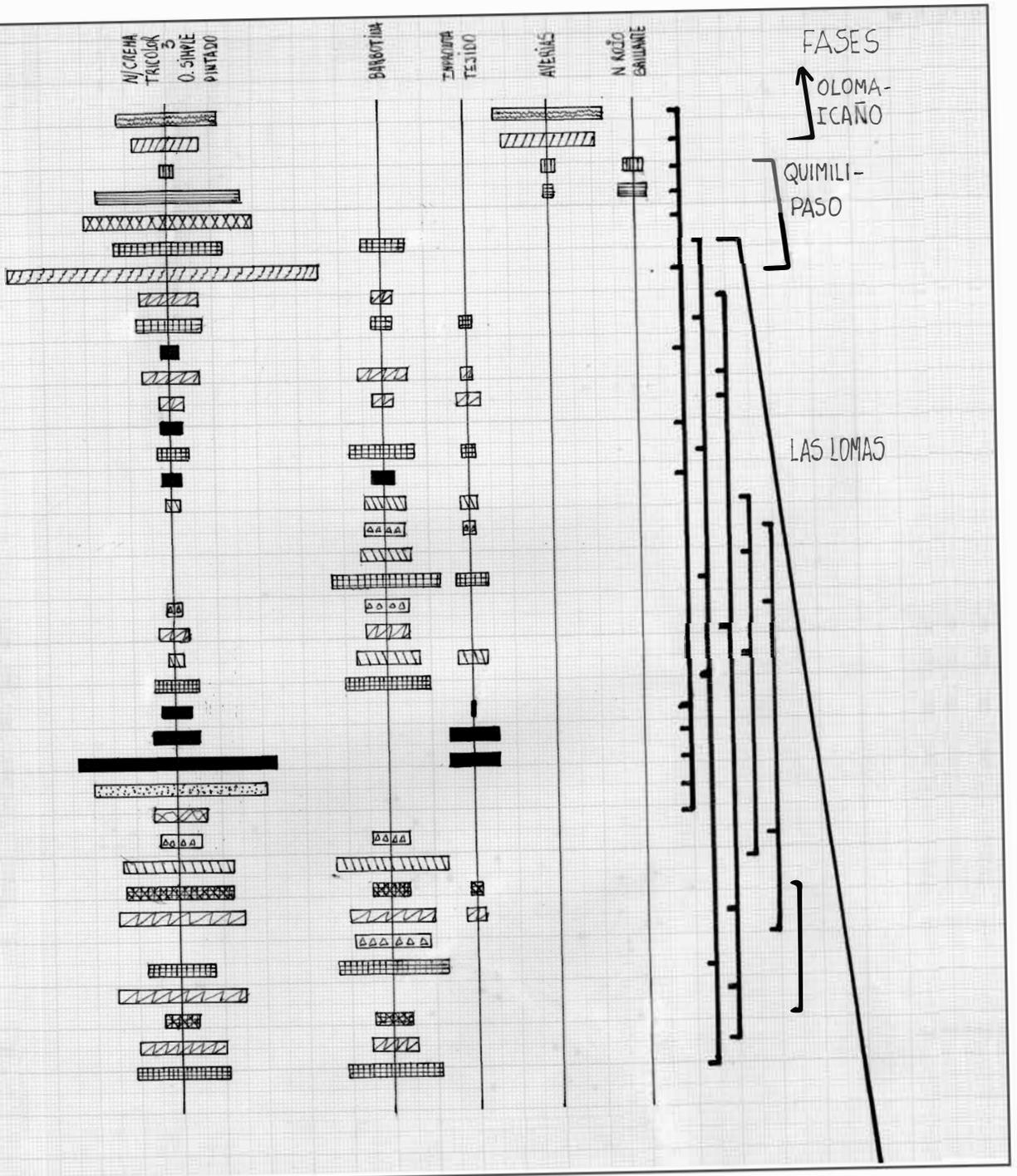


Figura 1. Gráfico de seriación cerámica.



Los resultados de todos estos análisis son los siguientes (para la descripción de los tipos cerámicos ver Apéndice A):

- Las tradiciones cerámicas Averías y Sunchituyoj comparten, aproximadamente, la misma área de dispersión dentro del territorio de Santiago del Estero.

- Ambas están asociadas, a *grosso modo*, con los mismos tipos Ordinarios. Estos, a su vez, muestran algunos cambios morfológicos a lo largo de la secuencia temporal.

- En gran parte de los sitios, ambos complejos decorados se encuentran asociados en superficie.

- Como resultado de las excavaciones hemos comprobado su asociación estratigráfica en Quimili Paso, Cañitas y Oloma Bajada.

- En Icaño, el Complejo Averías es el componente exclusivo de los montículos excavados y se recuperó también una jarrita del tipo Epiaverías (según Bleiler un tipo diferente, según nuestros trabajos integra el conjunto Averías), cuyo valor diagnóstico como marcador de tiempo no nos parece muy claro por el momento.

- En Las Lomas de El Veinte el componente exclusivo es Sunchituyoj con las variantes locales. En Sayanita se encontraron elementos Sunchituyoj y posiblemente Las Mercedes, pero de diagnóstico confuso. En Tres Pozos exclusivamente Sunchituyoj. En la zona de Guasayán se encontraron Las Mercedes, Sunchituyoj y Averías, el primero totalmente separado en un sitio, asociado a Sunchituyoj en un segundo sitio, y en un tercero se halló Sunchituyoj y Averías. En los demás sitios prospectados se hallaron las dos tradiciones cerámicas en superficie.

- El tipo Negro sobre Rojo Brillante se encuentra en muchos sitios prospectados, pero está ausente de las estratigrafías de Icaño y de El Veinte y en superficie en Manogasta, Tío Pozo y Tulip Loman.

- En la seriación de recolecciones superficiales se puede observar que el tipo Negro sobre Rojo Brillante se comporta con cierta independencia, pero que frecuentemente aparece reemplazando a otros tipos del Complejo Sunchituyoj, ya sea el Negro sobre Rojizo, o Negro sobre Ante o Negro sobre Crema. Para probar esto agregamos los porcentajes del Negro sobre Rojo Brillante al conjunto Sunchituyoj y observamos que la columna o huso correspondiente se regularizaba (ver Figura 1). Dicho en otras palabras: cuando había poca cantidad de Sunchituyoj el porcentaje era completado por el Negro sobre Rojo Brillante. Para visualizar esto, el Negro sobre Rojo Brillante se superpuso a la columna Sunchituyoj con rayado diferente y de este modo está representado dos veces en el gráfico.

- A pesar de lo dicho en el punto anterior, el tipo Negro sobre Rojo Brillante presenta características técnicas que lo aproximan al Complejo Averías. También comparte con él algunos rasgos decorativos como las “alas” y “rombos” e incluso ambos pueden estar compartiendo una misma pieza. De-

be remarcarse, sin embargo (como la veremos en el capítulo sobre arte), que también comparte rasgos decorativos con Sunchituyoj.

■ Los fragmentos con decoración estriada no tienen una dispersión regular y parecen ser más populares en la región sur de la provincia.

■ Los tipos incisos no considerados Las Mercedes tienen dispersión más restringida y se asemejan a tipos incisos de Córdoba (ver Serrano 1938 y 1945; Oliva 1947; González 1956-1958; Marcelino, Berberían y Pérez 1967; entre otros).

■ En algunos sitios aparecen fragmentos de bordes muy anchos y planos; a veces incisos, que se han considerado como partes inferiores de “campañas”, forma cerámica típica del Litoral (ver Von Hauenschild 1951). Pero también pueden ser bordes de vasijas o urnas que corresponderían a la Fase Las Lomas (ver ilustración en Wagner y Wagner 1934, VII. Lam. VI, fig. 1).

■ La alfarería Averías se expande fuera del territorio santiagueño no solo en las áreas aledañas como el este de Catamarca y Tucumán y parte de Córdoba, sino aún más lejos, en la zona de Andalgalá, Campo del Arenal, Valle del Cajón y Valle de Santa María, incluso el norte de La Rioja. En esos casos recibe el nombre de Yocavil, y esta dispersión es producto de traslados de población producidos en época incaica (Lorandi 1980).

■ El tipo Negro sobre Rojo Brillante acompaña la misma área de dispersión de Averías, pero en algunos sitios aparece sin él, por ejemplo en Fama-balasto en la Sierra del Cajón.

■ Averías y Negro sobre Rojo Brillante están asociados, fuera del territorio santiagueño, a sitios incaicos.

Los tres últimos puntos están siendo objeto de un trabajo especial para analizar las causas y condiciones de esta dispersión, en relación con la ocupación incaica en el NOA y con la persistencia del quichua en Santiago.

Finalmente podemos decir que el análisis tipológico revela que el pasaje de rasgos decorativos –los que a su vez reflejan patrones superestructurales– de un conjunto cerámico a otro, pone de manifiesto la existencia de un cierto patrón ideológico parcialmente compartido por los olleros que hacían ambos conjuntos cerámicos (Sunchituyoj y Averías). Al menos en algunos momentos estos muestran intensa transculturación. Este comportamiento de la alfarería se corresponde con diferencias significativas en otros elementos del contexto, de tal forma que el conjunto de las evidencias disponibles permitieron aislar tres Fases, Las Lomas, Quimili Paso y Oloma Bajada-Icaño. Esta última posiblemente será subdividida en el futuro, pero para ello será necesario contar con más sitios cuyo único componente de cerámica decorada sea la Tradición Averías. Esto permitirá juzgar con mayor equidad la in-

formación disponible hasta el momento. Debe quedar claro, por la tanto, que las fases que hemos aislado reflejan algunos jalones o marcadores que permiten distinguir fenómenos de cambio y, posiblemente, de un creciente proceso de transculturación entre dos tradiciones de origen diferente. La tarea de rescatar este proceso no es simple, sino que implica un intenso trabajo de investigación que nos permita visualizar, con profundidad progresiva, el comportamiento dinámico de una sociedad permanentemente expuesta al cambio, pero que al mismo tiempo, por las condiciones de su adaptación al medio y sus naturales tendencias conservativas, se presenta a los ojos del observador como una unidad cultural perfectamente individualizable.

### *La Fase Las Lomas*

#### Cronología

El Centre des Faibles Radioactivites de Francia realizó análisis radiocarbónicos de muestras de carbón obtenidas en el sitio El Veinte (Tabla 1). Los resultados son los siguientes (Lorandi *et al.* 1977):

Sigla	Procedencia	Edad radiocarbónica
GIF - 3365	El Veinte Montículo B 5 - nivel 3	690 ± 90 AP
GIF - 3366	El Veinte Montículo B 4 - capa 3	720 ± 90 AP
GIF - 3367	El Veinte Montículo C 5 - capa 3	950 ± 90 AP

**Tabla 1.** Fechados radiocarbónicos obtenidos para el sitio El Veinte en el Centre des Faibles Radioactivité de Francia.

Es decir que estos fechados ubican la instalación de El Veinte entre los años 1000 y 1260 d. de C<sup>14</sup>. Es clara su posición cronológica antecedente con respecto a las fases posteriores y la estimación relativa fue coincidente con el fechado radiocarbónico. De todas formas, originalmente esperábamos que la fase tuviese una iniciación más antigua, próxima al año 800 d. de C. Porque de esa forma

---

14. Hay que tener presente que las dataciones no están calibradas por ser de una época pre-calibración. N. de C.T.

parecería más clara su posible vinculación con Las Mercedes. Según estos datos, o bien esta última fase se prolonga hasta el año 1000, o bien existe otra fase que no hemos identificado aún. Debe destacarse que el análisis de los materiales indica que El Veinte conforma una sola unidad contextual y cronológica.

### Dispersión

Nuestras investigaciones han considerado como sitio tipo al que se encuentra en el paraje llamado El Veinte, ubicado al oriente de Matará (Figura 2). Material de esta fase también fue recolectado en Sayanita y Tres Pozos en la mesopotamia santiagueña, y en Guasayán (sitio II/1) donde parece actuar como enlace con Las Mercedes, debido a la presencia de cerámica incisa común a ambas fases en este sitio. También hay restos asignados a esta fase en el sitio Villa Prado en la zona chaqueña de Santiago, y posiblemente en Navicha, en el Salado centro-sur. Será necesario continuar las prospecciones para localizar más sitios. En los trabajos de Von Hauenschild (1949) se pueden detectar sitios posiblemente de esta fase en la zona del río Dulce, tales como Bajadita Norte y Los Quiroga. Será necesario disponer de mejor información para evaluar la influencia o extensión de ciertos rasgos de esta fase al norte de Córdoba y para saber si hay diferencias sensibles en las manifestaciones de la fase en sus instalaciones en el Salado y en el Dulce.

### Descripción del sitio El Veinte

El sitio El Veinte, según un imperfecto mapa de Emilio Wagner publicado por Imbelloni (1940), correspondería al anteriormente denominado Bislín. Algunos de sus materiales, ilustrados por los hermanos Wagner en 1934, permitieron a Bleiler (1948) aislar el tipo cerámico Bislín Inciso, que posteriormente fuera integrado al Complejo Las Mercedes. El sitio se encuentra a 21 km al nor-este de Matará y a 25 km al este del Salado. Se llega a él por el camino que va a Vilelas, y en el km 11 del mismo, doblando hacia el este, a 7 km encontramos la Escuela N° 245. Desde allí, a 3,2 km hacia el sud-este se hallan los montículos sobre los que se asentó el antiguo poblado. El sitio está formado por cuatro filas de largos albardones y tres bajos intermedios, con una inclinación de 20° al oeste siguiendo la pendiente natural del terreno que recorre el lugar en forma longitudinal de norte a sur. La zona no se inunda porque drena rápidamente, a diferencia de lo que ocurre con el poblado actual que se transforma en un pantano en épocas de lluvia. La cuenca total donde se encuentran el sitio arqueológico y el poblado actual conforman una cuenca cerrada de aproximadamente 60 km<sup>2</sup> cuyo origen no ha sido aclarado hasta el momento.

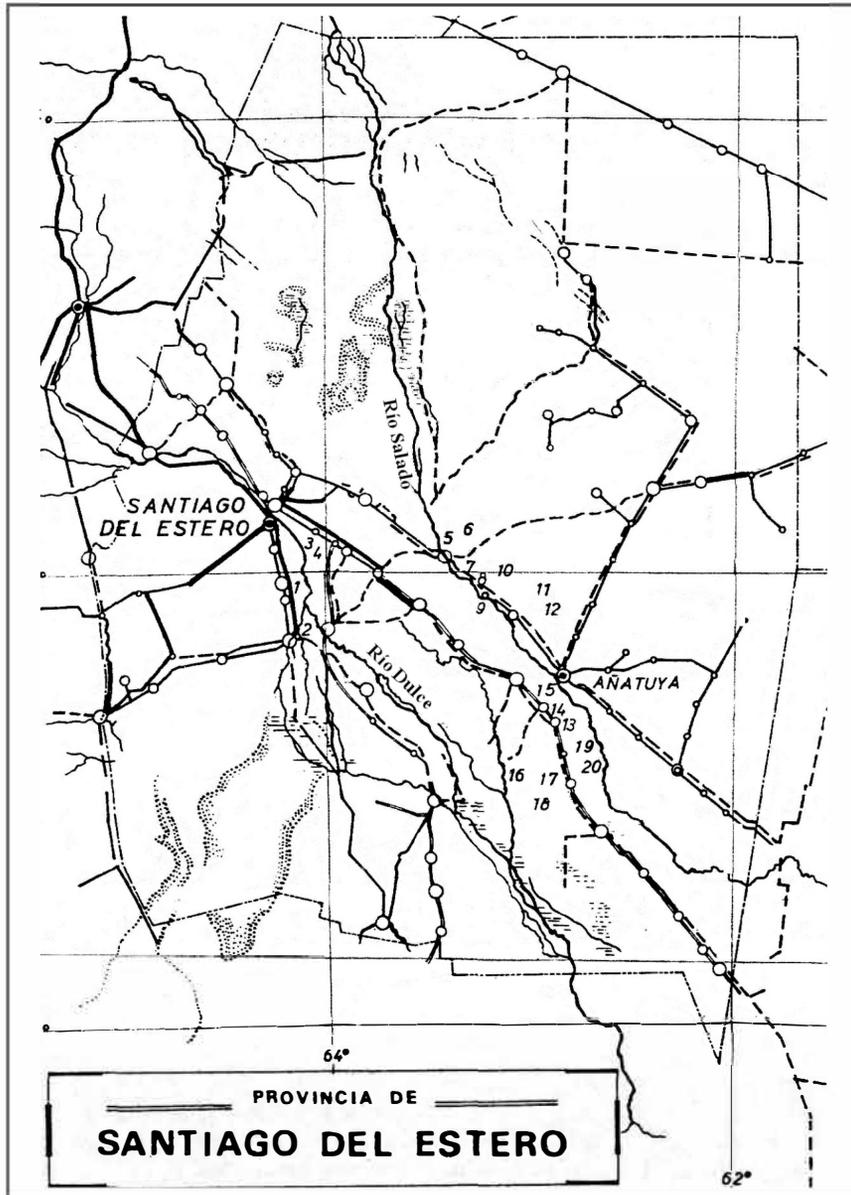


Figura 2. Mapa con sitios arqueológicos mencionados en el libro: 1 Manogasta. 2 Tío Pozo. 3 Beltrán. 4 Mercedes de Tacana. 5 El Sauce. 6 Villa Prado. 7 Pozo Grande. 8 Tiun Puncu. 9 Olo-ma Bajada. 10 Represas de los Indios. 11 El Veinte. 12 Llajta Mauca. 13 Icaño. 14 Cañitas. 15 Tulip Loman. 16 Quimili Paso. 17 Sayanita. 18 Tres Pozos. 19 Lago Muyojo. 20 Navicha.

Actualmente solo tres líneas de montículos se hallan bien conservadas y fueron nominadas con las letras A, B y C. Una cuarta línea (D) se halla muy destruida. Las tres primeras están integradas por catorce montículos bien definidos. Al sur del sitio hay dos represas, la mayor, ubicada a 130 m del extremo sur de los montículos, y la menor, a 250 m. La extensión total del lugar es de 320 por 150 m cubriendo una superficie de aproximadamente 5 ha. La altura de los montículos oscila entre 0,50 a 1,20 m sobre la superficie general del terreno. Las profundidades correspondientes a los bajos es de 0,30 a 0,50 m, con una pendiente a 18° hasta los 400 m y a partir de ese lugar nace la torrentera de 20 m de longitud con desnivel de 1 m hasta alcanzar la represa mayor. La profundidad de la represa mayor es de 1,50 m y de la menor 1 m. Todo el paraje se halla cruzado por cauces secos que corren de NO a SE. En su recorrido hacia el sur alcanzan su mayor dispersión en el lugar donde se halla la represa actual que provee de agua a la población. Esta es la zona deprimida y donde la vegetación es más escasa debido a dos causas: porque es zona natural de derrame, y porque allí se produjo el asentamiento de la población que limpió de monte la zona para construir las viviendas, los cerramientos y para utilizarla para cultivos. Estos últimos están instalados frecuentemente en el fondo de los antiguos cauces a fin de aprovechar la mayor humedad que se conserva en ellos. La represa de uso actual se encuentra al borde del cauce principal, el cual, una vez rebasada la misma, se une con este cauce que viene del noreste. En su recorrido hacia el sur, este cauce se vuelve a separar y ramificar, pasando una de sus ramas al borde del poblado antiguo, aproximadamente a 200 m al oeste, y bifurcándose nuevamente a 10 m al sur del sitio. Esta rama sería la que formó los albardones que originaron los montículos. Estos son del tipo descriptos por Frenquelli (1940) como cenagosos-loésicos. Su base está formada por loess sólido; la segunda capa es de limo color castaño, producto de los desbordes del cauce en la época de lluvia de modo que ambos factores forman un albardón largo o línea continua. Estos núcleos sirven de dique impidiendo el retorno rápido de las aguas del desborde del arroyo, provocando así esteros fluviales que por acción meteórica segmentan transversalmente los albardones, transformándolos en los montículos que actualmente encontramos en los sitios arqueológicos. Estos núcleos originales se cubrieron con una capa de humus, formada por loess de reciente formación cohesionada por raicillas de la vegetación herbácea que los cubre. Es en esta cubierta superior donde se encuentran los restos arqueológicos.

#### Dinámica ecológica del sitio El Veinte

La cuarta línea de montículos (D) es la más erosionada, puesto que se encuentra al borde del sendero que permite llegar al sitio, sendero este que

también actúa como canal de escurrimiento. Las principales zonas de drenaje son las que corren entre las filas de montículos A-B y B-C. La B-C se desvía por delante del Montículo B5 hasta el bajo A-B y en este punto colecta también el agua que baja de la línea C-D. Al sur del Montículo A5, donde se forma la zona más despejada frente a un gran hormiguero, nace la torrentera que, como dijimos, produce el llenado de la represa mayor. Los bajos están cubiertos de monte debido a la mayor humedad, pero su vértice, que actúa como canaleta de escurrimiento, queda sin vegetación. La parte norte del sitio, dado que la pendiente es menor, hace que las aguas se dispersen estando más limpia de monte y, a la vez, ocasione la desintegración de los montículos al mismo tiempo que cubre de fragmentos de cerámica las partes llanas. Siguiendo hacia el sur, al aumentar la pendiente y hacerse más marcados los bajos, estos y los montículos se cubren de vegetación, la cual se espesa en los Montículos B5, B6 y C4 y en todo el sector libre que va hacia las represas. La vegetación es muy rala o nula en las depresiones donde se estanca el agua, y en los montículos más bajos del sector norte.

En el lugar se puede comprobar fácilmente que las sucesivas lluvias van cortando los montículos transversalmente al producirse la nivelación de los suelos por las depositaciones tendientes a buscar nuevos caminos para ir hacia los bajos o colectores. Tal es así que, por ejemplo, el Montículo C4 recién se está comenzando a cortar. Este sería un indicador de que los albardones en un tiempo fueron continuos. Todos los montículos presentan el borde occidental suave y sin vegetación, debido a la erosión, siendo el oriental mejor conformado y de mayor altura por estar protegido por la vegetación. A partir del Montículo B5 comienza el monte a espesarse, haciendo que este y el B6 estén mejor conservados. Estos y el C4 son los de mayor altura.

La represa mas pequeña queda más lejos hacia el sur, que la grande y del otro lado del sendero en dirección oeste. No se conserva la torrentera de alimentación, pero el costado septentrional adquiere la forma de una rampa. En realidad, los bordes de ambas están sobreelevados en el lado sur y lo que probablemente ocurre con la mayor es que conserva una entrada definida porque actualmente es utilizada en épocas de lluvia. Ambas represas se conservan muy bien y están rodeadas de monte bajo y espeso.

Hemos dedicado amplio espacio a la descripción de este sitio porque, si bien no es idéntico a otros de la misma o de diferentes fases, puede servir como ejemplo de la dinámica de formación y uso de estos lugares y explicar en parte todo el comportamiento de adaptación de los pueblos de la Tradición Cha-

co-Santiagueña. Cualquiera haya sido el origen del curso de la cuenca, lo cierto es que el estudio de la dinámica ecológica del sitio ha permitido inferir un intenso aprovechamiento de recursos hídricos en una región con escasas o nulas lluvias invernales que hizo imprescindible la creación de un sistema de acumulación de las aguas de desborde. Nos encontramos así, ante un sistema elemental de control hidráulico en una etapa embrionaria a nivel de comunidad, a la cual, apriorísticamente, juzgamos autosuficiente. Este último concepto no debe ser tomado en términos estrictos. En realidad lo más correcto es pensar que un alto porcentaje de los recursos económicos son producidos por la misma comunidad, sin exclusión de que algunos alimentos provengan de fuentes externas, por intercambio.

#### Estructura y contenido de los montículos de El Veinte

A continuación ofrecemos un resumen de los caracteres esenciales de la estructura de los montículos de El Veinte y la descripción de los hallazgos más significativos.

#### Excavación del Montículo B5

Este montículo fue sometido a un sondeo prospectivo como consecuencia del cual se observó que el perfil transversal estaba interrumpido por una franja que, comenzando a cierta profundidad, adquiría la forma de U. Esta franja difería del resto del sedimento por su consistencia y coloración de tono ladrillo-amarillento. Una vez efectuada la excavación comprobamos que se trataba del corte de una estructura semiesférica, construida dentro del montículo, y que luego fue indicada como Horno 1. Sobre el perfil del sondeo se determinaron tres niveles: nivel 1, identificado por una capa de sedimentos uniformes y restos culturales, con una potencia de 60 cm; nivel 2, capa de ceniza y restos culturales, con una potencia promedio de 20 cm; nivel 3, ocupada por el “horno” y de una profundidad de 60 cm (Figura 3). En relación

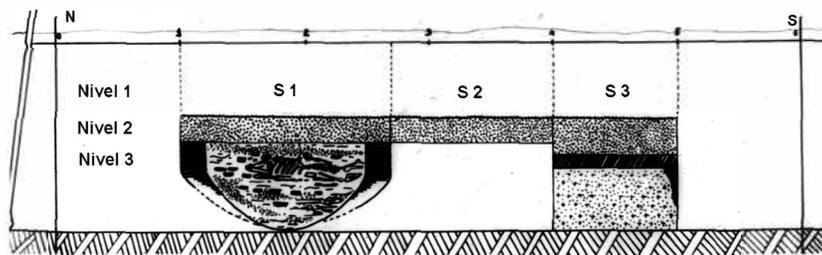


Figura 3. Corte del Horno 1 del Montículo B5 del sitio El Veinte

con la planta se identificaron tres sectores arbitrarios: sector 1, Norte, ocupado por el diámetro del potencial “horno” (aproximadamente 1,50 m) (Figura 4); sector 2, centro, de 1,40 m de extensión; y sector 3, sur, de 1 m<sup>2</sup> de superficie, aislado a raíz del hallazgo de una nueva consolidación en el nivel 3, que en principio se creyó que sería similar a la del sector 1.

## EL VEINTE

### M-B5

N 

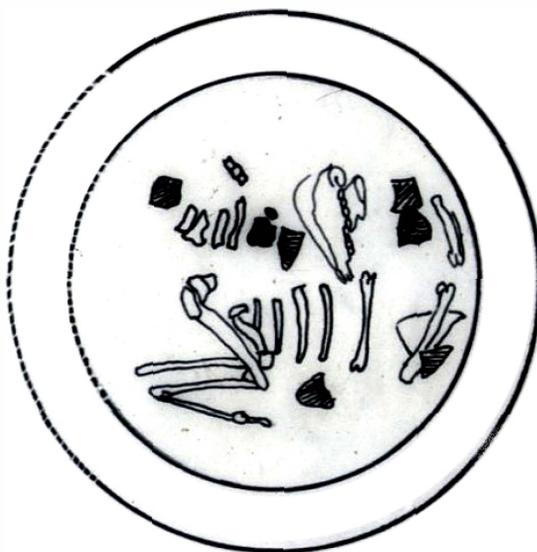


Figura 4. Vista superior del Horno 1 del Montículo B5 del sitio El Veinte.

El sondeo prospectivo había revelado que la estructura y los materiales del nivel 1 no diferían de los niveles análogos aislados por las excavaciones estratigráficas en los Montículos B4 y C4 que analizaremos más adelante. El nivel 2 fue trabajado cuidadosamente porque se constituía como un “sello” cultural que aislaba el hallazgo del nivel 3. Se rescataron todos los materiales y se analizó su comportamiento como capa aislada. Formaba una capa integrada por ceniza y restos que cubría todo el centro del montículo. Se extendía hacia el extremo sur, prolongándose más allá del sector 3. Según todas las evidencias, formaba parte de una especie de “fondo de vivienda” integrado por consolidaciones irregulares de tierra quemada color rojiza, alternando con lentes de ceniza. Según nuestras apreciaciones, este nivel es posterior a la construcción del “horno” porque en el estudio del perfil, este no parece sustancialmente alterado como para pensar que la excavación del horno en

el nivel 3 fuera realizada desde la superficie final o superior del montículo. De todas formas esta no es una apreciación concluyente, pues los sedimentos relativamente blandos y naturalmente revueltos, por su carácter de vivienda-basurero, pudieron borrar los rastros de la antigua excavación.

La pared del “horno” fue descubierta por su lado norte, donde sufrió el corte provocado por el sondeo prospectivo. Se comenzó por cortar levemente los sedimentos adheridos a su pared de 10 cm de espesor, hasta que se pudo liberarlo por la identificación y seguimiento de una película amarillenta que cubría en forma intermitente la superficie interna. La tarea de poner al descubierto el perímetro en una profundidad mínima ocupó cuatro días de trabajo, debido a la escasa consistencia de esta pared y pese a que su resistencia era mayor que la del relleno. De esta forma dejamos al descubierto una estructura de planta circular, evidentemente cavada en el núcleo del montículo y recubierta lateralmente por una masa delgada de barro y paja (según observaciones comunicadas oralmente por el Dr. Mario Teruggi). Cuando se inició la excavación del contenido del “horno” se observó con gran sorpresa que allí había sido cuidadosamente enterrado un cuadrúpedo que, según la identificación del Dr. Rosendo Pascual y del Dr. Fernando Tonni, tiene alta probabilidad de tratarse del esqueleto de un guanaco (Lámina V). Una vez descubierto en su totalidad vimos que se trataba de un animal enterrado en posición decúbito lateral izquierdo, totalmente articulado y completo, pero con la cabeza intencionalmente seccionada y colocada sobre las costillas, con el maxilar inferior hacia arriba. Este esqueleto estaba cubierto por sedimentos, en los cuales se hallaron fragmentos de cerámica, ceniza, carbón e incluso una semilla que podría ser de chañar.

El fondo de la estructura era irregular, enrojecido o ennegrecido según los sectores, por lo cual se podría pensar que fue sometido a la acción del fuego, aunque ningún hueso del esqueleto se hallaba quemado. Una vez que el esqueleto fue retirado, se pudo observar que la pared perimetral trabajada o revocada con barro solo tenía una profundidad de 25-30 cm y luego se redondeaba irregularmente, con sectores macizos y endurecidos y otros de sedimentos más blandos. La profundidad total era de 65 cm. En el fondo de la estructura y aproximadamente en el centro se halló una base de vasija ordinaria.

Interpretación del hallazgo: internarse en el cenagoso campo de las interpretaciones es peligroso cuando se carece de elementos comparativos o de situaciones repetitivas. Nos tienta pensar que se trata de un sacrificio ritual de guanaco. En caso contrario pudo ser un alimento preparado y no consumido. En la re-

gión debieron abundar los guanacos pero de todas formas su caza siempre constituiría un acontecimiento social comunitario de importancia. No es difícil pensar que pudo tratarse de un rito propiciatorio. Si la caza era importante como lo demuestran los otros restos de los basureros, tal interpretación no parece descabellada. El futuro, esperemos, nos ayudará a comprender mejor este hallazgo.

#### Excavaciones estratigráficas de otros montículos

Otros tres montículos fueron excavados en El Veinte, pero en estos casos no se siguió la estratigrafía cultural, sino que se marcaron niveles artificiales de 10 y 20 cm según los casos. Las excavaciones pusieron al descubierto perfiles que demostraban una intensa acumulación de restos entre el nivel 0 y los 90 cm de profundidad, la estructura es semejante a la de todos los otros sitios de la Tradición Chaco-Santiagueña. En ella se alternan lentes de ceniza y carbón, con fragmentos de alfarería y restos óseos faunísticos. En el Montículo B4, dentro del núcleo original del montículo, se halló un entierro secundario que ya comentamos oportunamente.

#### Excavación del Montículo B6

La excavación de este montículo dio finalmente la respuesta a muchos interrogantes que se plantearon en El Veinte y en muchos asentamientos de Santiago. En la base de dicho montículo hallamos otro “horno” de tierra cocida. Como el anterior, había sido excavado en suelo natural, estéril. Por eso, este también se conservó completo. Su morfología era semejante al del Montículo B5, tan solo un poco más oval visto en planta. El “horno” de B6 solo contenía restos de huesos y alfarería, aparentemente caídos allí como parte del relleno general. En este caso la cubierta del “horno” era una espesa capa de ramas quemadas, entre las cuales había muchos marlos de maíz, también quemados. Por lo que vemos, ya no quedan dudas de que se trata de hornos destinados a cocción de alimentos. Este hallazgo fue, sin duda, de una enorme importancia. Aportaba la primera prueba concreta del cultivo de maíz en tiempos anteriores al período de contacto hispano-indígena.

#### Interpretación de la estructura general de los montículos

Ante la reiteración del hallazgo de hornos excavados en la base de los montículos, se hizo evidente que: a) Estos eran el recurso habitual para cocinar alimentos. Sin embargo, no le quita carácter especial al hallazgo del guanaco, sino que, aunque haya sido un acto ritual, habría seguido los cánones de conducta cotidiana. b) Pudimos comprender el mecanismo de construcción de estos hornos. Una vez que un horno caía en desuso era rellenado por la ba-

sura esparcida en torno. La acumulación de desechos había hecho “crecer” el piso, de modo que el próximo horno fue cavado más alto que el anterior y desplazado espacialmente. El proceso se debió repetir varias veces a lo largo de la ocupación del asentamiento. Por esa razón, en las capas superiores no se pudieron rescatar los hornos completos, sino sectores de tierra cocida. El horno, al ser abandonado, se rompía y rellenaba, porque había sido cavado en sedimentos culturales menos consolidados que el terreno basal estéril. Este mecanismo fue el responsable de la considerable alteración de la estratigrafía natural que se observó en las excavaciones.

La composición del montículo se alteró por el pisoteo, que en la mayor parte de los casos casi trituró la alfarería. También se excavaron nuevos hornos en el mismo sedimento mezclado con restos, con el cual a su vez se rellenaban los hornos abandonados. En consecuencia, la depositación estratigráfica se revolvía constantemente. Pudimos pegar fragmentos separados entre sí por 20 a 40 cm de profundidad. No hay duda de que estos montículos estaban alterados por efectos de la misma ocupación indígena original. Por ello es imposible esperar una diferenciación en el contenido cultural entre las capas inferiores y superiores de los montículos de poca potencia. Si los hornos tienen una profundidad media de 60 cm, este será el espesor mínimo sometido a alteración. No podrán hallarse manifestaciones claras de cambio cultural en niveles inferiores al metro.

Análisis del material no artefactual recobrado en las excavaciones de El Veinte

#### Fauna

A continuación se presenta un cuadro con los taxas identificados (Tabla 2) y luego las acotaciones y observaciones realizadas a partir de su análisis.

Taxas identificados	
OSTEICHTHYES (Peces)	AVES (Aves)
<i>Hoplosternum</i> (tamuatá)	<i>Rhea americana</i> (suri)
<i>Pimelodus cf. Albicans</i> (bagre blanco)	<i>Nothoprocta sp.</i> (inambús)
<i>Doradidae</i> indeterminada (armados)	<i>Jabira mycteria</i> (jabirú)
<i>Hoplias maleboricus</i> (tararira)	<i>Nothura maculosa</i> (tinamú)

<b>Taxas identificados</b>	
<b>OSTEICHTHYES (Peces)</b>	<b>AVES (Aves)</b>
<i>Prochilodus platenses</i> (sábalo)	<i>Dendrocygna</i> (pato de río)
<i>Symbranchus marmoratus</i> (anguila)	<i>Psittacidae</i> gen. et sp. Indeterminada (loros, papagayos)
<b>AMPHIBIA (Anfibios)</b>	<i>Calidris</i> sp. (correlimos)
<i>Anura indeterminada</i> (anuros)	<i>Cariama cristata</i> (seriema de patas rojas)
<b>MAMMALIA (Mamíferos)</b>	<i>Alcedinidae</i> gen. et sp. Indeterminada (martín pescador)
<i>Lama guanicoe</i> (guanaco)	<i>Chauna torquata</i> (chajá)
<i>Dolichotis patagonum</i> (mara)	<i>Fulica</i> sp. (gallaretas)
<i>Ctenomys</i> sp. (tucu-tucus)	<i>Chunga barmesleri</i> (chuña de patas negras)
<i>Chaetophractus vellerosus</i> (pichi peludo)	<i>Milvago chimango</i> (chimango)
<i>Microcavia australis</i> (cuy)	<i>Vanellas chilensis</i> (tero)
<i>Cavia aperea</i> (cuis)	<i>Podicipetidae</i> gen. et sp. Indeterminada (macáes)
<i>Felis</i> sp. (felinos)	<i>Accipitridae</i> gen. et sp. Indeterminada (aves rapaces diurnas)
<i>Galea</i> sp. (roedores caviomorfos)	<i>Anatidae</i> gen. et sp. Indeterminada (ánades)
<i>Holockilus chacarius</i> (rata anfibia)	<b>REPTILIA (Reptiles)</b>
<i>Dusicyan</i> sp. (cánidos)	<i>Tupinambis</i> sp. (lagartos)
<i>Mazama rufa</i> (corzuela)	<i>Teiidas</i> gen. et sp. Indeterminada (lagartijas)
	<i>Chelonia indeterminada</i> (tortugas)

**Tabla 2.** Taxas identificados en el sitio El Veinte.

#### A.Peces

Respecto a este grupo se pueden apuntar las siguientes consideraciones:

1. En el material óseo están presentes distintas piezas esqueléticas.
2. El material óseo no se encuentra muy fragmentado, a pesar de que algunos de los elementos (cráneo, por ej.) son muy frágiles.
3. Una pequeña porción de los restos óseos presenta rastros de fuego.
4. El tipo de piezas esqueléticas presenta una distribución aleatoria.
5. La moda en lo que respecta a los taxa recae sobre cf. *Hoplosteaum*, *Synbranchus marmoratus*, *Doradidae* indeterminada y *Pimelodus* cf. *Albicans*.
6. Los calictidos (v. gr. *Hoplosternum*) son detritívoros: presentan respiración aérea. *Hoplosternum* vive preferentemente en esteros, se alimenta de plantas acuáticas blandas<sup>15</sup>.
7. Los peces de la familia *Doradidae* son frecuentadores de fondo, omnívoros casi detritívoros. Algunos presentan respiración aérea.
8. Los peces frecuentadores de fondo (tipo "bagre") prefieren los ambientes vegetados, de fondos móviles por lo común, en general de poca corriente. Casi todos son omnívoros, con alternativas según la especie y hasta según el hábitat frecuentado y la época del año, pero tienden a alimentarse de moluscos, crustáceos, insectos, pequeños peces y materia orgánica del fango, que ingieren con algas y microcrustáceos. Son poco migradores, a excepción de *Pimelodus elarias* (en realidad el mejor conocido desde el punto de vista ecológico).
9. En la muestra no están presentes los dorados (*Salminus maxillosus*), caracideo predador y veloz nadador de río abierto.
10. La anguila (*Synbranchus marmoratus*) es pescada desde marzo a noviembre en el río Uruguay medio. En el verano las anguilas se recluyen en los fondos fangosos o bien se guarecen en las barrancas. Tienen respiración aérea.
11. La tararira (*Hoplias malabaricus*) frecuenta aguas poco profundas y vegetadas donde construye su nido y se refugia. En el río Paraná medio, al igual que en el Uruguay, se pesca durante todo el año, a excepción de los meses de mayor calor. En las horas de sol y calor las tarariras se aproximan a la orilla y permanecen quietas, momento que aprovechan los pescadores del delta y del Paraná para clavarlas con la "fija".

---

15. Los datos ecológicos de peces de agua dulce fueron principalmente obtenidos de Ringuélet *et al.* (1967) y de Ringuélet (1975). N. de la A.

12. El sábalo (*Prochilodus platensis*), de régimen iliófago, es una buena fuente de lípidos. Migrador, desaparece del río de La Plata en otoño-invierno.

#### B. Anfibios, reptiles, aves y mamíferos

Sobre estos grupos podemos decir:

1. En lo que al número de individuos se refiere, los mamíferos son los mejor representados arqueológicamente (46,9%), le siguen las aves (36%), y en proporción mucho menor los anfibios y reptiles (8%).

2. Entre los mamíferos los elementos dominantes son *Ctenomys* sp. (47%), *Lama guanicoe* (14%), *Chaetophractus vellerosus* (10%) y *Dolichotis patagonum* y *Cavia aperea* (6%). Los restantes taxa están representados por porcentajes menores al 3%.

3. *Cavia aperea* no está registrada actualmente en la zona.

4. Los restos óseos de mamíferos se encuentran fragmentados.

5. Los restos óseos de aves, reptiles y anfibios están poco fragmentados.

6. Cinco cráneos de *Falconidae* están rotos en la región occipital.

7. Hay muchos huesos quemados.

8. Hay fragmentos de cáscaras de huevos de *Rheidae*.

9. *Rhea americana* comienza su ciclo reproductivo a principios de agosto. Las primeras posturas son a fines de agosto con los máximos en septiembre y octubre. El período de incubación es de alrededor de 40 días.

10. No se registraron restos de *Strigidae*.

11. Entre los mamíferos, en los que se determinó la edad relativa, hay pocos ejemplares juveniles, excepto en *Lama guanicoe* donde representan el 50% del total de la muestra de esa especie.

12. Entre las aves predominan las especies vinculadas a los ambientes acuáticos continentales (*Anatidae*, *Rallidae*, *Scolopacidae*, *Charadriidae*).

13. Entre los mamíferos predominan las especies vinculadas a los ambientes de áreas abiertas áridas o semiáridas (*Lama guanicoe*, *Cinomys* sp., *Chaetophractus vellerosus*). En menor proporción se registraron especies vinculadas a ambientes acuáticos continentales (*Holochilus chacarius*, *Myocastor coypus*) las cuales en la actualidad no están registrados en la zona (Cione y Tonni, comunicación personal).

14. Los anfibios también indican la presencia de ambientes acuáticos continentales.

15. Algunas aves son características de áreas abiertas en regiones boscosas (*Cariama cristata*, *Chunga burmeisteri*) o de bosques (*Nothoprocta*).

16. Se encuentran representadas casi todas las partes esqueléticas de las distintas especies de tetrápodos presentes en el sitio.

#### Horticultura y recolección de vegetales

Las actividades agrícolas pudieron realizarse entre agosto y diciembre-enero, período durante el cual se siembran y cosechan las plantas conocidas y citadas por los cronistas. Pero carecemos de evidencias arqueológicas directas para la mayoría de los cultivos mencionados en las crónicas, que por otra parte se refieren, especialmente, a la zona del Dulce. Para esta región al este del río Salado falta información fehaciente. En la base del Montículo B6 hallamos restos de maíz carbonizado, que junto a ramas y hojas formaban la cubierta del "horno" ya referido. Se consigna a continuación el informe del Dr. Cámara Hernández sobre las muestras de maíz obtenidas en la excavación:

"Muestra N° 1: Fragmento muy erosionado de marlo carbonizado de 17,6 mm de longitud y 5,2 mm de diámetro correspondiente a un maíz con 14 hileras de granos. Anchura de las cúpulas: 1,8 mm. Altura de las cúpulas: 2,2 mm. Hay otro fragmento de marlo carbonizado de una sola hilera de cúpulas (el resto falta) de 4,4 mm de anchura y de 2,5 de altura, muy pilosas".

"Muestra N° 2: Fragmento de marlo carbonizado de 15 mm de longitud correspondiente a un maíz de 10 hileras de granos. El fragmento posee hileras de 4 ó 5 cúpulas en sentido longitudinal. El fragmento posee las glumas quebradas y un diámetro de 5,5 mm. Anchura de las cúpulas: 2,8 mm en la base del fragmento 2,5 mm en la parte central del mismo: 2,2 mm en el ápice. Altura de las cúpulas: 3,1 mm en la base; 3,7 mm en las del ápice. Posee pocos pelos junto a las glumas inferiores, entre las hileras de cúpulas y la base y las cúpulas son pilosas".

"Muestra N° 3: Fragmento de marlo carbonizado de 10,9 mm de longitud. El diámetro no se pudo medir por haberse quebrado, pero el diámetro de la médula del marlo es de 2,2 mm. Corresponde a un maíz con 12 hileras de granos. En el fragmento hay hileras de 3 ó 4 cúpulas en sentido longitudinal. Anchura de las cúpulas: 2,6 mm, altura de las cúpulas: 2,2 mm. Pilosidad en la base de las cúpulas".

"Muestra N° 4: Fragmento de marlo carbonizado de 40,5 mm de longitud y de 8,2 mm de diámetro, con 10 hileras de granos y restos de glumas inferiores y superiores. Anchura de las cúpulas: 2,8 mm. Altura de las cúpulas: 3,4 mm.

Difg. 4. Muestra N° 4: “Posee pelos entre las líneas de las cúpulas, principalmente a los lados de las glumas inferiores. En el interior de las cúpulas no posee pelos. Glumas inferiores gruesas y restos de pedúnculos de los granos bastante largos y gruesos”.

“Muestra N° 5: Fragmentos muy pequeños de marlos carbonizados en los que se identifican las cúpulas”.

“Muestra N° 6: Fragmentos muy pequeños con cúpulas profundas y fragmento de marlo de 12,5 mm de longitud y de 4,7 mm de diámetro, muy erosionado, sin restos de glumas inferiores”.

“Conclusiones. Los restos de maíz indican la existencia de esta especie, con inflorescencias femeninas (por los marlos) de 10, 12 y 14 hileras de granos. También en el material hay diferencia en la relación entre anchura y altura de las cúpulas y en la intensidad y distribución de la pilosidad. Se puede deducir, a través del diámetro de los marlos, del número de hileras y la anchura y altura de las cúpulas que sostienen a los granos, que en general, estos debieron ser angostos y poseyeron poco espesor. Por comparación con las razas actuales de otras regiones se deduce que pueden haber correspondido a maíz con endosperma duro (córneo) o semi-duro, pero no a maíz con endosperma amiláceo. Por la variación en el número de hileras y la relación de las medidas de las cúpulas, se deduce que existía variación en el maíz, del que puede haber existido más de una raza”. Hasta aquí, el informe del Dr. Cámara Hernández (1976).

La existencia de más de una raza demuestra una selección previa. Sería interesante averiguar el origen de este proceso de diferenciación. Aparentemente estos maíces tienen vinculaciones con ejemplares conocidos del NOA, pero la muestra es escasa y fragmentada y no permite otras inferencias. No debe olvidarse tampoco la fecha tardía de la ocupación del sitio (1000 a 1200 d. de C), la cual con generosidad no pudo ser anterior al 700-800 d. de C. Según los datos actuales, el maíz puede tener hasta tres ciclos de siembra-cosecha en Santiago del Estero. Las primeras siembras pueden hacerse en agosto-setiembre y la primera cosecha en diciembre; la segunda siembra a fines de setiembre y la cosecha en enero; y la tercera siembra, en diciembre y la cosecha en junio. Este ciclo de siembra-cosecha se superpone parcialmente con ciclos de otras plantas que pudieron cultivarse en la región, pero esto no se contradice con el sistema horticultor que hipotéticamente primó en la región.

Las plantas citadas por los cronistas para la región del Dulce, además del maíz, son: frijoles, zapallos y una planta “como la yuca” que como dijimos sospechamos que puede ser la batata, por cuanto no hay datos seguros referentes al cultivo de yuca o mandioca en la región, ni para tiempos prehispánicos ni en la actualidad. Los porotos, zapallo y batata son de cultivo corriente en tiempos modernos y sin duda constituyen una producción de alto rendimiento. Las variedades actuales del zapallo son: *Cucurbita moschata mixta* o *Cucurbita mixta*. El anco se cultiva en agosto-setiembre y se cosecha en diciembre. La *Cucurbita máxima* se siembra en julio y se cosecha en octubre-noviembre y la *Cucurbita mixta* se siembra en julio y se cosecha en noviembre-diciembre. Los frijoles o porotos *Phaseolus vulgaris* se cultivan en noviembre-diciembre y enero y se cosechan en marzo o abril. La batata *Ipomoea batatas* presenta actualmente en Santiago una gran producción, ya sea en hectáreas cultivadas como por el alto rendimiento por hectárea. No tenemos análisis de suelos para la zona que nos interesa, por lo tanto no estamos en condiciones de asegurar si las peculiares condiciones existentes entre el 1000 y 1200 d. de C. fueron aptas para este cultivo. Hoy día se cultiva poco en la zona de El Veinte. Sin embargo, su capacidad para adaptarse, tanto a ciertos excesos de humedad como a las sequías, aunque con rendimientos y calidad diferentes, permite mantenerla en la lista de las posibles plantas cultivadas. La batata se siembra en agosto, cuando se inicia el período libre de heladas a las cuales es muy sensible. Es una planta que ofrece la ventaja de que se dejan rebrotar las plantas del año anterior. La cosecha en esas regiones comienza en enero y continúa hasta agosto-setiembre. En general se cultiva con riego por inundación en otras zonas de Santiago. Es probable que, dada la habilidad demostrada por los pobladores de El Veinte para controlar las aguas de su aldea, hayan utilizado técnicas similares de inundación permanente. La presencia de hachas pulidas de utilización frecuente en pueblos que practican desmonte y presentes en El Veinte no excluye la posibilidad de que una tarea de este tipo se haya ejercido en los bordes montosos del área deprimida. De esta forma y si nuestra hipótesis es correcta, el hacha de piedra pulida podría ser un indicador de horticultura de tubérculos, en estas zonas de ambiente subtropical. Si bien la batata es un producto perecedor, la conservación de la raíz durante medio año en el propio almacigo permite hablar de un almacenamiento natural, ya que se puede controlar la recolección a medida que se consume. Tiene así la ventaja de que puede proveer de alimento a la población en una época del año en que otros productos están faltando, o si el maíz no pudo almacenarse en cantidades adecuadas. Además, el maíz hallado en El Veinte es tan pequeño que su incidencia en la nutrición no debió alcanzar volúmenes excesivos.

La lista de actividades de producción debe completarse con las de recolección. El algarrobo, chañar y mistol y el ají de monte pudieron ser la base provista por la recolección. Estos también se cosechan en verano, de noviembre a marzo. Una adecuada organización de las actividades parece inevitable, ya sea por división sexual del trabajo, ya sea por grupos de edades o familiares. El bosque ofrece también otros productos de consumo alimenticio y útiles en las artesanías, de modo que la actividad recolectora pudo desarrollarse según las plantas, a lo largo de casi todo el año.

Comentarios e hipótesis generales sobre actividades vinculadas a la alimentación y uso del ambiente durante la Fase Las Lomas

El sitio arqueológico y el poblado actual de El Veinte están en una cuenca deprimida de unos 60 km<sup>2</sup> que constituye un medio ecológico diferente al de los campos más altos y cubiertos de bosques que la rodean. Desde el punto de vista de la interpretación de la dinámica ecológica prehispánica, la descripción de la zona revela la existencia de tres sectores diferentes:

Uno sería el sector ocupado por el poblado actual, donde se concentran los mayores volúmenes de agua en tiempos de inundación de la época presente, a causa del número y la importancia de los cauces que la atraviesan. El análisis osteológico reveló que por su alimentación y composición, la ictiofauna representada es la que se encuentra en madrejones, charcas de desborde y esteros. Esta apreciación se verifica por la gran cantidad de peces con respiración aérea que se registró. Esto facilitó la pesca permanente o semi permanente, al mismo tiempo que en el borde del estero pudo practicarse horticultura gracias a la humedad permanente de estos terrenos. La proximidad de las lagunas o esteros respecto al lugar de consumo parece posible a causa de que todas las piezas esqueléticas estaban presentes y por su distribución aleatoria (ítems A.1 y A.4). Según la descripción del área vimos que la laguna o estero pudo llegar hasta los bordes mismos del poblado prehispánico, pero sin rebasarlo. Quedan pocas dudas de que el sector tuvo un régimen de mayor humedad en el momento de la ocupación antigua que en la actualidad. La fauna corresponde, en general, a la de una región semiárida, con bosques y áreas abiertas de pastizales (ítems B.8, B.9, B.13, B.15) y con cuerpos de agua cercanos (ítems B.12 y B.13). Estos cuerpos de agua justifican también la presencia de aves de hábitos acuáticos continentales, así como pudo ser un importante lugar de abrevadero para los guanacos.

Otro sector sería el ocupado por la población prehispánica, donde los cauces naturales y los desagües planificados conformaron un sistema de drenaje que mantuvo relativamente seco los contornos de las viviendas, asegurando el almacenaje del agua en las represas instaladas al sur del sitio. Ambos sectores se integran así en un sistema simple pero competente de control hidráulico, que explica el volumen de restos en los montículos, producto de una cierta densidad de población, tal vez durante un tiempo prolongado que no nos atrevemos a calcular.

Por último, está el sector del bosque circundante, fuente de recursos de caza y recolección. Las piezas cobradas eran transportadas enteras a los lugares de consumo, tal como ocurría con los peces. La actividad cinegética pudo ejercerse durante todo el año, y algunas evidencias apuntan a un cierto control selectivo para impedir la caza de animales muy jóvenes, excepto en *Lama guanicoe*. Dado el volumen de los restos faunísticos, es indudable que la alimentación fue excepcionalmente rica en proteínas. La fuente principal eran los mamíferos y las aves, siguiéndoles, en menor proporción, los peces, anfibios y reptiles. Entre los mamíferos, *Lama guanicoe* ocupa el primer lugar en lo que se refiere al volumen total de carne aportado. Entre los peces los mayores porcentajes corresponden a cascarudos, anguilas, armaditos y bagres. Con excepción de los pequeños armados, los restantes ocupan un volumen equivalente de proteína animal.

En cuanto a la horticultura ya dijimos que pudo tener una importancia relativa, aunque seguramente mayor que la que tiene actualmente en la misma zona. El maíz y la batata pueden ser almacenados y el anco se conserva cuatro meses después de la cosecha. Las semillas de recolección pudieron conservarse en forma de harinas y consumidas también como bebidas fermentadas. No hay duda de que durante el verano se acumulaba la mayor cantidad de tareas. Es el período de siembra, de las cosechas, de las fiestas regadas con chicha de maíz o con aloja.

La importancia de la caza puede, tal vez, verificarse por el hallazgo del posible sacrificio de guanaco hallado en el Montículo B5, que revela también el lugar de privilegio que este animal pudo ocupar en las expectativas alimentarias de la sociedad. Entre los hábitos de caza, pesca y cocina que se infieren del material recolectado podemos señalar varios puntos. Parte de los huesos largos de los mamíferos eran fragmentados para consumir la médula y/o para la fabricación de artefactos. Al menos una parte de las aves fueron capturadas con proyectiles (flechas, hondas) (ítem B.6). Las pequeñas puntas líti-

cas triangulares, y otras medianas y chatas de hueso pudieron estar funcionalmente asociadas a la captura de aves. Cabe destacar la ausencia de restos de búho (*Buba virginianus*) o de cualquier otro *Strigidae*. A la vez, esta ave ocupa un lugar de privilegio en el registro simbólico del arte decorativo. La importancia ritual debió estar acompañada por tabú de consumo. También cabe mencionar que solo una pequeña parte del alimento animal era cocinada directamente al fuego (ítem B.7). Esto puede deberse al uso de los hornos donde los alimentos no estuvieron en contacto directo con las brasas, sino posiblemente cubiertos con una capa de hojas y tierra sobre la cual se instalaba el combustible. También hay que considerar la posibilidad de que los alimentos fueran cocidos indirectamente en vasijas.

La pesca pudo efectuarse a través de la construcción de “corrales” y posterior captura con arco y flecha o arpón, como lo demuestran ciertas puntas tubulares barbadas que solo aparecen durante esta fase. También pudieron capturarse con las manos. Estas hipótesis se verifican teniendo en cuenta el tamaño y las características biológicas de los distintos taxa presentes en el registro (ítems A.5 a A.12) y se corroboran con las informaciones de las crónicas, donde se describen hábitos semejantes para los pobladores de Santiago en el siglo XVI.

Parece claro que hemos logrado rescatar una serie de evidencias relativas al grado de adaptación ecológica de los ocupantes de la aldea de El Veinte entre los años 1000 al 1200 d. de C. Una parte de las interpretaciones tienen puntos múltiples de verificación, otras como las de la horticultura son, sin duda, más débiles y quedan en el plano hipotético, con excepción del cultivo de maíz. El grado de adaptación en lo que respecta a las actividades extractivas parece haber sido llevado a su punto máximo, ya que todo lo consumible fue consumido. Sin duda también las condiciones ecológicas fueron diferentes, ya que actualmente en general se comprueba un medio de gran sequedad con dificultades para obtener agua de pozos o conservar las de las escasas lluvias. No nos detendremos sobre las causales del cambio, muy difíciles de explicar, pero entre las cuales no debe descartarse la actividad depredadora del hombre, ejercida sin control desde tiempos coloniales hasta los años recientes.

Análisis del material artefactual recobrado en las excavaciones de El Veinte

Desarrollo tecnológico de la fase

Tanto en superficie como en las excavaciones fueron halladas puntas líticas. Casi todas son triangulares, pequeñas, de bordes rectos o levemente convexos y con aletas y pedúnculo de base sub-redondeada. También hay puntas

de huesos, algunas son planas, pequeñas o medianas y otras son tubulares, huecas, hechas de huesos de pájaros. Presentan un corte largo en bisel en uno de los extremos, posiblemente para permitir el escurrimiento de la sangre o simplemente para obtener mejor efecto de penetración utilizando un hueso de ese tipo. En el otro extremo, en uno de sus lados, tienen barbas pequeñas. Los hermanos Wagner (1934) también ilustran puntas de este tipo para su Rama B, parcialmente equivalente a nuestra Fase Las Lomas. Entre los instrumentos de hueso deben incluirse pequeños punzones, agujas y tubos de hueso cuyo uso posible fue la absorción de alucinógenos.

La tecnología parece poco rica en variedad de artefactos. De todas formas se distingue esencialmente por las puntas tubulares de hueso que parecen privativas de esta fase y las puntas triangulares de piedra que son excepcionalmente abundantes, al menos en El Veinte. Los punzones, retocadores y agujas de hueso son similares a los de las fases subsiguientes. Existen cuentas pequeñas de concha y también cuentas de cerámica, de forma sub-cilíndrica atravesada por un agujero. Esto hace pensar que podrían usarse collares, pero también podrían ser adornos de vestidos “bordados con chaquiras” como los cronistas los describen para épocas más tardías. Sería notable la ausencia de tejidos, si aceptamos que la ausencia de torteros sea diagnóstica en este tema.

Respecto a la alfarería, sus relaciones con el arte y su particular importancia como indicador favorecen su tratamiento independiente. El complejo cerámico presente en El Veinte y que consideramos prototipo de la fase Las Lomas incluye en líneas generales cerámica Ordinaria de los tipos Rugoso y Simple, el tipo Ante Pulido y alfarería decorada de la Tradición Sunchituyo, e Incisos. La alfarería Ordinaria se diferencia parcialmente, al igual que el Ante Pulido, de las del resto de la secuencia de Santiago (Lorandi *et al.* 1979). Dentro de la Tradición Sunchituyo pintado pueden aislarse algunos fragmentos tratados con tres colores y subdivididos en dos clases: a) De pasta desmigable, espesos y de superficie alisada y b) De pasta compacta, delgados, quebradizos y duros. Ambos, pero con mayor probabilidad el primero, podrían ser asimilados a ciertas piezas globulares con diseños de grandes ondas dispuestas horizontalmente, con los bordes de las mismas pintados de negro y la banda central de color rojo. El fondo generalmente tiene una capa de color crema amarillento. Estas piezas han sido consideradas por Von Hauenschild (1949) como elementos aislados (para el sitio cementerio Bajadita Norte). Amalia Gramajo los ha considerado como una manifestación temprana de Sunchituyo (comunicación personal). Si la asimilación de dichos fragmentos a este grupo es correcta, tendríamos que en el Salado se repi-

ten fenómenos ya identificados con mayor claridad en el Dulce. Otros fragmentos presentan decoración que entendemos corresponde al plumaje del búho o a partes de la cara de esta ave. Esto nos introduce ya con la temática más característica de la alfarería Sunchituyo y la que le da su profunda originalidad a la Tradición Chaco-Santiagueña. De todas formas, los caracteres del búho son diferentes a los de fases posteriores.

En esta fase, en general, el búho tiene la cara achatada (ver varios ejemplos en Wagner y Wagner 1934, Lam. VII, Figs. 14, 23 y 24); los dientes están marcados por rayas, lo mismo que las pinturas en las mejillas, y adquiere el aspecto de búho “draconizado” que discutiremos más abajo. Las alas terminan en bordes escalonados y el cuerpo mismo es un juego geométrico de escalonados (Lámina VII). En los fragmentos, el predominio temático está en las bandas escalonadas y los aserrados, bandas o rayas paralelas dispuestas en sentido oblicuo al borde; o conjuntos escalonados formados por líneas paralelas que corresponden al motivo geométrico que acompaña al búho en la pieza procedente de Pinto que ilustran los Wagner (1934, pág. 70, fig. 76 ter. b). Son comunes las ondas de líneas paralelas que los Wagner llamaba “nubes”, y también piezas con base de diseño hecho en rojo oscuro. Este tono rojo es diferente al del tipo Negro sobre Rojo Brillante que aparece en fases posteriores. En la Fase Las Lomas el rojo fuerte es el fondo de un tipo de búho con el cuerpo erigido por complicadas bandas de borde ondeado (Wagner y Wagner 1934, lam. XLIII, fig. 2). La temática del búho no parece tan común en El Veinte. Sin embargo, no es ajena a la fase porque de las ilustraciones de los Wagner se desprende la frecuencia de pucos con decoración interna con motivo de búho. Según la pieza de Pinto, el águila es otro tema que debe atribuirse a esta fase, si bien es otro rasgo que también continúa presente en la posterior Fase Quimili Paso.

Dentro de la Tradición Sunchituyo hay predominio de escudillas abiertas con fondo cóncavo y vasijas medianas de boca abierta. Se hallaron bordes gruesos y planos que, tal vez, correspondan a piezas grandes de cuello cilíndrico y cuerpo ápodo, con asas chatas, verticales y con agujero colocadas próximas al borde. Los hermanos Wagner (1934) ilustran una de estas piezas en la Lámina VI. fig. 1 de su libro. Este tipo de vasija ápoda caracteriza las formas de alfarería Cortaderas, de modo que se constituye en un eslabón entre la Fase Las Lomas y Las Mercedes. Muchos de estos bordes de escasa curvatura corresponden a vasijas pequeñas de la misma morfología. Pudieron servir para recoger miel o transportar agua. Las asas con agujeros permitirían que se las llevara colgando.

Otro eslabón tipológico son los tipos Incisos. Generalmente son de color rojizo-amarillento, pero los hay grises por la mala cocción, e incluso algunos de pasta rosa-violácea bastante extraña. La temática predominante son los zigzag de línea continua o punteada, reticulados, triángulos rellenos con puntos o líneas simples. En algunos casos pueden tener pintura blanca cubriendo la incisión. Temáticamente se vinculan a los tipos de Córdoba. Asociados a estos en Sayanita hay algunos fragmentos incisos que puedan ser considerados Las Mercedes. Por lo tanto la dispersión y asociación de los grupos Incisos es un indicador clave para determinar las formas que adopta la vinculación entre ambas fases.

Los tipos Ordinarios, en sus variedades Rugoso o Simple, pueden tener decoración al pastillaje, en forma de figuras antropo-ornitomorfos y/o decoración peinada. También se halló decoración hecha con bandas o puntos de engobe semi-grueso, formando reticulados o áreas punteadas. Generalmente, las formas son las comunes a toda la secuencia. Las asas de las urnas son planas, pero hay jarros con asas verticales cilíndricas, en arco. También existen apéndices cónicos, que reemplazan a las asas en algunas piezas de tipo Ordinario Rugoso.

#### Funebria en la Fase Las Lomas

Hasta el momento solo se ha podido documentar para esta fase el tipo de entierro secundario, en tierra, sin tumba ni urna. Se trata del hallazgo del Montículo B4 de El Veinte. Como se vio, en el núcleo del mismo fue descubierto un entierro consistente en huesos largos y el cráneo colocado sobre ellos. Carecía de ajuar y de cualquier otro aditamento de tipo cultural. No se puede descartar que se hayan empleado también los entierros en urnas, pero no lo podemos afirmar. En la zona del Dulce, el cementerio de Bajadita Norte, excavado por Von Hauenschild, puede corresponder a esta fase y está integrado por urnas funerarias exclusivamente.

#### Comentarios finales acerca de la Fase Las Lomas

Del análisis alfarero puede inferirse que estamos ante un proceso de apropiación de ideas extrañas a la zona pero reinterpretadas sobre la base de una cultura local que aparece hacia el 800 d. de C. con elementos claros y fuertemente desarrollados. Sin duda, nos falta conocer sus antecedentes. Es demasiado firme la Tradición para suponer que se inicia en esta época y no parece ser Las Mercedes un antecedente local para proveer esta base cultural. No podemos decir que Aguada penetra en la zona de Santiago del Estero, sino que

ciertos conceptos de la ideología de la época en el NOA son absorbidos y reelaborados por los habitantes de la llanura. Estos búhos “draconizados” desaparecen después de la Fase Las Lomas. El impacto se hizo notar también por la presencia de ciertas morfologías usadas tanto en piezas decoradas como ordinarias, en especial en el tipo Ordinario Liso. Estas morfologías tienen vinculaciones con otras del NOA y también desaparecen junto con las influencias “draconianas” (Lorandi *et al.* 1979).

En relación con el contexto general pueden señalarse algunas diferencias que identifican la fase. Las puntas de hueso son tubulares, con barbas sobre uno de los costados y es probable que las usaran para pescar. Su desaparición posterior significa que, o bien cambiaron las condiciones climáticas, o bien los hábitos de pesca. Las puntas líticas son pequeñas, triangulares, con aletas y pedúnculo. La aldea prehispánica de El Veinte muestra rasgos de organización, con viviendas sobre largos albardones y represas ubicadas al sur del asentamiento que actúan como “calles” entre los montículos y como zanjas de drenaje (Lorandi *et al.* 1977). Por otra parte, no hay otros signos de diferenciación funcional. Los entierros, secundarios, se hicieron en la base de los montículos sin urnas y sin ajuar. Sin embargo, por datos aportados por Von Hauenschild (1949), las urnas pudieron usarse al menos en el occidente del área santiagueña.

Las aldeas de esta fase se dispersan en toda la provincia, aunque no conocemos sus límites exactos. En la gran cuenca deprimida que va desde el Bañado de Figueroa por el norte hasta Añatuya al sur, las aldeas de esta época se dispersan en distancias promedio de entre 10 a 15 km unas de otras. Es posible que en la región occidental haya existido mayor concentración de población.

Algunos de los elementos de la tecnología del hueso, ciertas vasijas chatas con asas macizas agujereadas –posiblemente usadas para colgar–, la alfarería ordinaria con barbotina rugosa, etcétera, son rasgos que denuncian caracteres chaqueños. Además la ideología de base, fundada sobre mitos ornitológicos, revela una integración ecológica muy antigua, que de ninguna manera pudo ser importada desde el oeste. Hay que recordar también que esta decoración centralizada en el búho no sobrepasa los límites del área (incluyendo dentro del área al sudeste de Tucumán; Gómez 1974).

### *La Fase Quimili Paso*

Con esta fase entramos en la plena madurez de la Tradición cerámica Sunchituyo. En términos generales corresponde a lo que Reichlen (1940) deno-

minó Industria Sunchituyo, y al tipo cerámico Llajta Mauca Bicolor de Bleiler (1948). En los trabajos de Von Hauenschild (1949) se la considera como *Primera Ola de Influencia Amazónica*.

### Cronología

Los estudios de cronología relativa por medio de seriación tipológica que hemos comentado demuestran que, por los porcentajes relativos de cada grupo, los sitios de esta fase ocupan el centro de la secuencia (ver figura 1). O mejor dicho, invirtiendo los términos, todos los sitios que ocupan el centro de la secuencia y entre los cuales se encuentra Quimili Paso, integran esta fase. Los rasgos esenciales que la distinguen son los siguientes: predominio de la Tradición cerámica Sunchituyo, con diseños de búhos en urnas o grandes vasijas y pucos (especialmente en el interior de estos últimos); alfarería tricolor con motivo de grandes bandas ondeadas rojas bordeadas en negro, diseñadas sobre fondo crema que la vinculan a la fase anterior, abundancia del tipo Negro sobre Rojo Brillante y del motivo de las “alas” o “manos”, escasa presencia de Averías.

Para una estimación de cronología absoluta se obtuvieron fechados en dos laboratorios diferentes que nos permiten evaluar con mayor ajuste las observaciones anteriores. Los primeros fechados (Tabla 3) fueron realizados en el Laboratorio del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), con los siguientes resultados (Lorandi 1974):

Sigla	Procedencia	Edad radiocarbónica
IVIC - 862	Quimili Paso - Montículo 2 Cuadrícula 1 - Capa 4	750 ± 70 AP
IVIC - 863	Quimili Paso - Montículo 2 Cuadrícula 2 - Capa 4 <sup>16</sup>	1140 ± 60 AP
IVIC - 864	Quimili Paso - Montículo 3 Cuadrícula 1 - Capa 4	450 ± 70 AP

**Tabla 3.** Fechados radiocarbónicos obtenidos para el sitio Quimili Paso en el Laboratorio del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC).

16. Las referencias a sitios, montículos y niveles es señalada en otras publicaciones de la autora de forma indistinta, pero con igual valor, con los correspondientes números romanos. N. de C.T.

Las muestras fueron tomadas en los niveles de lentes de cenizas y carbón a la mayor concentración de restos cerámicos y faunísticos. La primera conclusión es que, en Quimili Paso, el Montículo 2 es anterior al 3. La segunda, indica una larga ocupación para el sitio Quimili Paso: desde alrededor del 800 después de Cristo hasta el 1500; es decir, durante un lapso de unos 700 años. Como veremos más adelante, esta ocupación tan prolongada entraría en contradicción con la uniformidad estilística y tipológica que caracteriza a Quimili Paso. No es posible que en una ocupación de 700 años no se produzcan cambios sensibles y estos están ausentes en el sitio.

El segundo grupo de fechados fue realizado en el Centre des Faibles Radioactivité de Francia (Tabla 4). Los resultados son los siguientes (Lorandi 1972):

Sigla	Procedencia	Edad radiocarbónica
GIF - 2309	Quimili Paso - Montículo 3 Cuadrícula 1 - Capa 3	730 ± 60 AP
GIF - 2308	Quimili Paso - Montículo 1 Cuadrícula 1 - Capa 2	670 ± 60 AP
GIF - 2310	Quimili Paso - Montículo 2 Cuadrícula 1 - Capa 4	590 ± 60 AP

**Tabla 4.** Fechados radiocarbónicos obtenidos para el sitio Quimili Paso en el Centre des Faibles Radioactivité de Francia.

Estos fechados son más uniformes y coherentes con la realidad cultural que se observó en Quimili Paso. Están acordes con las apreciaciones relativas, que fueron originalmente fijadas en torno al siglo XIII d. de C. Además, los fechados del GIF afirman una ocupación promedio de 150 años y esto también coincide con el análisis del material asociado a las muestras.

Como novedad importante se establece que estas fechadas demuestran que la Tradición cerámica Averías es contemporánea a la Tradición Sunchituyoj desde el año 1200 d. de C. aproximadamente. La segunda observación importante es que demuestra el origen antiguo del tipo Negro sobre Rojo Brillante y su contemporaneidad y estrecha asociación con Sunchituyoj. Como veremos más adelante, estos tres elementos continúan juntos hasta la Conquista hispánica y no hay razones dentro del proceso de la Tradición Chaco-Santiagueña para separarlos como entidades independientes.

## Dispersión

Las evidencias de esta fase se registran en toda el área Chaco-santiagueña, desde el occidente en la sierra de Guasayán hasta el Chaco oriental, y desde el norte en un límite impreciso hasta el sector centro-sur de la provincia. De los sitios prospectados por nosotros incluimos Beltrán en el Dulce, Quimili Paso en la mesopotamia, El Sauce, Villa Prado y Llajta Mauca en la región del Salado y del Chaco santiagueño (ver Figura 2). Es probable, además, que esta fase haya tenido manifestaciones en muchos sitios considerados como representantes de la Fase Oloma Bajada-Icaño, pero las evidencias son difíciles de evaluar a través de la bibliografía por la ausencia de precisión en los registros arqueológicos de décadas pasadas.

Si el río Mailín, cuyo cauce se encuentra próximo al sitio Quimili Paso, estuvo activo durante el período de desarrollo de esta fase –como lo sugieren varias clases de datos–, tanto sus márgenes como todo el centro de la mesopotamia debió alojar mayor cantidad de población que en las fases precedentes y subsecuentes a Quimili Paso. Será necesario hacer identificación precisa de sitios ocupados durante los dos siglos que median entre el 1200-1400 d. de C. para fijar con exactitud el área de dispersión de la fase y la intensidad de la ocupación. Ya Reichlen (1940) había utilizado el argumento del abandono temprano de la zona mesopotámica, pero en relación a la ausencia de restos coloniales. Yo pienso, en cambio, que este abandono es anterior y se podría haber producido a lo largo del siglo XV. Pero esta es una apreciación que, por ahora, tiene muy débiles bases de sustentación. En algún momento, entre 1350 y 1400 d. de C. aproximadamente, este cauce del Mailín se taponó y el agua vuelve a correr exclusivamente por el lecho actual del Dulce. En consecuencia, se debió producir una dispersión de los pueblos hacia las orillas de los actuales ríos Dulce y Salado.

## Patrón de subsistencia y asentamiento

Como ya lo expresáramos más arriba, estos rasgos no muestran cambios significativos respecto a la fase precedente. Esta continuidad es una de las bases para afirmar la existencia de una larga Tradición donde los patrones de conservación son tan fuertes como los de cambio. Para ilustrar algunas peculiaridades de la fase haremos referencia a los datos recogidos en la investigación en el sitio tipo denominado Quimili Paso.

Esta aldea indígena se encuentra ubicada en la región mesopotámica, en el centro del área delimitada por los ríos Dulce y Salado. Está instalada en las márgenes

nes del río Mailín, antiguo brazo del Dulce, actualmente seco, pero que debió estar activo en la época de ocupación del sitio. La población actual más cercana es Colonia Dora, distante 30 km al este, a la que se llega por la Ruta Provincial 92. La intersección de la ruta y del río Mailín es el punto de asentamiento de algunas viviendas actuales. El núcleo principal se halla a 3 km al sur. La región presenta zonas bajas e inundables, con pastos bajos y poca vegetación espinosa que constituyen áreas de derrame o de antiguos lechos, fenómeno típico cuando existen ríos divagantes. Las áreas bajas alternan con terrenos más altos y aptos para la instalación de poblados. En estas hay manchones de bosque de "rehache" y monte espinoso. Cabe recordar que la provincia ha sido extensamente desmontada, de modo tal que el paisaje actual puede encontrarse muy modificado. Por la misma causa, la fauna silvestre prácticamente se ha reducido a límites próximos a su extinción. El cauce del Mailín está seco actualmente y debe estarlo desde antiguo, puesto que altos árboles ocupan su lecho y sus barrancas. Estas tienen, en ciertos tramos, de 3 a 4 m de altura y la vegetación, casi impenetrable, sella sus orillas, formando sectores de bosque en galería. En general, la zona es actualmente poco aprovechada para la agricultura, mientras que la ganadería bovina, ovina y caprina está muy desarrollada. El agua de lluvia es acumulada en represas y hay pequeños pozos de agua subterránea que se usa para beber. La población moderna tiene patrón disperso.

#### Características del sitio arqueológico Quimili Paso

Se extiende a lo largo del arroyo Mailín por unos 500 m de extensión y 200 m de ancho. Se contaron casi veinte montículos con señales de ocupación, pero esta identificación no es exacta por la distribución irregular de los mismos y los fenómenos de erosión. Además, existen montículos ocupados y otros vírgenes, estos constituidos totalmente de arena. Uno de ellos fue localizado a 20 m de la margen del arroyo. En los restantes, el núcleo del montículo original está poco definido. Los cortes estratigráficos pusieron al descubierto un fondo de arena, pero por su profundidad parece más correcto interpretarlo como una simple capa de arena depositada por las inundaciones que no siempre alcanza a adquirir morfología medanosa. Si bien la distribución de los montículos es un tanto irregular, existía una especie de línea de montículos distantes 100 m promedio de la margen del río. Había algunas excepciones, pues se descubrió uno (Montículo 4) ubicado en la misma barranca alta. En este se halló un enterratorio secundario en urna que comentamos oportunamente.

A diferencia de lo que sucede en El Veinte, el sitio Quimili Paso no presenta caracteres morfológicos tan claros y definidos. Su aprovisionamiento de

agua se hacía directamente desde el cauce y no se descubrieron represas. El cauce no sería tal vez caudaloso, pero sí suficiente como para sostener una población considerable. Además, en épocas de creciente facilitaría la humectación de las tierras hipotéticamente destinadas a agricultura. Ahora bien, estas diferencias entre El Veinte y Quimili Paso seguramente se deben a la capacidad de adaptación a micro ambientes algo diferentes y no a diferencias de orden cultural. Por lo tanto, las peculiaridades de cada sitio son sintomáticas de la flexibilidad cultural de los grupos indígenas en cuanto a explorar al máximo el medio ambiente en el cual se instalaban.

#### Estructura y contenido de los montículos de Quimili Paso

El relato de los hallazgos y datos revelados por las excavaciones en uno de los montículos dará una idea resumida de la variación morfológica cultural de los mismos. De todos los excavados en Quimili Paso, el Montículo 2<sup>17</sup> fue el más rico y al cual dedicamos más tiempo. Se eleva unos 80 cm sobre el nivel de base. En su parte más alta, la erosión había dejado una pequeña “cresta”, único relicto de la capa superior barrida por la acción de aguas y viento. En ella afloraban huesos de fauna y fragmentos cerámicos y tenía un espesor promedio de 15 cm. Para extraerla se la aisló con una cuadrícula especial y se la consideró como una capa de nivelación. La pregunta que nos hicimos ante este fenómeno fue: ¿cuánto tiempo de ocupación es imposible rescatar? Sobre todo, porque allí se hacía más dramáticamente evidente la magnitud de lo perdido. Como este montículo estaba un poco más alejado de la orilla del río, las evidencias del núcleo original fueron muy débiles. Una capa de arena apareció en la cuadrícula central recién a 1,20 m de profundidad, afirmando la opinión de que todo el montículo era de estructura artificial. De esta forma fuimos comprobando que, según los casos, las instalaciones han podido hacerse sobre montículos naturales o bien directamente en partes algo más altas y protegidas de las inundaciones.

La excavación se hizo por medio de cinco cuadrículas y capas de 15 cm de espesor (Figura 5). Los perfiles dejados al descubierto demostraron que los materiales de origen cultural eran más abundantes hasta los 50 cm de profundidad, si bien en la periferia encontramos fragmentos cerámicos muy grandes entre los 80 y 90 cm. Las excavaciones fueron descubriendo la superpo-

---

17. En algunas fotos y referencias en otras publicaciones de la autora se usó Sitio 2 en vez de Montículo 2. N. de C.T.

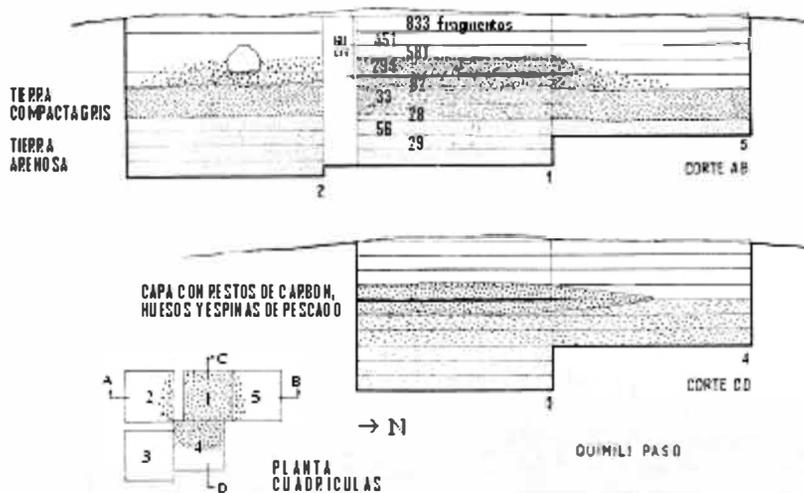


Figura 5. Plano y cortes de excavación del Montículo 2 de Quimili Paso.

sición alternada de distintos fogones y sectores irregularmente consolidados que fueron relictos de reconstitución de pisos y variaciones en la instalación de fogones. El sector de la Cuadrícula 2 pudo haber sido utilizado para almacenar, según se infiere del hallazgo de una vasija completa, colocada boca abajo, de tipo Ordinario Simple (Lámina VI). La presencia de fragmentos grandes de vasijas, especialmente de bases, en los niveles superiores e inferiores de los montículos, también había sido señalada por otros autores.

Entre los hallazgos más significativos del Montículo 2, podemos señalar un tortero grande, liso, de color beige, vasijas en miniatura –rasgo cultural ya comentado por Gómez (1966) para Las Mercedes y que persiste en toda la Tradición–, cuentas de concha de diversos tamaños, tubos de hueso de especies no determinadas algunos, y otros de huesos de ave, fragmentos de huesos con decoración incisa, láminas de arenisca y fragmentos o lascas de cuarzo, espinas de pescado con retoques que indican su condición de artefactos, puntas de proyectil de hueso, medianas, planas, de perfil triangular o acanaladas, y puntas de proyectil de piedra, triangulares, pedunculadas. Por otra parte, de toda la excavación del montículo se extrajeron 11.189 fragmentos de cerámica y una gran cantidad de huesos de mamíferos, entre los que se hallaron camélidos y cérvidos, aves, tales como ñandú, martinetas, perdices,

patos y entre los peces, bagres en su mayoría. La descripción precedente sirve a título ilustrativo acerca de la riqueza de los hallazgos en los montículos habitacionales.

Para completar este cuadro conviene recordar que en el Montículo 3 fue hallado un entierro directo, extendido, primario, ubicado en la capa 7, o sea enterrado debajo del montículo ocupacional, el cual presentaba caracteres semejantes, en cuanto a estructura y contenido, al Montículo 2. Asimismo, un entierro secundario, incompleto, en urna tipo Ordinario Rugoso, fue hallado en el Montículo 4, ubicado junto a la margen del río, en su misma barranca. A pesar de que nos faltó tiempo para afinar la investigación, es probable que este haya sido un montículo funerario ya que no había huellas de ocupación habitacional.

En cuanto a los caracteres culturales que se infieren del análisis de la alfarería, la excavación puso en evidencia que Quimili Paso se presentaba como una absoluta unidad componencial y con escaso margen de variación cronológica. La tipología demuestra que la alfarería es totalmente la misma desde la base hasta la cumbre de los montículos y también entre montículos. Estaba esencialmente integrada por material decorado de Tradición Sunchituyoj (tipos Negro sobre Rojizo, Negro sobre Ante y Tricolor), el tipo Negro sobre Rojo Brillante, y muy escasos, generalmente deteriorados, fragmentos *Averías* que se hallaron dispersos en toda la columna estratigráfica local, lo cual hace pensar que fueron importados. Los tipos Ordinarios están en sus variedades Rugoso y Simple, Ante Pulido y fragmentos poco definidos que han sido provisoriamente identificados como bordes de alfarerías gruesas ("campanas") (*sensu* Serrano 1930). A pesar de que en el sitio Quimili Paso la cantidad de *Averías* es muy reducida, en otros sitios como Llajta Mauca y otros muchos de la fase la popularidad de este estilo debió ser más pronunciada. Lo que no sabemos exactamente es si a esta fase corresponde una temática especial dentro de la Tradición total o si se mantiene más o menos diferenciada.

Análisis del material no artefactual recuperado en las excavaciones de Quimili Paso

#### Fauna

Es necesario hacer hincapié en que la extraordinaria cantidad de restos faunísticos hallados en las viviendas-basureros nos enfrenta con una comunidad en la cual perduraba una intensa actividad cazadora-recolectora-

pescadora, asociada a un medio ecológico quizás más húmedo que el actual, según se infiere de la presencia de espinas de pescados, en especial de bagres, típicos de aguas bajas; y de patos, también característicos del mismo ambiente de río de poco caudal y de bañado. El informe paleontológico de los doctores Jorge Zetti y Eduardo Tonni (1971) de la Universidad de La Plata, permitió aislar veintitrés formas distintas (Tabla 5). Ellas se expresan en el cuadro siguiente:

<b>Taxas identificados</b>	
<b>MOLLUSCA (Moluscos)</b>	<b>MAMMALIA (Mamíferos)</b>
<i>Ampullaria</i> (caracoles)	Rodentia: <i>Myocastor</i> (nutria)
<b>OSTEICHTHYES (Peces)</b>	Rodentia: <i>Hydrochoerus</i> (carpincho)
<i>Siluriformes: Simbranchus</i> (bagres, armados)	Rodentia: <i>Ctenomys</i> (tuco-tuco)
<b>AMPHIBIA (Anfibios)</b>	Rodentia: <i>Microcavia</i> (cuis pequeño)
<i>Anura</i> (anuros)	Artiodactyla: <i>Tayassuidae</i> (pecarí)
<b>AVES (Aves)</b>	Artiodactyla: <i>Camelidae</i> (llama, alpaca, guanaco)
<i>Tinamiformes: Eudromia</i> (perdices)	Artiodactyla: <i>Cervidae</i> , <i>Ozotoceros</i> (ciervo).
<i>Rheiformes: Rhea</i> (ñandú)	<b>REPTILIA (Reptiles)</b>
<i>Ciconiiformes:</i> <i>Chunga burmeisteri</i> (chuña)	<i>Tupinambis</i> (lagarto de tamaño)
<i>Columbiformes:</i> <i>Columbidae</i> (palomas)	<i>Pleurodira</i> (tortuga de río)
<i>Anseriformes: Anatidae</i> (patos)	

**Tabla 5.** Taxas identificados para el sitio Quimili Paso.

Como se deduce de la lectura de esta lista, la clasificación se hizo a distintos niveles de precisión dentro de la sistemática, según las posibilidades que ofrecía el material. Sobre un total de 2.673 restos óseos, solo se clasificó el 36,2%. El material restante estaba computado por astillas, huesos largos con epífisis deterioradas o ausentes y, en general, partes esqueléticas

no susceptibles de clasificación. Las evidencias apoyan la impresión de que la instalación en Quimili Paso correspondió a un período óptimo, de plena actividad en el río Mailín. La abundancia de agua hizo innecesarias las represas. La riqueza y variedad de fauna silvestre pone en relieve una explotación intensiva de tipo extractivo de todos los recursos del área. Por lo mismo no es claro aquí el papel de la agricultura, si bien seguramente se practicaba con cierta intensidad. Los comentarios hechos para la Fase Las Lomas son totalmente válidos para esta ocasión.

#### Análisis del material artefactual recobrado en las excavaciones de Qumilí Paso

##### Desarrollo tecnológico de la fase

El contexto de cultura material relacionado con la actividad económica se integra por puntas líticas, puntas de hueso, hachas pulidas de cuello completo, pilones y boleadoras. Con estos elementos era posible la caza, la pesca, la explotación del monte y la molienda de semillas, esto sin considerar que debió existir considerable cantidad de instrumentos hechos de madera que no han sobrevivido al paso del tiempo. Las puntas de hueso son triangulares, medianas (con respecto a las de la fase posterior que son más largas), generalmente con pedúnculo rectilíneo y frecuentemente con acanaladuras en una o ambas caras. Las puntas líticas son triangulares, pequeñas, de aletas agudas hacia abajo, pedúnculo convexo apenas marcado.

El contexto de artefactos fabricados en hueso se integra por perforadores, punzones, retocadores, pequeños formones y agujas. Existen tubos, a veces de diámetro considerable, y es posible que, al menos los más pequeños, estén en relación con la absorción de alucinógenos. Hay huesos con incisiones de motivos geométricos. El motivo de uno de los hallados en Quimili Paso recuerda vagamente las decoraciones alfareras de Las Mercedes, por sus triángulos estrechos, en este caso, rellenos de puntos. Otros artefactos de hueso, con cortes en bisel en uno de los extremos, son usualmente interpretados como sangradores. En realidad, no parece existir una opinión muy firme al respecto. Uno de estos artefactos fue hallado por Reichlen en el sitio Sunchitujoy y forma parte de la colección del Museo del Hombre<sup>18</sup>. En el Museo Wag-

---

18. Actualmente estos materiales se encuentran en el Museo Quai Branly, en Paris. N. de C.T.

ner de Santiago del Estero los hay en abundancia. A la lista precedente deben agregarse espátulas –de las cuales un ejemplar fue hallado en Quimili Paso– y diversos objetos de adorno, ya sea para bordado de vestidos o para collares.

Con respecto a las puntas de hueso conviene hacer algunos comentarios. Según Reichlen, las puntas que los Wagner (1934) consideraban patrimonio de la Rama B (estos autores incluyen en esta Rama puntas grandes y planas y puntas tubulares, dentadas o con barbas laterales) “pertenecen en realidad al tipo de *Averías*” (Reichlen 1940: 194, traducción de la autora). El autor considera que excluyendo el grupo de puntas planas, grandes, quedan para Sunchituyo solo dos tipos: a) “...puntas planas, cortas, de bordes más o menos convexos con pedúnculo en forma cuadrangular, con costados ligeramente cóncavos, frecuentemente dentados y alerones más o menos salientes” y b) “...puntas de hueso de pájaro, tubulares, con punta tallada en bisel a veces con pequeñas barbas sobre uno de los lados” (Reichlen 1940: 195, traducción de la autora). Los hallazgos en Quimili Paso parecen subdividir el conjunto, ya que las puntas planas descriptas para esta fase son algo más pequeñas y cortas que las que parecen típicas de la fase posterior y las puntas tubulares ya han sido atribuidas sin duda a la Fase Las Lomas. De todas formas no hay en Santiago suficientes excavaciones sistemáticas como para afirmar categóricamente que cada tipo sea privativo de una sola fase.

La presencia de torteros grandes y sin decoración demuestra que el tejido era practicado ya en esta fase, aunque son escasos y morfológicamente diferentes a los de la fase posterior.

Como en la fase anterior, la alfarería tendrá un trato especial dentro de los aspectos tecnológicos, por las mayores inferencias culturales que nos brinda. Ya vimos que, desde el punto de vista tecnológico, los tipos presentes en la fase son todos los que caracterizan a la Tradición Chaco-Santiagueña. Los rasgos decorativos de la Tradición alfarera Sunchituyo pueden resumirse como sigue: continúa la figura ornitomorfa de cara achatada que se había iniciado en la fase anterior, si bien sus caracteres son menos marcados, tendiendo a redondearse (Figura 6). Puede haber rayas para la boca y mejillas; el cuerpo presenta alas extendidas, a veces acompañado de líneas de “banderines”. Están presentes los reticulados, espirales curvilíneas en juegos complejos y “alas”. Hay un predominio del bicolor, con abundancia del Negro sobre Ante, generalmente muy pulido y que suele cuartearse. La posición de las figuras ornitomorfas horizontales se hace por repliegue de las alas y gene-

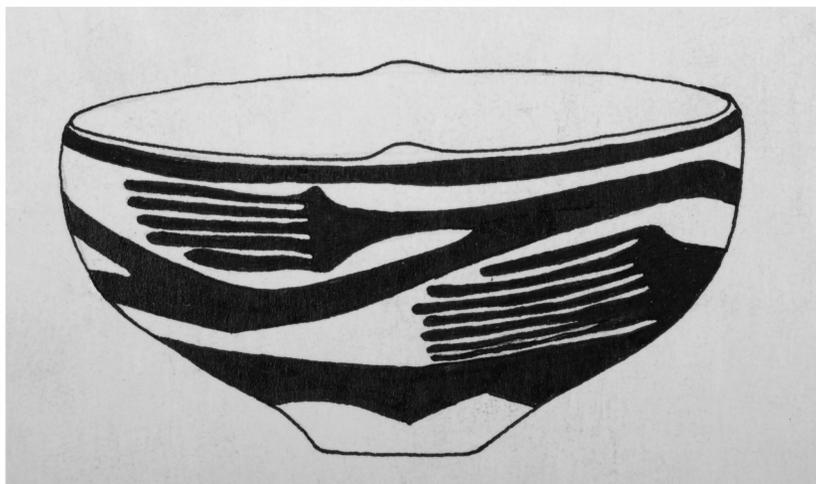
ralmente ocupan la parte superior del cuerpo de la vasija. La figura ornitomorfa aparece en el interior de pucos, donde ya se observan algunos elementos de esquematización.



**Figura 6.** Dibujo de pucos con representación de búho y tecnología Sunchituyoj de la Fase Quimili Paso. La pieza pertenece a la Colección del Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales “Emilio y Duncan Wagner”.

Dentro de los pucos pintados de Sunchituyoj parece que en esta fase se pierden las piezas con fondo rojo oscuro, las cuales, tal vez, dan origen al tipo independiente Negro sobre Rojo Brillante. De todas formas, es notable que haya menos variaciones en los colores, y los tipos Negro sobre Rojizo, Negro sobre Crema y Negro sobre Ante aparecen como más definidos. Las piezas tricolor no han sido correctamente identificadas por el momento y no estamos seguros si corresponden a los tipos de grandes bandas ondeadas, comunes en la Fase Las Lomas, o a piezas Sunchituyoj “clásico”. Hay abundancia de ejemplares con motivos grandes; el búho en su representación más figurativa, motivos geométricos donde predominan espirales curvilíneas (Lámina VIII), triángulos de borde ondulado y contorno curvilíneo y popularidad de la decoración interna de los pucos. Se observa un aumento de los elementos plásticos, agregados ya sea a las piezas de los grupos Ordinarios, como a algunos ejemplares que comparten decoración de técnica Sunchituyoj y tipo Ordinario Rugoso. De la zona de Villa Catina, próxima a Beltrán, se conoce un ejem-

plar típico de este grupo. La parte superior tiene espirales en negro sobre fondo ante, diseño limitado por un ondeado al pastillaje, mientras la parte inferior de la vasija es del tipo Ordinario Rugoso. Asimismo, los motivos plásticos zoomorfos parecen adquirir formas particulares en esta fase. Si para la anterior se pueden atribuir algunos tigrillos señalados por Reichlen, en esta fase aparece una figura semi-felínica (por momentos parece un murciélago) que es encontrada en algunos ejemplares de la región mesopotámica. Los Wagner ilustran un caso (1934, Lam. I, fig. 1) que procede de la mesopotamia santiagueña. Los motivos más comunes en el tipo Negro sobre Rojo Brillante son las llamadas “manos” que creo se trata de alas de ave, lo cual me parece mucho más coherente con la ideología general (Figura 7). Estas forman series o bandas colocadas en una misma dirección o en doble banda de dirección opuesta. Otro tema frecuente es la espiral rectilínea y los rombos reticulados.



**Figura 7.** Dibujo de puco tipo Negro sobre Rojo Brillante. Pieza de la Colección del Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales “Emilio y Duncan Wagner”.

Entre los escasos fragmentos de Tradición alfarera Averías localizados en Quimili Paso predominan los triángulos escalonados y los rombos reticulados. Pero es muy difícil aislar los elementos de la Tradición Averías contemporáneos a la Fase Quimili Paso porque faltan datos de piezas completas en clara e indiscutible asociación. Por ejemplo, las piezas de la Tradición Averías halladas en Llajta Mauca por los Wagner tanto pueden corresponder a esta fase como a la siguiente. Será necesario recoger más evidencias para aclarar el pro-

blema. Debe recordarse también que por la forma escasa y aleatoria en que se presentan los fragmentos de este tipo en Quimili Paso, son interpretados como intrusivos. Ante este hecho cabe preguntarse si existían asentamientos contemporáneos cuyo componente predominante fuera Averías. O bien, si es el momento en que una nueva ola de población, que trae consigo esta tradición cerámica, acaba de hacer su aparición en el territorio.

En cuanto a los tipos Ordinarios, en sus variedades Rugoso y Simple, presentan los mismos caracteres que en la fase anterior: decoración al pastillaje con engobe semi-grueso y peinada formando “collares” a la figura antropomorfa realizada al pastillaje. Los Incisos están cubiertos, generalmente, de una capa de pintura amarilla. En realidad, nos falta afinar el problema secuencial de rasgos decorativos del Ordinario, porque aún quedan serios interrogantes sobre el tema.

A esta fase podrían corresponder algunas de las figurinas ilustradas por los hermanos Wagner (1934). Generalmente son asexuadas, y pueden tener el cuerpo macizo con piernas bien modeladas. No hay todavía un estudio moderno sobre los grupos tipológicos de figurinas, ni de sus vinculaciones contextuales ni extra-areales, y sería importante realizarlo puesto que seguramente aportará algunas respuestas a estos interrogantes.

#### Funebría en la Fase Quimili Paso

Recordemos que hasta el momento hemos documentado tres tipos de entierros para esta fase: directo, extendido, en tierra, en el fondo de los montículos habitacionales; secundario en urna con algunos huesos y el cráneo carente de la mandíbula inferior; y secundario en urna con la cabeza colocada al lado de otra vasija. Ya hemos descripto las peculiaridades de cada tipo.

En el primer caso, el entierro fue hallado en la capa 7 del Montículo 3, sin asociación con restos, ni ajuar funerario de ningún tipo. Del segundo se habló en el Montículo 4 de Quimili Paso, ubicado en la barranca del río Mailín. No estamos seguros de que se trate de un montículo puramente funerario o si se trató de un entierro aislado. De todas formas, las evidencias demostraron que no fue un lugar de viviendas. El tercer tipo de entierro fue documentado en la zona de las sierras de Guasayán. El hallazgo fue accidental y la documentación incompleta. Por último, podría agregarse a este conjunto el hallazgo de Cañitas, también fortuito e incompleto.

### Caracteres biológicos

Como ya lo expusieramos *in extenso*, el diagnóstico de la Dra. Lilia Chávez de Azcona pone de relieve un interesante problema de mestizaje entre pámpidos y ándidos. Este es un elemento de suma importancia para entender el sincretismo que se revela en todos los componentes culturales de la época. Por el momento, no podemos avanzar mucho en estas consideraciones porque carecemos de documentación para otras fases. Según Imbelloni (1940) los cráneos que estudió por pedido de los hermanos Wagner son ándidos. Debe tenerse en cuenta que si bien no todos los restos humanos estudiados por Imbelloni tenían origen preciso, algunos pertenecen a sitios que hoy podríamos considerar como manifestaciones de la posterior Fase Oloma Bajada-Icaño. De todas formas, algunos de los cráneos depositados en el Museo Wagner de Santiago del Estero pueden ser considerados –a grades rasgos– ándidos, otros pámpidos y otros amazónicos.

### Comentarios finales acerca de la Fase Quimili Paso

Santiago es evidentemente un área de convergencia, mestizaje y transculturación. Los hábitos cazadores-recolectores de los pámpidos se combinan con un patrón de floresta tropical por la instalación ribereña de los poblados. A ciertos elementos originales de la super-estructura ideológica, como el búho, se suman técnicas y motivos cuyo origen exacto desconocemos, pero que se emparentan con estilos de la vertiente oriental y del sur del altiplano, donde se entrecruzan elementos propiamente andinos con otros amazónicos. Hacia finales del período precolombino, un fenómeno –cuyas motivaciones desconocemos– permite difundir piezas alfareras de Santiago en la región Valliserrana del NOA y finalmente, si vamos atrás en el tiempo, las relaciones estilísticas entre los tipos de Las Mercedes y algunos del NOA no dejan duda de que toda el área estuvo siempre sujeta a grandes movimientos étnicos y a profundos procesos de intercambio. Uno de los nudos de esta interrelación se encuentra posiblemente en la Fase Quimili Paso. Muchos elementos invitan a pensar que es entre los años 1200 y 1400 cuando se inician los contactos más constantes y densos entre los portadores de las Tradiciones Sunchituyo y Averías. La investigación de cómo se produce esta relación es de interés inmediato. Mediata será la búsqueda de los orígenes y las causas de este interesantísimo fenómeno.

Resumiendo, podemos decir que la Fase Quimili Paso ocupa el centro de la secuencia debido a: maduración del estilo decorativo de la Tradición Sunchituyo mediante la plena vigencia del motivo de búho, y su complementación

con elementos geométricos que perdurarán más adelante, pérdida de ciertos motivos escalonados que caracterizan a la fase anterior, aparición de piezas de la Tradición Averías –si bien todavía no sabemos si hay alguna correlación estricta entre algún grupo de rasgos y su asociación a la fase y si esta es realmente la época de su iniciación o introducción a Santiago–, pleno desarrollo del tipo Negro sobre Rojo Brillante, escasa presencia de cerámica incisa.

Desde el punto de vista contextual debemos señalar la seguridad de que se trata de pueblos que tienen tejidos, si bien este pudo iniciarse anteriormente y por el momento lo ignoramos. De todas maneras, la morfología del indicador arqueológico del tejido, el tortero, es totalmente diferente a la de la fase posterior. No es totalmente seguro, pero la Fase Quimili Paso parece haber intensificado la utilización del hueso para una gran cantidad de artefactos. Por otra parte, el empleo del hacha de cuello completo, bolas y pilones de piedra, demuestra la continuidad de la explotación del monte, de la caza del ñandú, y de los hábitos de recolección y molienda de granos, en general. La agricultura pudo aumentar su desarrollo con respecto a la fase precedente, pero no es totalmente seguro. Parece más correcto pensar que está en estado estacionario y que recién va a adquirir mayor importancia en la Fase Oloma Bajada-Icaño. El patrón de asentamiento, el acondicionamiento medio ambiental y la fuerte persistencia de caza, recolección y pesca la vinculan estrechamente con la fase anterior.

#### *La Fase Oloma Bajada-Icaño*

Esta fase se caracteriza porque en su transcurso se produce la integración de las dos grandes tradiciones alfareras: Sunchituyo y Averías. En un período de dos siglos no solo es muy común la asociación de las dos tradiciones, sino lo que es más interesante aún, se produce el pasaje de rasgos de una Tradición alfarera a otra con el resultado de piezas de notable originalidad. El motivo del búho, en especial, es tomado por la Tradición Averías y estilizado hasta la geometrización, e incluso, la descomposición.

Desde el punto de vista del desarrollo general, puede decirse que se observa un notable incremento agrícola y aumento de la actividad textil. La comprobación de estos fenómenos nos ha sugerido una hipótesis un tanto temeraria pero que es interesante expresar: los portadores de la Tradición cerámica Averías (con marcadas vinculaciones andinas) aumentan su predominio en el área e imponen el mayor desarrollo agrícola y textil. A la vez, como parte del proceso de integración al medio ambiente ecológico y social, adoptan tam-

bién elementos de la cosmogonía propia de los portadores de la Tradición Sunchituyo, con rasgos exclusivos de esta área. La expresión plástica de este proceso (¿transculturación?) se hizo “traduciendo” los elementos Sunchituyo al lenguaje técnico y decorativo característico de Averías, lo que a su vez influye sobre el primero provocando una geometrización y mayor esquematismo de los rasgos originales (Lorandi 1978).

### Cronología

Para la integración de los elementos de esta fase se tuvieron primordialmente en cuenta los sitios de Oloma Bajada y de Icaño. En el primero, los materiales alfareros de Tradición Sunchituyo y Averías se hallaban asociados estratigráficamente en los montículos habitacionales. En Icaño, en cambio, Averías es el único componente cerámico de los montículos excavados, si bien en superficie se hallaron materiales Sunchituyo. Como el yacimiento arqueológico de Icaño se encuentra actualmente debajo de la población actual, solo pudimos excavar en unos pocos montículos en la periferia del pueblo y por lo tanto no sabemos cuál de las siguientes posibles situaciones fue la correcta: a) Existió una fase donde ambas tradiciones se manifestaban juntas, anterior a la pérdida de Sunchituyo y supervivencia de Averías; b) Las tradiciones alfareras Sunchituyo y Averías pertenecen a dos etnias social y políticamente separadas y cada una ocupaba un sector de un poblado; c) Se trata de un pueblo con único componente Averías y los fragmentos de superficie son intrusivos y provenientes de otras comunidades con Tradición Sunchituyo exclusiva o con ambos (casos Quimili Paso u Oloma Bajada, respectivamente).

Estas especulaciones surgen por la diferencia de los componentes cerámicos entre Icaño y Oloma Bajada, ambos atribuidos cronológicamente a la fase más tardía. Oloma Bajada está fechado entre 1420 y 1610 y por su parte *Averías* es el estilo que mejores asociaciones tiene con elementos hispánicos. Sin duda en este punto nos hallamos ante hechos bien documentados, pero por el momento estamos incapacitados de explicarlos con certidumbre. Es muy probable que en el futuro esta fase se desdoble en dos “facies” (concepto espacial que considera a la “facie” como manifestación local o sub-regional de una “fase”).

Para el sitio Oloma Bajada se obtuvieron tres fechados radiocarbónicos (Tabla 6). El análisis se efectuó en el Centre des Faibles de Radioactivité de Francia. Los resultados son los siguientes (Lorandi 1974):

Sigla	Procedencia	Edad radiocarbónica
GIF - 2619	Oloma Bajada - Montículo 1 Cuadro 1 Capa 3	340 ± 90 AP
GIF - 2620	Oloma Bajada - Montículo 2 Cuadro 1 Capa 2	460 ± 90 AP
GIF - 2621	Oloma Bajada - Montículo 2 Cuadro 1 Capa 3	530 ± 90 AP

**Tabla 6.** Fechados radiocarbónicos obtenidos para el sitio Oloma Bajada en el Centre des Faibles Radioactivité de Francia.

Estos fechados nos dan información acerca de los últimos 200 años de la secuencia cultural prehispánica en Santiago. En primer lugar, demuestran que los tipos de la Tradición Sunchituyo y el tipo Negro sobre Rojo Brillante (presente en Oloma Bajada) perduran hasta el final de la secuencia. Por lo tanto, podemos decir que el ciclo se completa con la supervivencia de todos los elementos claves de la Tradición y que tan solo se observan algunos síntomas de reemplazo de Sunchituyo, pero estos son débiles y dudosos.

### Dispersión

No se conocen los límites precisos. Materiales de esta fase se encuentran en la zona de las sierras de Guasayán, en el Dulce y con predominio neto en el Salado. Dentro de los sitios prospectados deben mencionarse como pertenecientes a esta fase los siguientes: Repesas de los Indios y Llajta Mauca en la zona chaqueña de Santiago; Pozo Grande, Tiun Puncu, Oloma Bajada, Cañitas, Tulip Loman e Icaño en la zona del Salado; Tío Pozo, Beltrán y Manogasta en el Dulce, Guasayán sitio III en la sierra del mismo nombre (ver Figura 2).

### Patrón de asentamiento, vivienda, economía

En cuanto al primer punto no hay diferencias esenciales con las fases anteriores. Por ejemplo, Icaño está junto a un brazo secundario del Salado, sus montículos son aproximadamente circulares y no tienen una distribución regular. Solo se observó una represa pequeña, pero pudieron existir otras más lejos del río. Oloma Bajada está a 800 m del cauce principal del Salado. Sus montículos son típicos albardones cortados por la erosión, forman hileras regulares con orientación oblicua a la margen del río y no hay huellas de represas. Repesas de los Indios, por el contrario, tiene varias represas y sus montículos presentan

distribución irregular. Está a 25 km al este del actual Salado en el Chaco santiagueño. Por lo tanto, vemos que los planos de los poblados no responden a un patrón inflexible, ni los cambios son atribuibles a razones cronológicas.

En cuanto a la vivienda, no existen diferencias con lo anterior. Se instalan sobre albardones o sobre lugares altos. Los montículos de Represas de los Indios alcanzan en algunos casos hasta casi dos metros de altura. En Oloma Bajada y en Icaño eran mucho más bajos. Las razones de la gran altura de los primeros nos son desconocidas; pero lo cierto es que el lugar está muy cubierto de vegetación y parece bastante protegido de la erosión. No sucede lo mismo en los otros sitios.

En cuanto a la economía, tanto en Icaño como en Oloma Bajada se nota una fuerte disminución de los restos óseos de fauna en comparación con Quimili Paso y El Veinte. Esto nos hace pensar que ya sea por motivos de desarrollo, ya sea debido a la situación privilegiada junto a los grandes cauces, estas poblaciones tuvieron agricultura en cantidad considerable. Además, para este período todas las crónicas hablan de cultivo del maíz y ya no puede haber dudas acerca de que alcanza importancia primordial.

La práctica del tejido se infiere de la abundancia de torteros. Estos son pequeños, generalmente decorados con incisiones, aunque los hay también pintados. Su original acumulación en un solo montículo de Icaño nos permitió suponer que habíamos excavado la vivienda de una telera. Esta hipótesis se vio afirmada por el hallazgo de una aguja. Todas las crónicas marcan el uso de vestimentas de lana con adornos de chaquiras. El problema del origen de la lana es el mismo que para las fases anteriores. Algunas crónicas hablan de crianza de animales pero, como ya discutimos, esto a lo sumo es seguro para la zona del occidente de Santiago. No hay datos para el Salado y todo el asunto deberá ser mejor investigado.

#### Desarrollo tecnológico

El único elemento original que puede marcarse para esta fase es el predominio de grandes puntas de hueso, a veces planas, a veces con una o dos acanaladuras, a veces de sección romboidal o triangular. Han desaparecido las puntas tubulares de huesos de pájaros, mientras que las puntas líticas triangulares, con aletas y pedúnculo continúan hasta último momento, como lo atestigua un hallazgo en Oloma Bajada. Por otra parte, todos los instrumentos descritos para Quimili Paso tienen su perduración hasta 1600.

Las novedades más importantes corresponden a la alfarería. La Tradición Averías parece afirmarse y difundirse (Lámina IX). Pero lo más importante es el proceso de intercambio entre los dos “estilos” que conduce a la adaptación de la figura del búho a los cánones geométricos tricolor de Averías. La cara del búho que Sunchituyoj representaba figurativamente en la fase anterior se esquematiza en esta fase, adquiere perfiles más rígidos, líneas rectas y ángulos. La espiral curvilínea se hace rectilínea y el triángulo de contornos curvilíneos. Las alas en “banderines” se pliegan y se transforman en series de triángulos o en una figura de contornos escalonados; la cara del búho, en las urnas, adopta la forma de “corazón” y aun cuando a veces mantiene su carácter figurativo es tratado con la técnica de decoración Averías. Cuando el búho es “traducido” a Averías, los ojos, la nariz y la boca son transformadas en círculos, triángulos y figuras geométricas derivadas (Figura 8). Por ejemplo, la nariz del búho puede devenir en un triángulo rectángulo con líneas paralelas a la hipotenusa, un elemento que jugando en series opuestas ocupa como tema principal gran cantidad de piezas de decoración geométrica típicamente Averías.



**Figura 8.** Dibujo de puco con representación de búho estilizado. Posiblemente Fase Oloma Bajada-Icaño. La pieza pertenece a la Colección del Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales “Emilio y Duncan Wagner”.

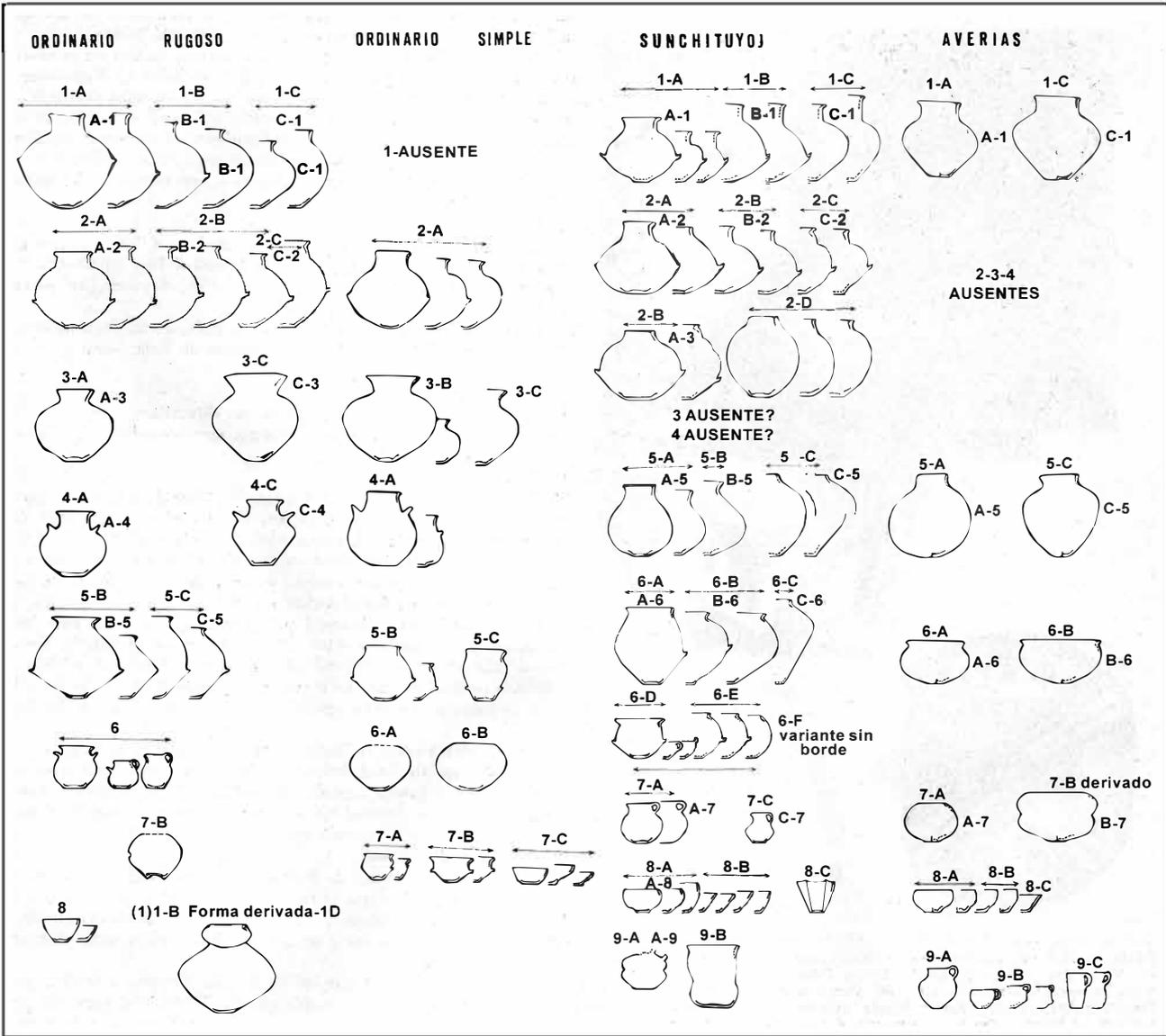


Figura 9. Cuadro de morfología cerámica.

Esta Tradición toma también elementos que provienen del tipo Negro sobre Rojo Brillante, por ejemplo su típico motivo de alas. Cuando Averías lo incorpora lo transforma en un triángulo con líneas perpendiculares a uno de sus catetos. El entrelazado de las alas deviene en entrelazado de triángulos, estando estos a veces opuestos por la hipotenusa, o formando parte de unidades decorativas complejas. En algunos casos, todas las variedades temáticas del estilo se encuentran reunidas en un solo ejemplar (ver Wagner y Wagner 1934, Lam. XLI). Todos los estilos o tipos que Bleiler separa están reunidos en esa sola pieza, y hay otros ejemplos. Además aparecen piezas de todos ellos asociados en esta fase. Un vaso de estilo que este autor llamó Epiaverías fue hallado en Icaño perfectamente asociado a otros vasos Averías. Su edad más reciente es posible pero necesita verificación.

Dentro de los tipos Ordinarios la fase se caracteriza por el incremento de las formas plásticas, ya sean zoomorfas o antropomorfas. Las caras están hechas al pastillaje, a veces con manos. Es probable que parte de las figurinas sean de esta época. Las formas de las piezas 4A y 4C, según nuestro cuadro morfológico (Figura 9), debieron ser frecuentes, según se infiere de la abundancia de hallazgos de apéndices cónicos simples, o con figuras zoomorfas en los extremos. Toda la alfarería Ordinaria parece más gruesa y con énfasis en la decoración al pastillaje. Se usa también la decoración con impronta de dedos, que consiste en deslizar dedos en forma ondeada dejando una huella característica.

Por último, sobre este tema conviene decir que por ser la fase más compleja desde este punto de vista, es la que más finos análisis va a exigir, y que de ellos habrá que inducir cantidad importante de información cultural.

#### Funebria en la Fase Oloma Bajada-Icaño

No tenemos certeza absoluta acerca de los tipos de entierros que corresponden a esta fase. Por la información bibliográfica, tal vez lo más común haya sido el entierro en urnas en todos los tipos. Parecen ausentes los entierros en el fondo de los montículos, al menos no los hemos hallado directamente y no se los ha documentado. Por la carencia de hallazgos realizados personalmente no nos podemos pronunciar acerca de los caracteres biológicos de los pobladores de esta época. Sin embargo, pudo existir un predominio de grupos de origen andino, ya que los restos estudiados por Imbelloni provienen en su mayor parte de sitios de esta fase excavados por los Wagner. Debido al predominio de Averías durante estos últimos dos siglos no sería absurdo pensar que exista una correlación entre Averías (con netos rasgos estilísticos an-

dinos) y poblaciones andinas identificadas por Imbelloni (1940) a partir de los restos humanos hallados por los hermanos Wagner. De todas formas, esto queda por ahora a nivel de conjeturas. Lo que resta decir para esta fase ya se expuso en base a las crónicas. Estas reflejan parte del sistema indígena de la última época prehispánica. Llegamos así al siglo XVII, siglo de grandes cambios y de intensa y dramática destrucción de las poblaciones americanas. La etapa siguiente ya no es nuestro tema aquí.

---

Capítulo VII  
**EL ARTE DE HACER CERÁMICA**

Escribir sobre este tema es una labor hartamente comprometida. La exquisitez expresiva del arte santiagueño me llenó de asombro desde cuando hacía mis primeros pasos en la disciplina arqueológica. No solamente se manifiesta con una enorme variedad temática, sino con una capacidad de expresión tan compleja y tan sutil que puede ser motivo de admiración aún para los plásticos actuales más exigentes. En capítulos anteriores he marcado los rasgos más típicos que distinguen a los conjuntos alfareros de cada una de las fases culturales de la Tradición Chaco-Santiagueña; pero estos datos, útiles desde el punto de vista de la identificación cultural y temporal, no agotan, ni mucho menos, todo lo que pueda decirse desde el punto de vista del arte. Un análisis más exhaustivo de la alfarería exige que se desglosen cuidadosamente los aspectos básicos que deben ser observados. El alfarero busca sus arcillas y las trabaja según la morfología seleccionada, la función a la que destinará cada pieza y en estrecha relación con la decoración que se aplicará. Cada aspecto puede ser objeto de un análisis pormenorizado, pero lo importante es que constituyen, en realidad, una unidad en la concepción del artesano.

Las piezas más grandes y toscas fueron empleadas, ya sea con fines utilitarios, ya sea con el propósito de servir de urnas funerarias. Los jarros y las vasijas medianas y pequeñas sin decoración se consideran en general también de uso doméstico, pero este criterio no es absoluto, ni, posiblemente, totalmente cierto. Hay piezas sin decoración utilizadas en los enterratorios, si bien los pucos que acompañan a las urnas generalmente están finamente decorados.

El tipo cerámico que denominamos Ordinario Rugoso presenta pastas compactas, muchas veces con antiplástico de origen mineral, es decir, rocas trituradas que, o bien fueron agregadas intencionadamente, o bien estaban incluidas en la misma arcilla, la cual no fue lavada completamente, consiguiéndose que las "impurezas" actuaran como desgrasante. Otras veces, cuando la arcilla no contenía impurezas o se quería eliminarlas, se molieron viejas vasijas y este polvo de tiestos se agrega a la pasta hasta conseguir la consistencia requerida. De estas piezas toscas, las superficies fueron tratadas de dos formas diferentes. En algunos casos la pasta se deja sin alisar, consiguiendo que los antiplásticos y los granos mal trabajados den un aspecto irregular o rugoso a la superficie externa: la cara interna siempre fue sometida a un prolijo alisado, aún en las piezas más grandes. Otro procedimiento consistió en cubrir la superficie con una barbotina tan espesa que más bien podríamos denominar "revoque", la que contiene desgrasante grueso, de modo tal que se obtiene el mismo aspecto. Esta capa se desprende con frecuen-

cia y deja al descubierto el cuerpo alisado de la vasija. Desde el punto de vista estético, estas piezas ofrecen un aspecto tosco, el cual frecuentemente ha sido acentuado con la aplicación de apéndices o de diversos adornos aplicados por pastillaje.

El grupo presenta una gran variedad morfológica, pero las piezas más comunes tienen el cuerpo con el diámetro mayor colocado en la mitad de su altura total, logrando equilibrio entre las dos coordenadas morfológicas básicas. Pero, en ocasiones, la altura del diámetro se desplaza, colocándose por encima o por debajo del eje horizontal central; este desplazamiento se acompaña con una modificación de la línea de contorno. Así como las piezas de radios equivalentes han preferido los contornos convexos regulares, tanto en la porción superior, como en la inferior del cuerpo, a medida que el diámetro sube se acentúa la tendencia a transformar el sector inferior en una forma tronco-cónica. Si la posición del diámetro mayor desciende, el sector inferior acentúa la línea curva y la línea recta triunfa en el superior. Las bases pequeñas, generalmente cuatro veces menores que el diámetro, exigen mantener este delicado equilibrio. Las formas globulares y los cuellos cortos, ya sean rectos, ya cóncavos o levemente convexos, encuentran su armonía en la regularidad de la línea y en los contrastes fuertemente marcados entre cuello y cuerpo. Algunas piezas suelen carecer de cuello y solo conservan el amplio y evertido borde acampasulado, que es un indicador casi permanente de la alfarería santiagueña.

Las asas características de la alfarería local son del tipo llamado "asas planas", de inserción horizontal y sin agujero. Los hombros altos de algunas piezas sostienen, a veces, enhiestos apéndices cónicos, ya sean estos rectos, levemente curvados o con modelados zoomorfos. Un extenso capítulo del libro de los hermanos Wagner (1934) está dedicado a analizar e ilustrar las diversas formas plásticas que acompañan frecuentemente a estas vasijas. Lamentablemente, no siempre el artesano fue suficientemente figurativo y es difícil la identificación temática.

El tratamiento rugoso de la superficie se combina con sectores alisados e incluso con pintura y diseños diversos al pastillaje. Ya sea en la parte superior del cuerpo, ya sea para marcar el nacimiento del cuello, se han colocado a veces tiras gruesas de pastillaje decorado con incisiones o con hoyuelos obtenidos por la presión de un dedo. Forman estrellados u ondeados, o se disponen en tiras verticales, dispuestas en pares o en series individuales. En ocasiones son el único adorno, en otros se combinan con motivos geométricos

pintados o con motivos figurativos. En este último caso, y excluyendo las aplicaciones modeladas ya mencionadas, es frecuente encontrar el diseño antropomorfo o antropto-zoomorfo, que parece ser una combinación de caracteres humanos y de búho. Más adelante hablaremos específicamente de este diseño; por el momento, queremos señalar tan solo su manifiesta presencia dentro del conjunto Ordinario Rugoso. Para completar el inventario de temas, se debe señalar la decoración en ondas obtenidas por el deslizamiento de dedos mientras la pasta aún estaba fresca. No es muy frecuente, pero existen algunos casos de gran belleza.

Siguiendo una línea de menor tosquedad, con pastas más trabajadas y paredes más delgadas, se encuentra el grupo que se denomina Ordinario Simple. También la morfología es semejante al Ordinario Rugoso, si bien podría existir menor variedad de formas, aunque esta escasez puede ser imputada a un registro incompleto. La pasta, construida en principio de la misma forma que el grupo anterior, muestra un tratamiento más cuidadoso, con arcillas más lavadas y antiplástico más pequeño y menos denso. El alisamiento fue ejecutado en ambas superficies. En general es la misma pasta que, pintada con determinado conjunto de motivos, se la utilizará para las vasijas de decoración Sunchituyo. En este caso, cuando se trata de piezas elaboradas, las pastas son más delgadas y cuidadosas que las del Ordinario Simple, pero en su espectro más amplio no muestran mayores diferencias. La decoración al pastillaje es común también en el Ordinario Simple, si bien todo adquiere un carácter menos tosco, más delicado. Los motivos son similares a los del Ordinario Rugoso.

Dentro del conjunto de materiales sin decoración debe incluirse el llamado Ante Pulido. Tiene pastas delgadas, bien cocidas y oxidadas, por lo cual se ha obtenido un definitivo color ladrillo que no se había logrado siempre en las pastas menos elaboradas. Como en las otras, puede hallarse antiplástico de tiestos o de origen mineral, si bien predomina la arena. Por la mejor calidad de amasado se consiguió mayor dureza de las superficies. Si bien no podemos decir que exista una relación directa y estricta entre tamaño y calidad de la pasta, hemos observado que, en los ejemplares sin pintura del Ordinario Simple y del Ante Pulido, las formas mayores corresponden al primero y las medianas y pequeñas al segundo, como tendencia general. Existen también muchas piezas pequeñas y medianas construidas con menor cuidado y que se clasifican como Ordinario Simple.

Finalmente, debemos referirnos a las pastas y caracteres técnicos del complejo Averías. Salvo algunas excepciones, todo el grupo se singulariza por las pas-

tas delgadas, bien elaboradas, con antiplástico finamente molido. Este puede ser arena o fino polvo de tiestos, o ambos. Las arcillas bien lavadas y la masa compacta y delgada, las superficies cubiertas por fino engobe o barbotina color blanco o ante y el buen pulimento, permiten una identificación fácil del grupo. Es frecuente observar que la oxidación de las pastas es incompleta, pues mientras los sectores próximos a las superficies son de definido tono rojo-ladrillo, el centro del núcleo es gris o hasta negro. Puede pensarse que tanto el engobe como el pulimento actúan como impermeabilizadores a la acción oxidante durante el proceso de cocción. Este grupo, decorado con un conjunto bien definido de rasgos, comparte su técnica de construcción y amasado de la pasta con el tipo llamado Negro sobre Rojo Brillante, el cual tiene motivos decorativos que se vinculan o aproximan más al estilo Sunchituyo que a Averías. Vemos así que el tipo Negro sobre Rojo Brillante usa la técnica de construcción de Averías y los motivos decorativos de Sunchituyo.

En general, la morfología de las piezas decoradas tiene fuertes semejanzas. Aparentemente existen algunas formas privativas de un grupo, pero esto habría que probarlo con mayor justeza. Lo mismo sucede con las ausencias de determinadas formas, cuya significación aún no la conocemos bien. Hay formas atípicas como la 9B del grupo Sunchituyo (ver Figura 9), que solo aparecen en la Fase Las Lomas. En las piezas pequeñas, como los pucos, pueden señalarse ciertas tendencias preferenciales. Las formas convexas son las más frecuentes, tanto en Averías como en Sunchituyo.

Desde el momento en que un análisis exhaustivo de la morfología excede los límites de este capítulo, preferimos pasar directamente a tratar los usos decorativos de la alfarería. Pero creemos que todavía falta mucho por hacer en el campo de una correcta correlación entre morfología, técnica y decoración.

### Decoración

En el material decorado de Santiago se pueden reconocer dos tipos de relaciones motivo-fondo. En la mayor parte de las piezas Sunchituyo, y en algunas Averías, el diseño se destaca netamente del fondo porque ocupa un espacio o área reducida en comparación con la amplitud del plano sobre el cual está realizado. Este tipo de relación ha sido considerada decoración "positiva". La relación inversa o decoración "en negativo" puede adoptar dos modalidades. En un caso, como sucede en algunas piezas de Las Mercedes Negro Inciso, el plano de inserción fue recubierto con incisiones finas y el motivo queda demarcado solo por sus contornos, luciendo como relleno el negro

pulido de la superficie original. En el otro caso, muy frecuente en Averías, las relaciones motivo-fondo son equivalentes. El fondo no es solo utilizado como plano de inserción del motivo sino como parte del mismo. La técnica para obtener este efecto consiste en aplicar primero una capa de engobe (generalmente blanca o amarillenta) sobre toda la porción de la superficie destinada a la decoración. Sobre este fondo así preparado, los motivos se diseñan por aplicación de pintura roja y negra. Entre los distintos sectores del diseño se dejan muy finos espacios donde el fondo actúa como un fileteado del motivo rojo o negro. En los casos de dibujos lineales finos, las líneas claras del fondo intervienen con la misma jerarquía que las rojas o las negras. El objetivo es que las porciones del fondo, libres de aplicaciones secundarias, se proyecten como parte del diseño. Si bien generalmente quedan sectores de las piezas sin decoración, en las zonas donde esta es aplicada los tres colores se encuentran en un equilibrio estético de tal naturaleza que hace imposible separarlos, ya que se muestran al observador como una unidad indisoluble. El fondo en la decoración “negativa” no implica en este caso la utilización de ninguna técnica de pintura resistente, como es frecuente hallarla en algunas alfarerías andinas. Nos interesa destacar que este recurso estético alcanzó su máxima expresión en el estilo Averías tricolor de la Tradición Chaco-Santiagueña, y que sus posibles “parientes” altiplánicos han sido menos sutiles en el desarrollo del lenguaje decorativo.

Por el contrario, dentro del grupo de técnica *Sunchituyo*, la decoración casi siempre es hecha en positivo. El elemento más generalizado, la figura del búho, se destaca netamente sobre un plano mucho más claro y amplio, y tan solo cuando se dibujan espirales curvilíneas entrelazadas hay un atisbo de tratamiento en negativo. Es indudable que el diseño del búho es el elemento más original de la alfarería santiagueña. Este ha sido ejecutado con líneas o planos negros sobre fondos rojizo, crema o ante. La figura del búho actúa como elemento dominante y sirve de marcador de una cara anterior de la pieza; existe una gran variación en las formas de los contornos de la cara, ojos, alas y cuerpo. Hemos podido fijar una línea de cambio en el diseño de la cara que va desde los contornos achatados de la Fase Las Lomas hasta los de forma de “corazón” de la Fase Oloma Bajada-Icaño. Sin embargo, esta evolución no es tan clara para los restantes rasgos del búho.

Una observación detenida de los sistemas decorativos pone de manifiesto la unidad conceptual de los diseños. Por ejemplo, ya hemos dicho que en la Fase Las Lomas existe un predominio de las bandas ondeadas o aserradas y de los rostros del búho achatados y con “dientes” o boca dentada. Cualquiera

sea el origen o la significación de esta modalidad, lo cierto es que las figuras de búho se presentan con cuerpos complejos realizados en base a bandas de borde aserrado. Al mismo tiempo, los diseños geométricos complementarios consisten también, en esos casos, en bandas rectilíneas o curvilíneas de borde aserrado. Esto agudiza la impresión de que se ha buscado una “prolongación” del tema por medio de su descomposición o de representación del todo por la parte.

La decoración figurativa en la Fase Quimili Paso muestra una forma de representación del búho que podríamos considerar más “limpia” o más “abierta”. El búho puede estar colocado horizontal o verticalmente. Los ojos son rodeados con puntos en el centro o con “lágrimas” rectas o acodadas y el cuerpo suele estar dibujado por medio de un motivo mamelonar. Otras veces el cuerpo es triangular y también se diseñaron las partes del ave. Las alas pueden estar plegadas y en estos casos se las representa con triángulos escalonados, o abiertos en forma de bandas de triángulos o bandas con “banderines”. Las ondas simples o dobles y los zigzag son los elementos geométricos asociados más comunes. La cabeza del búho generalmente tiene plumaje y así como en las vasijas grandes con decoración externa es abierta y simple, en los pucos de decoración interna la morfología obliga a un repliegue general del diseño, notándose una tendencia sutil hacia la estilización, provocado en parte por la necesidad de adecuar el dibujo a una forma más apretada, menos libre. No siempre el búho fue realizado exclusivamente con pintura. Muchas veces se usó el pastillaje, ya sea solo o combinado con pintura. De todas formas, el uso del pastillaje parece más frecuentemente reservado para la representación antropomorfa, caracterizada en parte por ojos en forma de “grano de café”, lágrimas incisas y nariguera.

Los elementos geométricos complementarios se hacen más densos en las fases más tardías. Los juegos de espirales son complejos y se aproximan, como ya dijimos, a una integración del fondo con sentido negativo. Al mismo tiempo, la figura del búho adquiere contornos más rígidos debido al uso de líneas rectas. En los pucos con decoración interna, el plumaje de la cabeza suele quedar encerrado en un cuadrado de modo que al observador se le presenta como un cuadro negativo con líneas rectas positivas en su interior. Este proceso de geometrización y de modificación del equilibrio preexistente entre figura y fondo, permite ir descubriendo la aparición de diseños que podrán encontrarse totalmente geometrizados cuando el motivo se traslada a piezas ejecutadas con técnica Averías. Es así como este último estilo, cuyos temas básicos son geométricos, cuando rescata figuras tales como el búho

que aparentemente son extrañas a su contexto, los “traduce” a sus patrones, geometrizándolo. Al mismo tiempo esta tendencia revierte sobre las piezas Sunchituyo y e impone la modalidad geometrizante, el aumento de elementos complementarios y la distinta relación figura-fondo.

En un puco Averías con decoración interna, el contorno de la cara del búho se ha hecho triangular, lo mismo que su boca y la nariz; solo los ojos son circulares. Una observación cuidadosa permite descubrir que para el contorno usaron “chevrónes”, para la boca triángulos rectángulos con líneas onduladas paralelas a la hipotenusa, y para la nariz el mismo triángulo, pero esta vez las líneas paralelas a la hipotenusa son rectas. Como veremos más adelante, estas modalidades expresivas son típicas y repetitivas en las decoraciones geométricas de Averías. En resumen, cuando Averías quiere representar el búho utiliza sus propios recursos decorativos o, dicho de otra manera, “lo traduce”.

No parecen existir dudas acerca del origen independiente de las tradiciones decorativas de Sunchituyo y de Averías. Y cada vez se afirma más la hipótesis que sostiene que la prolongada convivencia acentúa la integración de ambos estilos por medio del pasaje de modalidades y rasgos de uno al otro. Sunchituyo tardío muestra claras evidencias de una mayor geometrización y predominio de la línea recta y de ángulos agudos sobre la tendencia “naturalista” y sobre la línea curva de mayor frecuencia en la fase anterior. En cambio, todavía no hemos podido determinar con exactitud si el préstamo de rasgos figurativos, en especial del búho, a la Tradición Averías, es solamente tardío o se produce desde el comienzo del contacto entre ambos estilos.

Sunchituyo cuenta con otras representaciones de aves, a veces de dudosa identificación. En algunos casos podría tratarse de un águila, figura frecuentemente representada en la Fase Las Lomas. Pero hay otras formas de representación del águila que se diseñan con cabeza circular y largas alas hechas mediante múltiples líneas delgadas. Esta modalidad aparece en Averías y sobre todo es común en piezas llamadas Yocavil, es decir, ejemplares del estilo que hallamos en Catamarca asociados a sitios incaicos. Esta figura es común en piezas bicolor rojo sobre blanco. Adquiere un tratamiento a veces semi-figurativo y, más a menudo, francamente estilizado. La figura ocupa el interior de pucos, cuyo borde ha sido a veces adornado con una representación modelada que tradicionalmente se ha interpretado como un búho o lechuzza, pero que nos preguntamos si no podría ser una imagen del *kakuy*, mito tan popular en el folclore santiagueño. Puede ser monocéfala o bicéfala, y en

Las piezas de tecnología Averías las sutilezas de representación alcanzan su máxima expresión.

Las figuras antropomorfas o antropozoomorfas ejecutadas total o parcialmente al pastillaje son frecuentemente halladas en vasijas de pasta Ordinario Rugoso. Algunas veces fueron hechas solamente por pastillaje, y otras están combinadas con incisiones o con pintura, o con ambas. Ciertamente podrían corresponder a la representación de algún ser mítico, donde combinan caracteres zoomorfos y antropomorfos que se corresponden con esa integración del hombre y de lo natural con lo sobrenatural, que ya hemos mencionado en las primeras páginas del libro.

Los diseños de origen geométrico están presentes en las dos tradiciones alfareras: Sunchituyoj y Averías. Las espirales curvilíneas y los triángulos equiláteros son los de mayor popularidad en Sunchituyoj. Largas bandas con “banderines” triangulares, ya sean rectilíneas, generalmente en zigzag o en ondas con colgantes ondeadas (el motivo de “nubes” de los Wagner), caracterizan a las fases tempranas de Sunchituyoj. A medida que el tiempo transcurre se hacen más frecuentes la doble banda de triángulos dispuestos horizontalmente con zigzag entre ambas y las bandas de triángulos terminados en espiral y entrelazados que denuncian semejanzas con Averías. Al mismo tiempo, hace su aparición el diseño mamelonar, figura sub-triangular de borde levemente convexo y cuyo vértice se prolonga en un apéndice. A veces, entre dos bandas mamelonares, puede hallarse una banda en zigzag reticulada. Como se puede notar, estas variaciones se desarrollan a partir de un número muy restringido de temas básicos: zigzag, triángulo y espiral.

A los diseños geométricos y de las distintas aves debe sumarse en el patrimonio de Sunchituyoj el motivo de “alas”. Ya sea que tengan existencia como tales, ya sean formas derivadas o sugerentes del plumaje del ave, en general se las representa por medio de una forma sub-triangular con prolongación de líneas. Estas pueden ser tres, cuatro y hasta siete. A veces están montadas sobre zigzag, otras sobre escalonados, otras tienen un enlace lineal simple. Pueden estar orientadas en la misma dirección o en direcciones opuestas. En ocasiones es el único diseño de una pieza, generalmente un puco; otras veces, se integran como elementos aparentemente secundarios a composiciones más complejas. En muchos casos, el motivo dominante es el búho. Otras veces, alterna con diversas composiciones geométricas. Las “alas” tampoco son patrimonio exclusivo de Sunchituyoj. Se las encuentra muy frecuentemente en el tipo Negro sobre Rojo Brillante y cuando

“pasa” a *Averías* se lo utiliza en forma de triángulos rectángulos con prolongaciones laterales rectilíneas, perdiendo totalmente sus connotaciones figurativas, pero conservando caracteres que permiten su identificación en el grupo. En estos casos es frecuente que integre diseños entrelazados, que por un lado recuerdan los grupos de “*alas*” opuestas de Sunchituyojo o del Negro sobre Rojo Brillante, y en otros reflejan toda la Tradición *Averías* de diseños entrelazados que a veces conducen a recordar el estilo Lima de la costa central del Perú.

El único diseño figurativo exclusivo de *Averías* es una especial forma de representación serpentina. Con cabeza completa o subdividida (mono o bicéfala) y cuerpo unas veces triangular, otras, romboidal, constituye un tipo de representación muy definida y que parece haber tenido una dispersión y frecuencia restringida dentro de la Tradición. Desconocemos la ubicación temporal exacta de este tema en relación con la duración total del estilo *Averías* en la región. Bleiler (1948) le da una posición temprana en su columna cronológica. Se lo encuentra como diseño exclusivo de algunas piezas, pero en ocasiones integra composiciones más complejas. Se lo dispone vertical u horizontalmente en las vasijas, e integra sectores contorneadas por escalonados o encuadrados dentro de bandas de triángulos seriados. Genéticamente se le puede seguir hasta su transformación en triángulos de disposición horizontal cuyos vértices se apoyan en la base siguiente. Estos triángulos juegan con las líneas múltiples y los rellenos reticulados, en la misma forma en que es tratada la figura original. Esta relación genética no tiene necesariamente connotación temporal, sino solamente se usa para establecer el “parentesco” entre ambas expresiones decorativas. Otro diseño no exclusivo, pero sí predominante de *Averías*, es el “plegado”. Hecho sobre la base de líneas finas paralelas que se pliegan y despliegan armoniosamente, formando bandas centrales cuyos encuadres más comunes lo constituyen series de triángulos cuyos vértices acodados se entrelazan con el plegado.

Por la tradición netamente tricolor de *Averías*, el tratamiento “negativo” del fondo adquiere singular relevancia cuando se usan motivos geométricos hechos en base a juegos lineales. Esto se logra haciendo que el espacio dejado entre líneas colocadas sobre la base tenga el mismo ancho que ellas. De esa manera adquieren un valor visual equivalente, como ya dijimos. Solo por observación técnica puede saberse que el color claro fue aplicado antes que el rojo y el negro. Resumiendo: se dibuja en negro y en rojo pero el espacio claro que se deja entre trazo y trazo equivale a otra línea con igual valor decorativo que las anteriores.

El inventario de motivos geométricos de Averías continúa con los rombos. Dibujados generalmente con contornos múltiples, donde el juego lineal tiene las mismas características que acabamos de mencionar, muestra predilección por los centros reticulados. Del mismo modo que lo hacen los zigzag, los triángulos seriados horizontales y el plegado, el rombo juega como diseño dominante en una franja decorativa cuyo encuadre consiste en bandas de triángulos equiláteros o rectángulos. El zigzag tiene un lugar prominente en el patrón decorativo de Averías. Como elemento de enlace entre motivos, o como diseño principal, su presencia es casi inevitable en las piezas de este estilo. Su juego con los triángulos es de una riqueza inagotable. Ya sea que se introduce entre bandas de triángulos equiláteros o rectángulos (con sus dos formas: zigzag equilátero o de brazos en diagonal y zigzag con un brazo en diagonal y otro vertical), ya sea que sirve de apoyo a triángulos escalonados opuestos, o a cualquier otra modalidad, ya que se la represente en forma "positiva" o que reste en "negativo", el zigzag, repetimos, tiene un gran peso en el patrón decorativo de Averías.

Los triángulos opuestos por la hipotenusa son también de enorme y significativa variación. Ya sea por tener bordes escalonados, por las líneas o bandas paralelas o la hipotenusa, porque se los ha usado como elemento central o complementario, o como una manera de representar temas figurativos, ya sea que estén solos o alternando con espirales rectilíneas, parecen tener una amplia dispersión espacial y temporal. En la decoración interna de pucos el diseño lineal en forma de "chevrone" múltiples juega un papel importante. Es muy común que en estos casos el espacio haya sido dividido en cuatro partes. Muchas veces es el único diseño, y la monotonía temática se rompe por el siempre cambiante ritmo de colores en las líneas. A veces los juegos de rombos son únicos para cada cuadrante, a veces son pares laterales, pero más frecuentemente lo son por pares opuestos. Todo ello hace que nunca, a pesar de su simplicidad, se encuentren dos piezas iguales. De más está decir que, como en todos los casos donde la base decorativa es la línea, el tratamiento en "negativo" se encuentra en su más pura expresión. El "chevron" se integra también con otros diseños, especialmente con triángulos o se lo usa en la figuración.

Este inventario somero de los motivos más comunes a cada estilo o Tradición no agota la riqueza expresiva del arte alfarero de Santiago del Estero. Mucho más complejos son los aspectos integrativos de los elementos entre sí y en relación con la morfología. A esto debe también sumarse el uso relativamente frecuente de diseños incluidos dentro de elementos mayores, gene-

ralmente en los triángulos, y que juegan un papel dominante en el tratamiento en negativo, aún más manifiesto que en los otros casos. Para destacar más su importancia, podemos decir que en muchas ocasiones este rasgo obliga a reflexionar sobre posibilidades de abstracción total a raíz de las sugerencias figurativas que encierran. Dentro de las modalidades más frecuentes se encuentran los círculos concéntricos y rectángulos con líneas rectas positivas en su interior o rectángulos subdivididos por uso diagonal positivo o hechos sobre dos colores distintos.

Los rectángulos con líneas pueden tener variadas significaciones, pero una reminiscencia concreta es el tratamiento de las plumas de la cabeza del búho en el interior de los pucos o en las formas más geometrizadas. Recordemos en qué forma la morfología obliga a un repliegue general de las alas y las plumas, de modo tal que estas últimas veces solo constituían un cuadro en negativo con líneas positivas en su interior. Por otro lado los círculos concéntricos parecen la estilización última de un eje, sobre todo cuando el centro está ocupado por un punto. Finalmente, los cuadrados subdivididos por diagonal, donde cada triángulo tiene un color contrastante (o uno pintado y el otro en el color claro del fondo) recuerdan el ojo subdividido de Tiahuanaco, estilo que sin duda influyó fuertemente en toda la Tradición Averías, a través de lejanos parentescos con diseños del altiplano. Nótese también las posibles relaciones con Tiahuanaco a través de los triángulos escalonados bordeados de blanco o de negro, entre otras cosas. Este es un tema amplio y posiblemente prematuro para abordarlo en esta ocasión, pero es interesante, al menos, señalar estas hipótesis que por ahora tienen solo valor intuitivo, pues esta línea de investigación podría conducir a los orígenes mismos de buena parte de la Tradición Chaco-Santiagueña.

Si bien no podemos decir que exista una norma de regularidad total en el diseño, la tendencia predominante se manifiesta por un estricto sentido del ritmo y por el equilibrio en el tamaño de los motivos y entre las porciones decoradas y libres de cada vasija. Nunca en la alfarería chaco-santiagueña se trabajaron las porciones inferiores del cuerpo de la vasija. La base misma puede tener una impronta de tejidos debido a la técnica de apoyar la porción inferior de las mismas sobre una estera para fijarla durante su construcción. Pero la porción inferior del cuerpo, hasta un poco más abajo del diámetro mayor, permanece siempre libre de toda decoración. La excepción son algunas piezas del tipo Ordinario Rugoso en las cuales el tratamiento de superficie no sufrió ninguna variación.

Las vasijas abiertas denominadas pucos contienen decoración interna o externa. En estas últimas, la decoración forma una banda simple o compleja con predominio de la horizontalidad. Sin embargo, el juego de la coordenada alcanza a veces increíbles grados de sutileza. En algunos ejemplos, las bandas tienen enlaces horizontales, pero estos a su vez están subdivididos en paneles verticales. Especialmente esto se observa en las series de triángulos opuestos por la hipotenusa. Estas series alternan a veces con espirales rectilíneas de múltiples ramas que sectorizan la banda horizontal, pero no la interrumpen. Este interjuego de las coordenadas direccionales se agudiza en algunos jarros, en especial en los llamados Yocavil del área Valliserrana. Las piezas medias y grandes de Averías tienen una especie de necesidad de mostrar todos los elementos del patrón decorativo. Hay algunos ejemplares donde se ha realizado una especie de registro global de las posibilidades representativas del estilo. Esto sirve para demostrar que toda división en subestilos es totalmente aleatoria.

De todas formas, en Sunchituyoj y en Averías, la utilización del espacio parte de concepciones diferentes. En la primera, el diseño reposa sobre un fondo, y aunque en las piezas grandes la decoración complementaria ocupa también el cuello, el borde y aún una franja interior del cuello, cada motivo se presenta “libre” con relación a los otros. Parecerían actuar con mayor independencia. Esta tendencia que se pierde al aproximarse a las fases tardías y que está totalmente revertida en Averías, no excluye el uso de todo el espacio disponible, sin embargo no se ve obligado a rellenarlo completamente. En Averías la regla parece exigir la ocupación plena del espacio. Con excepción del sector inferior del cuerpo, el resto de la pieza está siempre cubierto de diseños. El “horror al vacío” de Averías puede, en parte, explicar el uso del fondo como diseño negativo. Para diferenciar cada elemento del conjunto es necesario separarlo de los vecinos. Pero reduciendo al mínimo esta separación se logran dos efectos concomitantes. Por un lado, el elemento positivo conserva su individualidad y por lo tanto su rol dentro del complejo de significación y, por otro lado, al ser tratado el fondo como un diseño más, se elude el vacío al adjudicarle también una función en el complejo de significación.

Al redactar esta última frase me doy cuenta una vez más de que se debe tratar de remarcar la importancia del arte como uno de los más sustanciales indicadores para la inferencia de la superestructura dentro del sistema cultural. Es cierto que el salto del arte a la superestructura ideológica es tan largo que no puede lograrse con un solo paso. Pero las reglas que organizan el arte de alguna manera pueden reflejar las pautas que regulan la cosmovisión de un

pueblo. Es muy difícil aún hacer una enumeración completa de las reglas que dominan el arte chaco-santiagueño. Pero en el transcurso de este capítulo se ha hecho mención a varias tendencias que en principio pueden ser formuladas como pautas en el sentido menos rígido del término:

- Hay predominio de la simbolización figurativa en Sunchituyoj.
- Hay predominio de la simbolización geometrizada en Averías.
- Diseño positivo en Sunchituyoj.
- Diseño negativo en Averías.
- La configuración en Sunchituyoj implica predilección por la representación sub-naturalista de la figura, si bien esto no significa retratismo, ya que los seres mismos representados no son generalmente reales, sino míticos.
- La abstracción es la forma expresiva más cómoda en Averías. Esto se manifiesta también por el alto grado de descomposición que pueden alcanzar algunos diseños con evidente raíz figurativa. Incluye también la representación del todo por la parte.
- Desde el punto de vista de la estructura, los diseños conservan mayor libertad en Sunchituyoj.
- El “horror al vacío”, la fuerte integración y el entrelazado gobiernan en Averías.
- Hay mayor uso del juego entre elementos dominantes y secundarios en Sunchituyoj.
- Hay mayor equilibrio en los valores espaciales concedidos a cada elemento del diseño en Averías (hay excepciones, en especial en los grupos que tienen motivo serpentiforme).

Si toda la investigación sobre la prehistoria santiagueña es una aventura apasionante, el sector que transita por la ruta del arte lo es mucho más, desde que encierra el misterio y la fascinación de lo secreto. El camino por recorrer es todavía largo y duro, pero la meta prometida es un tesoro al que no se debe renunciar.

---

# APÉNDICES

Apéndice A  
**TIPOLOGÍA CERÁMICA**

Presentamos aquí un resumen de los rasgos más significativos de la tipología cerámica que hemos desarrollado –construida según criterios tecnológicos–, y una seriación morfológica de cada uno de esos grupos.

El análisis de la alfarería comprende tres aspectos fundamentales: tecnología, morfología y decoración. En la construcción tipológica más popular en arqueología, los “tipos cerámicos” son conjuntos constituidos por una población de piezas o fragmentos que comparten, en porcentajes significativos, rasgos tecnológicos, morfológicos y decorativos. Si bien pueden estar sujetos a modificaciones y subdivisiones, una vez integrado el conjunto, este funciona como una unidad. Y en la práctica, si bien los teóricos y algunos de los practicantes de esta modalidad operativa le han impreso un alto grado de dinamismo, en muchos casos ha sido frecuente que una vez construido y publicado un “tipo cerámico”, este se cristalizara y resultase, a la postre, un obstáculo para la interpretación de los fenómenos de cambio. Estas operaciones son muy útiles para el tratamiento de fragmentos, como lo sabe todo aquel que ha tenido extensa experiencia de campo y laboratorio. Las ventajas surgen del hecho de que en los fragmentos los rasgos que más se pueden rescatar son los relativos a la tecnología. En cambio, cuando se trata con piezas completas, esta modalidad de organizar tipológicamente es limitativa y parece más útil trabajar con el análisis de otros rasgos por medio de los cuales se puede rescatar mejor la concepción total de la pieza.

En este trabajo utilizaremos la información obtenida en prospecciones y en excavaciones, adonde se recuperaron grandes cantidades de fragmentos. Es así que la tipología que presentamos está constituida por conjuntos que comparten esencialmente ciertos rasgos tecnológicos. La variedad de los temas decorativos solo será rozada a título de referencia y los nombres tradicionales se conservaron como guía para el lector y como identificador de grandes grupos de tecnología, la cual se mantiene muy uniforme y constante en toda el área, de modo que conservará su validez aglutinante aún cuando trabajemos con rasgos. En los objetivos generales hemos hablado de multiplicidad de estrategias en la investigación. La aplicación de esta técnica tipológica y la seriación cuantitativa es una de ellas y sus resultados serán controlados en el futuro por el uso de los análisis por rasgo decorativo, sus combinatorias y dispersión como indicadores del proceso de transculturación.

Presentamos a continuación la tipología cerámica desarrollada:

### **1. Ordinarios**

#### **1.1. Ordinario Rugoso**

Generalmente designado como tosco. Se distingue por una superficie áspera, muy irregular, obtenida por la ausencia de tratamiento o por la adición de una barbotina espesa con cierto contenido de antiplástico, que a veces se desprende y deja una superficie alisada. Sobre ella, a veces, se ha realizado un tratamiento de estriado y decoración por deslizamiento de dedos. La pasta contiene arena y fragmentos de cuarzo y mica. En muchos casos el antiplástico es de tiestos molidos. El color es generalmente beige oscuro, con variaciones entre el rojizo y el pardo. Generalmente la pasta es gruesa, con paredes de espesor medio de 13 mm. La morfología y sus variaciones pueden observarse en las series adjuntas (ver Figura 9). También fueron estudiadas por el método de taxonomía numérica (Lorandi *et al.* 1979).

Como elementos decorativos complementarios se encuentran las ondas o estrellados al pastillaje, los apéndices zoomorfos, o series de protuberancias coniformes colocadas en el límite entre el cuello y el cuerpo de la pieza.

Esta tecnología se combina, en algunos ejemplares, con sectores de superficie alisada y decorados con pintura roja y negra generalmente designados como Sunchituyoj. Este fenómeno no es común, pero parece no ser excepcional.

### 1.2. Ordinario Simple

De superficie alisada y sin decoración pintada, salvo excepciones. La pasta es algo más delgada que en el tipo Ordinario Rugoso, con paredes de un espesor medio de 7 mm. Contiene arena y mica, y el antiplástico de tiestos molidos es más común y más visible. El color es beige oscuro con variantes del rojizo al pardo. La cocción es en atmósfera oxidante con control no muy regular. La decoración es similar al del Ordinario Rugoso, pero hay casos frecuentes de decoración peinada o incisa. También puede considerarse una variante o subtipo: aquella integrada por piezas de este grupo cubiertas por una delgada capa de pintura. En los fragmentos en los que no pueden distinguirse ciertos motivos decorativos de gran tamaño y que se realizaron sobre piezas con pasta de este grupo, es válido clasificarlos en este tipo. Otro sub-grupo está integrado por fragmentos con decoración combinada de pastillaje, inciso o peinado, y pintura. Es frecuente para el motivo del búho en el cual la nariz y cejas son hechas al pastillaje, los ojos con esta técnica o incisos y una especie de "collar" o plumaje realizado por peinado y recubierto con pintura amarilla. Sus variaciones morfológicas también se estudiaron por taxonomía numérica en el trabajo citado.

### 1.3. Ante Pulido

Entre este tipo y el Ordinario Simple no existen límites precisos. Como los

critérios para formar los conjuntos son esencialmente relativos, en este caso, entre las formas más delgadas y mejor terminadas del Ordinario Simple y las más toscas del Ante Pulido no hay diferencias sensibles. El criterio más notable para la diferenciación es la forma de los bordes y su espesor. En el Ordinario Simple son más espesos y rectos, mientras que el Ante Pulido tiene bordes más delgados e incurvados. Los fragmentos del Ante Pulido pueden pertenecer a un continuo que ocupan la serie de piezas más pequeñas, tales como escudillas y jarras; en cambio los del Ordinario Simple ocupan el extremo de la serie con piezas de mayor tamaño, tales como urnas u ollas.

La pasta es semejante al tipo anteriormente descrito, con abundancia de arena pero escasez de tiestos. El grano es más fino, si bien no es uniforme. La textura de la pasta es compacta y el color rojo claro o ladrillo. La superficie es pulida o de alisado intenso y el color externo es ante, con variaciones hacia el rojizo y hacia el beige claro. La cocción es oxidante, irregular. La media del espesor de las paredes es de 5,5 mm. Los tipos de asas son semejantes a los de los otros tipos del área. En general corresponde a piezas pequeñas o a pucos (ver morfología de bordes en Lorandi *et al.* 1979).

## 2. Tradición Sunchituyoj

### 2.1. Negro sobre Rojizo

De pasta fina a mediana en cuanto a espesor de las paredes (media 5,5 mm) y compacta en cuanto a textura. El antiplástico es arena y tiestos. Cocida en atmósfera oxidante, tiene color rojizo en ambas superficies y en el núcleo. Generalmente alisada y en algunos casos pulida, presenta una decoración variada cuyo tema central es la figura del búho, y motivos geométricos realizados en negro sobre una base de pintura rojiza. Los motivos geométricos son triangulares en forma de escalonados, y banderines, ondas y líneas rectas paralelas.

### 2.2. Negro sobre Ante

Los caracteres de pasta y cocción son iguales al tipo anterior. La superficie decorada suele estar cubierta por engobe color ante y los motivos diseñados con pintura negra. En algunos casos, cuando la pasta ha logrado un color beige natural, el engobe se ha suprimido y la superficie decorada es pulida y sobre ella los motivos se dibujan en negro. En general, corresponde a piezas medianas y pequeñas y por lo tanto la pasta es a veces más fina que el tipo Negro sobre Rojizo. La superficie decorada está cubierta por una capa delgada de pintura de color crema-amarillento y sobre ella se realizaron los motivos en negro.

### 2.3. Tricolor

Corresponde a piezas semejantes a las de los tipos Negro sobre Rojizo y Negro sobre Ante. En estos casos los tres colores se alternan, o bien, el rojo y el negro forman diseños sobre base ante o crema. Generalmente son piezas de gran tamaño.

La morfología de los grupos Sunchituyoj se presenta en su conjunto, pues hasta el momento no contamos con suficiente información como para subdividirla con cierto grado de certidumbre.

### 3. Negro sobre Rojo Brillante

Este tipo presenta caracteres de pasta distintos a los del grupo Sunchituyoj, pero se lo encuentra frecuentemente asociado a él. A pesar de ello, tiene comportamiento independiente, si bien los motivos decorativos parecen derivados directamente de Sunchituyoj.

Presenta pasta fina, de textura compacta, con antiplástico de arena y en algunos casos tiestos molidos. La cocción es oxidante pero irregular por lo que es frecuente que presente el centro del núcleo de color oscuro o negro, y los bordes rojizos. El espesor medio de las paredes es de 4,5 mm. Las superficies son pulidas y aquella destinada a la decoración presenta un engobe rojo oscuro muy brillante. Los diseños son hechos en negro opaco y el motivo más frecuente es el llamado de "alas" y espirales. Ejemplares de este grupo se encontraron primeramente en Catamarca donde se los designó como Famabalasto Negro sobre Rojo.

### 4. Rojo Liso

Fragmentos de pasta fina y textura compacta. Cocidos en atmósfera oxidante, regular, presentan superficies rojas muy pulidas. No se han identificado piezas completas para este grupo.

### 5. Tradición Averías

Son piezas de pasta fina y compacta, con antiplástico de arena y excepcionalmente de tiestos molidos. Cocida en atmósfera oxidante, es común que presente el centro del núcleo de color oscuro (gris o negro) a causa de la oxidación incompleta de la pasta. El espesor de las paredes en las piezas chicas tiene una media de 3 mm y en las grandes de 5,5 mm. La superficie decorada

es cubierta por un engobe muy fino de color blanco, cremoso o ante y la decoración es en negro y rojo, ofreciendo a veces el aspecto de decoración en “negativo” por el juego entre los diseños y el fondo claro. Los motivos más comunes son geométricos, entre los que se encuentra el triángulo formando series, el zigzag, el rombo y la espiral. Los motivos figurativos son estilizaciones de la figura del búho y la serpiente. La morfología es muy variada. Los sub-grupos aún no han sido establecidos por la complejidad en las combinatorias de diseños. Estos aspectos serán analizados mediante un código analítico de rasgos que será objeto de un trabajo especial.

## **6. Grupos Incisos**

### **6.1. Inciso 1**

Generalmente son fragmentos de pasta fina, con variantes que van desde el levemente desmigable al compacto, según la cantidad de arena incluida en el antiplástico. Presentan cocción en atmósfera oxidante y color pardo hasta agrisado. Las superficies son alisadas. La decoración combina los diseños en zigzag de línea continua con puntos y rayas, motivos rectilíneos y punteado, y en algunos casos surco rítmico. Este grupo presenta similitudes con materiales del norte de Córdoba y del Litoral. Será necesario subdividirlo cuando se cuente con una muestra mayor.

### **6.2. Inciso 2**

Está basado en pocos ejemplares recogidos en la zona de las Sierras de Guasayán. Son semejantes en su pasta y decoración a los tipos de Las Mercedes identificados por Gómez (1966). El escaso número de los fragmentos nos impide hacer mayores comparaciones por el momento.

## **7. Cortaderas Polícromo**

Se hallaron pocos fragmentos en la zona de Guasayán. Su identificación es provisoria. Remitimos a la descripción hecha por Gómez (1966).

## **8. Alfarerías Gruesas**

En Quimili Paso se hallaron fragmentos de bordes anchos –a veces con incisiones– hechos en pasta compacta, untuosa al tacto, con cocción irregular que da color beige-agrisado o amarillento. Aparentemente la pasta no tiene antiplástico y las superficies son alisadas. Su espesor oscila entre 6 y 10 mm en la media. Corresponde al borde inferior de “campanas”, semejantes a las

típicas del litoral. Extraña que no hayamos podido identificar las partes superiores de las piezas.

---

Apéndice B  
**CONTEXTO Y CRONOLOGÍA SEGÚN  
LOS DIVERSOS AUTORES**

Reiteradas informaciones revelan la perduración de las “culturas chaco-santiagueñas” hasta la época colonial, prolongándose la vida indígena en el territorio hasta la mitad o finales del siglo XVII. Presentamos a continuación los argumentos que diversos autores han planteado hasta el momento sobre el tema:

- Serrano, en su libro *Etnografía antigua de Santiago del Estero* señala que:  
“La contemporaneidad de esta llamada Civilización Chaco-Santiagueña en pueblos históricamente conocidos, estaría evidenciada por lo que respecta a los diaguitas [que este autor ubica al occidente de Santiago, los juríes] con los hallazgos de Argañarás. Estos corresponden a la cerámica llamada por Outes 'de decoración arcaica' [Averías actual] y que ha aparecido en el área Santamariana, mezclada a cerámica típicamente calchaquí y baREAL y en paraderos post-conquista de aquella región” (Serrano 1938: 116).
  
- Reichlen dice en su texto *Recherches archeologiques dans la Province de Santiago del Estero*: “En Laguna Muyojo yo encontré en el interior de un túmulo un fragmento de objeto de metal de origen europeo y por consiguiente de época post-colombina” (Reichlen 1940:184, traducción de la autora). En este caso Reichlen hace referencia a túmulos conteniendo material Averías.
  
- En nuestras excavaciones del Montículo 4 de Icaño se hallaron trozos de material de hierro, muy herrumbrado, que bien pudieron ser indicadores de contactos con la colonia. Sin embargo, también pensamos que podría tratarse de material posterior incluido en la capa superficial. Un elemento complementario sería la presencia en el mismo montículo de los fragmentos de una jarrita Epiaverías *sensu* Bleiler (1948) y que según las últimas investigaciones de Amalia Gramajo (1979) corresponden a una forma tardía, incluso colonial derivada de Averías. Estos datos nos permiten pensar que el hierro puede ser de esta época. Sin embargo, todas estas teorías deberían revisarse.

Los fechados de Oloma Bajada abarcan un período de unos 190 años, que va desde 1420 a 1610 d. de C. No se hicieron hallazgos de objetos europeos, pero ello no impide que pueda ser considerada válida su perduración hasta la Colonia. Los componentes de este sitio, son, como se recordará, Averías y Sunchituyojo, asociados estratigráficamente en toda la potencia fértil susceptible de ser tratada cuantitativamente.

- Márquez Miranda (1940) cree que los grupos que Serrano llama diaguitas pueden ser *mitimaes* transplantados allí en muy reciente data y que, traídos desde el NOA por los españoles, alcanzaron una gran dispersión.

■ Es evidente que en Santiago no existe ningún conjunto cultural de introducción reciente, ya que, como vimos, el material Averías, considerado el más moderno en la secuencia, hizo sus primeras apariciones en torno al año 1200 d. de C. y aún tal vez con mayor antigüedad.

■ Queda por analizar aún el problema más difícil: el de las relaciones cronológicas relativas de los grupos alfareros Sunchituyo y Averías. La bibliografía testimonia acerca de las dificultades para aislar los contextos de uno y otro grupo y para organizar una secuencia cronológica coherente. El error de considerarlos como entidades culturales diferenciadas parece haber surgido de una lectura incompleta de Reichlen o de sus propias ambigüedades. Dado que, cuando se refiere a Sunchituyo dice Rama B (de la clasificación de los Wagner) y a Averías, Rama A, sin redefinirlas. Tal vez lo más correcto resulta comenzar por analizar a fondo las sugerencias a veces confusas de los hermanos Wagner. Según los criterios con los que hemos analizado la cerámica, la Rama A estaría integrada por elementos de tecnología Averías y cierto número y tipos de materiales de tecnología Sunchituyo. La Rama B está integrada por Sunchituyo con rasgos que difieren parcialmente de los de la Rama A y algunos grupos incisos. A partir de este punto se analiza el material ilustrado por los Wagner en su libro de 1934.

La Rama A de los Wagner comprende:

- “Urnas” polícromas. Correspondería a Averías en sentido global.
- Todos los tipos polícromos.
- Piezas que por las ilustraciones parecen corresponder al tipo Negro sobre Rojo Brillante (lám. LIV, N<sup>os</sup>. 2 y 3)<sup>19</sup>.
  - Piezas con diseños de búho con rasgos estilizados (uso de grecas, motivo de “alas”). Se incluyen en este grupo ciertas representaciones del ave con plumajes de rayas finas, a veces acompañadas con “alas” (figs. 267, 268 y 269, págs. 198 y 199). Corresponderían al grupo de tecnología Sunchituyo.
  - Figuras de búho con cara de contorno subtriangular o en forma de “corazón” con motivos escalonados en las mejillas; cuerpo en forma de guardas geométricas, asociadas con zigzag (pág. 197 y fig. 274, pág. 200).
  - Piezas con engobe blanco sin decoración (figs. 310, 311 y 312, pág. 208).

---

19. Salvo referencia diferente, todas las indicaciones de figuras de esta sección corresponden a las ilustradas en Wagner y Wagner 1934 en las páginas, figuras y láminas indicadas. N. de C.T.

- “Urnas” toscas con aplicaciones modeladas de felinos que también repiten en la Rama B (figs. 354, 355, págs. 221 y 222).
- “Urnas” ordinarias con decoración al pastillaje: figura de búho de contorno completo (figs. 321 y 322, pág. 213), de contorno incompleto terminado en brazos y manos (lám. I, fig. 2), de contorno incompleto u ondas que forman la cara (figs. 324 a 337, págs. 214 y ss.); motivos geométricos en forma de “barretas” en ondeado o en estrellado (fig. 340, pág. 217; 341, pág. 218 y fig. 346, pág. 219, figs. 347 y 349, págs. 220 y 221); medallones (fig. 311, pág. 225); otras aplicaciones zoomorfas; piezas con asa vertical cilíndrica; decoración hecha por deslizamientos de dedos (figs. 342, 343, 344, 345, págs. 218 y 219).
- Decoración pintada bicolor geométrica con espirales curvilíneas o rectilíneas, combinaciones con triángulos y zigzag (aparentemente estos rasgos pueden estar hechos con técnicas Sunchituyojo o Averías).

La Rama B de los Wagner comprende:

- Piezas tricolor que utilizan tonos aplicados con una débil capa de pintura. Hay diseños de ondas grandes en rojo, bordeadas en negro sobre fondo amarillento (lám. XLIV, N° 3 y XLV, N° 1). Pertenecen a este grupo piezas que están en estudio, comunes en el río Dulce, y que probablemente correspondan a las etapas iniciales de la Tradición alfarera Sunchituyojo.
- Piezas bicolor, en negro sobre rojo fuerte, posiblemente vinculado al Negro sobre Rojo Brillante. Sus relaciones están siendo analizadas sobre material hallado en Las Lomas de El Veinte. El tema es el de la figura ornitomorfa, cuyo cuerpo está formado por un complicado juego de líneas de borde ondeado. Las caras de estos búhos son achatadas, de forma ovalada o arriñonada (lám. XLIII, N° 2 y fig. 7). Estos mismos rasgos se dan con el uso de otros colores, incluso en piezas cuyos colores cambiantes indican que ha existido un mal control de la temperatura.
- Motivos decorativos geométricos, en forma de escalonados en escuadra, festoneados y ondeado múltiple al cual los Wagner llaman “nubes pluviales”, y zigzag (lám. VI, N° 9, 11, 12, 15 y fig. 77, pág. 75).
- La figura ornitomorfa dibujada por la aplicación del negro de fondo, ante, crema o rojizo, con la cara circular completa y los dientes y adornos de las mejillas en forma de rayas o aserradas (lám. VIII, figs. 2 y 1). Corresponde a tecnología Sunchituyojo.
- Uso del grabado y peinado, generalmente combinados con pastillaje o modelado de los bordes y recubiertos por pintura blanca o amarillenta (lám. XVIII). Estos tipos aparecen en Quimili Paso y en Las Lomas de El Veinte.
- “Urnas” con aplicación modelada de felino.

- “Urnas” con “banderines” (fig. 318, pág. 209). A veces estos banderines forman parte de las alas del búho (figs. 295 y 296, pág. 204). Posiblemente tecnología Sunchituyo.

- “Urnas” que combinan la decoración pintada y el pastillaje (fig. 307, pág. 207).

- La mayor parte de las vasijas con el búho en posición horizontal corresponden a la Rama B (fig. 287, pag. 202, figs. 289, 290, 291 y 293, pág. 203). Tecnología Sunchituyo.

- Piezas con incisos de los tipos que los Wagner encuentran en Bislín. Este material nosotros lo hemos hallado en Sayanita, Tres Pozos, El Veinte y Guasayán sitio II/I.

Cuando se analizan los rasgos seleccionados por los hermanos Wagner para cada Rama, y de acuerdo con nuestros comentarios, se comprende claramente que los investigadores han distinguido perfectamente los posibles sub-grupos en los que puede subdividirse el material y extraer en cierto modo las relaciones temáticas entre ellos. En los párrafos finales veremos cómo, con apoyo de los datos cronológicos y asociativos, puede organizarse esta información en una secuencia donde se reflejan las características del proceso.

■ El investigador francés Henry Reichlen (1940) colaboró en la sistematización de esta documentación atribuyéndoles contextos a cada una de las Ramas y llamando Sunchituyo a la Rama B, y Averías a la Rama A. Define y describe por primera vez materiales del Complejo Mercedes adonde pueden incluirse los materiales que los Wagner incluyen en su Quinta División (de las urnas) e incluso ilustra con cierto número de ejemplares. Reichlen hace referencias a sitios con alfarería de la Rama A equivalente a Averías, o Rama B equivalente a Sunchituyo, sin redefinir ni aclarar el contenido temático o tecnológico de las mismas. El error posterior consistió en comenzar a pensar que Rama A era sinónimo de alfarería de tecnología Averías exclusivamente, algo que Reichlen nunca dijo.

Reichlen encuentra que Sunchituyo es más común en la mesopotamia santiagueña y que esta zona debió despoblarse cuando el río cambió de curso y se limitaron los recursos de agua. Señala la ausencia en estos sitios de material colonial. Por esto considera que Sunchituyo es más temprano que *Averías*, pues este último se lo ha hallado en asociación con elementos coloniales. Otro indicador que refuerza su posición es la asociación de Sunchituyo con material del Complejo Mercedes en Sayanita.

“Yo creo poder afirmar que este sitio arqueológico comprende, por una parte, túmulos que dan una industria de tipo Sunchituyo y, por otra, túmulos que dan cerámica negra grabada, que acompaña a la cerámica con superficie interior pintada de negro y de engobe naranja. La situación parece ser aquí más clara que para las urnas cilindro-cónicas de Tres Pozos. Parece, entonces, que este mismo sitio de Sayanita ha sido ocupado sucesiva o simultáneamente –el problema de la cronología no ha sido resuelto– por dos pueblos o, en todo caso, por dos parcialidades de un mismo pueblo” (Reichlen 1940: 199, traducción de la autora).

Cita un caso análogo observado por Emilio Wagner quien le ha dicho que en Llajta Mauca y en Las Represa de los Indios los túmulos con material Sunchituyo no tiene nunca material Averías y viceversa. Nosotros nunca hemos observado un caso así, pero realmente sería muy interesante comprobarlo con el uso de las técnicas actuales que nos permitirían una mejor evaluación de esa realidad.

■ Para Bleiler (1948), el problema cronológico se complica notablemente con el espacial. Su trabajo se hace con documentación tomada de los Wagner y Reichlen en especial. Evalúa correctamente las diferencias espaciales pero destaca, a su vez, que las ilustraciones y la información están tan particularizadas que es muy difícil llegar a emitir opiniones de cierta solidez. Bleiler subdivide el material en varios “estilos” y a la provincia en varias áreas. Entre los grupos más importantes clasificados por Bleiler (1948) se encuentran:

- Bislín Inciso: Equivale a los tipos incisos de la Rama B de los Wagner. Gómez (1966) los incluye dentro de Las Mercedes, pero pensamos que corresponden más bien a las fases tempranas de Sunchituyo.
- Urnas Toscas: Sin decoración y con decoración de pastillaje e inciso.
- Llajta Mauca Bicolor: Equivale a piezas de tecnología Sunchituyo.
- Fase A Oeste: Pájaros estilizados, escalonados en bandas, espirales, ondeadados, zigzag, triángulos, caras aplicadas. Más frecuente en el Dulce. Equivale a parte de la Rama B de los hermanos Wagner.
- Fase B Este: Figuras ornitomorfos geoméricamente estilizadas; mayor desarrollo de las alas a menudo enlazadas con motivos geoméricos. Las piezas proceden en su mayor parte del Chaco santiagueño y del área del Salado. Equivale a la Rama A de los Wagner.
- Averías Polícromo: Piezas de tecnología Averías. Líneas paralelas de colores opuestos, escalonados y chevrones combinados con “alas”. Supone que tienen predominio en el Salado sur. Señala las semejanzas con Yocavil.
- Epiaverías Polícromo: Tecnología Averías, con hileras de triángulos esca-

lonados. Jarros y tazas pequeñas. Señala semejanzas con Alfarcito y Condorhuasi. Lo considera tardío y derivado de Averías Polícromo y entra en contradicción con la cronología de los dos “estilos” tempranos con los que encuentra similitudes.

- Las Marías Polícromo: Tecnología *Averías*. Figura de serpiente estilizada. Más común en el Salado norte.
- Represas Polícromo: Tecnología *Averías*. Motivos degenerados de *Averías Polícromo* y de *Las Marías Polícromo*. Incluye piezas con triángulos y zigzag y plegado.

No se comprende muy bien las razones por las cuales Bleiler hace derivar *Epiaverías Polícromo* y *Represas Polícromo* de los otros dos. Hay numerosas piezas que atestiguan el uso de elementos de uno u otro “estilo” sin distinción (ver Wagner y Wagner 1934, XLI, figs. 1 y 2). En estos ejemplares hay elementos atribuibles a los cuatro “estilos” de Bleiler.

Se presenta a continuación un cuadro de síntesis (Tabla 7) de distribución de la alfarería por áreas propuesta por Bleiler:

	Área del río Dulce	
PERÍODO	ALFARERÍA	
Temprano	Urnas Polícromas	
Medio	Llajta Mauca Bicolor. Fase A	
Tardío	Misceláneas Policromas	
	Área del río Salado norte	Área del río Salado sur
PERÍODO	ALFARERÍA	ALFARERÍA
Temprano	Bislín Inciso - Urnas Toscas	Bislín Inciso - Urnas Toscas
Medio	Las Marías Polícromo, Averías Polícromo y Llajta Mauca Bicolor	Las Marías Polícromo, Averías Polícromo y Llajta Mauca Bicolor
Tardío	Represas Polícromo	Represas Polícromo y Epiaverías Polícromo

**Tabla 7.** Síntesis de distribución alfarera por áreas y época según la propuesta de Bleiler (1948).

De esta cronología para el río Salado se deriva la correspondencia que puede realizarse entre el Bislín Inciso y Las Mercedes de Reichlen (1940) y Gómez (1966) y su ubicación en el período temprano.

■ Los resultados de nuestras investigaciones, y en especial aquellas efectuadas en el río Salado y en Quimili Paso, nos han permitido organizar una secuencia continua desde lo que consideramos primeras etapas de Sunchituyoj (hasta ahora a nivel hipotético) hasta el período colonial y que es la que hemos presentado en este libro.

---

## BIBLIOGRAFÍA

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

### Ambrosetti, Juan

1901. Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, T. LI: 175. Buenos Aires.

1906. Exploraciones arqueológicas en La Pampa Grande (Prov. de Salta). *Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras*, sección Antropología 1, Buenos Aires.

### Azcona, Lilia Chávez de

s/f. *Informe antropológico*. Ms.

### Bárzana, Alonso

[1594] 1885. Carta del 8 de setiembre de 1594 del P. Bárzana a su provincial. *Relaciones Geográficas de Indias*, T. II, Apéndice LII y sig.

### Bennet, Wendell

1936. *Excavations in Bolivia*. *Antropological Papers of the American Museum of Natural History*, 35, 4: 329-507. New York.

1948. *Northwest Argentine Archaeology*. Yale University Press. London.

### Berberian, Eduardo y Dante Soria

1970. Investigaciones arqueológicas en el yacimiento de Zárate (Depto. de Trancas, Tucumán). *Humanitas*, XVI, 22: 165-176. San Miguel de Tucumán.

### Bertonio, Ludovico

[1612] 1879. *Vocabulario de la lengua aymara*. Parte segunda. Publicado por Julio Platzman. Leipzig.

### Bleiler, Everett

1948. The East. *Northwest Argentine Archaeology* (Bennett, W., E. Bleiler y F. Sommer Eds.). Yale University Publications in Anthropology N° 38. New Haven.

### Bouysse-Cassagne, Thèrese

1978. L'espacement aymara: 'Urco et uma'. *Anales XXXIII*, 5-6: 1057-1080. Paris.

### Cabrera, Ángel

1910. Los Lules. *Ensayos sobre etnografía argentina*, Tomo I. Córdoba.

### Cámara Hernández, Julián

1976. *Informe botánico*. Ms.

### Capoche, Luis

[1585] 1959. *Relación General de la Villa Imperial de Potosí*, BAAE. Madrid.

**Cappannini, Dino y Oscar Domínguez**

1959. Suelos. En: *La Argentina, Suma de Geografía* (Aparicio y Difrieri Dir.) T. IV, Cap 1: 13-116.

**Cieza de León, Pedro**

[1553] 1947. *Guerras Civiles del Perú*. Biblioteca Autores Españoles. Madrid.

**Cione, Alberto; Ana María Lorandi y Eduardo Tonni**

1979. Patrón de subsistencia y adaptación ecológica en la aldea prehispánica "El Veinte", Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Vol. XIII: 103-116. Buenos Aires.

**Duviols, Pierre**

1979. Un symbolisme de l'occupation de l'aménagement et de l'exploitations de l'espace. *L'Homme*, avr-juin, XIX, 2: 7-31. Paris.

**Espinosa Soriano, Waldemar**

1969. El memorial de Charcas: crónica inédita de 1852. *Cantuta*, Revista de la Universidad Nacional de Educación. Chosica, Perú.

**Flannery, Kent**

1972. Archaeological Systems Theory and early Mesoamerica. En: *Contemporary Archaeology* (M. Leone Ed.) Pág. 222-234. Southern Illinois University. Press.

**Freguelli, Joaquín**

1940. El ambiente geográfico. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, T. II: 13-34. Buenos Aires.

**Garcilaso de la Vega, Inca**

[1609] 1960. *Primera parte de los comentarios reales de los Incas*. Biblioteca Autores Españoles. Madrid.

**Gómez, Roque**

1966. *La cultura de Las Mercedes (Contribución a su estudio)*. Santiago del Estero.

1974. Arqueología del sudeste de Tucumán y sus relaciones con Santiago del Estero. *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba*, Tomo V: 67-72. Córdoba.

1975a. El yacimiento precerámico de Minguucho (Departamento Ojo de Agua, Santiago del Estero). *Actas del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, 153-162. Rosario.

1975b. Contribución al conocimiento de las industrias líticas tempranas de Santiago del Estero. *Revista del Instituto de Antropología*, serie 3, 2: 171-187. Tucumán.

**González, Alberto Rex**

1955. Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino (Nota preliminar). *Anales de Arqueología y Etnología*, XI: 7-32. Mendoza.
- 1956-58. Reconocimiento arqueológico en la zona de Copacabana (Córdoba). *Revista do Museu Paulista*, Nueva Serie, Vol. X: 173-223. San Pablo.
- 1961-1964. La cultura de La Aguada del N.O. argentino. *Revista del Instituto de Antropología* de la Universidad Nacional de Córdoba, Tomo II-III: 205-250.

**Gramajo de Martínez Moreno, Amalia**

1973. La arqueología santiagueña. Su historia y evolución. *El Liberal*, número especial dedicado al 75° aniversario del diario, págs. 100-112. Santiago del Estero.
1979. El contacto hispano indígena en Santiago del Estero con especial referencia a la cerámica. *Serie Estudio 2*: 3-67. Museo Arqueológico de Santiago del Estero. Santiago del Estero.

**Herrera, Antonio de**

- [1601-1615] 1934. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*. Ballesteros. Madrid.

**Ibarra Grasso, Dick Edgar**

1973. *Prehistoria de Bolivia* (2° ed.) Editorial Los amigos del Libro. La Paz-Cochabamba.

**Imbelloni, José**

1940. Síntesis antropológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. T. II: 79-116. Buenos Aires.

**Knoche, Walter y Vladimir Borzakov**

1947. Clima de la República Argentina. En: *Geografía de la República Argentina*, T. VI: 5-430. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (GAEA).

**Krapovickas, Pedro**

- s/f. Relaciones entre la Puna y zonas vecinas a través de su borde oriental. Presentado al *XLIII Congreso Internacional de Americanistas*. Vancouver. Ms.

**Lafone Quevedo, Samuel**

1898. El Barco y Santiago del Estero. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tomo III, Buenos Aires.
1919. Londres y Tucumán (fragmentos históricos). *Revista de la Universidad de Córdoba*, Tomo VI, N° 7, Córdoba.

**Ledesma, Raúl**

1957. *Sumampa (Relación histórica arqueológica)*. Instituto de Lingüística, Fol-

klore y Arqueología de la Universidad Nacional de Tucumán. Santiago del Estero.

1961. *Maquijata*. Instituto de Lingüística, Folklore y Arqueología de la Universidad Nacional de Tucumán. Santiago del Estero.

#### **Levillier, Roberto**

1918. *La gobernación del Tucumán. Correspondencia de los cabildos en el siglo XVI*. Madrid.

1920. *La gobernación del Tucumán. Probanza de méritos y servicios de los conquistadores. Documentos del Archivo de Indias. 1550-1602*. Madrid.

1926. *Nueva crónica de la conquista del Tucumán*. Madrid.

#### **Lira, Jorge**

1944. *Diccionario Kechwa-español*. Instituto de Historia, Lingüística y Folklore, Universidad Nacional de Tucumán, XII. Tucumán.

#### **Lizárraga, Reginaldo**

[1589] 1916. *Descripción colonial*. Biblioteca argentina, Librería de la Facultad bajo dirección de Ricardo Rojas, 2 volúmenes. Buenos Aires.

#### **Lizondo Borda, Manuel**

1942. *Historia del Tucumán, Siglo XVI*. Instituto de Historia, Lingüística y Folklore de la Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán.

#### **Lorandi, Ana María**

1967. Vasijas de Catamarca con caracteres excepcionales en la zona. *Anales de Arqueología y Etnología*, Tomo XXII: 35-51. Mendoza.

1970. Primeros fechados radiocarbónicos para Santiago del Estero. *Actualidad Antropológica*, N° 7: 27-29. Olavarría, Buenos Aires.

1972. Nuevos fechados radiocarbónicos para Santiago del Estero. *Actualidad Antropológica*, N° 10: 1-2. Olavarría, Buenos Aires.

1974. Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, VIII: 199-236. Buenos Aires.

1978. El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina. *Journal de la Societè des Américanistes de Paris*, Tomo LXV: 61-85. París.

1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XIV (1): 147-164. Buenos Aires.

#### **----- y Delia M. Lovera**

1972. Economía y patrón de asentamiento en Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo VI: 173-192. Buenos Aires.

#### **----- y Nélica Carrió**

1975. Informe sobre las investigaciones en Santiago del Estero. *Primer Congreso Nacional de Arqueología*, 301-323. Rosario

----- y **María E. Gonaldi**

1977. Las vinculaciones temáticas y estructurales de Averías y los estilos tardíos de Bolivia. *Informe al Conicet*. Ms.

-----; **Raúl Arias; María E. Gonaldi; Eleonora Mulvany y Loredana Nordio**

1977. La fase las Lomas de la Tradición Cultural Chaco-Santiagueña. *Etnía* 31: 1-12. Olavarría.

-----; **Jorge Crisci; María E. Gonaldi y Silvia Caramazana**

1979. El cambio cultural en Santiago del Estero: un estudio de taxonomía numérica sobre morfología de bordes de alfarería ordinaria. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo XIII: 85-101.

**Lowie, Robert**

1948. The Tropical forest: an introduction. En: *Handbook of southamerican Indians* (Steward ed.), Tomo III, B. 143: 1-56. Washington.

**Lozano, Pedro**

[1754] 1873. *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Paraguay*, Tomo I. Madrid.

**Lumbreras, Luis**

1974. Los Reynos Post-Tiwanaku en el área Altiplánica. *Revista del Museo Nacional*, Tomo XL: 55-85. Lima.

**Machoni de Cerdeña, P. Antonio**

[1732] 1878. *Arte y vocabulario de la lengua Lule y Tonocoté*. Madrid.

**Marcelino Alberto, Eduardo Berberian y José Pérez**

1967. El yacimiento arqueológico de Los Molinos (Depto. Calamuchita, Córdoba). *Instituto de Antropología*, Universidad Nacional de Córdoba.

**Márquez Miranda, Fernando**

1940. Exégesis. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, T. II: 201-221. Buenos Aires.

**Matienzo, Juan de**

[1566] 1885. Carta a S. M. del Oidor de los Charcas, Licenciado Juan de Matienzo. *Relaciones Geográficas de Indias*, Volumen II, apéndice III. Ministerio de Fomento. Madrid.

**Medina, Toribio**

1888-1900. *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la Batalla de Maipo*. 1518-1818. Colectados y publicados por J. T. Medina. Santiago (Chile).

**Murra, John**

1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

**Oliva, Manuel**

1947. *Contribución al estudio de la arqueología del norte de la provincia de Córdoba. Los paraderos de Pozo de las Ollas y Laguna de la Sal*. Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore. Córdoba.

**Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de**

[1534-1536] 1855. *Historia General de las Indias*. Imprenta de La Real Academia de Historia. Madrid.

**Pacheco, Diego Fernández**

[1569] 1885. Relación de la Provincia de Tucumán. *Relaciones Geográficas de Indias*. Madrid.

[1571] 1963. *Historia del Perú*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.

**Paese de Torres, Ana**

1958. Hidrografía. En: *La Argentina, Suma de Geografía* (Aparicio y Difrieri Dirs.), Tomo II: 187-338. Ediciones Peuser. Buenos Aires.

**Palavecino, Enrique**

1940. Síntesis histórica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, T. II: 47-71. Buenos Aires.

1948. Áreas y capas culturales del territorio argentino. *GAEA*, Tomo VIII: 447-523. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos. Buenos Aires.

**Parker, Gary**

1963. La clasificación genética de los dialectos quechuas. *Revista del Museo Nacional*. 32: 241-252. Lima.

**Pastells, Pablo**

1912. *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú y Brasil)*. Tomo I. Madrid. Librería general de Victoriano Suarez.

**Pedersen, Asbjorn**

1952. Objetos de bronce de la zona del Río Salado (región Chaco-Santiagueña). *Proceedings of the XXX International Congress of Americanists*, 92-100, Londres.

**Pérez, José A. y Osvaldo Heredia**

1975. Investigaciones arqueológicas en el Departamento de Ambato, Provincia de Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo IX: 59-68. Buenos Aires.

**Polo de Ondegardo, Juan**

[1571] 1916. Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resultaba de no guardas a los indios sus fueros. *Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú*, Serie I, 3. Ediciones Urteaga y Romero. Lima.

**Reichlen, Henry**

1940. Recherches Archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rép. Argentine). *Journal de la Société des Américanistes*, Tomo XXXII: 133-237. París.

**Relaciones de la Sociedad de Antropología**

1940. *Los aborígenes de Santiago del Estero*. T. II. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

**Ringuetel, Raúl**

1975. Zoogeografía y ecología de los peces de agua dulce de la Argentina y consideraciones sobre áreas ictiológicas de América del Sur. *Ecosur*, 2 (3): 1-122.

**Ringuetel, Raúl A., Raúl H. Aramburu y A. Alonso de Aramburu**

1967. Los peces argentinos de agua dulce. Com. Inv. Cient. Buenos Aires, 602 ps.

**Rostworoski, María**

1976. Reflexiones sobre la reciprocidad andina. *Revista del Museo Nacional* 42: 341-354. Lima.

**Ryden, Stig**

1947. *Arqueological reserches in the Highlands of Bolivia*. Goteborg.

**Saignes, Thierry**

1974. *Une "frontière fossil": la Cordillère chiriguano au XVIII s.* Tesis de doctorado, 2 tomos. París. Ms.

**Salas, Alberto**

1945. El antigal de Ciénaga Grande. *Publicación del Museo Etnográfico* 5. Buenos Aires.

**Salomon, Frank**

1978. Systèmes politiques verticaux aux marches de l'Empire Inca. *Annales* XXXIII, N° 5-6: 967-989. París.

**Santa Cruz Pachacuti Yampqui, Juan de**

[1613] 1950. *Relación de antigüedades deste Reyno del Perú*. Editorial Guaraná. Asunción.

**Serrano, Antonio**

1938. *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada Civilización Chaco-Santiagueña*. Paraná.

1945. Los comechingones. Serie *Aborígenes Argentinos*, Vol. 1. Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore. Universidad Nacional de Córdoba.

**Sotelo de Narváez, Pedro**

[1583] 1885. *Relación de la provincia de Tucumán*. Relaciones Geográficas de Indias, Tomo II. Ministerio de Fomento. Madrid.

**Tapia, Augusto**

1935. Pilcomayo. Contribución al conocimiento de las llanuras argentinas. *Boletín 40*. Dirección de Minas y Geología. Buenos Aires.

**Tasa de la Visita General de Francisco de Toledo (1570-75)**

1975. *Introducción y versión paleográfica de Noble David Cook*. Universidad Mayor de San Marcos, Lima.

**Techo, Nicolás del**

[1673] 1897. *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, Librería y editorial Uribe. Madrid.

**Torero, Alfredo**

1964. Los dialectos quechuas. *Anales Científicos de la Universidad Agraria*. II/4, pp. 446-476. Lima.

**Von Hauenschild, Jorge**

1948. La técnica de la alfarería arqueológica de Santiago del Estero. *Publicaciones de la Sociedad Argentina de Americanistas*, I: 39-66. Buenos Aires.

1949. Ensayo de clasificación de la documentación arqueológica de Santiago del Estero. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, XXXVI: 7-75. Córdoba.

1951. Influencias paranaenses y pampeanas. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Córdoba.

**Wachtel, Nathan**

1978. Hommes d'eau: le problème uru (XVI-XVII siècle). *Annales XXXIII* 5-6: 1127-1159, Paris.

**Wagner, Emilio y Duncan Wagner**

1934. *La Civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*. Compañía impresora argentina, Tomo I. Buenos Aires.

**Zetti, Jorge y Eduardo Tonni**

1971. *Informe sobre el material faunístico recogido en las excavaciones de Quimili Paso*. Santiago del Estero. Ms

## BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA<sup>20</sup>

### **Ambrosetti, Juan**

1903. Arqueología Argentina. Los pucos pintados de rojo sobre blanco del Valle de Yocavil. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, Tomo IX, Serie 3: 2. Buenos Aires.

### **Ameghino, Florentino**

1880-1881. *La antigüedad del hombre en el Plata*. Paris y Buenos Aires.

1918-1919. Sobre algunos restos humanos fósiles descubiertos por el Dr. Carlos Díaz en Río Hondo y sobre el arma de piedra que los acompañaba. *Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales*.

### **Aparicio, Francisco de**

1922. Nuevos hallazgos de representaciones plásticas en el norte de la provincia de Santa Fe. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tomo 49.

1940. Síntesis arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo II: 73-78. Buenos Aires

### **Arenas, María Delia**

s/f. *Código para la descripción morfológica de algunos tipos cerámicos de la región valliserrana del N.O argentino*. Ms.

### **Arqueología Boliviana**

1957. *Primera Mesa Redonda*, Biblioteca Paceaña.

### **Bindford, Lewis y Sally Bindford**

1968. *New perspectives in archaeology*. Editores Chicago.

### **Boman, Eric**

1908. *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. Mision scientifique de G. de Créqui Montfort et E. Sénechal de la Grange. Paris.

### **Borillo, Mario; Ana María Lorandi y Delia M. Lovera**

1971. *Código para la recolección de datos tecnológicos de la cerámica arqueológica*. Ms.

### **Braniza, Leonardo**

1957. Un nuevo estilo de la cerámica precolombina de Chuquisaca; Mojo-coya Tricolor. En: *Arqueología Boliviana*. Biblioteca paceaña. La Paz.

---

20. Se mantiene aquí la bibliografía de referencia oportunamente señalada por la autora al momento de cerrar el manuscrito. N. de C.T.

**Bregante, Odilia**

1926. *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino*. Buenos Aires.

**Bruch, Carlos**

1911. Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca. *Publicaciones del Museo de La Plata*, tomo 19. Buenos Aires.

**Burmeister, Carlos Germán**

1876. *Description physique de la République Argentine*. Paris.

**Cáceres Freyre, Julián**

1963-1964. La cerámica de los diaguitas protohistóricos. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 4: 161-183. Buenos Aires.

**Caillet Bois, Ricardo**

1940. El descubrimiento del territorio. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo II: 35-46. Buenos Aires.

**Campanella, Andrés**

1936. Sobre la existencia de la civilización chaco-santiagueña. *Boletín de la Universidad Nacional de Tucumán*, Tomo II, 9. Tucumán.

**Canal Feijóo, Bernardo**

1932. El gran descubrimiento. *Revista de Santiago del Estero*, Tomo I. Santiago del Estero.

**Canals Frau, Salvador**

1940. Exégesis. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo II: 153-170. Buenos Aires.

**Casanova, Eduardo**

1940. Exégesis. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo II: 171-182. Buenos Aires.

**Castellanos, Alfredo**

1936. Los yacimientos del hombre fósil en Santiago del Estero. *La Capital*. Rosario 1ra parte, 16 de agosto 1936; 2da parte, 23 de agosto 1936.

1938. Nuevos restos del hombre fósil y de hornos de tierra cocida en Santiago del Estero. *Publicación del Instituto de Fisiografía y Geología de la Facultad de Ciencias Matemáticas Físicoquímicas y Naturales de la Universidad Nacional del Litoral*. Tomo II. Rosario.

**Chiozza, Elena, Van Domselsar González**

1958. Clima. En: *La Argentina, Suma de Geografía*, Tomo II. (Aparicio y Difriero, Dirs.)

**Cigliano, Eduardo**

1958. Arqueología en la zona de Fambalasto, Dpto. Santa María, Provincia de Catamarca. *Revista del Museo de La Plata*, Sección Antropología, Tomo V. La Plata.

**Crouzeilles, Amelia Larguía de**

1939. Correlaciones entre la alfarería indígena encontrada en la región de Santa Fé y la de la provincia de Santiago del Estero. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo CXXVIII: 106-211. Buenos Aires.

**D'Harcourt, Raoul**

1932. Notes sur la technique d'un tisú ansien du Chaco argentin. *Journal de la Société des Américanistes*, Paris, nueva serie, Tomo XXIV: 189-191. Paris.

**Doello Jurado, Martín**

1940. Síntesis Malacológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo II: 123-144. Buenos Aires

**Difrieri, Horacio**

1958. Región del Chaco. En: *La Argentina, Suma de Geografía*, Tomo I.

**Furst, Peter**

1972. The Olmeca Were-jaguar Motif in the Light of Ethnographic Reality. En: *Contemporary Archaeology* (M. Leone ed.) Southern Illinois University Press.

**Gancedo, Alejandro**

1925. *Museo arcaico de Santiago del Estero*. Proyecto presentado a la Cámara de Diputados en la sesión del 16 de julio de 1925. Buenos Aires.

**Gargaro, Alfredo**

1938. Una pretendida Civilización Chaco-Santiagueña. *Ensayos*, N° 6: 193-201, julio-agosto, 2° año. Santiago del Estero.

**Geografía de la República Argentina**

1947. *GAEA*, Tomo 6. Sociedad Argentina de Estudios Geográficos. Buenos Aires.

**Gollán, José Santos**

1958. Zoogeografía. En: *La Argentina. Suma de Geografía*, Tomo III.

**Gómez, Roque**

1970. Alfarerías intrusivas en las culturas indígenas de Santiago del Estero. *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba*, XXXI. Córdoba.

**González Bonorino, Félix**

1959. Orografía. En: *La Argentina, Suma de Geografía*, Tomo III

**González, Alberto Rex**

1960-62. Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón (IV). Resumen y perspectivas. *Revista del Instituto de Antropología* 1: 303-331. Universidad Nacional de Córdoba.

**Gramajo de Martínez Moreno, Amalia**

1970. Los sitios arqueológicos de las Sierras de Sumampa y Ambargasta. *Cuadernos de Cultura*, 2. Santiago del Estero.

1972. El contacto hispano-indígena en la Provincia de Santiago del Estero. Presentado en el *Segundo Congreso Nacional de Argentina*. Río Negro.

**Greslebin, Héctor**

1929. Los detalles suministrados por Wagner hablan a favor de la antigüedad de la cultura chaqueña. *Crítica*, 16-09-1929. Buenos Aires.

1932. La estructura de las construcciones "tumuliformes" prehispánicas de las inmediaciones del Río Dulce - Provincia de Santiago del Estero. *Physis. Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales*. Pp. 121-122. Buenos Aires.

1934. Sobre la antigüedad de la llamada civilización chaco-santiagoueña (República Argentina). *Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo II: 57-74. La Plata.

**Ibarra Grasso, Dick Edgar**

1950. La colección arqueológica Paz Posse. *Ciencia Nueva*, Año I, Tomo I, 2. Tucumán.

1965. *Manual de arqueología boliviana*. La Paz.

1967. *Argentina indígena*. Buenos Aires.

**Imbelloni, José**

1934. Los autores de la cerámica de Llajta Mauca. Primeras noticias antropológicas sobre los antiguos civilizadores del Chaco Santiagueño. *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo I: 27-57. Buenos Aires.

**Jaimes Freyre, Ricardo**

1915. *El Tucumán Colonial. Documentos y Mapas del Archivo de Indias*, Vol. I. Universidad Nacional de Tucumán. Buenos Aires.

**Kersten, Ludwid**

1932. *Las tribus indígenas del Gran Chaco hasta fines del siglo XVIII*. Universidad Nacional del Nordeste. Resistencia. (Edición castellana, 1968).

**Kraglevich, Lucas y Carlos Rusconi**

1931. Restos de vertebrados vivientes y extinguidos hallados por los señores Emilio y Duncan Wagner en túmulos precolombinos de Santiago del Estero. *Physis Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales*, Tomo X, 36: 229-241. Buenos Aires.

**Lathrap, Donald**

1970. *The upper Amazon*. Thames and Hudson. Londres.

1972. Alternative models of population movements in the tropical lowlands of South America. *Actas del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas*, Lima.

**Leanza, Armando**

1958. Geología regional. En: *La Argentina, Suma de Geografía*, Tomo I (Aparicio y Difrieri, Dirs.)

**Lehmann Nitsche, Roberto**

1902. Estudios antropológicos sobre los chiriguano, chorotes y tobas. Chaco occidental. *Anales del Museo de La Plata*, Tomo I, N° 2. Buenos Aires.

**Levillier, Roberto**

1918. La Audiencia de Charcas, correspondencia de presidentes y oidores. Documentos del Archivo de Indias. Madrid.

**Lévy Strauss, Claude**

1928. Los descubrimientos arqueológicos de Llajta Mauca. *El Liberal* 10-05-28. Santiago del Estero.

1937. A proposito da civilizaçao chaco-santiaguense. *Revista do Archivo municipal*, 4° anno, vol. XLII: 5-38. São Paulo.

**Lorandi, Ana María**

1967. Noticia sobre las excavaciones en la región de Icaño, en el río Salado, provincia de Santiago del Estero. *Actualidad Antropológica*, 1: 31. Museo Dámaso Arce. Olavarría.

1969. Las culturas prehispánicas de Santiago del Estero. *Etnía*, Tomo X: 18-22. Universidad de Olavarría. Buenos Aires.

1970. Noticias sobre las investigaciones arqueológicas en la provincia de Santiago del Estero. *Actualidad Antropológica* 6: 11-12. Museo Dámaso Arce. Olavarría.

1974. El uso de códigos analíticos en la comprensión del sistema cultural. Un ejemplo sobre material cerámico de Santiago del Estero. *Tercer Congreso Nacional de Arqueología*. Cachi, Salta.

1977. Significación de la fase Las Lomas en el desarrollo cultural de Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo XI: 69-78. Buenos Aires.

**Lozano, Pedro**

[1753] 1941. *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*. Reedición y prólogo de R. Altieri. Instituto de Arqueología, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

[1756] 1873. *Historia de la Conquista del Paraguay*. Colección Obras y documentos y noticias inéditas o poco conocidas. Buenos Aires.

**Márquez Miranda, Fernando**

1946. The Chaco-Santiagoño Culture. *Handbook of southamerican Indians*, Volumen II. Washington.

**Métraux, Alfred**

1930. Expedición arqueológica a la Candelaria (Provincia de Salta). *Journal de la Societè des Américanistes de Paris*, Tomo 22. París.

**Moreno, Francisco**

1890-1891. Exploración Arqueológica de la Provincia de Catamarca. Primeros datos sobre su importancia y resultados. *Revista del Museo de La Plata*, Tomo I: 203-216. La Plata.

**Nimo, Agustín**

1946. Arqueología de Laguna Honda (Yucat, Provincia de Córdoba). *Revista del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore, UNC*. Tomo XV. Córdoba.

**Nordenskiöld, Erland**

1924. The ethnography of South America seen from Mojos in Bolivia. *Comparative ethnographical Studies*, 3. Göteborg.

**Olsacher, Juan**

1936. La Civilización Chaco-Santiagoña. *Revista Geográfica Americana*, Tomo VI, 34-39: 27-37. Buenos Aires.

**Outes, Félix y Carlos Bruch**

1910. *Los aborígenes de la República Argentina*. Buenos Aires.

**Pelleschi, Giovanni**

1897. Los indios maticos y su lengua. *Boletín del Instituto geográfico Argentino*, T. XVIII: 173 y sig. Buenos Aires.

**Ponce Sanguinés, Carlos**

1957. La cerámica Mollo. En: *Arqueología Boliviana*. La Paz.

**Quiroga, Adán**

1929. Folklore Calchaquí. *Revista de la UBA*, Sección 6, Tomo V. Buenos Aires.

**Raffino, Rodolfo**

1975. Potencial ecológico y modelos económicos en el N. O. argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Tomo IX: 21-46. Buenos Aires.

**Rusconi, Carlos**

1929. Las especies fósiles argentinas de pecaías (Tayassuidae) y sus relaciones con las del Brasil y Norte América. *Anales del Museo de Historia Natural Bernardino Rivadavia*, Tomo XXXVI. Buenos Aires.

1930. Un nuevo caso de polidactilia en un guanaco hallado en un tumulto indígena de Santiago del Estero (Argentina). *Revista chilena de historia natural*, Tomo XXXVI. Santiago (Chile).

1933. Instrumentos óseos trabajados por los indios prehispánicos de Santiago del Estero. *Revista de la Sociedad de amigos de la arqueología*, Tomo VII. Montevideo.

**Rusconi, Carlos y Lucas Kraglievich**

1934. Estudio de los huesos de mamíferos, pájaros y reptiles, pertenecientes a las faunas actual y extinguida, extraídos de los túmulos de la provincia de Santiago del Estero. En: *La Civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo* (Wagner, Emilio R. y Duncan L.), Tomo I: 473-495. Buenos Aires.

**Ryden, Stig**

1934. Note préliminaire sur l'archéologie de la région de La Candelaria (Prov. de Salta, République Argentine). *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo II: 149-165. Buenos Aires.

1936. *Arqueological reserches in the departamento of La Candelaria* (Prov. de Salta, Argentina). Flanders Boktryckeri Aktiebolag.

**Serrano, Antonio**

1930. El área de dispersión de las llamadas alfarerías gruesas. *Physis*, vol. 10. Buenos Aires.

1935. The So-Called Chaco Santiagueña Civilization (Argentina). *American Antropologist*, Tomo XXXVI. New Haven, Connecticut.

1958. *Manual de Cerámica Indígena*. Ediciones Assandri. Córdoba.

1962. *Investigaciones arqueológicas en el Valle del río San Francisco* (Provincia de Jujuy). Salta.

1963. *Líneas fundamentales de la arqueología salteña*. Salta.

**Techo, Nicolás del**

[1673] 1897, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Librería y editorial Uribe, Madrid.

**Uhle, Max**

1923. Cronología y origen de las antiguas civilizaciones argentinas. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 18. Quito.

**Vellard, Jean**

1933. Los túmulos precolombinos de Santiago del Estero. *El Liberal*, 12-02-33. Santiago del Estero.

**Vignati, Milcíades**

1928-1929. 'El horno de la tierra' y el significado de las tinajas de las provincias del occidente argentino. *Physis*, Tomo IX. Buenos Aires.

1931. ¿Morteros o represas? *Notas preliminares del Museo de La Plata*, Tomo I. Buenos Aires.

**Wachtel, Nathan**

1980-1981. Les mitimas de la vallée de Cochabamba. La politique de colonisation de Huayna Capac. *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, LXVII: 297-326. Paris.

**Wagner, Duncan**

1935. Carácter y antigüedad de la civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo. *Asociación cultural de Conferencias de Rosario*. Rosario.

**Wagner, Emilio**

1927a. La Civilización Chaqueña ¿Un tipo de cultura autóctona preincásica? Notables descubrimientos arqueológicos. *La Brasa*, Año I, N° 1. Santiago del Estero.

1927b. "Llajta Mauca", Núcleo de civilización milenaria. Nuevos datos del notable descubrimiento arqueológico del Chaco santiagueño. *La Brasa*, Año I, N° 2. Santiago del Estero.

1927c. Arqueológicas, Una rara y bella prenda de adorno descubierta en las exploraciones de "Llajta Mauca". *La Brasa*, Año I, N° 3. Santiago del Estero.

1928. La civilización chaqueña. *Revista del Archivo de Santiago del Estero*, Tomo VIII, 15. Santiago del Estero.

1934. La Civilización Chaco-Santiagueña. *Actas XXV Congreso Internacional de Americanistas*; Tomo II. La Plata.

**Wagner, Emilio y Duncan Wagner**

1936. Las llanuras de Santiago del Estero. *Historia de la Nación Argentina*, Vol. I. Junta de Historia y Numismática. Buenos Aires.

1937. Le rôle de la femme dans une civilisation préhistorique de l'Argentine. Conférence donnée par M. Duncan Wagner, Vice-Directeur de Musée archéologique de Santiago del Estero, à la bibliothèque du Jockey Club de Buenos Aires. Talleres gráficos del Jockey Club.

1938. Sentido mundial de la arqueología argentina. *La Nación*, 16-01-38. Buenos Aires.

Láminas



**Lámina I.** Foto del río Salado a la altura del Bañado de Añatuya tomada por la autora en 1971.



**Lámina II.** Ambiente de la región en el sitio arqueológico El Veinte.



Lámina III. Puntas de proyectil de hueso de la Tradición Chaco-Santiagueña procedentes de Quimili Paso.



Lámina IV. Torteros de la Tradición Chaco-Santiagueña procedentes de Icaño.



Lámina V. Restos de camélido hallados dentro del Horno 1 del sitio El Veinte.



Lámina VI. Vasija *in situ* hallada boca abajo en la excavación de Quimili Paso.



▲ a



◀ b

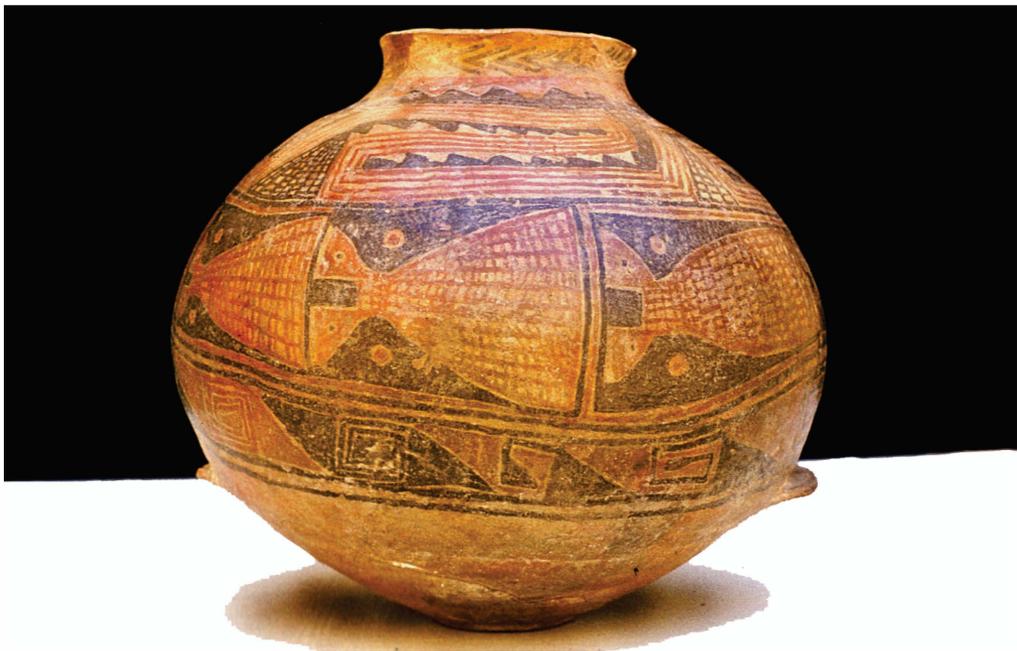
▼ c



**Lámina VII.** Representaciones de búhos en la Fase Las Lomas. Las piezas a y b pertenecen a la Colección del Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales "Emilio y Duncan Wagner" y la pieza c a la Colección Maldonado Bruzzone del Museo de La Plata (MLP-D25-CRMB-(n)142).



**Lámina VIII.** Vasija de Tradición Sunchituyoj y estilo geométrico, Fase Quimili Paso. Pieza de la Colección del Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales "Emilio y Duncan Wagner".



**Lámina IX.** Vasija de Tradición Averías de la Fase Oloma Bajada-Icaño. Pieza de la Colección del Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales "Emilio y Duncan Wagner".

---

**Talleres del Boletín Oficial de la  
Provincia de Santiago del Estero**  
San Martín 172 - (4200) Santiago del Estero

500 ejemplares  
Octubre 2015

Este libro recupera un texto inédito escrito por **Ana María Lorandi** hace unos 30 años, cuando cerraba sus investigaciones sobre la arqueología de Santiago del Estero para dedicarse a la etnohistoria. Sus trabajos constituyen un referente obligado para la arqueología de la provincia y configuran un aporte indiscutible al conocimiento del pasado regional. Fueron los que abrieron la etapa de investigación moderna y de carácter científico en Santiago, luego de la etapa pionera que habían iniciado los hermanos Wagner.

Sobre la base de su propia generación de información de campo y laboratorio y el estudio de colecciones durante diez años, las investigaciones de Ana María Lorandi permitieron así contar, por primera vez, con un panorama de los procesos prehispánicos regionales fundado en una metodología científica. En este sentido, sus trabajos, no solo fueron precursores en la aplicación en la región de métodos de excavación y registro rigurosos y análisis especializados como el carbono-14 y estudio de restos botánicos, sino que incorporaron también el estudio de crónicas coloniales. Como resultado, este libro nos ofrece una síntesis interpretativa de los sucesos regionales y sus variantes en tiempo y espacio hasta alcanzar la época de avance incaico en el Noroeste argentino, y la Conquista hispana.

Recuperado con esta edición, se pone a disposición un texto de gran valor científico para los especialistas, a la vez accesible y útil para quienes no lo son, como un fin premeditado de la autora de querer llegar a estudiantes, docentes e interesados en general.

